

CONJURA *en* MADRID

José Calvo Poyato

Lectulandia

En plena guerra de Sucesión, cuando media España se enfrenta a otra media en un conflicto que no parece tener salida, una conjura de altos vuelos sacude los cimientos de la monarquía española. Para hacerle frente, el conde de Cantillana, uno de los militares que luchan por mantener a Felipe v en su trono, se verá envuelto en una maraña de sucesos donde el misterio, la intriga y la traición se convierten en el eje de la acción de esta novela histórica.

Por las páginas de *Conjura en Madrid* desfilan los más importantes personajes de un momento decisivo de nuestra historia: Felipe v, un abúlico sumido en la apatía; Luisa Gabriela de Saboya, una reina joven y atractiva que, sentirá sobre sus hombros el peso de la difícil situación por la que atraviesa su trono; la poderosa princesa de los Ursinos; el oscuro cardenal Portocarrera, los integrantes del Consejo de Estado... Junto a ellos, personajes de ficción como la hechicera Ana de Hoserín o el propio Cantillana.

Sobre un magnífico fondo histórico, trazado con la maestría del conocedor de la época, se desarrolla la trama de unos acontecimientos que se suceden a velocidad de vértigo en un Madrid que vive las convulsiones de aquella agitada época.

Lectulandia

José Calvo Poyato

Conjura en Madrid

ePub r1.0

Mangeloso 28.11.13

Título original: *Conjura en Madrid*
José Calvo Poyato, 1999
Diseño/Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo I. La derrota

Habían logrado salvar la vida porque se mantuvieron unidos. Cuando se hundió el flanco derecho del ejército, se inició la gran catástrofe; los soldados del general Bessiéres no fueron capaces de resistir el envite de aquellos endemoniados catalanes y de los ingleses de Stanhope, que provocaron una desbandada general. Había cundido el pánico y fueron innumerables los acribillados en la huida; también eran incontables los que habían perecido ahogados en las turbulentas aguas del Aragón, que bajaba crecido y encrespado con las fuertes lluvias de los comienzos de aquel otoño.

Sólo la veteranía de los hombres, avezados tras largos años de lucha y la disciplina impuesta por los cabos, les había permitido mantenerse agrupados, cerrando una formación de combate que, al ronco golpear de los tambores, se batió en retirada de forma ordenada y con banderas desplegadas. Sus fusiles escupían fuego hacia todas partes, a la vez que sus bayonetas habían formado un cuerpo erizado de afiladas puntas. El enemigo les había acosado y descargado sobre ellos toda su potencia de fuego, pero habían resistido. Cuando recalaron al abrigo de sus defensas muchos estaban heridos y todos agotados y derrengados, pero eran la única unidad del ejército de Felipe V que no había sido deshecha en aquella aciaga jornada.

En el rostro del coronel se reflejaba un cansancio infinito. Un cansancio que iba mucho más allá de los trabajos y los esfuerzos de aquel día. Era la fatiga del ánimo, espantado por años de combates, de cruentas batallas, de lucha sin cuartel en una guerra en la que media Europa peleaba con la otra media y que parecía no tener fin. El sargento mayor le dio el parte de situación de la unidad.

—¡A las órdenes de usía! —le saludó un bigotudo hombretón que frisaba la cuarentena, de pelo canoso y corto, mientras llevaba con energía su mano derecha al pico delantero del sombrero—. ¡Hemos tenido trescientas setenta y dos bajas! ¡Han pasado lista mil ochocientos cincuenta y dos hombres!

El coronel, que había devuelto el saludo de forma anodina, sin levantarse de la silla de campaña que le servía de asiento, asintió con la cabeza.

—¿Cuántos muertos, sargento?

—Entre muertos y desaparecidos, doscientos veintiuno; las demás bajas son heridos de diversa consideración. Muchos de ellos, señor, morirán en los próximos días.

—Está bien, está bien... Que los hombres descansen. Aguardaremos órdenes del marqués de Villadarias, aunque supongo que nos replegaremos hacia Zaragoza.

El sargento se retiró repitiendo el saludo, que en esta ocasión no fue correspondido. El conde de Cantillana, coronel del regimiento número dos, llamado también de la Reina, quedó con la mirada perdida en el vacío. Parecía estar ausente,

en otro lugar.

Por la mente del militar desfilaban imágenes y recuerdos, que se amontonaban. Le ocurría siempre que la situación se presentaba difícil, sucedía cada vez que le embargaba la melancolía de las horas bajas; y había vivido ya muchas horas bajas en aquella maldita guerra desencadenada para decidir, decían, quién se sentaba en el trono de Madrid, aunque él estaba convencido de que en aquella terrible contienda primaban otros intereses.

Recordaba ahora su salida de España, ganándole por pies al Santo Oficio, la misma noche en que el pobre Carlos II, el que aseguraban que no tenía descendencia porque estaba hechizado, se encontraba de cuerpo presente. Era la noche de difuntos del año de gracia de 1700. Hacía de aquello casi nueve años. ¡Dios, cuántas cosas habían ocurrido en aquellos años! Había podido regresar a España en el verano de 1704, cuando las influencias de su familia y de sus amigos habían logrado echar tierra sobre el asunto que tenía pendiente en el tribunal de la Inquisición. Aunque la tierra que se echaba sobre cuestiones en las que intervenían los inquisidores nunca era lo suficientemente sólida como para olvidarse de ellas definitivamente. Sin embargo, lo agitado de los tiempos y la guerra desatada habían jugado a su favor. Era una buena espada y tenía de sobra demostrada su capacidad peleando contra los franceses en Flandes, cuando las guerras de Luis XIV contra su cuñado, el rey hechizado. Había regresado a España por Barcelona. La ciudad estaba intranquila porque los catalanes no querían como rey a Felipe V. Se le criticaba abiertamente por calles y plazas, en los corrillos callejeros y en los mesones, en el *consell* y en la Seo. No les gustaba aquel francés, no querían un Borbón en el trono, no asumían que un nieto de Luis XIV fuese su rey. Los barceloneses no olvidaban los malos tragos que Francia les había hecho pasar. Para recuerdo, todavía las murallas de la ciudad tenían las brechas abiertas por la artillería de Vendôme cuando el asalto de 1697. Allí, en Barcelona y en plena canícula de agosto, se enteró de que los ingleses habían ocupado Gibraltar y proclamado soberano al archiduque Carlos. Vio pintada la alegría en los rostros de las gentes.

Luego, su viaje hasta Madrid...

Un cañonazo en la lejanía le sacó de sus pensamientos. Era la lora del crepúsculo, pero aún se libraba alguna escaramuza en las proximidades del campo de batalla, al otro lado del río, que había quedado como línea divisoria entre los contendientes.

La guardia, que vigilaba a distancia prudencial de la puerta de la tienda ante la que el militar estaba sumido en aquellas reflexiones, dejó pasar a un mensajero que vestía de forma impecable: casaca azul galoneada de oro, calzones blancos, botas negras de media caña. Su atildada indumentaria resaltaba aún más entre los harapos, suciedad y el deterioro de los hombres del regimiento que mandaba Cantillana.

—¡A las órdenes de usía, mi coronel! —El mensajero quedó clavado a unos

pasos, manteniendo la posición de saludo.

El coronel levantó la cabeza lentamente y fijó con dureza la mirada en aquella figura que parecía salida de un salón palaciego. Pensó en sus hombres, agotados, heridos, hambrientos y zarrapastrosos; los veía morir y retirarse en orden desde hacía pocas horas. Hizo un gesto con la mano que tanto servía para apartar de su cabeza aquellas imágenes, como para decirle al mensajero, sin palabras, que podía abandonar la posición de saludo.

—¡Un mensaje del teniente general, marqués de Villadarias, mi coronel! —La voz era rotunda y sonaba clara mientras le alargaba un pliego.

Cantillana extendió la mano a la vez que se levantaba pesadamente.

—Podéis retiraros.

—¡A las órdenes de usía, mi coronel! —volvió a saludar el mensajero con energía, y girando con marcialidad se alejó con paso decidido.

Cantillana pidió luz, las sombras de la noche eran ya dominantes, y uno de los soldados de vigilancia sacó de la tienda un farol que prendió y acercó a su jefe, quien señaló un gancho que salía de una de las esquinas de la tienda.

Del Teniente General del ejército de Aragón Marqués de Villadarias.
Al Ilmo. Sr. Coronel del regimiento de la Reina, Conde de Cantillana.

Usía dará las órdenes pertinentes y tomará las providencias precisas para que las tropas a su mando estén prontas al alba para ponerse en movimiento hacia Zaragoza. Para recibir instrucciones precisas acudirá Usía esta noche a la hora de las diez al puesto de mando de este ejército.

VILLADARIAS.

Dobló lentamente el papel, respetando los pliegues originales. En su cara se dibujaba un interrogante; «¿Para recibir instrucciones precisas?», se preguntó, repitiendo mentalmente las palabras escritas en el mensaje. Aquello no era lo habitual. La orden de retirarse hacia Zaragoza era adecuada y las líneas de repliegue estaban fijadas en el plan de campaña, los itinerarios a seguir eran conocidos por todos los jefes y oficiales, los puntos de aprovisionamiento estaban determinados y todas las acciones para una eventual evacuación estaban diseñadas y previstas. Aquello no podía cambiarse porque, si la partida se iniciaba al alba del día siguiente, no había posibilidad de improvisar. Allí había algo que no encajaba.

A sus treinta y nueve años Cantillana se mantenía en una forma espléndida. De estatura algo más que mediana, tenía una figura atlética, sin estridencias. Era un hombre fuerte. Conservaba intacto su pelo, que mantenía corto, contra la moda imperante, y empezaba a blanquear en las sienes y por detrás de las orejas. Aquel atisbo de madurez acentuaba, sin duda alguna, el atractivo que siempre había tenido entre las mujeres. Era un empedernido galanteador, pero a la vez un perfecto caballero. Sus ojos negros, profundos y brillantes, continuaban llenos de vida; sin embargo, su mirada podía convertirse en glacial. Sus hombres admiraban el valor de

que hacía gala en el combate y la serenidad con que tomaba decisiones. Temían su dureza y, sin embargo, le amaban porque se preocupaba por el bienestar de los soldados que estaban a sus órdenes. Esa preocupación era cólera cuando se les quería regatear por parte de los intendentes lo que en justicia les correspondía. No admitía la indisciplina y resultaba temible cuando alguno de sus hombres se extralimitaba en sus derechos de alojamiento en casas particulares. Había dado escarmientos ejemplares a soldados que habían abusado de las familias que tenían que acogerles en sus hogares, en cumplimiento de la pesada carga que suponía para la población civil admitirlos durante los meses de invierno, entre campaña y campaña.

Sus hombres fueron testigos de cómo se enfrentó, en la batalla de Almansa, a dos dragones ingleses para salvar la vida del tambor de una de sus compañías. A uno de ellos lo mató con la media hoja del sable partido; al otro lo estranguló con sus propias manos. A algunos veteranos se les agolpaban las lágrimas en los ojos cuando recordaban la acción de su coronel, y desde aquella memorable jornada Ginesillo, que era el mozalbete tamborilero a quien había salvado el pellejo, no se separaba de su lado y le servía como lo hacían los escuderos medievales con los caballeros andantes. Ginesillo ya había cumplido los doce años y se encontraba entre los mil ochocientos cincuenta y dos hombres del regimiento que habían pasado lista tras cruzar el río Aragón aquel infausto día para las armas del Borbón.

A Cantillana no le gustaban los franceses. Ahora, por una ironía del destino, estaba jugándose su vida y la de sus hombres para que un francés se sentase en el trono de España.

Mataba el tiempo, mientras se acercaban las diez de la noche, sentado a la entrada de la tienda, mirando las fogatas que brillaban en la oscuridad y en torno a las cuales se amontonaban los soldados, que hablaban en voz baja. Era como un sordo rumor de palabras apagadas, embargadas por la tristeza que rompía de vez en cuando la voz estridente de los centinelas dando el grito reglamentario que pasaba de un puesto a otro, como un eco que se multiplicaba y se perdía en la noche.

—¡Centinela alerta, alerta, alerta!

—¡Centinela alerta!

Ginesillo trataba de distraer a su coronel contándole los chismes que circulaban por el campamento, entre los soldados. Contaba el tamborilero al conde que todas las prostitutas acompañantes del ejército se habían marchado al otro lado del río.

—Las muy putas estarán a estas horas revolcándose con esos herejes malditos y con los traidores catalanes que han faltado a la fe y a la ley que deben a nuestro señor el rey, que Dios guarde. Si vuelven por aquí, ¡voto a Dios que las hemos de desorejar! ¡Serán putas!

Cantillana no pudo reprimir un esbozo de sonrisa ante el ardor que Ginesillo ponía en sus asertos, y le invitó a tranquilizarse.

—Ten calma Ginés; deben ganarse la vida y aquí no está hoy el horno para bollos. En ese momento llegó uno de los capitanes del regimiento.

—¡A las órdenes de usía, mi coronel!

Éste devolvió el saludo, sin levantarse.

—Señor, circula un extraño rumor entre la oficialidad...

Cantillana miró a Ginesillo, ordenándole, sin decir palabra, que le dejase a solas con el capitán. El jovencuelo se marchó en dirección a la fogata más próxima, que alumbraba a medio centenar de pasos, perdiéndose en la oscuridad de la que ya era noche cerrada.

—Y bien, Mendieta. ¿Qué dice ese rumor?

—Mi coronel, se dicen cosas muy extrañas. Son poco creíbles, pero eso es lo que se dice.

—¡Al grano, Mendieta!

—Veréis, señor, tal vez se trate de un infundio, pero suena con insistencia.

Cantillana se puso en pie. Parecía malhumorado. La sonrisa que Ginesillo lograra arrancarle, había desaparecido por completo de su rostro, que presentaba un aspecto sombrío. En aquel momento parecía un hombre de pocos amigos. Se le había enrojecido, y por eso se le notaba, una cicatriz que le corría por la mandíbula desde la barbilla hasta la oreja izquierda. Era tan fina y estaba trazada de forma tan perfecta siguiendo la línea del maxilar, que parecía ser la delimitación de la cara y el cuello. Sólo cuando tomaba un tono violáceo aparecía como una cicatriz. Era síntoma de que su propietario no estaba tranquilo.

—¡Por los clavos de Cristo, Mendieta! ¿Quieres decirme ya qué demonios cuenta ese rumor?

—Se dice, mi coronel, que los franceses nos traicionan.

Los ojos de Cantillana brillaron con dureza a la mortecina luz del farol que amortiguaba la oscuridad; daba la impresión de medir con la mirada al hombre que tenía enfrente. Se produjo un silencio incómodo para el capitán, que parecía arrepentido de haber dicho aquello.

—¿Quién dice eso? —Las palabras de Cantillana cortaban como un cuchillo, pese a haberlas pronunciado en voz baja.

—Se afirma que la desbandada de esta mañana estaba acordada con los enemigos. Que Bessiéres se había puesto de acuerdo con el inglés y que todo ha sido una farsa... Si eso es así, señor, nos han traicionado.

—¿Quién dice todo eso? —El coronel insistía en su anterior pregunta.

—No os lo puedo precisar, señor. He oído decir, pero no puedo garantizároslo, que el coronel Manrique, del regimiento de Saboya, se lo había dicho a sus capitanes.

Faltaba poco para que fuesen las diez y había refrescado. Cantillana entró en la tienda, cogió su capa y se la echó por los hombros.

—Mendieta, reúne a los capitanes del regimiento y esperadme aquí. ¡Hasta que vuelva!

—Mi coronel... Se dicen más cosas.

Cantillana, que había comenzado a andar, se paró en seco. Se volvió hacia el capitán y le espetó:

—¡Cuéntame todo lo que se dice!

—Que los franceses van a cruzar, con armas y bagajes, los Pirineos. Se marchan mañana. Han firmado la paz con los ingleses y van a declarar la guerra al rey nuestro señor.

Cantillana parecía una estatua de piedra; no se le movía un solo músculo. Tenía la boca apretada, tanto que apenas se le veían los labios.

—Eso, Mendieta, no es posible —dijo—. Luis XIV de Francia es el abuelo del rey nuestro señor. —Sus palabras apenas eran un murmullo. Como queriendo asegurarlo, añadió—: Es imposible.

El capitán se encogió de hombros, manifestando de esta forma su perplejidad. Poco a poco los pasos de Cantillana se perdieron en la noche camino de aquella extraña reunión a la que había sido convocado por el marqués de Villadarias. En pocos minutos estaba a la vista de la casona que servía de cuartel general improvisado y de puesto de mando accidental a las tropas españolas del ejército borbónico que peleaba en aquella zona limítrofe entre Aragón y Cataluña. Delante de la casa había una frondosa arboleda que se interrumpía como a medio centenar de pasos de la fachada. En la puerta principal, bajo la protección de un tejadillo voladizo sostenido por dos pilares, se encontraba la guardia.

Cantillana estaba a punto de dejar atrás el bosquecillo para cruzar la zona despejada, frontera a la casa, cuando un ruido le hizo mirar hacia la izquierda.

—Psss, Psss. —Una figura menuda y embozada avanzaba hacia él, llevándose una mano hacia la boca, en ademán de guardar silencio. Instintivamente, el coronel buscó la empuñadura de su sable y se percató de que iba desarmado.

—Si no me equivoco, vos sois el conde de Cantillana. —Era una voz de mujer, único elemento que permitía identificar el sexo de aquella imagen embozada y cubierta con un sombrero de amplias y gachas alas que ocultaban el rostro de su propietaria.

—Así es. Y vos ¿quién sois?

—Eso es lo de menos. Lo importante es que leáis esta misiva antes de entrar en esa reunión.

Cantillana no había podido sustraerse a alargar la mano y coger el papel que le ofrecían. Sólo pudo ver una mano hermosa.

—No acabo de entender...

No pudo concluir la frase, porque aquella mujer le interrumpió:

—¡No debéis entrar ahí —señaló la casona— sin haber leído este papel!

Dio media vuelta y se perdió en la oscuridad de forma tan misteriosa como había aparecido.

Capítulo II. Una visita nocturna

Era un edificio gigantesco, sombrío y laberíntico producto de numerosas y sucesivas ampliaciones. El espesor de sus muros denotaba su origen medieval y militar, propio de una fortaleza más que de un palacio donde durante décadas se habían tomado decisiones que afectaban a millones de personas.

Por aquellas fechas el alcázar real de Madrid era un caserón de aspecto impresionante y destartado, que no hacía honor a la grandeza que en otro tiempo habían tenido sus moradores. Toda la planta baja estaba ocupada por las salas de los consejos donde se tomaban, casi siempre con una lentitud exasperante, decisiones, tras larguísimas y tediosas reuniones en las que era fundamental el parecer de los teólogos. No en balde los reyes de España eran conocidos con el nombre de Católica Majestad. Allí, se distribuían de manera anárquica, sin guardar orden ni concierto, las oficinas administrativas, las populares «covachuelas» donde prestaba sus servicios una muchedumbre de funcionarios. Eran gentes adustas de ceño, de andar grave y ademanes severos que acometían su tarea con minuciosidad y lentitud.

Cada jornada, salvo los domingos y fiestas de guardar, aquellos patios, los pasillos, los corredores y las antesalas eran un hervidero. Allí se daba cita una multitud de pleiteantes que buscaban agilidad para sus asuntos; arbitristas que con sus memoriales presentaban variadas y, a veces, pintorescas soluciones a los problemas que aquejaban a la monarquía y que esperaban respuestas a sus ideas; pretendientes que buscaban un oficio, un honor o una distinción que diese cumplida satisfacción a sus méritos. Acudían también viejos soldados, cargados de pliegos que hablaban de su valor, de sus servicios al rey en tiempos pasados, para conocer si se había despachado, ahora que estaban tullidos o impedidos por la edad, la pensión que un día les fue asignada en nombre de su majestad. Se citaban gentes de medio pelo que tenían necesidad de hacerse ver allí, donde se decía que estaba el corazón de la monarquía. Se formaban corrillos donde cualquier asunto era sometido a análisis y debate. Todos opinaban asistidos de la mayor autoridad y sabían cuáles eran las fórmulas adecuadas para que los galeones de Indias, las famosas flotas de la plata, arribasen a Cádiz y subiesen luego por el Guadalquivir hasta Sevilla sin los problemas que suscitaba la travesía del Atlántico y que daba al traste con muchos de los viajes. Todos sabían cómo mover un ejército de veinte mil o tal vez treinta mil hombres para conducirlo a la victoria. Eran capaces, sin ningún género de dudas, a tenor de sus afirmaciones rotundas, de acabar en cuestión de horas, a lo sumo de algunos días, con el largo asedio de tal o cual plaza fuerte cuyo sitio se prolongaba en demasía y constituía un auténtico sumidero de hombres y dinero. Eran, vistas sus afirmaciones, capaces de acabar en un plazo increíblemente corto con la guerra que desde hacía ocho años asolaba campos y ciudades en la península. Aquellas

conversaciones alcanzaban un nivel de peligroso acaloramamiento cuando, como era habitual, los contertulios sostenían puntos de vista diferentes, aunque había, por lo general, quienes mediaban entre aquellos que se habían exaltado en un grado mayor del que la norma establecía.

Cuando las oficinas cerraban los concurrentes abandonaban el lugar, quedando citados para el siguiente día, si no era fiesta, e interesarse de nuevo por su asunto. La guardia recorría patios, despachos, pasillos y galerías para comprobar el desalojo de todo el lugar y cerrar las dependencias. A partir de aquel momento un manto de silencio caía sobre el que hasta hacía poco había sido punto de encuentro y centro bullicioso de la madrileña villa y corte.

En las plantas superiores estaban las dependencias destinadas al servicio de la casa real, amén de las viviendas de la servidumbre, que permanecía, por razón de sus actividades, en el alcázar. La soledad imperaba en esas estancias. En el ángulo noroeste estaban la cámara real y las antesalas, donde los cortesanos esperaban y pasaban el tiempo. Allí se concentraban todos los que tenían misiones encomendadas en alguna de las numerosas tareas que contemplaba la complicada etiqueta regia; se cocían rumores y se cocinaban calumnias; se anudaban y se desataban intrigas; se jugaba al discreteo y se concertaban citas, unas veces amorosas y otras políticas.

La noche se había sumado al silencio casi sepulcral que invadía patios y recintos, galerías y salones. Todo indicaba quietud y recogimiento. La reina Luisa Gabriela se había retirado a sus aposentos y había despedido a sus damas, sin que éstas la hubiesen ayudado a desvestirse. Los criados habían apagado candelabros y luces, de tal forma que una penumbra con ribetes tenebrosos se extendía por todas las zonas de paso, donde titilaban débiles lamparillas cuya escasa luminosidad y la excesiva distancia que separaba a unas de otras, las sumía en una semioscuridad inquietante.

La Guardia Valona, a cuyo cargo corría la seguridad del alcázar, había efectuado su relevo de noche que suponía, ante el cierre de puertas y accesos, una notable disminución de efectivos respecto de los centinelas que ejercían su función durante las horas del día. Sus uniformes eran de un blanco inmaculado, ribeteado con pasamanería y galones de oro. Contrastaba la albura de los uniformes con el negro reluciente de los correajes y las botas altas que cubrían las piernas.

En el silencio de la noche, sólo interrumpido en algunos lugares por el tictac de los numerosos relojes que había distribuidos por todos los rincones, se oyó girar una llave en su cerradura. El ruido indiscreto incomodó a quien lo producía. «Mañana daré orden de que engrasen este herraje», pensó mientras abría la pesada puerta de madera, cuyos goznes también se quejaron.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz baja.

La silueta que había salido a la galería se movió en la penumbra con agilidad no exenta de elegancia. Más que andar parecía deslizarse. Se encaminó hacia la alcoba

de la reina y cuando llegó ante la puerta, miró a un lado y a otro, comprobando que no había nadie.

Sus nudillos golpearon con suavidad tres veces —toc, toc, toc— en la puerta. Esta se abrió casi en el acto; no había duda de que estaban esperando la llamada al otro lado. Quien abría era Luisa Gabriela de Saboya, esposa de Felipe V y reina de España con el permiso de la casa de Austria y de sus aliados ingleses y holandeses.

Era una figura menuda. Tenía veinte años, pero parecía más joven, podía afirmarse que era una jovencita casi adolescente. Su imagen, sin embargo, proyectaba la majestuosidad de una reina. Tenía el cabello largo y negro, recogido en una trenza que caía por uno de sus hombros, sus facciones eran correctas, hasta hermosas si se quiere, y sus ojos, también negros, tenían el brillo de la juventud y una fuerza que denotaban decisión y firmeza en su poseedora.

La recién llegada hizo un amago de genuflexión, abriendo con las manos el vuelo de sus faldones e inclinando levemente la cabeza, dijo:

—Majestad...

—Pasa Ana María, pasa. Estaba impaciente. Te has retrasado; ¡ya han dado las once!

—Perdonad majestad, pero es que...

—No perdamos tiempo en excusas. Vayamos a lo que nos interesa...

La reina parecía nerviosa, agitada. Estaba vestida con un traje de seda azulina, que realzaba la palidez de su rostro y acentuaba su aspecto regio.

—¿Qué noticias tenemos, Ana María?, cuéntame, ¡por el amor de Dios!

—Tranquilizaos, majestad. Tranquilizaos. La reina ahogó un suspiro en el pecho.

—Tienes razón, como siempre —dijo—. Ven, sentémonos aquí. —La tomó de la mano y la condujo a un estrado de amplias dimensiones, tapizado en terciopelo verde, donde estaban bordadas, en oro, las armas de Castilla.

Ana María de la Tremouille acarició con mano maternal el rostro de la joven reina y colocó adecuadamente un mechón de su cabello que se había desprendido del peinado. A pesar de que trataba de disimularlo, la reina no podía reprimir su ansiedad; llevaba esperando todo el día aquel momento y ahora que había llegado los segundos se le estaban haciendo eternos. La tensión juvenil de la soberana contrastaba con la serena frialdad que emanaba aquella mujer madura, pero que conservaba casi intacta su belleza y que la trataba con una familiaridad extraña a los usos palatinos de la encorsetada corte madrileña.

—Aún no tenemos noticias, majestad. Sólo siguen circulando rumores y hablillas. Por lo tanto, hemos de mantener la tranquilidad, que en estos momentos es más importante que nunca.

—¿Quieres decir que los correos de Francia no han traído noticias?

—No, mi señora. Quiero decir que, por alguna razón, los correos que deberían

haber llegado hoy a esta corte, no lo han hecho.

—¿Sabes, amiga mía, si existe alguna razón que explique este retraso?

—Majestad, en los tiempos que corren lo razonable es que nunca se cumplan los plazos. Hay agitación por todas partes, controles a cada paso, sabotajes, partidas de soldados que han desertado. Nada hay seguro en estos días de zozobra... y de angustia.

La pausa que *mademoiselle* hizo antes de concluir inquietó a la reina.

—Ana María, ¿ha ocurrido algo que me ocultas? ¿Le ha ocurrido algo al rey?

—Tranquilizaos, majestad. El rey nuestro señor está en Zaragoza y no tenemos ninguna noticia. Ya sabéis lo que dicen los españoles: Si no hay noticias, buenas noticias.

—Estoy intranquila. Sé que la traición nos acecha constantemente. ¡Mira lo que ocurrió en Cataluña y después en Valencia! ¡No me fío del abuelo de Felipe, es un zorro y en Francia las cosas no marchan bien!

—El problema, majestad, no es que las cosas no marchan bien; los rumores, pendientes de confirmar, hablan de que están francamente mal. Se dice que Marlborough ha deshecho a los ejércitos franceses y que en los Países Bajos la situación de nuestra causa es insostenible. Algunos comentarios apuntan a que las tropas del Cristianísimo va defienden suelo francés en la frontera norte, donde Lille está amenazada.

La reina se levantó con ademán cansino. Ana María de Tremouille, más conocida con el nombre de princesa de los Ursinos, también se puso de pie, en actitud respetuosa. Era una mujer otoñal de una belleza espléndida. A la tenue luz que proporcionaban los candelabros que iluminaban el aposento de la reina, su atractivo era algo que producía fascinación. No resultaba extraño, viéndola así, que muchos cortesanos bebiesen los vientos por ella. Nadie en su sano juicio diría que aquella mujer hacía ya tiempo que había cumplido cincuenta años. Conservaba abundante el cabello, del color de la caoba, donde se mezclaban algunos mechones blancos que acentuaban su atractivo. La piel, finísima y blanca, se mantenía con una tersura impropia de su edad. Sus enemigos, que eran muchos, decían que sólo un pacto con el diablo podía explicar aquello. Sus ojos verdes eran un desafío. Con todo, lo que más llamaba la atención era su cuerpo, que mantenía las formas a pesar de los años. Su talle, estrechísimo, no podía ser obra de un corsé bien ajustado. Su busto era prominente y los generosos escotes que lucía ponían de manifiesto unas formas tentadoras, cuya propietaria deseaba exhibir, consciente de los suspiros que arrancaba en muchos de sus admiradores.

La reina había quedado parada ante un retrato de grandes dimensiones del rey, pintado de cuerpo entero, obra de un francés llamado Jacinto Rigaud, que pintaba en Versalles para el abuelo del retratado. Felipe v aparecía, pese al atuendo y la peluca

—muy rubia y rizada—, como un niño. Apenas había cumplido diecisiete años y acababan de nombrarle rey de España.

—¿Sabes, Ana María, que sólo contaba trece años cuando tuve el primer encuentro con mi marido?

Luisa Gabriela de Saboya sabía de sobra que su camarera mayor conocía la edad que tenía cuando llegó a España convertida en reina, y que, a pesar de ser una niña, enamoró perdidamente al Borbón desde la primera noche que pasaron juntos. También sabía mejor que nadie, aunque el asunto era del dominio público, que Felipe v pasaba el mayor número de horas que le era posible compartiendo la cama con su mujer, a la que hacía continuamente el amor. Sus arrebatos eran tales que la escrupulosa conciencia del rey le llevaba cotidianamente al confesionario para pedir perdón por la lujuria que suponía hacer uso continuado del cuerpo de la reina.

La «Saboyana», que era el nombre con que en los corrillos cortesanos y en los mentideros de la villa se conocía a la joven esposa de Felipe v, se acercó a una de las ventanas que se abrían al patio. Descorrió los pesados cortinajes de un intenso color carmesí y movió con delicadeza uno de los visillos de finísimo lino que tapaban las cristaleras de la ventana. Una luz blanquecina y metálica se coló, como un rayo, en la habitación escasamente iluminada por el amarillo resplandor de las velas. La reina miró a través de la ventana y vio el pequeño jardín que ocupaba la mayor parte del patio bañado por la luz de una luna enorme. Cuando levantó la vista, atraída por el resplandor, sintió el carraspeo de su camarera.

—¿Sí, Ana María?

—Majestad. No podemos perder mucho tiempo. Hace rato que el reloj dio las once, y la cita es a las doce. Todo está preparado para ponernos en marcha cuando vuestra majestad lo desee.

La reina lanzó una última mirada al inmenso globo blanco que resaltaba en el firmamento, antes de volverse.

—¿Estás convencida de que no cometemos un error? —preguntó.

La princesa de los Ursinos entrelazó los dedos de las manos y los apretó con fuerza, como si desease soltar la tensión que la embargaba.

—Señora, creo que a estas alturas no podemos permitirnos dudar. Además, en las circunstancias actuales... —No concluyó la frase, dando por entendido lo que quedaba en el aire.

La reina hizo un gesto de asentimiento y se dirigió a un diván donde reposaba una especie de gran abrigo con caperuza. La camarera se movió con diligencia y la ayudó a ponérselo.

—Nadie podrá reconoceros, no debéis preocuparos. Ya veréis como todo saldrá bien.

—Mejor será que así sea —apostilló la reina, cuya identificación resultaba

imposible con aquel atuendo.

El carruaje que esperaba en uno de los patios traseros del alcázar estaba preparado. Las dos mujeres subieron y el postillón arreó con suavidad las mulas del tiro; salieron despacio y con poco ruido por una de las puertas de servicio que se abrió el tiempo justo para permitir el paso del vehículo.

Las calles estaban desiertas. Madrid era una ciudad dormida o por lo menos esa apariencia tenía poco antes de que llegase el filo de la medianoche de aquel día de otoño en que media Europa se enfrentaba a la otra media y la mitad de España con la otra mitad desde hacía muchos años. Aquella noche de plenilunio la reina de España, o por lo menos la reina a la que apoyaba la mitad de España, con la sola compañía de su camarera mayor iba por las calles de Madrid a una cita que, cuando menos, resultaba escabrosa y que, de ser conocida, provocaría no pocos problemas.

Acababan de dar las doce en el reloj de la puerta principal del colegio Imperial, situado en la otra cara de la manzana de edificios que habían rodeado las nocturnas viajeras, cuando las mulas detuvieron su pausado caminar. Las dos mujeres envueltas en ropajes que las ocultaban por completo echaron pie a tierra. Una de ellas, la que primero había bajado y oteado la calle desierta, dijo algo al postillón, quien se acomodó para esperar como si dispusiese de todo el tiempo del mundo.

Las dos sombras apenas dieron unos pasos cuando se encontraron ante la puerta de una casa de aspecto descuidado. La fachada tenía un amplio balcón y una cancela enrejada, que destacaban sobre los desconchones y las manchas de la pared, donde apenas si se notaba un escudo labrado en piedra, desgastado por el paso de los años.

Ana María de la Tremouille iba a golpear en la madera de una puerta tachonada de negros e irregulares clavos de forja que ajustaban la tablazón, cuando la mano de la reina sujetó su brazo.

—¿Estás segura de que no cometemos un error? —La mirada de la soberana delataba la angustia de una niña que va a hacer algo prohibido y teme el castigo.

—¡Majestad! —La expresión, pese a que la voz era queda, tenía el tono de una regañina.

—Está bien, está bien. —Era como si con aquellas palabras la reina tratase de evitar una reprimenda y se diese los últimos ánimos.

Los golpes sonaron con suavidad, pero a las dos mujeres les parecieron auténticos mazazos que retumbaban en el silencio de la noche. Después se produjo una espera tensa que sólo rompió el cabeceo de una de las mulas del tiro que las había traído.

Transcurrieron los segundos con una lentitud desesperante. No se escuchaba nada.

La camarera volvió a llamar. De nuevo los golpes parecieron excesivos, y tampoco hubo respuesta. La reina miró nerviosa hacia un lado y otro de la calle, que continuaba desierta a excepción del coche.

—Creo que no debemos insistir. Hay algo que no encaja —musitó.

La camarera pareció dudar. En el verde de sus ojos asomó una sombra; fue sólo un destello fugaz, pero indicador de que algo había fallado en el plan. Se rehízo y pensó que no era posible, todo había sido previsto con extrema minuciosidad. Todas las personas eran de la más absoluta confianza.

—Majestad, no os impacientéis. Llamemos una vez más; ahí nos están esperando.

Con el corazón encogido, Ana María de Tremouille golpeó la hoja de aquella puerta. Lo hizo con tanta fuerza que sintió dolor en los nudillos, pese a tener puestos los guantes.

Siguió un instante de silencio; la angustia embargaba a la reina. «No debería haber venido», pensó.

Iba a indicarle a su camarera mayor, consejera y amiga, que se marchasen de aquel lugar, cuando se oyó un ruido metálico al otro lado de la puerta. Estaban descorriendo un cerrojo.

Desde la oscuridad del cuarto que daba a la reja que se abría en la mugrienta fachada de la casa, unos ojos escrutaban a las dos mujeres que, inmóviles, esperaban.

Capítulo III. El Rey va de caza

El rey deambulaba de un sitio a otro con la mirada desencajada y los ojos enrojecidos por la vigilia; de su boca salían ruidos guturales, frases inconexas. Parecía enloquecido. Colaboraba a esta impresión el abandono de su peluca —desgreñada y sucia— y el deprimente aspecto que ofrecía su atuendo. Apestaba a suciedad y a tabaco.

Los dos cortesanos que le acompañaban —don Antonio de Ubilla, secretario del despacho universal, y el marqués de Bedmar—, permanecían de pie en una esquina del pequeño salón donde el monarca se movía, a grandes zancadas, de un lado a otro, como dando tumbos. La imagen del rey era lamentable. Los zapatos que calzaba eran diferentes, tanto en la forma como en el color. Tenía las medias caídas y los calzones, de raso azul, manchados y desabotonados; estaban descosidos por uno de los lados casi a lo largo de toda la costura. La camisa aparecía mal abotonada, y como no estaba remetida en la cintura, presentaba fuera los harapos. El pañuelo que su majestad anudaba al cuello más parecía un dogal de tela blanca que otra cosa. La casaca, también de raso azul, pese a ser nueva se veía deslucida, rozada y cubierta de lamparones grasientos. Los bolsillos, uno de los cuales había perdido la tapa, estaban llenos de cosas y abultaban como alforjas.

En el rostro macilento y demacrado por la agitación que le acosaba desde hacía tres días, los mismos que llevaba recluido en aquel lugar, destacaba una barba incipiente cuyo color y distribución no eran uniformes. Felipe V se había negado a que su barbero le afeitase, al igual que había rechazado los servicios de su ayuda de cámara y había rehusado lavarse.

Hacía varios días que había abandonado el campamento real en una carroza, acompañado por los dos hombres que ahora estaban junto a él, contemplándole en silencio. Tras largas horas de viaje por los vericuetos y sendajos que se abrían en medio de los riscales de la sierra madrileña, habían ido a parar a aquel apartado lugar, perdido en medio de los extensos pinares que llenaban de una capa de verdor ininterrumpida durante leguas la cara norte de la sierra de Guadarrama. Eran los pinares de Valsaín, donde entre la soledad de aquellos bosques se alzaba una moderna y tranquila residencia campestre que en otros tiempos había servido a los reyes de descansadero en sus jornadas cinegéticas por aquellos parajes y que, ahora, servía al nuevo monarca de refugio para esconder su melancolía.

Quienes le acompañaban sabían bien de sus depresiones, de su apatía y de su añoranza de las verdes campiñas francesas. El rey era un nostálgico de la corte de su abuelo, que había aceptado ceñir la corona de España más por imposición familiar que por un deseo propio. A su falta de ánimo habían venido a sumarse las dificultades que la guerra promovida por la ambición de los Habsburgo y los intereses de ingleses

y holandeses había desencadenado. Sin embargo, quienes le conocían nunca le habían visto en aquel estado de postración y abandono, ni siquiera cuando hubo de embalar lo más preciso y huir a uña de caballo de Madrid porque los ejércitos enemigos entraban en ella, ocupándola.

Al respetuoso silencio de Bedmar y Ubilla se sumaba la perplejidad que les atenazaba ante la situación que estaban viviendo. Varias veces habían intentado que el rey regresase a Madrid y otras tantas habían recibido una respuesta colérica en forma de lanzamiento y rotura de los objetos que habían quedado al alcance de su Católica Majestad.

De repente el rey quedó inmóvil ante uno de los ventanales del aposento por el que el sol se derramaba a raudales, al estar los cortinajes desprendidos y colgados de un solo punto en uno de los laterales. La luz entraba como un prisma inclinado que iba del suelo a la ventana y en cuyo interior bailaban de forma anárquica diminutas partículas de polvo cuya visión desaparecía fuera del espacio iluminado. En medio estaba la figura del rey, que había quedado inmóvil. Era como si algo en su cerebro hubiese saltado, una alarma que le advertía. Los dos cortesanos se miraron, sus rostros eran una interrogación. Ubilla se dirigió al soberano:

—Majestad, ¿os sentís bien? ¿Necesitáis algo?

Felipe v se volvió lentamente. Parecía un muñeco rígido al que algún mecanismo le permitía girar, pero no hacer ningún otro movimiento. Por primera vez en aquellos tres largos días habló con normalidad, sin emitir gruñidos o sonidos inconexos.

—Ubilla, hemos de encontrar una solución, de lo contrario estamos perdidos sin remedio.

—Señor, no sé qué... —El secretario del despacho miraba al rey, esperando que aclarase algo más.

—Sí, hemos de evitar los planes de mi tío. Él es el verdadero culpable de los males que nos aquejan.

—No os entiendo, majestad...

—Sí, Ubilla, la carta de Alba. Sólo puede entenderse por influencia de mi tío, cuya ambición no conoce límites.

—Sigo sin entender, majestad. No sé a qué carta hacéis referencia.

—¿No conoces la carta del embajador, dices?

—No, majestad. —Ubilla solicitó con la mirada ayuda de Bedmar, que hasta entonces había permanecido en silencio, como espectador privilegiado de la situación.

Felipe v miró alternativamente varias veces a los dos hombres, con expresión desconfiada. El silencio era embarazoso.

—¿Dónde estamos? —La pregunta regia sonó como un trallazo.

—Señor —dijo Bedmar con voz queda—, estamos en el paraje de San Ildefonso,

en los pinares de Valsaín, a media jornada de Madrid.

El rey abrió la ventana, se asomó al balcón y aspiró el aire de la sierra. Ante sus ojos una inmensa capa de onduladas formas verdes se extendía hasta la línea del horizonte.

La perplejidad de los rostros de los dos hombres que acompañaban al monarca había acentuado la gravedad de sus semblantes. El rey entró de nuevo. El aire había ejercido un efecto tonificador en el aspecto de su cara.

—¿Cuántos días llevamos aquí? —preguntó.

—Tres, majestad —contestaron los dos al unísono.

—No recuerdo nada, sólo tengo vagas sensaciones. Es como si mi cabeza estuviese llena de brumas, algo parecido a las horas que siguen a una borrachera. — Mientras decía esto, el rey se acercó a una mesa, que ocupaba el centro de la habitación, y empezó a vaciar sus bolsillos sobre ella.

Allí había toda clase de porquerías. Había pétalos de flores resecos y en descomposición. Había también trozos de paloduz mordisqueado. Piedras pequeñas de forma redondeada, a la manera de los guijarros de un río. Un crucifijo de madera negra al que le faltaba uno de los brazos. Algunas pastillas de tabaco de mascar, todas empezadas. Una cajita de plata labrada con esmaltes de forma circular. Un camafeo con la imagen en relieve, realizada en coral rosado, de Luisa Gabriela de Saboya. Una pata disecada de conejo. Varios trozos pequeños de cuerdas de cáñamo. Tres corchos cilíndricos de los que se usan para tapar las botellas. Un pequeño ejemplar, con las tapas deslucidas y estropeadas, de las aventuras de Telémaco, en francés. Varias bellotas. Un trozo de tela —no era propiamente un pañuelo—, mugriento y de color indeterminado. Un pañuelo, también sucio, de fina batista blanca con las armas reales bordadas en azul. Un papel arrugado que resultó ser una cédula parroquial de confesión por Pascua Florida. Un trozo de cálamo para escribir. Una piedra de imán. Dos llaves pequeñas, como de escritorio o gaveta. Un pedazo de carne seca, que parecía cecina. Restos de bizcochos. Un rosario con las cuentas de semillas de color verdoso, al que le faltaba el crucifijo... También había una carta plegada por sus dobleces y arrugada en los bordes. Los lacres eran negros y estaban rotos.

El rey extendió la carta a Ubilla.

—¡Léela! —El tono era imperativo.

Mientras el secretario del despacho desdoblaba el pliego, el rey miró su desaliñada indumentaria.

Ubilla se había calado unas grandes antiparras que colgaban de su pecho, hechas a medida de la aquilina nariz del alto funcionario. Apenas había fijado la vista sobre el papel cuando su rostro, ceniciento por el cansancio acumulado después de tres agotadoras jornadas, se tornó de una palidez blanquecina.

—¡Léelo en voz alta!

Suprimió el preámbulo y leyó:

Las noticias que corren por esta corte son preocupantes. Se da por seguro que el pensionario Hensio de las provincias de Holanda y los enviados de la reina Ana tienen acordados los preliminares de un tratado de paz.

He podido inquirir que personas influyentes acá, tratan de mover el magnánimo corazón de su Majestad Cristianísima, para que firme estos preliminares. El contenido de algunos de ellos es tan extravagante como sigue.

Habrán de reconocer el rey de Francia a Carlos de Austria por Rey Católico, y dueño de todos los reinos de la monarquía española, exceptuando lo que estaba ofrecido a los portugueses, holandeses y duque de Saboya, observando perpetuamente la Francia, en cuanto a la sucesión, todas las cláusulas del dicho testamento.

Habrán de entregar por sus manos el Rey Cristianísimo la Sicilia al rey Carlos, y que dentro de sesenta días, que habían de empezar a contarse desde primero de julio, había de salir de España...

Ubilla se detuvo, titubeante.

—¡Continúa, Ubilla!

... Felipe de Borbón, duque de Anjou...

—¡Malditos, mil veces malditos! —Bedmar no pudo contenerse.

El rey, cuya serenidad asombraba, dado su estado pocos minutos antes, levantó con gesto parsimonioso una mano.

—¡Tranquilo, Bedmar, tranquilo! El secretario continuó leyendo:

... con su mujer e hijos, y los que le quisiesen seguir; y que pasado este plazo habrá de tomar las armas el rey de Francia, junto con los aliados, para obligarle a dejar la España...

A Ubilla le temblaba la voz y Bedmar tenía el rostro crispado. Con una tranquilidad pasmosa, el rey indicó al secretario que concluyese la lectura:

La Francia habrá de llamar sus tropas de cualquier parte de los dominios de España en que estuviesen, dando palabra real de no socorrer a su nieto con armas, ni dinero.

Habrán de ceder los Borbones para siempre los derechos a la monarquía de España, reconociendo por legítimos herederos a los Austríacos, y su casa, proclamando ahora a Carlos III como verdadero sucesor de Carlos II.

Éste es el contenido principal de la parte de los preliminares a que he tenido acceso. La gravedad del negocio me lleva a no utilizar la posta ordinaria y enviar estos pliegos con un correo extraordinario.

Otro rumor apunta a los partidos que en esta corte se han formado para mover la voluntad del Cristianísimo en sentido de aceptar o rechazar esta proposición. Para unos sería el oprobio y la mancilla si el rey Luis se sumase a los enemigos de nuestra monarquía para combatir al rey nuestro señor (que Dios Guarde). Para otros la situación en la Francia, en sus campañas y pueblos es de tal gravedad que se pronuncian por aceptar la paz. La situación tiene el ánimo del Cristianísimo en suspenso y la vida en Versalles está agitada.

B. L. M. DE V. M.
ALBA.

Felipe V miró a sus dos acompañantes.

—Bien, ¿qué opináis? —El rey afianzaba la serenidad de su ánimo conforme pasaban los minutos. El tiempo ejercía el efecto contrario en Ubilla y Bedmar, que parecían haber recibido una paliza, estaban abatidos y con el rostro contrito.

—Majestad, perdonad mi indiscreción y permitidme la pregunta. ¿Desde cuándo tenéis conocimiento del mensaje de Alba? —preguntó el secretario, que se había desprendido de los quevedos y doblaba cuidadosamente el papel.

—Desde hace tres días. Exactamente tres días, si son esos los que llevamos aquí. Lo último que recuerdo con plena conciencia es la llegada del correo portador del mensaje a Zaragoza. Después de su lectura recuerdo vagamente que tomé una carroza y abandonamos el campamento. ¿Vosotros habéis estado conmigo todo ese tiempo?

—Así es, majestad. Tomamos con vos la carroza y vinimos aquí, siguiendo vuestras órdenes. Pero el mensaje lleva en poder de su majestad más de tres días. A los tres que llevamos aquí hay que añadir los cuatro que duró el viaje.

—¿Yo ordené venir?

—De forma tajante, majestad. «¡A San Ildefonso! ¡A San Ildefonso, sin demora!», gritabais una y otra vez.

—¿Quién más está con nosotros?

—Nadie, salvo vuestro ayuda de cámara, vuestro barbero, dos cocheros y algunos hombres de la guardia.

—¿Quién sabe que estamos aquí y lo que ha ocurrido en estos días de... de...? —parecía que no encontraba la palabra—. De brumas —dijo por fin.

—Sólo quienes estamos aquí, majestad.

—Contadme qué he hecho estos tres días... Mi... mi memoria se resiste... Está como vacía y todo es niebla.

Los dos hombres se miraron indecisos. No era fácil contarle al rey las tres jornadas que allí habían transcurrido y lo que su real persona había hecho; además, estaban abatidos con el contenido de las noticias llegadas de París.

—Majestad —dijo al fin Ubilla—, en los tres días no habéis tenido reposo un solo instante, en ningún momento os ha rendido el sueño. Habéis permanecido sumido en vuestros pensamientos con un mutismo absoluto y no habéis probado bocado.

—¿Eso ha sido todo?

—Sí, majestad —respondió Bedmar.

—Bien, bien. —Felipe V parecía reflexionar—. En ese caso regresaremos, pero no iremos a Zaragoza. Nos dirigiremos directamente a Madrid.

—Será como ordene vuestra majestad. Sin embargo, sería necesario componer... —Bedmar dudó, pero la mirada expectante del monarca le ayudó a concluir—. Componer vuestra imagen. Tenemos algunos vestidos que ha traído vuestro ayuda de cámara.

El rey se miró a sí mismo con parsimonia, se escudriñó de arriba abajo y durante

un rato guardó silencio. Luego, soltó una sonora carcajada.

—No estoy muy presentable —admitió—. Parezco... ¡Parezco un rey destronado y en retirada!

—Majestad, no...

—Dejaos de ceremonias —cortó con sequedad el Borbón—. Sin embargo, no vestiré ropas de palacio. Aquí, por alguna parte, tiene que haber prendas de cazador. Eso es. —Hablaba como si acabase de hacer un descubrimiento del que trataba de cerciorarse—. Me vestiré con ropa de caza, de tal modo... —titubeó otra vez con su voz blanda—. De tal modo que estos tres días los hemos dedicado a la caza. ¡Hemos estado cazando por los pinares del Valsaín!

Ubilla salió para llamar al ayuda de cámara y al barbero, mientras el rey quedaba a solas con Bedmar. El secretario del despacho instruyó a los dos hombres acerca de lo que debían contar: el rey había tenido el deseo de aislarse porque necesitaba tranquilidad para tomar graves decisiones que el curso de los acontecimientos habían convertido en urgentes, por eso se había retirado a reflexionar y solazarse con la caza en Valsaín:

—Nadie, absolutamente nadie debe saber el trance por el que ha pasado su majestad. Estos días han pasado entre cabalgadas, acechos, paseos y reflexiones. ¿Alguna duda?

Los dos hombres asintieron con la cabeza y no abrieron la boca. Ubilla tomó un libro de un estante y, tras abrirlo al azar, lo colocó sobre sus manos y lo ofreció a sus interlocutores.

—Son los Santos Evangelios. Jurad guardarlo en secreto o que vuestra alma se queme en los infiernos.

—Lo juro, señor —dijo con voz acongojada el ayuda, poniendo la mano sobre el sagrado texto.

—Lo juro. —El barbero estaba tembloroso cuando extendió la mano derecha hasta rozar con la punta de los dedos el libro que sostenía el secretario.

—Ahora asead y componed la figura de su majestad, en traje de caza. Cuando hayáis terminado partiremos hacia la corte.

Los dos hombres abandonaron silenciosos y cabizbajos la estancia donde les habían aleccionado y tomado juramento, y ya alcanzaban la puerta cuando les detuvo la voz de Ubilla.

—¡Antonio! ¡Procura que tu mano no tiemble cuando rasures a su majestad! —Lanzó hacia ellos una bolsita de cuero azulado donde tintinearón las monedas que había en su interior—. ¡Son vuestras! ¡Por... por vuestro silencio! ¡Aunque, pensándolo mejor, son por vuestros servicios durante estas tres jornadas de caza, paseos y conversaciones!

Los dos asintieron e hicieron un gesto reverencial antes de abandonar el aposento.

El secretario del despacho universal cerró los Evangelios y salió con ellos en la mano, buscando a los demás que habían compartido aquellos días en San Ildefonso.

Los servidores se aplicaron con esmero en su trabajo, prepararon ropas y aderezaron la peluca de su majestad, quien se lavó y aseó lo mejor que las condiciones de aquel refugio serrano permitían, mientras los cocheros preparaban el tiro. Todo llevó un par de horas en total. El mismo tiempo que Ubilla y Bedmar necesitaron para ponerse de acuerdo en los detalles de la versión oficial de aquellos tres días en la vida del rey: habían estado en Valsaín cazando y se haría pública, a través del Consejo de Estado, la carta del embajador en París. Se había discutido sobre la gravedad de la situación. El rey había estado tranquilo, aunque a ratos melancólico, sumido en profundas reflexiones, como requerían las noticias que llegaban del otro lado de los Pirineos. En aquellos días de retiro su majestad había dado pruebas de una entereza y fortaleza de ánimo que resultaban admirables; podía afirmarse que el monarca se erguía ante las dificultades. Su actitud había sido tan animosa durante todo aquel tiempo que se hacía necesario publicar, tras la celebración de una sesión urgente del Consejo, una real orden para que todos los súbditos de su Católica Majestad supiesen de la resolución de su soberano de hacer frente a las dificultades con la mayor energía.

El viaje de regreso a Madrid se realizó sin incidentes. Estaba muy avanzada la noche cuando Felipe V entraba en el vetusto alcázar real; dada la hora marchó directamente a sus aposentos.

Ubilla se puso a trabajar en su gabinete, era necesario para poder convocar con urgencia una sesión de Estado que habría de celebrarse a las doce del día siguiente, el tiempo justo para convocar a los consejeros. Preparada la convocatoria, redactó el texto de una real orden que el monarca habría de firmar al término de la sesión. Cuando concluyó aquellas líneas estaba agitado, pero mucho más tranquilo. Aquel texto decía así:

Don Felipe V rey de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia... A todos los concejos, justicias, regimientos y leales vasallos de esta dilatada monarquía. Sabed que con el singular beneficio de la Divina Providencia que es servida de favorecer la justa causa de mis armas y el concurso de mis leales vasallos he tomado la entera resolución de defender a ultranza, hasta la total derrota y expulsión de los enemigos de esta monarquía y de nuestra Santa Católica Madre Iglesia, los sagrados derechos depositados en mi persona por la regia voluntad de su majestad, mi antecesor en el trono, don Carlos Segundo (que gloria de Dios haya) hasta el último aliento. Si fuese preciso hasta el sacrificio de mi propia vida combatiendo (si la Divina Majestad así lo dispusiere) al frente del último escuadrón de nuestro ejército.

YO, EL REY.

Capítulo IV. Ana de Hoserín

La reina y su camarera mayor cruzaron un patinillo de tierra apisonada en una de cuyas esquinas se levantaba el brocal de un pozo coronado por un fleje metálico en forma de arco. El patio, que no era muy grande, tenía forma rectangular y en las paredes que lo cerraban se abrían varias ventanas de distintos tamaños. En el ambiente flotaba un aire de soledad, tristeza y misterio.

Las dos mujeres, acompañadas de la anciana que les había abierto la puerta, entraron en una habitación relativamente espaciosa; tendría unas siete varas de largo por casi cinco de ancho, y en ella apenas si había mobiliario. Por el contrario, sobre unas repisillas adosadas a la pared abundaba la cacharrería. Había morteros de piedra; un almirez de metal; varias redomas; un extraño aparato de vidrio de formas retorcidas, así como otros utensilios poco comunes. También un búho de mirada vidriosa, disecado y bastante estropeado, cuyo plumaje se había perdido en algunos sitios y mostraba ranchos pelados en su cuerpo de tela relleno de paja. Mirarlo producía repelús.

La vieja les indicó con gesto desabrido y un gruñido que tomasen asiento en unas banquetillas que había alrededor de una mesa redonda.

—Aguardad a que venga el ama —dijo, y se ausentó sigilosamente por una puerta de cuarterones que se abría en una de las paredes menores de la sala.

La reina y su camarera mayor miraban el extraño aspecto de aquella habitación. Colaboraba a aquel ambiente poco tranquilizador la iluminación del lugar; sólo había un punto de luz que procedía de una especie de enorme candil con media docena de picos formando un círculo en cuyo centro las torcidas nadaban en aceite.

Daban una luz vacilante y humosa, que no era escasa, pero por su posición en la sala —en un rincón colgado del techo por tres cadenillas, que bajaban hasta poco más de una vara del suelo— iluminaba de abajo arriba y distribuía la luz de forma irregular, creando una atmósfera tenebrista.

Transcurrieron varios minutos en silencio, sólo roto por el crujir de las vigas, que de vez en cuando producían pequeños ruidos poco tranquilizadores.

—No sé, Ana María, si hemos hecho bien en acudir a un lugar como éste... ¡Si en palacio supieran de esto!

—Tranquilizaos, nada vamos a perder y nadie tiene por qué saber que estáis aquí. El cochero no sabe quién sois; ni siquiera sabe quién soy yo, y unas buenas monedas sellarán su boca, porque tampoco le interesa saber más.

—Sí, pero la... la... la mujer que aguardamos puede descubrir... —La reina retorció unos con otros los dedos de las manos, manifestando tensión y nerviosismo.

—No debéis preocuparos por eso; aquí sólo saben que somos dos mujeres de alcurnia y nada más.

—Sí, pero esta mujer es una bruja, una hechicera. ¡Puede adivinar quiénes somos!

La camarera esbozó una sonrisa maliciosa. Iba a decir algo cuando la puerta por donde se había marchado la vieja chirrió al girar sobre sus goznes, dando paso a la silueta de una mujer que se acercaba hacia ellas.

—Buenas noches tengan vuestras mercedes —fue el saludo de la recién llegada, que tomó asiento en una de las banquetas.

Quedó situada de manera que cada una de ellas la flanqueaba por un lado. Era una mujer de una belleza extraña y exótica. No resultaba fácil determinar su edad; desde luego, ya no era una jovencita, pero tampoco había llegado a ese momento en que el tiempo empieza a causar estragos en el físico. Era probable que aún no hubiese cumplido los treinta años, y, de haberlo hecho, no lo aparentaba.

En su cutis, moreno y de una tersura absoluta, no se percibía una sola arruga. El pelo, también negro, caía sobre sus hombros y su espalda en una melena no demasiado larga. Los labios, grandes y sensuales, le daban un gran atractivo. Con todo, lo más llamativo de aquel rostro extraño eran sus ojos: grandes y negros, que traspasaban al mirar.

Vestía una especie de camisa blanca, como las que usaban las mujeres del pueblo, de mangas largas, abotonada y cerrada hasta el cuello; cubría sus hombros con una manteleta triangular del mismo color que la camisa, anudada en el pecho. Completaba el atuendo una falda de tejido oscuro y burdo que caía, sin ningún tipo de adornos, hasta el suelo. No llevaba calzado y tenía los pies desnudos. Por su atuendo, nada parecía indicar que aquella mujer tuviese poderes extraordinarios. Sin embargo, su presencia imponía.

La reina había contenido la respiración y tenía el rostro crispado ante la imagen que aquella mujer, o lo que fuese, ofrecía. Sólo la presencia de *mademoiselle*, un bálsamo en el mar de agitaciones que era su vida, le daba el brío suficiente para permanecer sentada y no salir huyendo de aquel miserable lugar. La presencia de la mujer produjo un silencio tenso y expectante que al cabo de un rato ella misma se encargó de romper.

—Bien, señoras mías —dijo—, sólo la amistad que me une a quien os ha recomendado, y que es persona a la que no puedo negarle nada, hace que os haya recibido a horas como éstas y esté dispuesta a escucharos. Habéis de saber que esto os costará diez reales de a ocho en plata, y si hay remedio habréis de doblar esa cantidad más... la voluntad de vuestras mercedes.

«Parece una aprovechada avara y lenguaraz», pensó la reina. Volvió a sentir con intensidad el deseo de marcharse de allí y luego dar órdenes oportunas para que aquella arpía fuese castigada convenientemente. Sin embargo, algo que ya no era la presencia de su amiga y camarera mayor, la llevó a permanecer allí.

Fue la princesa de los Ursinos quien, asintiendo con un movimiento de cabeza,

contestó:

—Hemos de suponer que tú eres Ana de Hoserín y eres capaz de poner remedio a las cuitas que nos han traído hasta aquí.

La bruja se agitó en su banquetta.

—Si dudáis de mis cualidades, ¿a qué habéis venido? —Esperó una contestación que no se produjo, por lo que continuó—. Porque de ser así, estáis perdiendo el tiempo. El vuestro y el mío, que tiene un alto precio, como os he indicado, cuestión de la que no he obtenido respuesta.

La camarera sacó varias monedas de un bolsillo de la misma tela de su traje, que colgaba de su muñeca izquierda. Eran doblones de oro, tres, y su valor superaba con creces la tarifa planteada por la bruja. Las dejó caer sobre el tapete de la mesa.

Ana de Hoserín hizo poco aprecio al dinero, lo que desconcertó a la camarera, que esperaba otra clase de reacción. Otra vez el silencio se alargó y de nuevo la dueña de la casa tomó la iniciativa.

—Y bien, ¿qué deseáis? —preguntó.

La camarera se dio cuenta de que la reina no abriría la boca, por lo que se hizo cargo de la situación.

—En primer lugar —dijo— has de saber que el negocio que nos ha traído a tu casa es de suma importancia, y que la discreción ha de ser pieza fundamental en el mismo; antes de confiártelo hemos de tener garantía de tu silencio.

Ana de Hoserín adoptó un aire de dignidad ofendida y señaló que a su casa acudía lo mejor de Madrid —recalcó con cierto retintín lo de «mejor»—, y que era casa acreditada por su seriedad y discreción; también recalcó esta última palabra.

—Así lo esperamos, y lo indican las referencias que tenemos de ti.

Aquella mujer tan desconcertante pareció reconfortarse con las últimas palabras de quien parecía ejercer la autoridad en aquella visita, porque la jovencita tenía el aire de una tontuela asustada.

—Si habéis requerido mis servicios, debo conocer cuál es vuestro encargo. —A continuación desgranó una retahíla de asuntos que podía abordar: adivinamientos, conjuros, maldiciones, pócimas, elixir de amor, ataduras, hechizos, sortilegios, interpretaciones, fórmulas...

A la reina el enunciado de todo aquello le pareció pura charlatanería; se le habían disipado las dudas que tenía sobre la necesidad de acudir allí y estaba convencida de que había sido un error.

—La joven señora cree que es una pérdida de tiempo haber venido a mi casa —añadió la mujer—, y en este momento siente un deseo irrefrenable de marcharse, pero si lo hace —miró fijamente a la reina— nunca tendrá una respuesta a la angustia que le producen la falta de noticias y sobre todo la realidad de las intrigas y traiciones que la rodean y amenazan.

A Luisa Gabriela de Saboya se le cortó la respiración, a la vez que sus manos se asían con fuerza al borde de la mesa.

—¿Cómo sabes tú que esperamos noticias? ¿De dónde vienen esas noticias? — Las preguntas de la camarera fueron interrumpidas en seco.

—¡De dónde han de venir! ¡De Francia, señora mía! ¡Más aun, del palacio de Versalles! —Las afirmaciones de la mujer eran contundentes. Después, preguntó—: ¿Queréis que os diga más?

La reina y su camarera cruzaron una mirada confusa; aquella mujer de extraña apariencia no era una simple charlatana.

—Sí, queremos —afirmó la princesa de Ursinos, tratando de controlarse.

—La joven señora, aunque ignoro su identidad exacta, es persona que se mueve en las alturas —dijo la mujer—. Las intrigas que le preocupan son palatinas y las traiciones regias. —Sus ojos intentaban penetrar en la mente de Luisa Gabriela y escudriñar lo que en ella había.

La reina se agitó inquieta, aunque los ropones que la cubrían disimulaban su estado de excitación.

La camarera mayor volvió a inquirir.

—¿Podrías dar respuesta a preguntas concretas?

—Es posible, pero no puedo asegurároslo.

—¿Es cuestión de dinero? —La voz de la reina sonó temblorosa.

—No, no lo es. Yo cobro un precio por mi trabajo, independientemente de las circunstancias del mismo.

Ahora parecía que aquella mujer no era una vividora; quienes le habían indicado sus cualidades a la camarera mayor no la habían engañado. Ni siquiera habían exagerado cuando les preguntó por alguien que pudiese «ayudarla» en cuestión de unos amores. Unos amores con un cortesano era la discreta cobertura que la princesa de los Ursinos había dado a sus requerimientos para obtener información acerca de alguien que pudiese «auxiliarla» para colmar sus deseos. Sabía que aquella cobertura daría lugar a toda clase de chismes y habladurías en torno a su persona, sazonzando aún más la comidilla cortesana de cada jornada, en la que ella era uno de los platos favoritos. «¡Será puta la vieja alcahueta!», ése sería el tenor de los comentarios que girarían en torno a los «servicios» que decía requerir. Una vez más se convertía en escudo protector de aquella pareja de reyes jóvenes y tan frágiles que parecían de juguete. No le importaba, porque, en parte, ése era el objetivo de su presencia en la corte madrileña. Pero sólo en parte, ya que con el paso del tiempo se había encariñado de tal forma con su reina y su rey que el respeto debido se había transformado en otro sentimiento.

—Está bien —señaló la camarera—, vamos a confiarte la razón de nuestra visita, pero antes hemos de garantizarnos tu discreción y tu silencio. Tras decir esto sacó del

mismo bolso del que habían salido los doblones un pequeño crucifijo de plata, de orfebrería muy trabajada.

Antes de que lo depositase en la mesa, Ana de Hoserín soltó una sonora carcajada.

—Si confiáis en un juramento sobre vuestro crucifijo como garantía de mi silencio, perdéis el tiempo. ¡Yo no creo en esas cosas! —apostilló alzando la voz.

La camarera comprendió que había cometido un error imperdonable. Aquella mujer era una hechicera, una bruja, no una cristiana, y debería haberlo previsto. Sin embargo, algo había tenido de positivo: era de fiar. Podría haber guardado silencio y hecho una pantomima; no le hubiese costado ningún trabajo jurar en vano en el nombre de Dios, porque era un dios en el que no creía.

—¿Renegáis de Dios Nuestro Señor y lo decís públicamente? —preguntó la reina, escandalizada.

—Señora, uno no puede renegar de aquello en lo que nunca ha creído. Yo no soy cristiana, no estoy bautizada. También erráis cuando afirmáis que lo digo públicamente; si así lo hiciera mi vida no valdría un ardite. Lo digo aquí, en privado, ante unas personas que desean discreción más que ninguna otra cosa. ¿Me denunciaríais al Santo Oficio? ¡Menudo escándalo!

La reina dio un respingo en el asiento.

—¡Ana María creo que deberíamos marcharnos!

La camarera prefirió no contestar a su majestad, se limitó a negar con un movimiento de cabeza. La mujer a la que habían visitado no era una vulgar charlatana de tantas como pululaban por la villa y corte madrileña. Estaba claro que era inteligente y sabía el terreno que pisaba; ahora sólo faltaba que de verdad poseyese los poderes que se le atribuían.

—La señora requiere tus servicios en un asunto de extrema importancia, confiaremos en ti. —La princesa de los Ursinos tenía dudas razonables sobre la actitud de la reina respecto de lo que decía, pero estaba convencida de no equivocarse haciendo aquella apuesta; además, era mucho el camino recorrido hasta allí para volverse atrás sólo porque la reina tuviese problemas de conciencia.

Capítulo V. Un mensaje extraño

En la corte se rumoreaba que habían llegado noticias de Francia, y que las mismas no eran buenas. Se decía, aunque nadie había visto el papel, que un correo enviado por el duque de Alba avisaba del giro que estaban tomando los acontecimientos. En algún corrillo los comentarios apuntaban a que Luis XIV estaba resignado a firmar la paz con ingleses y holandeses, abandonando a su majestad a lo que le deparase su propia suerte. Se afirmaba que en lo fundamental estaban de acuerdo y sólo existían pequeñas diferencias en asuntos menores, meras cuestiones de detalle.

Alguien había insinuado conocer un secreto verdaderamente terrible:

—Sé por persona de confianza que el Cristianísimo va a volver sus tropas contra el rey nuestro señor.

La incredulidad y la preocupación se habían dibujado en el rostro de los que oyeron semejante cosa. Hubo reacciones muy variadas.

—¡Eso es una infamia! ¡Luis XIV jamás hará tal cosa!

—¡Eso es sencillamente traición! ¡Es impensable!

—¡A mí no me extrañaría que ese zorro hiciese una cosa así!

—¡Tened la lengua! ¡Es el abuelo de su majestad, que Dios guarde!

—¡Tenéis flaca memoria! ¿Cómo actuó el rey Luis en la época de su majestad Carlos II, que Dios haya en su gloria? ¿Recordáis los tratados y los manejos? ¡Es un felón!

Madrid entero bullía de noticias, de chismes. No había otro tema de conversación, y de aquello era de lo que se hablaba, en voz baja o a voz en grito, según el lugar. Porque se hablaba en la antecámara de palacio, en las covachuelas y en las caballerizas; se hablaba en la calle, en tabernas, en mesones, en posadas, en las esquinas y, sobre todo, en las gradas de San Felipe y en el Prado, adonde los madrileños seguían acudiendo a pasear, a ver y a ser vistos cada tarde, antes de la oración.

Una especie de agitación se había extendido por todos los rincones del alcázar desde que se había tenido noticia de la llegada de un nuevo correo procedente de Versalles. La misma crecía conforme pasaban los minutos y había toda clase de opiniones, aunque todas carecían de fundamento, ya que los pliegos no se habían abierto porque su majestad aún compartía el lecho con su esposa y nadie se atrevía a interrumpir la regia intimidad. Había que esperar a que sonase la campanilla de la alcoba de la reina; sólo entonces podía la camarera mayor entrar en el aposento.

En la antecámara poco a poco se había reunido un elevado número de cortesanos; allí se dieron cita gentes que pululaban por los más recónditos lugares del alcázar. Existía la expectación de los grandes acontecimientos.

La princesa de los Ursinos estaba rodeada de las camareras de su majestad

esperando la señal; también, embutidos en sus púrpuras, los cardenales Portocarrero y Belluga. Junto a los eclesiásticos se veía, hablando sin parar, a los condes de Oñate y Santa Cruz, los marqueses de Bedmar y Valdemojón y los duques del Infantado y de Medinasidonia. Había varios teólogos tocados con sus negros bonetes y luciendo severas vestiduras, y dos capitanes de la guardia hablaban quedamente con el marqués de Aytona, a cuyo mando había quedado la Guardia Valona, que aquellos días tenía encomendada la custodia del alcázar y de las reales personas. Había más de una docena de caballeros de hábito, también vestidos de negro, luciendo orgullosos en el pecho las veneras rojas de sus órdenes respectivas. Algunas damas de retrete aguardaban, cuchicheando en un rincón, a que fuesen requeridos sus servicios, mientras en un extremo de la estancia el inquisidor general sostenía una animada conversación con dos elegantes señoras que asentían continuamente a sus exposiciones, con una sonrisa en la boca.

Por una de las puertas laterales que daban acceso a aquel punto de reunión palaciega fueron entrando, uno tras otro, todos los miembros del Consejo de Estado. Habían concluido una de sus tediosas sesiones o, dadas las circunstancias —hasta ellos había llegado la noticia del arribo del correo procedente de Versalles—, la habían dado por concluida. Mantenían el aire grave que les caracterizaba como miembros del más alto órgano de gobierno de la monarquía y parecían, por su aspecto adusto y severo, estar siempre meditando sobre asuntos de la mayor enjundia en lo tocante a la gobernación del Estado. Casi todos habían llegado a la edad provecta, lo que hacía que, con frecuencia, sus actuaciones en el Consejo no fuesen tan atinadas como era deseable; eran del dominio público los antagonismos, casi ancestrales, de algunos de sus miembros y de los intereses que allí representaban. También estaba el confesor del rey, por si el soberano, como era habitual, requería sus servicios después de haber gozado de los encantos de la reina. A veces, su majestad llegaba hasta el borde mismo del agotamiento en sus ejercicios amatorios.

Cuando más animada era la conversación en todos los corrillos, sonó la campanilla. La camarera mayor mostró su diligencia y seguida de sus ayudantes entró en la alcoba real. Apenas un minuto después, una de las camareras salía a la antecámara y buscaba con la mirada. Todos los presentes se fijaron en ella, que se acercaba al confesor.

—Reverencia, su majestad os requiere —susurró con suavidad y cierta entonación no exenta de picaresca.

El padre confesor recogió con agilidad uno de los lados de su capa y plegando ésta sobre su hombro siguió a la mujer entre miradas burlonas, codazos intencionados y comentarios que, aunque no llegaban a sus oídos, bien sabía él que estaban cargados de obscenidades.

Mientras en la alcoba las camareras componían la figura de la reina y las damas

de retrete adecentaban el lugar, bajo las indicaciones de la princesa de los Ursinos, el rey se había retirado a una dependencia anexa donde tenía un vestidor y su propio excusado. Allí, descargó su conciencia de la fogosidad con que se había empleado aquella noche.

Cuando salió el confesor —cerca de una hora había necesitado para que el regio penitente se tranquilizase—, la reina ya estaba vestida y acicalada. Entonces entraron los ayudas de cámara del rey y, con ellos, el cocinero de su majestad con el preparado reconstituyente que éste se hacía servir para recuperar las energías que en el tálamo derrochaba. Eran ya más de las dos cuando el soberano reclamó la presencia del secretario del despacho universal.

—Ubilla, el padre confesor me ha comunicado la llegada de una carta de su majestad, el rey mi abuelo. Veamos su contenido.

Ubilla, que era hombre previsor y había llevado la carta consigo, rompió los lacres. Sólo estaban, además de los reyes, la camarera mayor. El secretario se caló las lentes y con un carraspeo se aclaró la voz.

A mi muy amado nieto Felipe, rey de España.

No tienen los mortales memoria de un invierno tan duro ni con tal exceso de frío como el del pasado. Se helaron los ríos hasta las proximidades del mar, que en algunos lugares, en sus márgenes terrestres, formaron hielo. No corrió el agua líquida, ni siquiera la que se trae en las manos para beber. Se endurecieron en muchas partes las carnes y los pescados, tanto que se hizo preciso cortarlos con hachuela. Morían los centinelas en las garitas y la industria humana casi no encontraba reparo contra tan irregular inclemencia. Como el anterior año había expirado con la misma destemplanza, no hicieron progreso los sembrados y se ha introducido el hambre por todas partes...

Mientras la reina seguía con todo interés la lectura que Ubilla realizaba y en similar actitud estaba la princesa de los Ursinos, que trataba de no perder detalle, el rey se había removido en su sillón y había dejado escapar un bostezo.

... Son muchos y graves los infortunios que aquejan a esta monarquía, cuyo gobierno nos ha encomendado la majestad divina de Dios Nuestro Señor, y numerosas las instancias y quejas de nuestros vasallos para poner fin a una guerra, cuyo mantenimiento se nos hace insostenible. La escasez de numerario nos ha obligado a enviar a la casa de la moneda las hermosas estatuas de plata con que se ornaban nuestros palacios y residencias para reducirlas a moneda.

En las presentes circunstancias se hace imposible el mantenimiento de la actual situación militar, en que nuestros ejércitos se ven obligados a defender el solar patrio, donde algunas plazas de importancia son amenazadas por el enemigo. En los momentos actuales la prudencia y el buen gobierno aconsejan que todas las tropas disponibles se concentren en la defensa de estos mis reinos para evitar males mayores que sobrevendrán inexcusablemente de mantenerse el actual estado de cosas.

En consecuencia, he dado instrucciones concretas al ministro de la Guerra para que tome aquellas disposiciones que considere necesarias a tal fin. El reforzamiento de nuestra posición militar obligará, sin duda, a rebajar las exigencias de su majestad la reina Ana y del pensionario de Holanda en la mesa de negociaciones. Recibid el paternal afecto de vuestro abuelo.

YO, EL REY.

El rostro de Ubilla había ido palideciendo conforme avanzaba en la lectura, y ahora tenía el aspecto de un cadáver. El silencio era absoluto, total.

—No dice nada de volver sus tropas contra mí —señaló el rey con voz gangosa.

—Cierto, majestad. —Ubilla no quiso o no pudo decir más.

—Significa, Felipe, que vuestro abuelo os retira todo su apoyo, que las tropas francesas se marchan y nos quedamos solos. También se alude a la existencia de una mesa de negociaciones. —La reina alzó la voz—. ¿Qué se está negociando? ¿Cuáles son los planteamientos sobre los que se asentaría una supuesta paz?

Luisa Gabriela se levantó, a punto de romper a sollozar, y se acercó a su camarera haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas. La diferencia de estatura entre las dos mujeres permitió a la reina inclinar su cabeza sobre el hombro de *mademoiselle*; entonces empezó a gemir. El rey parecía ausente, como si no hubiese oído nada o no hubiese querido oírlo. Ubilla permanecía inmóvil y atónito ante la escena.

—Majestades —la voz potente de la princesa de los Ursinos rompió el silencio—, el contenido de la carta del rey Cristianísimo no aporta nada nuevo a lo que ya sabíamos: que la situación en los dominios de vuestro abuelo es grave y necesita de todos sus recursos militares.

Ubilla interrumpió a la camarera.

—Señora mía, esta carta confirma los más negros presagios; creo que no debemos quitar dramatismo a la situación. Con las tropas del Cristianísimo en España, apenas podemos sostener la igualdad con el enemigo en el campo de batalla. Sin su ayuda...

—Creo, señor secretario —había cierta ironía en sus palabras—, que vuestra obligación y la mía, como servidores de los reyes nuestros señores, es la de tratar de no ensombrecer aún más el panorama, sino aportar ánimos y resoluciones.

—¡Señora! —Ubilla casi gritó pese a la presencia de los reyes—, yo no ensombrezco ningún panorama, hago un ejercicio de realismo, que ahora es más necesario que nunca.

La princesa de los Ursinos iba a replicar cuando la voz, un tanto desmayada, del rey cortó la incipiente disputa.

—Ubilla, reúne a la corte porque es necesario hacer anuncio de esto, ya que los rumores son, por lo general, mucho peores que la más dura de las realidades. Daremos a conocer a todos el contenido de la carta del rey mi abuelo y haré pública, otra vez, mi firme voluntad de ser el soberano de esta monarquía, por si acaso...

Las palabras del rey quedaron interrumpidas por un hecho inaudito: la puerta de la antecámara había producido el crujido que hacía al abrirse; alguien osaba interrumpir la intimidad de sus majestades. Apareció entre las pesadas hojas de madera la cabeza del marqués de Aytona, quien saludó militarmente, mientras se disculpaba.

—Majestad, perdonad, pero es de suma urgencia, de no ser así no habría...

—¿Qué ocurre, Aytona? ¡Muy grave ha de ser el asunto!

Aytona avanzó algunos pasos e hizo ademán de entregar un papel al monarca, quien le indicó con la mirada que se lo diese al secretario. Cuando éste lo cogió no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¡Majestad, los lacres están rotos! ¡Esta carta ha sido abierta!

—¿Qué ha ocurrido, Aytona?

—Majestad, el correo ha llegado en ese estado, y lo que es más grave, majestad...

—¿Qué ha ocurrido? —El rey repitió impaciente la pregunta.

—El mensajero está malherido; ha debido de ser asaltado por alguna partida de facinerosos. En realidad, ha llegado a palacio porque le ha conducido hasta aquí una patrulla que le encontró como a una legua de la corte. Ni siquiera sabemos cuál era el destino de este correo. Su estado es preocupante; el doctor Ruiz de Peralta está atendiéndole, pero la herida tiene muy mal aspecto.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Ubilla, que había vuelto a calarse las lentes.

—Nada, apenas le quedó resuello para llegar a la entrada del patio de armas. Allí, cuentan los hombres que había en el puesto, cayó del caballo, desplomándose sin sentido.

—¿Conoces el contenido de ese papel? —El rey miró fijamente al jefe de la Guardia Valona.

—¡No, majestad! ¡Os lo juro por mi honor!

—¿Quién os lo entregó?

—¡El capitán de la guardia que tiene ahora su turno, majestad!

—¡Averigua si ha leído este papel! ¡Comunicámelo de inmediato!

—¡Así será, majestad! —El marqués de Aytona hizo un saludo militar en lugar de una reverencia cortesana y se retiró.

—¿A quién va dirigido, Ubilla?

—No hay dirección, majestad.

—¿De quién son los lacres?

—Lo ignoro, majestad; son negros, pero no parecen tener armas que los identifiquen.

El secretario del despacho universal era, sin ningún género de dudas, la persona de la corte en quien el rey Felipe tenía mayor confianza, excepción hecha de la camarera mayor de la reina. Era un hombre de pequeña estatura y complexión robusta, y su capacidad de trabajo parecía inagotable. Para él no existían las horas, y había vinculado su vida a la de los jóvenes monarcas. Servía con lealtad a su señor, lo que significaba que hablaba con todo el respeto debido a su majestad, pero señalándole aquello que realmente pensaba. Era una rara especie en los ambientes cortesanos, que se caracterizaban por la adulación, la simulación y la mentira.

El papel que tenía en sus manos era de fuerte textura, casi parecía pergamino.

Estaba ajado, signo inequívoco de haber pasado por varias manos y haber corrido vicisitudes ajenas al trato normal de un pliego que viajaba; además, sus dobleces no encajaban, porque había sido abierto y cerrado de forma descuidada. Quien había roto los lacres había actuado sin ningún cuidado. No debía de importarle ocultar el hecho, más bien parecía lo contrario.

—Lee ese papel —indicó el rey.

Ubilla desplegó la carta con manos temblorosas, echó una ojeada y se apretó los quevedos como si deseara ver mejor. Parecía perplejo.

Levantó los ojos con la mirada incrédula, pero su boca no se abría.

—¡Por el amor de Dios, Ubilla, qué dice ese papel! —La voz de la reina sonó estridente.

—Majestad, esto no tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido? —El rey se agitaba en su sillón.

—Lo que dice este papel, majestad. —Ubilla miraba alternativamente el texto y al rey.

—¡Quieres leer de una maldita vez qué es lo que está escrito ahí!

Ubilla se apretó una vez más las lentes y sostuvo, casi a la altura de sus ojos, aquel misterioso papel.

*Plutarco se impondrá a Homero.
Ha sonado la hora de la justicia.
Las Damas y sus Hijas lo agradecerán.
Cicerón está dispuesto.
X e Y avisen a Cicerón.*

La perplejidad de Ubilla se había trasladado a la pareja real y a la princesa de los Ursinos. En la mente de los presentes sonaban aquellas frases inconexas que hablaban de Homero, de Plutarco, de Cicerón.

La princesa de los Ursinos pidió al secretario que leyese de nuevo el texto. El rey asintió sin hablar.

—¿No hay más? ¿No va dirigido a nadie? ¿Nada sabemos de quien lo escribe? —*mademoiselle* encadenaba las preguntas.

Ubilla miró el anverso y el reverso del papel. No había nada más, ninguna otra señal. Observó con detenimiento el lacre, que no aportó nada nuevo. Ninguna inicial, ningún nombre, ningún escudo.

—Ni siquiera sabemos a quién estaba dirigido. Tal vez el destinatario fuese alguien de palacio cuya identidad no conocemos. —La reina hablaba como si pensase en voz alta.

—Es posible que se trate de una broma. ¿Qué es eso de que Plutarco se impondrá a Homero? ¡Dame ese papel! —ordenó el rey.

—Majestad, no se viola el correo ni se ataca a un mensajero por broma, pues la

pena es la muerte.

Ubilla entregó el pliego a Felipe v, quien lo miró con displicencia, después hizo un gesto despectivo y se lo devolvió al secretario.

La princesa de los Ursinos estaba intrigada.

—¿Quién será Plutarco y quién será Homero? ¿Quiénes serán las damas y sus hijas?

Unos golpes sonaron en la puerta que daba a la antecámara. Sin esperar respuesta, quien llamó, abrió la puerta. Otra vez era el marqués de Aytona, que de nuevo saludó militarmente.

—Majestad, en palacio nadie ha leído el contenido de ese mensaje. El alboroto que el suceso produjo en la guardia hizo salir al capitán, y éste recibió el pliego del mensajero; de sus manos ha pasado a las mías.

—Está bien Aytona, puedes retirarte.

El aristócrata iba a marcharse cuando la voz de la camarera le detuvo:

—Señor marqués, ¿qué hay del mensajero?

—Malas noticias, *mademoiselle*; por lo que sé, han requerido con urgencia la presencia del padre Daubenton para asistirle. Tal vez ya esté muerto.

Capítulo VI. La camarera y el confesor

Por indicación de su majestad la corte se había congregado en el Salón Dorado, y pese a que había pasado la hora del almuerzo, no faltaba nadie. Había expectación por los sucesos de aquella intensa mañana en que había llegado un correo de Versalles y, por si no fuera suficiente, también un mensaje extraño con un mensajero moribundo. Circulaban rumores para todos los gustos, y todos decían tener información fidedigna y reciente, pero que quedaba en entredicho a los pocos minutos.

Allí estaban todos, de pie, conversando en animados corrillos: los miembros del Consejo de Estado en pleno, incluido el valetudinario marqués de Mancera, que ya había cumplido los noventa años, los consejeros de Flandes y el presidente de Indias. Por todas partes pululaban teólogos y gentes de hábito, su eminencia el primado Portocarrero y también el impulsivo Belluga, que no había parado en mientes a la hora de armar un regimiento de clérigos, daba igual que fuesen curas o frailes, quienes, sotana remangada y fusil, pedreñal o arcabuz en bandolera, se habían dedicado a la santa misión de matar herejes ingleses u holandeses en las comarcas limítrofes entre Murcia y Valencia. Estaba el más importante de los consejeros franceses que Luis XIV había asignado a su nieto, Amelot, y también Aytona, Medinasidonia, Medinaceli, Sessa, Bedmar, Infantado...

La llegada de los reyes, acompañados de Ubilla y del marqués de Grimaldo, apagó los comentarios. La corte formó un reverencial pasillo por el que caminaron sus majestades. Una vez que tomaron asiento, el rey hizo una señal al secretario del despacho, que estaba al pie del estrado, a su derecha.

—El rey nuestro señor ha tenido a bien dar a conocer el texto de la carta que su majestad Cristianísima ha remitido y cuyo tenor es como sigue. Ubilla se puso los anteojos y comenzó la lectura de la carta.

—«No tienen los mortales memoria de un invierno tan duro ni con tal exceso de frío...».

Mientras se daba cuenta de las noticias que llegaban de Versalles, en una habitación apartada la princesa de los Ursinos acababa de recibir la visita del padre Daubenton, que había acudido, solícito, a su llamada.

Era Daubenton un personaje curioso que no respondía al perfil tradicional de sus antecesores en el confesionario regio. Se trataba de un jesuita, lo que rompía la larga tradición de los dominicos como directores espirituales del rey. Mofletudo y de carnes sonrosadas, regordete aunque de porte majestuoso, dicharachero, amigo de la buena vida y, por ende, proclive al perdón fácil, era un confesor a medida de la estrecha conciencia del rey, quien con un rigorista en el confesionario hubiese tenido serios problemas. Con todo, no era ésa su virtud principal, sino el que —en esto

también rompía el molde trazado por sus antecesores— no hubiese convertido su posición en una plataforma de acción política. Nunca había intervenido en las luchas cortesanas ni había utilizado su influencia sobre el monarca, cuando éste se convertía en su penitente, para influir más allá de lo que era su ministerio. Se limitaba a darle blandas recomendaciones y a tranquilizarle la conciencia por lo que el rey consideraba excesos de su lujuria. Estaba dispuesto a compartir el placer de la mesa con quien quisiese gozar de su compañía. Su glotonería ante las exquisiteces culinarias era de dominio público, y las malas lenguas, siempre tan afiladas y abundantes, contaban su afición a compartir la cama con amigas y penitentes; sin embargo, a pesar de todo lo que se decía nunca se le había sorprendido en situación comprometida.

—Quiero agradecer a vuestra reverencia la rapidez con que habéis acudido a mi llamada. Sois una persona exquisita y un buen amigo, algo muy difícil de conseguir entre estas paredes. —La princesa de los Ursinos estaba poniendo en marcha todas sus dotes de seducción.

A la vez que daba la bienvenida al confesor real, extendía hacia él una mano hermosa y blanquísima que Daubenton besó con algo más que cortesía: —Creo, padre, que habéis atendido en confesión al mensajero que llegó acuchillado a palacio—. Hablaba distraídamente, mientras daba la espalda al jesuita so pretexto de servir unas copas de vino.

Los ojos del confesor se abrieron desmesuradamente. La espalda de aquella mujer estaba completamente desnuda, hasta la misma cintura. Sintió que se le contraía el estómago a la vez que disfrutaba de un placentero cosquilleo, notó que se le aceleraba el pulso y la sangre se le agolpaba en las sienes. Cuando la camarera se volvió con las copas que había llenado parsimoniosamente, el confesor ofrecía el aspecto de una persona congestionada.

—¿Decíais, padre, sobre el mensajero? —Le alargó una de las copas.

—Yo, yo..., sí..., el mensajero. ¡Ah, el mensajero! Sí, ha muerto, pobre desgraciado. —Bebió un largo trago de vino.

—¿Le asaltaron unos bandoleros?

—En cierto modo, sí; se trataba de gentes partidarias del archiduque.

—¿No le robaron el correo?

—Abrieron el pliego, pero no debió de interesarles, porque lo arrojaron; sólo se apropiaron de las armas y el dinero que el pobre diablo llevaba encima. Como la herida del cuello era horrorosa, le dieron por muerto. ¡No sé cómo ha podido llegar hasta la corte!

Dos tragos bastaron para que el jesuita vaciase la copa, que la camarera llenó nuevamente con generosidad, mostrando otra vez al clérigo la desnudez de su espalda. Cuando se volvió con la copa, logró que su vestido se deslizase con

suavidad, dejando al descubierto uno de sus hombros. No se tomó la molestia de cubrirlo y se percató del efecto que ejercía en el confesor.

—¿Cómo encuentra vuestra reverencia a su majestad estos días? ¿Sabéis que las noticias que llegan de Versalles no son halagüeñas?

El clérigo, a todas luces alterado, trataba de calmar su excitación vaciando el contenido de su copa, a pesar de lo cual estaba sediento. Sin interrupción, una tercera copa estuvo en su mano a la par que el vestido de la camarera también se deslizaba por el otro hombro, que quedaba asimismo al aire. Sólo el prominente busto de *mademoiselle* impedía que quedase desnuda de cintura para arriba.

La conversación fue alargándose de forma paulatina. Conforme transcurría el tiempo crecía la excitación del padre Daubenton, así como la cantidad de vino que ingería y que la camarera le dispensaba generosamente. De pronto se sintió pesado y con la cabeza cargada. Visiblemente agobiado, indicó su deseo de sentarse. La pareja compartió un diván, donde sus cuerpos se juntaron, porque la princesa de los Ursinos se colocó de tal forma que el clérigo quedó como encorsetado entre el brazo del mueble y el cuerpo de aquella mujer voluptuosa, que parecía vivamente interesada en conocer la opinión del confesor sobre numerosos asuntos relacionados con su majestad y la corte. En un atisbo de lucidez, en medio de los efectos cada vez más intensos del vino, el confesor afirmó:

—Lo que no os contaré serán asuntos que pertenezcan al secreto de confesión de su majestad.

La camarera se levantó de un salto, adoptando una actitud ofendida:

—Padre, no os consiento que dudéis ni por un instante de mi intención respecto al secreto a que os obliga el sagrado ministerio de vuestra reverencia.

Una hora más tarde, cuando el padre Daubenton abandonaba aquel aposento, su cabeza era un caos. Sabía que había hablado sin cesar, pero no podría afirmar con exactitud qué cosas había dicho. Sí recordaba uno de los pechos de aquella mujer, que había llegado a acariciar, por lo que tendría que confesar y arrepentirse de su lujuria. Dando tumbos por efecto del vino que había bebido con fruición y en cantidad desmesurada, se dirigió a sus aposentos privados, tratando de mantener compuesta la figura. Trastabilló un par de veces, pero nadie lo vio.

La camarera mayor dejó sobre la bandeja su copa; sólo la había llenado una vez y el contenido estaba intacto.

Nunca pensó que todo aquello iba a resultarle tan fácil. Compuso su vestido y mirándose en el espejo se sonrió a sí misma de forma maliciosa. Después acomodó los senos en su sitio una vez que el vestido hubo quedado ajustado. Aún era capaz no ya de despertar pasiones, que de eso estaba segura, sino de desconcertar en poco rato el ánimo de un hombre...

Una vez que los cortesanos tuvieron conocimiento del contenido de la carta del

rey de Francia, la indignación fue generalizada. A todos había emocionado la intervención del viejo marqués de Mancera, señalando la negativa actitud que los franceses habían tenido en el transcurso de la contienda.

—... Actúan en su beneficio y en contra de los intereses de España —había dicho—. Se hace necesario, majestad, un cambio de política. No podemos consentir que se mantenga el estado de postración en que se encuentra nuestra armada, lo que nos ha conducido a dejar en sus manos los negocios con las Indias. Fue lamentable su actitud en el asedio a Barcelona en el año 1706. Vuestra majestad, bien lo sabe, porque lo sufrió en sus reales carnes...

Entre los cortesanos se comentaba que sólo su edad y el hecho de encontrarse ya con un pie en la sepultura había dado alas al vejstorio para decir tales cosas. Fue capaz, se asombraban aquellos pisaverdes, de decirle al rey en presencia de toda la corte:

—Majestad, os suplico más fe en los castellanos, a quienes debéis la corona.

Un murmullo general se había elevado entre la concurrencia cuando Mancera pronunció aquellas palabras.

—Francia, señor —añadió—, es culpable de muchas otras cosas, y en modo alguno debéis consentir que en esas conversaciones de paz se manejen los intereses de España y los de vuestra majestad según los antojos y las conveniencias de otros.

Cuando terminó con un «¡Viva el rey!» de tal fuerza que parecía imposible que saliese de su senectud, todos corearon la frase con energía.

Las camarillas cortesanas ya tenían tema de conversación para los próximos días, hasta se cruzarían apuestas sobre si Mancera sería desterrado de la corte o no, y los detalles del posible destierro. Algunos, no obstante, tuvieron un reconocimiento muy español y patriótico para su gesto:

—¡El viejo ha tenido cojones!

Aquella tarde en Madrid no se hablaba de otra cosa, y las más extraordinarias noticias circulaban por tabernas, figones, palacios, tertulias, esquinas y plazas. Sin distinción de rango ni de posición social se hablaba y hablaba; muchos decían poseer información secretísima, que, a pesar de su carácter, no vacilaban en pregonar a quienes quisieran escucharles. La divulgación de aquellas secretas primicias daba lugar a otras diferentes, con lo que se alimentaba y daba pábulo a nuevos rumores y comentarios. Incluso habían aparecido unos pasquines, sin pie de imprenta, donde quedaban recogidos unos versos, no exentos de misterio, en los que se aludía a los franceses y a dos de los principales jefes del ejército que sostenían las pretensiones al trono del archiduque Carlos.

*San Martín, con ser francés,
Partió la capa con Dios,
Más vos Huido y vos Diagués,
Si Christo tuviera dos,*

Tuvieron estos versos una gran difusión, no tanto por la inspiración que las musas habían inculcado al autor, sino por las cábalas a que daban lugar.

—Está clarísimo maese Pedro. «Huido» no puede ser otro que el Guido, el general austriaco de nombre largo.

—Se llama Stahremberg —terció uno de los que, en animada e improvisada tertulia en el mesón de la plazuela de la Cebada, asistía junto a una docena más a las interpretaciones del mesonero, maese Pedro, y dos viejos soldados veteranos de los tercios que habían peleado en Flandes contra los franceses, cuando eran jóvenes y su Majestad Católica era Carlos II. Hacía de aquello ya muchos años, antes de que se ajustase la paz de Aquisgrán.

—¡Stahremberg o la madre que lo parió! —afirmó con cólera uno de los veteranos, golpeando con el puño la mesa—. ¡Esos imperiales se han puesto de acuerdo con los gabachos! ¡Nunca nos han querido, ni los unos ni los otros!

Murmullos de asentimiento señalaron que los concurrentes compartían las afirmaciones hechas por el viejo soldado.

—¿Y quién es el otro, el Diagués? —preguntó en tono burlón y desafiante el mesonero.

—¡Maese, parece que vivís en clausura! —intervino el otro soldado—. Diagués viene de Diego, y en esta historia sólo se llama así el hereje inglés, hijo del que estuvo en esta corte representando a la gran puta de la isla de los corsarios. Se refiere a Diego Stanhope.

—¡Recuerdo a sir Alejandro! —exclamó admirado el mesonero—. Venía a esta casa con frecuencia.

—No pretenderás, maldito bribón, que me crea que el hereje dejaba la casa de las Siete Chimeneas para venir a este tugurio —resopló el más viejo de los dos veteranos.

—Así es, Urrutia, y eso es tan verdad como que mi madre era la más afamada ramera del Manzanares.

Sonó a coro una carcajada y voces burlonas de asentimiento a las palabras del tabernero.

—¡Voto a bríos! —juró contrariado el más joven de los licenciados, cuyo mostacho se prolongaba por uno de sus lados en una fea cicatriz, que le ponía mala cara a su rostro, recuerdo de la daga de un francés, que no vivió para contarlo, en el terrible cuerpo a cuerpo que sostuvieron los nuestros cuando defendieron con valor la línea del Yssel frente a los gabachos del gran Conde.

—¡Esos dos, mezclados con los franceses!

—¡Así es! ¡Todos compinchados para dejar tiritando y sin capa al rey Felipe! ¡Aquí sigue habiendo muchos judas! ¿O es que ya habéis olvidado lo que pasó en esta

corte cuando por una puerta entraron los herejes y los portugueses proclamando rey al señor archiduque? El rey Felipe se escapó por los pelos camino de Burgos, donde la Saboyana, lo sé de buena tinta, vivió en un tugurio porque sus majestades no tenían donde caerse muertos.

—¡Eso es verdad! —terció uno de los presentes—. Aquí hay muchos judas de alcurnia. Al rey Felipe lo salvamos, los menudos.

—¡Los menudos y las putas! —vociferó otro. Le contagiaron el mal francés a todos los que follaron a destajo en esta corte.

—¡Cierto, que parecía el campamento de la ribera del Manzanares un lazareto! ¡Si habría contagio del mal francés, que entre aquella canalla la palmaron a carretadas!

—Pues ahora sigue habiendo judas aristocráticos que están listos para vender a su majestad —sentenció el más viejo, mientras pedía otra jarra de vino.

Conversaciones de aquel tenor o de parecido discurso marcaban el tono en los corrillos de innumerables lugares de Madrid. Por todas partes se hablaba de traiciones, y eran generalizados los denuestos que se oían contra los franceses, y también, en un tono más bajo, contra su rey, el abuelo de su majestad Felipe v.

Los ánimos estaban encrespados. Muchos comerciantes de las zonas aledañas a la plaza Mayor, que procedían de aquella nación, habían cerrado prudentemente sus tiendas y recogido sus mercaderías ante la presencia de grupos que ya gritaban sin mucho reparo contra los naturales de Francia. Se podía palpar la tensión que había en el ambiente, que sólo necesitaba de una pequeña chispa para que la crispación que se había ido acumulando a lo largo de la jornada estallase en una explosión de violencia.

Sin embargo, conforme avanzaba la tarde, los corrillos callejeros se dispersaron y la tranquilidad llegó con las primeras sombras de la noche.

Capítulo VII. Una reunión privada

—¿Estáis segura de lo que acabáis de decirnos?

—Completamente. Un golpe de suerte ha puesto ese mensaje en nuestras manos.

La respuesta de la camarera mayor no dejaba lugar a dudas. En su boca apenas se notaba una incipiente sonrisa, mezcla de burla y socarronería. Era capaz de apostar todo lo que tenía, sin temor a perderlo, si alguien la retaba a decir qué era lo que pensaban los dos hombres que estaban frente a ella.

Sabía que buscaban una explicación a cómo aquel demonio con forma de mujer que tenían delante había conseguido esa información.

Todos conocían su poder en la corte gracias al ascendiente que tenía sobre sus majestades. No había asunto, por pequeño que fuese, que no pasara por sus manos o tenida en cuenta su opinión. Eso había hecho que todos los envidiosos de la corte, que eran legión, fuesen sus enemigos y que también la odiasen los que se sentían perjudicados por causa de su influencia. Otros le tenían ojeriza por el hecho de ser mujer, y a ello había que añadir su condición de extranjera. Algunos estaban resentidos porque había despreciado las insinuaciones que buscaban sus atractivos. Muchos de los que públicamente manifestaban su rechazo a la princesa, mostrando aversión ante la edad de ésta, suspiraban en secreto por gozar de sus encantos. Más de uno habría dado hasta lo que no poseía por gozar una sola vez de aquello que ante los demás aparentaba despreciar.

Todo el mundo, sin embargo, le guardaba el aire. En la corte estaba claro, sin ninguna duda, que las puertas se abrían y cerraban de acuerdo con las decisiones — caprichos, decían bastantes— de la camarera mayor. La confianza que los reyes le tenían era total; gozaba sobre todo del cariño de la reina, y... ya se sabía que el rey atendía con solicitud cualquier deseo de su esposa.

Lo que tanto el marqués de Grimaldo, encargado de los asuntos de Estado, como don Antonio de Ubilla se preguntaban era cómo podía saber ya, en tan corto espacio de tiempo, a quién iba dirigida aquella extraña carta en la que se decía:

*Plutarco se impondrá a Homero.
Ha sonado la hora de la justicia.
Las Damas y sus Hijas lo agradecerán.
Cicerón está dispuesto.
X e Y avisen a Cicerón.*

A eso de las dos, pensaba el secretario, Aytona había aparecido en los aposentos de su majestad para dar cuenta de aquellas extrañas letras, y allí habían permanecido cerca de una hora. Después la corte en pleno se había reunido en el Salón Dorado, donde se enteraron del contenido de la carta que Luis XIV había enviado a su majestad. Eran cerca de las cuatro cuando el rey y la reina habían dado por concluida

la reunión. Una hora después había recibido, a través de una de las camareras de la reina, al igual que Grimaldo, aquel billete.

A las seis y media os espero en el gabinete pequeño. He de comunicaros algo de la máxima urgencia.

A. DE LA TREMOUILLE.

P. D. También he solicitado la presencia de su Excia. el Sr. Marqués de Grimaldo.

A la hora fijada los dos convocados habían coincidido en la galería que daba acceso al gabinete pequeño, una salita de reducidas dimensiones muy a propósito para confidencias, discreteos o intrigas. Allí les esperaba la camarera mayor, con aquel porte majestuoso —diríase que era ella la reina— y aquel aplomo que emanaba de su persona y que había puesto nerviosos a tantos como habían intentado desafiar su poder.

Tanto a Grimaldo como a Ubilla sólo se les escapaba un cabo, o cuando menos no lo tenían atado con seguridad. «¿Dónde había estado aquella mujer entre las dos y las cinco de la tarde?». No estaban seguros de haberla visto en el Salón Dorado. Ubilla casi tenía la certeza de que no se encontraba allí, su figura era demasiado prominente para pasar inadvertida y no recordaba haberla visto.

El secretario del despacho universal trataba, una y otra vez, de reconstruir las imágenes del Salón Dorado: llegaron los reyes, detrás de los cuales iban Grimaldo y él. Luego, leyó por indicación de su majestad la carta del Cristianísimo, y más tarde oyó los comentarios, los murmullos y la intervención de Mancera. No, la camarera no estaba allí; de lo contrario, tendría en la retina la imagen de su figura, que necesariamente estaría situada en las proximidades del estrado real. La cabeza no dejaba de darle vueltas: «Saber que no ha estado en el Salón Dorado no me conduce a ninguna parte para enterarme de cómo ha podido llegar al conocimiento del destinatario de la carta... Además, nadie sabe de la existencia de la misma, aparte de sus majestades, ella, Aytona y yo... Bueno, ahora también conoce el asunto Grimaldo, pero está más confuso que yo... Aytona nos dijo que, aunque el pliego estaba abierto, nadie en palacio lo había leído, y Aytona es hombre de palabra. Antes se dejaría cortar la lengua que mentir... ¿Estará presumiendo y apostando al azar?». Ubilla apartó aquel último pensamiento. La camarera no podía jugar de farol en aquella extraña partida que nadie podía saber en qué consistía y cuyo final era imposible imaginar.

Decidió ir directo al grano.

—Si no es indiscreción, ¿podría decirnos *mademoiselle* cómo ha hecho para obtener esa información y por qué está tan segura de ella?

La sonrisa de la camarera se amplió. No llegó a ser radiante, pero le faltó poco.

—Mi querido Ubilla —el tono era envolvente, estaba lleno de zalamería—, no

pensaréis en serio que voy a deciros cómo he llegado a esa conclusión, ¿o tal vez — otra vez se dibujó una mueca maliciosa tanto en su boca como en la expresión de sus ojos— pensáis que tengo una fuente de información especial?

—Estoy convencido de que es lo segundo, porque lo primero, sin remitente y con un texto inverosímil es... —titubeó, como tratando de ganar tiempo para escoger la palabra— imposible.

—¿Imposible, decís?

—Imposible.

—¿No habéis pensado, aunque sólo sea por un momento, que yo podría haber conseguido la clave que me permitiera saber quién es Plutarco y quién Homero, quién es Cicerón o quién se esconde detrás de la X o de la Y?

—¿Bromeáis, *mademoiselle*? —Ubilla, serio de natural, había contraído el rostro, y Grimaldo, relajado hasta entonces, se puso tenso.

—¿Afirmáis que se trata de un mensaje cifrado? —preguntó el marqués, quien inmediatamente se dio cuenta de que había dicho una tontería. Como respuesta a su propio pensamiento se encogió de hombros. Su gesto no gustó a la princesa, que por primera vez pareció perder el dominio de la situación.

—No acabo de entender la actitud que mantienen vuestras mercedes. No les he llamado aquí para jugar con esta especie de rompecabezas, como unos chiquillos que no tienen mejor cosa que hacer. Señores míos, la corona que ciñe su majestad está en peligro, no sólo porque el curso de las armas pueda depararnos una amarga derrota y cuya consecuencia sería el destronamiento del rey nuestro señor, sino por otras causas. Quiero que se den cuenta —alzó la voz y recalcó cada palabra— de que hay en marcha una amplia conjura para traicionar al rey nuestro señor.

Ubilla y Grimaldo se miraron, enmudecidos. Habían palidecido y su expresión era de azoramiento. Fue Grimaldo el primero en reaccionar.

—¿Queréis explicaros, señora?

La camarera mayor, que hasta aquel momento había permanecido de pie, invitó a los dos hombres a que tomaran asiento, a la vez que ella se acomodaba en un sillón frailuno, de los que tanto abundaban en el mobiliario del alcázar. Una vez sentada, respiró hondo y comenzó a hablar de forma pausada.

—Esta mañana se han producido dos noticias en palacio. La primera ya es de dominio público y a estas horas no habrá rincón de la corte donde no se sepa y se haya opinado. Me refiero a la retirada de las tropas francesas de estos reinos, lo que significa que el rey nuestro señor se queda solo frente a sus enemigos. La segunda la conocemos muy pocos; se trata de ese mensaje cifrado que advierte a alguien, ya os he dicho quién es, para que se ponga en marcha una conspiración, porque todo está dispuesto. Por otro lado, vuestras mercedes saben que hace algunos días su majestad recibió noticias del embajador en París, y que las mismas eran graves. Las potencias,

incluida Francia, están abriendo preliminares de paz, y que yo sepa de ese mensaje, cosa extraña, sólo está al corriente un reducido círculo de personas de esta corte. Si unimos las tres noticias, ¿qué tenemos? —*Mademoiselle* guardó silencio por un instante; después continuó respondiendo a su propia pregunta—: Tenemos que Luis XIV entra en conversaciones de paz porque su situación económica y militar es muy difícil y necesita la paz más que nadie, pero como sus enemigos lo saben, le ponen condiciones muy duras. Una de esas condiciones es que retire el apoyo a su nieto, y la consecuencia inmediata es que las tropas francesas que operan aquí han recibido la orden de replegarse al otro lado de los Pirineos. Creo —señaló— que este razonamiento es correcto. Lo avalan los testimonios escritos que poseemos. ¿Estamos de acuerdo? Los dos hombres asintieron en silencio.

—Sin embargo —prosiguió ella—, los enemigos del rey nuestro señor exigen más a su abuelo. Le piden, para llegar a la paz que anhela y necesita, no sólo que retire el apoyo al rey de España, abandonándolo a su suerte, sino que una las tropas de Francia a las de Inglaterra y Holanda, y consumen su destronamiento. ¡Le exigen que luche contra su propia sangre!

—¡Eso es un rumor y no tenemos certeza de su fundamento! —gritó Ubilla, encolerizado.

—¡No es sólo un rumor! ¡Es probablemente la exigencia que los aliados imponen al Cristianísimo como condición para alcanzar la paz! —replicó la camarera, visiblemente alterada.

—¡El rey Luis no consentirá eso jamás!

—¡Es eso o la guerra! ¡El dilema para Versalles no es fácil!

—¡Será la guerra! —insistió Ubilla.

—¿Sabéis que en Versalles la opinión dominante apunta en sentido contrario? —No era una pregunta, sino una afirmación cargada de intención.

—¡Versalles es el rey Luis! ¡Vos no lo ignoráis *mademoiselle*! —¡Claro que lo sé! ¡Mejor que vos!— gritó la camarera con fuerza, tanta que alguien con buen oído habría podido escuchar fuera de la estancia lo que allí se estaba diciendo. Apretó los puños y recobró la serenidad, al menos en apariencia. —Escuchadme con atención hasta el final— añadió intentando dominar la situación. —En Versalles un grupo influyente, que desea la paz a toda costa, está buscando un pretexto para desligar la suerte del rey Luis de la de su nieto, y se ha puesto en marcha para conseguirlo. Saben que ni Inglaterra ni Holanda cederán, porque son muy fuertes las presiones que reciben por parte de Viena en el asunto del destronamiento del rey Felipe, y no lleváis razón, señor secretario, cuando afirmáis que Luis XIV no volverá sus armas contra su nieto; será algo muy penoso para él, pero si la razón de Estado lo exige, lo hará. Sin embargo, podría evitarle ese trance el hecho consumado de que su nieto fuese sustituido por otro rey; así...

Ubilla iba a hablar de nuevo, pero la camarera le impuso silencio con la mirada y continuó:

—Viena, o mejor dicho el emperador, habría salvado el honor, porque el duque de Anjou no se sentaría en el trono, los ingleses y los holandeses verían solventado su compromiso con los imperiales y Luis XIV no tendría que luchar contra su nieto. Un destronamiento convenientemente orquestado solucionaría los problemas de todos y...

—Y dejaría tirado al rey nuestro señor —completó Grimaldo, lleno de consternación.

Se produjo un silencio espeso, difícil.

—¿Comprendéis ahora la importancia del mensaje que el destino ha puesto en nuestras manos? Esa carta cifrada —continuó la camarera mayor— es la palanca que moverá aquí, en Madrid, los resortes del destronamiento de su majestad. Señores míos, se ha puesto en marcha una conjura con ese fin, y mi urgente llamada trata de evitar que los traidores lleven su propósito a buen término. Por eso no debemos detenernos en cuestiones menores, como el conocer por qué procedimiento he llegado a saber quién es el destinatario de esa misiva. Ya os he dicho que se trata del duque de Medinaceli, quien esta mañana no estaba en palacio. Por ello tengo razones para pensar que aún no sospecha que el mensaje en clave que debía llegar a sus manos está en las nuestras y no puede ni imaginarse, por el momento, que sabemos que él es el destinatario de esas instrucciones, cuya clave para descifrarlas está en su poder. El sabe quién es Homero, quiénes son Plutarco y Cicerón. Conoce quiénes se esconden detrás de la X y de la Y; tenemos una cierta ventaja pero es corta, y si no queremos perderla, hemos de movernos con rapidez.

—¿Qué proponéis? —preguntó Ubilla.

La decisión brilló en los ojos de aquella mujer. Al igual que para otras cosas, la edad no era en ella obstáculo para la energía y la intrepidez.

—¡Detener e incomunicar a Medinaceli! —respondió.

—¡Será un escándalo! —gritó el marqués de Grimaldo.

—¡Señor marqués! ¡Estamos en guerra, y esto es alta traición!

—En todo caso esa traición habrá de quedar demostrada —sentenció Ubilla.

—Por supuesto que sí. Para ello Medinaceli deberá ser interrogado.

Otra vez Grimaldo pareció escandalizarse:

—¡Medinaceli es un grande de España, señora!

—En ese caso —contestó la camarera con frialdad—, será interrogado como grande de España, señor marqués.

Grimaldo sacudió la cabeza apesadumbrado.

—Para esa detención necesitamos una orden del rey —indicó el secretario del despacho universal.

La princesa de los Ursinos se levantó y se dirigió a una mesilla circular que quedó tapada por su cuerpo de la vista de los dos hombres. Cuando se volvió, tenía en la mano un papel.

—Poned vos mismo el nombre de Medinaceli —dijo, y alargó el papel a Ubilla.

—¡Esto es una orden de detención! ¡Sólo falta el nombre del detenido!

—Precisamente, mi querido Ubilla; es por eso por lo que debéis poner el nombre de Medinaceli.

—¿Sabe esto su majestad? —preguntó Grimaldo, aterrorizado.

—¡Ese documento lleva la firma del rey nuestro señor! —le espetó la camarera mayor.

El secretario miró y asintió, incrédulo.

—La detención habrá de efectuarse esta noche y sin alboroto —añadió ella—. Ved de usar el mejor procedimiento para ello. El arrestado será interrogado en su propia casa y allí se le incomunicará y vigilará. Ubilla —*mademoiselle* le miró con dureza a los ojos—, respondéis de su custodia con vuestra vida.

El secretario del despacho hubiese dado todo lo que tenía por no tener que verse en semejante situación, deseaba que se lo tragase la tierra. Aquella mujer era la encarnación de satanáas; a pesar de todo, aún le quedaron arrestos para preguntar:

—*Mademoiselle*, ya es por prurito personal, pero ¿cómo sabéis que el destinatario de la carta en cifra es el duque de Medinaceli?

La princesa de los Ursinos soltó una carcajada, más propia de una lavandera de las riberas del Manzanares que de la camarera mayor de la reina de España. Después, indicó con sorna:

—Preguntadle al padre Daubenton.

—¡El padre Daubenton! —La exclamación de Ubilla fue como un eco. Se dio una palmada en la frente y musitó algo.

Cuando aquella noche Ubilla iba camino de la casa del duque de Medinaceli, pensaba en cómo se produciría el arresto. Se preguntaba si el duque ya estaría sobre aviso y si se encontraría en casa, si habría puesto tierra de por medio o si habría resistencia a la orden de su majestad. También pensaba en que el padre Daubenton, lo había olvidado, se encontraba en los aposentos de la reina cuando Aytona, que como grande de España era quien le acompañaba para detener a Medinaceli, entró con el papel que le había conducido a aquella situación.

Una pregunta le obsesionaba desde que *mademoiselle* contestara a la curiosidad que sentía: ¿cómo habría sonsacado al confesor del rey el nombre de Medinaceli? No lograba imaginárselo, aunque aquella mujer era verdaderamente luciferina y tenía recursos para todo.

Capítulo VIII. Camino de la corte

El conde de Cantillana estaba dispuesto a reventar los caballos que hiciesen falta para llegar aquel mismo día a Madrid. Estaba seguro de que en la corte ocurrían sucesos extraños. Sí, extraños era la palabra más adecuada mientras no pudiese aclarar las sospechas que le asaltaban. Si éstas se confirmaban...

Menos mal que entró alertado en la reunión convocada por el marqués de Villadarias. ¿Quién sería la mujer que le había entregado aquella carta? Surgió casi como una aparición y de la misma manera se había esfumado. ¿Quién la habría enviado? Desde la misteriosa entrega del papel, Cantillana estaba hecho un mar de confusiones, las preguntas surgían una detrás de otra y no tenía respuesta para ninguna. ¿Por qué le habrían entregado a él aquel mensaje? Tal vez era el único interrogante para el que había una respuesta posible, y en busca de ella iba a la corte.

La reunión de jefes de los regimientos del ejército que mandaba Villadarias había sido lamentable. Cantillana nunca pensó que hubiese tanto incompetente. Era cierto que los franceses se marchaban, allí se confirmó el rumor que había corrido por las filas del ejército, pero aun tratándose de algo grave, tampoco era para que cundiese el pánico de la forma en que lo había hecho. A la postre la batalla del día anterior se había convertido en un descalabro por culpa de los franceses. ¡Si los malditos gabachos hubiesen cumplido con su deber no habrían llegado a aquel extremo!

El coronel del regimiento de la Reina recordaba al mariscal Bessiéres al principio de la reunión. Parecía un pavo real, lo cual ya suponía una provocación, pero lo que le había exasperado era la presencia de aquel franchute que, como si la saliva se le hubiese atragantado en el gástrico, había dicho:

—¡Segnores, su majestad el grey ha ogdenado que sus tropas se gepliegen a Fgancia. En cumplimiento de sus geales ogdenes, mesié, el segnor duque de Ogleáns, ha indicado que mañana al alba iniciemos la getigada! ¡Vive le Goi!

«Y eso fue antes de que se marchara —pensó—, de que los nuestros se mostrasen timoratos, espantados y hasta desesperanzados».

—¡A tomar por culo! ¡Que se vayan! ¡No es la primera vez que nos las hemos tenido tiesas y solos las hemos resuelto! —De repente se dio cuenta de que estaba gritando, aunque el ruido que producían los cascos del caballo al galopar ahogaba su voz en la soledad de aquel páramo. A nadie podían llegarle aquellos pensamientos dichos a voces.

«Luego vinieron —seguía rumiando— los lamentos de todos, en una especie de coro de miedosos. Eran como unos niños que pierden a su madre de vista. ¡A su madre! ¡Francia siempre ha sido para nosotros una mala compañía! Cuando hemos ido de su brazo ha sido por un matrimonio de conveniencia, en el que todas las ventajas, claro está, eran para ella. Ha sido como una especie de ramera que nos ha

cochado la tarifa más alta y, además, nos ha engañado. Menos mal que estaba prevenido. ¿Quién le habría hecho llegar el aviso? La actitud de Villadarias había sido miserable. ¡Nos da ya por derrotados!».

Cantillana galopaba a tal velocidad que a veces tenía que refrenarse si no quería quedarse sin caballo. Una y otra vez se le venía a la mente el contenido de aquel aviso, cuyo texto rezaba:

La derrota de hoy no ha sido tal. Todo estaba amañado. Los franceses habían mantenido en Lérida una entrevista con Stanhope.

El enemigo sabía de antemano que el flanco izquierdo de los nuestros se hundiría al primer envite con lo que teníamos la jornada perdida antes de que empezase la función.

Nuestra facción está llena de judas y los franceses no son los únicos. Ellos al fin y al cabo cumplen órdenes. Estad atento a la actitud y el consejo de algunos jefes de regimiento y sobre todo a los planteamientos que haga el señor Marqués de Villadarias.

En la corte las cosas están peor. Hay toda una conjura puesta en marcha para echar del trono a nuestro rey y Señor don Felipe V, que Dios guarde.

Sólo el patriotismo y la lealtad de sus súbditos verdaderos, puede salvar a su majestad en estas difíciles horas.

No olvidéis estos nombres: Regnault y Flotte.

No había más. No había firma, ni ningún otro signo.

Recordó la reunión con los capitanes de su regimiento. Aquello era otra cosa. ¡No había sido casualidad que la única unidad que había salvado el tipo en la terrible situación que se había vivido, fuese la de ellos! ¡Ah, si el rey Felipe contara con una docena de regimientos como aquél! Aquella oficialidad formaba un conjunto difícil de conseguir. Eran leales, decididos y disciplinados, y habían logrado transmitir esas virtudes hasta al último recluta del regimiento. Constituían la mejor unidad del ejército de su majestad.

El caballo empezaba a dar síntomas de cansancio, ya no respondía con agilidad a sus mandatos y comenzaba a cabecear. La fatiga apuntaba cada vez con más fuerza en el noble animal; debería haber cambiado de montura en Zaragoza, después de las nueve leguas que habían hecho desde Monzón y tras atravesar la sierra de Alcubierre. ¡La maldita prisa, que nunca es buena cuando hay que ir con rapidez! Tendría que conformarse con llegar a Calatayud después de lo previsto y hacer allí noche. Decidió no forzar más la caballería y redujo el galope a un trote ligero, primero, y cada vez más pausado después.

Volvió a recordar a su oficialidad. Mendieta asumiría el mando del regimiento y tomaría las providencias necesarias en el repliegue hacia Zaragoza. Si el enemigo no les hostigaba mucho tardarían dos jornadas en ganar la línea del Ebro, y si les acosaban —cosa poco probable a tenor de cómo estaban las cosas— serían tres días. Repasó mentalmente: Amézaga, Manrique, Lastres, Fernández de Loaysa, Riquelme, Ayala, Juarros, Villavicencio, Sepúlveda, Cantos, Rovira, Ortiz de Zarate y Mediuña. Buenos capitanes; con gente como aquélla era como se ganaban las guerras. Con

gente como aquélla y con medios, ¡qué cono!

Hizo cábalas. Era probable que el marqués de Villadarias no supiese que se había ausentado. ¡Mejor llamar las cosas por su nombre! Lo que estaba haciendo era huir ante el enemigo, y eso tenía un nombre. Según las ordenanzas militares se había convertido en un desertor, y el castigo por ello era la muerte en la horca sin ningún tipo de excepciones. Al recordarlo se sintió incómodo, no porque la pena fuese la muerte, sino por la afrenta de la horca. ¡Al carajo todo aquello! Ahora se trataba de algo mucho más importante. ¿Más importante? Dudó. Estaba acalorado y había empezado a sudar al disminuir la tensión y el esfuerzo cuando había dejado de galopar. Un escalofrío le había recorrido la espalda hasta alojarse en la nuca, después sintió picores por todo el cuerpo. ¿Le habrían engañado? ¿Le habrían tendido una trampa? El sudor se hizo copioso, hasta que comenzó a sentir las ropas empapadas.

Miró hacia atrás por instinto; el camino estaba desierto, sólo el polvo que levantaba su cabalgadura rompía la quietud del mismo. Trató de poner en orden sus ideas. Era cierto que podían haberle tendido una trampa, sabía que había mucha gente con influencia y poder que se sentiría contenta con su perdición, y si además esa perdición llevaba unida la deshonor de su nombre, entonces serían felices.

¿Se habría precipitado? Aquello era un embrollo; era posible que hubiese pecado de confiado, que hubiese sido un ingenuo. Había creído, sin mayores reflexiones, lo que ponía aquel papel sin firma ni ningún otro signo. Instintivamente había aminorado aún más la marcha de su cabalgadura, que ahora iba al paso. Sólo era un papel que le habían entregado de noche y sin testigos; tampoco conocía a quien se lo había dado, ni siquiera había visto su rostro. Sólo sabía que era una mujer, lo cual era bastante poco, habida cuenta de la importancia del contenido del mensaje. Allí se afirmaba —sacudió la cabeza— que había en marcha una conjura para destronar al rey.

Una sombra cruzó por su mente. ¿Le habrían inducido, mediante aquel aviso, a pensar algo que distaba de la realidad? ¿Le habrían alertado para que sacase las conclusiones que deseaba quienquiera que fuese el que estuviese detrás de todo aquello? Sabía por experiencia que la mente tiene extraordinarias capacidades y que hay quien puede hacernos ver o creer algo que ni vemos ni se produce realmente. ¿Le habrían conducido a sacar unas conclusiones alejadas de la realidad? Era normal que Villadarias y muchos de sus compañeros de armas se sintiesen desmoralizados después de tan vergonzosa retirada, que se sintiesen abatidos y derrotados. Aquélla era una reacción lógica en las circunstancias en que se había producido la reunión convocada por el general. ¿Habrían predispuesto su ánimo para que interpretase el derrotismo lógico del momento como veladas manifestaciones de traición?

Mientras permanecía sumido en estas reflexiones, su caballo había ido reduciendo la marcha cada vez más, y ahora iba a paso lento. El cielo se había teñido de un

resplandor rojizo que al mezclarse con el azul limpio tomaba tonos anaranjados, anunciando la cercanía del crepúsculo. Hacía poco que había dejado atrás la Almunia de doña Godina y el terreno había empezado a empinarse. El valle del Ebro, con sus frondosidades, estaba ya a su espalda, y a la derecha la vega del Jalón ampliaba, en una especie de franja serpenteante, el verdor que la proximidad de las aguas daba al paisaje. Aquí y allá, en las huertas que se alineaban a lo largo de la ribera, se veían campesinos, casi todos gentes de edad, afanarse en las tareas propias de la estación. La arboleda era escasa, pero de vez en cuando aparecían algunos espacios donde se alzaban, desordenados, algunos frutales, incrementando y enriqueciendo el verdor del paisaje, que adquiría tonalidades que iban desde el negruzco hasta matices tan claros que parecían diluirse. Había muchos campos abandonados donde crecían el forraje y las malas hierbas, en contraposición a las parcelas trabajadas de forma primorosa. Eran los efectos de la guerra, que restaba brazos y energías a las labores agrícolas, para que trataran de sostener con su esfuerzo, y en muchos casos con su sangre, la corona en la cabeza del rey.

A la izquierda aparecían parajes más agrestes, las tierras estaban menos humanizadas, menos trabajadas. Era una zona más montañosa en la que, como perdidos, aparecían algunos viñedos, cuyos retorcidos troncos, de formas caprichosas y tonos terrosos, mantenían todavía el verdor de sus hojas. Parecía como si las cepas quisiesen esconderse entre los pliegues arriscados de la sierra de Vicor, que accidentaba la comarca en uno de cuyos flancos estaba asentada Cariñena.

Cantillana percibía el acre olor del sudor de su caballo, cuyo pelaje estaba empapado. De vez en cuando, una suave brisa le traía aromas de campo, a la vida que empezaba a recogerse como cada otoño. Había tal paz y sosiego en el ambiente — ahora podía advertirlo al no concentrar sus sentidos en la montura que durante horas había espoleado sin descanso— que por inercia recordó el ajeteo, el ruido y la angustia de los combates. La tranquilidad de aquellos parajes se superponía en su mente al desasosiego vivido en los campos de batalla, y le parecía irreal que a pocas horas de camino el panorama cambiase de aquella manera. Sin embargo, ante la oscilante fortuna y en medio de los cambios que el curso de la guerra había propiciado, a nadie extrañaría que tan apacible lugar se convirtiese en un sangriento escenario donde retumbase el estruendo de las armas, mezclado con los ayes de dolor de los heridos y las maldiciones, imprecaciones y gritos de los vivos en pugna por matar y porque no los matasen. A la sensación de sosiego y paz colaboraba la escasez de viajeros que en aquellos tiempos de zozobra se aventuraban a desplazarse. Eso explicaba los pocos encuentros que había tenido en aquel camino que, en quince leguas, conducía de Zaragoza a Calatayud.

¿Le habrían tendido una trampa? Otra vez la pregunta le asaltó. Trató de olvidarla pensando que tendría que hacer noche en Calatayud porque su caballo no daba para

más. Si al día siguiente se ponía pronto en camino, podría estar en Madrid en dos jornadas, contando con que todo se desarrollase con normalidad. Siempre se corría el riesgo de ser asaltado por alguna partida de facinerosos o de soldados desertores que, sin oficio ni beneficio, merodeaban por descampados y lugares poco poblados en busca de presas fáciles. ¿Era él una presa fácil? La respuesta que se dio a sí mismo fue afirmativa. A los ojos de una partida de malhechores era un viajero solitario, aunque vistiese uniforme. Era un soldado, pero era un soldado solo. Decidió, prudentemente, avivar el paso de su caballo para estar en poblado antes de que la noche se cerrase.

El camino se había empinado cada vez más, por lo que al espolear su montura sólo logró mantener el ritmo de marcha, lo que suponía más esfuerzo para no ir más lento ante la mayor dificultad del terreno. Miró hacia atrás desde la elevación que había ganado, y eso le permitió tener una perspectiva amplia, por encima de las curvas que el camino trazaba. Dominaba el amplio horizonte que había quedado a sus espaldas y vio en la lejanía un punto que avanzaba en su misma dirección. Levantaba mucha polvareda, tanta que en la distancia no podía precisar si eran varios jinetes o uno, sólo podía deducir que tenía mucha prisa.

Cuando alcanzó el final de la pendiente, ganándole a la cuesta los últimos tramos, divisó Calatayud. Estaba más cerca de lo que había pensado; aún quedaba una hora de luz antes de que fuese noche cerrada y la población que había a sus pies estaba a menos de una legua. Un hombre a pie, sin forzar mucho el paso, podía estar en ella antes de que cayeran las sombras.

Desde aquella altura se extendía ante su vista una vasta planicie recorrida por el Jalón, a lo largo de cuyo curso aparecían, aquí y allá, algunas poblaciones. Todo lo demás era un páramo desierto. Desierto y yermo. Tierras amarillentas y reseca donde la vida debía de ser dura y difícil. ¡Cuánto costaría a los labriegos ganarse el sustento en aquellas tierras sedientas y miserables!

Apretó las piernas en los ijares del caballo para que éste se sintiese espoleado. Antes de iniciar la bajada hacia la población, miró hacia atrás y no vio al jinete o jinetes que llevaban el mismo camino que él. Sólo se percibía la estela de polvo que se levantaba a su paso. En aquellos minutos quienquiera que fuese había ganado mucho terreno, y ya estaba en plena ascensión, superando alguno de los recodos que el camino hacía al empinarse. Parecía tener mucha prisa, y esta última consideración hizo que algo en su interior le pusiese sobre aviso.

¿Estarían siguiéndole? Lo mismo que le habían localizado para entregarle aquel papel en circunstancias bien extrañas, podrían estar tras su pista. Lo mejor era llegar cuanto antes a Calatayud, porque el más lejano de sus deseos en las condiciones en que estaba, era tener alguna clase de complicación.

A un lado de la población, aprovechando una elevación del terreno, se levantaba

una fortaleza flanqueada por dos torres de parecida forma, desde donde se dominaba el conjunto urbano ceñido por una línea que se había mostrado incapaz de contener todo el caserío, que había acabado por desparramarse en las proximidades del río. Estaba a un disparo de mosquete de la población cuando cayó en la cuenta de que por detrás se le estaban echando encima.

Sintió el golpeteo de los cascos de un caballo en el suelo. Cuando se volvió, tenso sobre la montura, oyó un grito que salía del bulto que formaban hombre y bestia, envueltos en polvo, que se aproximaba a toda velocidad. Con la polvareda no podía distinguir con claridad. Era un jinete quien se acercaba, y vociferaba. Al fin, por encima del ruido del galopar, pudo oírlo.

—¡Señor! ¡Señor!

—¡Mi coronel! ¡Mi coronel!

Cantillana distinguió con mayor nitidez la figura que se acercaba y que a poco más de un centenar de varas continuaba a pleno galope.

—¡Mi coronel! ¡Mi coronel!

Si no empezaba a refrenar el caballo, se pasaría de largo. Al parecer el jinete que se le echaba encima no dominaba la situación; Cantillana, previendo lo que iba a ocurrir, echóse a un lado del camino. Efectivamente, aquella masa que no podía contenerse pasó de largo. Hombre y animal iban cubiertos de una blancuzca capa de polvo, y de repente el jinete, que ya daba la espalda, salió disparado por los aires rodando con estrépito por el suelo, hasta quedar inmóvil. Sólo entonces el caballo, que había cambiado de rumbo, saliéndose del camino, disminuyó el ritmo de su desenfrenado galope y tras un rato se detuvo ante unos matojos que comenzó a mordisquear.

Cantillana se acercó al cuerpo, tendido de bruces en la cuneta. El hombre vestía el uniforme de las tropas del rey. Cantillana desmontó, se agachó para ver qué podía hacer y con cuidado giró el cuerpo desmadejado del militar. Cuando vio el rostro, no pudo contener una exclamación:

—¡Ginesillo!

Comprobó que la sangre que manaba abundante de su frente formaba, al empapar el polvo, una masa pastosa de color oscuro pero indefinido. Ginesillo tenía los ojos cerrados, pero no estaba muerto. Se podía percibir su jadeo.

Cuando logró limpiarle la cara se percató de que la herida no era grave.

Lo acomodó lo mejor que pudo, pero no tenía nada con qué atenderle. Seguía perdiendo sangre y sin recuperar el conocimiento. Sabía que en aquellas condiciones lo mejor era no mover al herido.

Varios campesinos de los que trabajaban las tierras que rodeaban la población se habían acercado y formaban ya corro cuando Cantillana se incorporó y pidió agua. Los huertanos se miraron los unos a los otros. Eran hombres de edad; el más joven

andaría rondando la cuarentena. El mayor de todos, un anciano de aspecto cuidado, dentro de la tosquedad de su vestido y de sus ademanes, fue el que hizo un gesto imperativo, ante el cual dos de los presentes, sin decir palabra, se marcharon para volver después con un cántaro de barro. El labriego destapó el recipiente y Cantillana empapó, al chorro, un pañuelo grande, con el que lavó la cara de Ginesillo y quitó la plasta que formaba la sangre y el polvo. La herida entraba en la frente, era superficial y limpia, y cada vez sangraba menos. Los presentes, cinco en total, asistían en silencio a los trabajos del coronel. Sin abrir la boca, uno de ellos acercó un poco de barro amasado y se lo ofreció al militar.

—Es para la herida, señor. —Sus palabras reflejaban temor, mientras extendía un brazo nervudo rematado por una mano agrietada y terrosa.

Cantillana tomó el barro y lo colocó a modo de emplasto en la frente de Ginesillo. Después limpió la última sangre que había manchado otra vez el rostro del mozalbete.

Todos guardaban un silencio entre cobarde y respetuoso. El coronel se puso de pie y dio las gracias a los campesinos, quienes se mantuvieron en silencio. Sólo el más anciano, pasados unos instantes, se decidió a hablar.

—Supongo, señor, que habréis de hacer noche aquí; por si os interesa, sabed que hay un mesón donde os tratarán bien, y en él podréis descansar vos y el joven reponerse. También os pueden atender los frailes de Santa María. Veo que sois militar y de graduación, por lo que canta vuestro uniforme. —La voz de aquel hombre era monocorde, no tenía inflexiones y parecía que hablase sin sentimientos. Había pasado de un asunto a otro de forma imperceptible—. A nosotros no nos interesa si sois de don Felipe o de don Carlos, tanto nos da. Ojalá la guerra no llegue a estos pagos, ya tenemos bastante con los reclutas y los alojamientos.

Sin decir más, los campesinos se marcharon en silencio, tan en silencio como habían llegado. Ginesillo se movió, parecía que su cuerpo exánime recuperaba la vida, entreabrió los ojos y lo primero que vio fue a su coronel, que le miraba fijamente con semblante inexpresivo.

—¿Qué sientes?

—Me duele la cabeza, señor.

Se produjo un breve silencio.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —preguntó Cantillana al cabo.

—Señor, os traigo un recado urgente del capitán Mendieta.

—¿Recado de Mendieta?

—Sí, señor; por escrito. —Ginesillo se incorporó, tenía el cuerpo molido, pero podía moverse. Se palpaba los costados y el abdomen, también se apretó los brazos, los muslos y las pantorrillas. Después, diagnosticó—: Me duele hasta el pensamiento, pero no tengo roturas.

—¿En el pensamiento? —inquirió Cantillana con sorna.

—¡En el cuerpo, señor! —respondió muy serio el tambor, mientras se levantaba despacio y con cuidado, como si temiera que con el movimiento se le rompiera algo.

Una vez en pie, desabotonó uno de los bolsillos de su chupa y sacó un papel que entregó a su coronel. Cuando éste clavó los ojos en el mensaje, que era muy breve, no pudo reprimir una exclamación.

—¡Santo cielo!

Capítulo IX. Segunda visita nocturna

A pesar de que por todas partes los ánimos andaban revueltos con las noticias de las últimas horas, después del toque de oración las gentes se habían recogido. Los corrillos callejeros habían desaparecido y en los patios de vecindad crecía el silencio a la par que la oscuridad. Sonaban algunas voces, pero procedían del interior de las viviendas: el llanto de algún chiquillo, alguna disputa familiar. En los colmados y figones había ya pocos parroquianos; sólo quedaban aquellos que estaban dispuestos a desafiar los peligros que las sombras de la noche traían. Era la hora de los matones y las fechorías, cuando se ajustaban cuentas y los hampones a sueldo buscaban cumplir sus compromisos; una paliza a un galán por encargo de un marido cornudo que no osaba enfrentarse al que se beneficiaba a su mujer; un susto a alguien que exigía, sin mayores plazos, el pago de una deuda, o un «recordatorio» a un deudor olvidadizo. Era el momento que muchos aprovechaban para saldar cuentas pasadas, honores mancillados y asuntos de familia pendientes. Algo de aquello podía ocurrir al doblar una esquina o en cualquier plazuela que se presentase a propósito para los que aguardaban.

La villa y corte se ensombrecía conforme caía la noche, y sólo en algunas casas principales alumbraba un solitario farol que rompía el velo de la oscuridad algunas varas en derredor. La mayor parte de las calles estaban desiertas, y aquellos parroquianos de mesones que se habían pasado de hora marchaban presurosos a sus casas. En algún sitio podía verse una sombra que se escurría pegada a la pared, buscando el encuentro previamente concertado, también a algún señor principal que con luces y criados iba por un menester o necesidad, tapando calle. Sin embargo, a veces podía surgir la figura de un clérigo, que con el acompañamiento debido, portaba el viático para algún moribundo; la concurrencia iba asistida de campanilla y faroles cuyos portadores, amén de otros voluntarios, daban la escolta requerida a su Divina Majestad, llevada con cuidado y reverencia. Ante aquellos improvisados manifiestos de religiosidad, no había quien no inclinase la cerviz y pusiese rodilla en tierra o se quitase el sombrero al paso del Santísimo. Muchos se sumaban al cortejo de acompañamiento hasta la casa de destino. Las rondas de vigilancia cumplían sin sobresaltos con su cometido. Tras una jornada preñada de comentarios y rumores, la noche había sosegado los ánimos.

A la espalda del colegio Imperial, la casa doctrinal de los padres de la Compañía, una carroza vacía aguardaba con su postillón en el pescante. Llevaba allí rato, más de una hora, cuando era ya el filo de la medianoche.

—Si vuestas mercedes siguen al pie de la letra mis consejos, pueden darlo por seguro... —Ana de Hoserín hizo una pausa—. Pero si no lo siguen a rajatabla, no les habrá servido de nada.

La reina mantenía el mutismo de que había hecho gala durante todo el rato que aquella extraña mujer había estado explicando lo que cada una de ellas debía hacer para conseguir los anhelos que le habían llevado a su presencia. Fue otra vez la camarera mayor quien intervino.

—Así pues, en el caso de la joven señora la seguridad de su vida y la de su esposo estará garantizada una vez que hayan recibido el baño que indicas.

—En efecto, siempre y cuando se cumplan todas las condiciones señaladas.

—Repasémoslas una vez más —insistió la camarera.

—Como gustéis. El baño habrá de hacerse de noche en una estancia iluminada por cuatro ciriales de cera virgen que estarán dispuestos, cada uno de ellos, en un rincón y colocados sobre el suelo directamente. La pareja habrá de bañarse a la vez; ambos estarán completamente desnudos y el agua del baño tendrá un cocimiento de hierbas aromáticas (hierbabuena, cilantro, albahaca y perejil), manzanas, maíz blanco, oro de dorar y plata líquida en las proporciones de la receta. Deberán mantener sumergido el cuerpo en esta cocción durante media hora, y de vez en cuando se lavarán la cara con la misma. Una vez acabado el baño, se secarán bien el uno al otro, procurando que no quede ningún resto sobre su cuerpo. Tampoco harán el amor ni se propiciarán caricias amatorias.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, mi señora, salvo que deseéis esperar para llevaros la receta.

—¿Cuánto tiempo necesitarías para prepararla?

—Tengo todos los ingredientes. Sólo necesito medir las porciones y hacer el cocimiento.

—¿Garantizas el efecto?

—Sí, siempre que los beneficiarios mantengan la pureza durante el baño.

—Estamos de acuerdo. ¡Prepara la poción!

La hechicera, cuyo extraño atuendo era idéntico al que tenía la noche de la anterior visita, dio varias palmadas fuertes y sonoras. Al instante apareció la vieja que hacía las veces de portera y, al parecer, de ayudante.

—¡Marta, pon agua para el cocimiento! Avísame cuando comience el hervor. — Se retiraba la vieja, cuando le indicó—: ¡En el caldero pequeño de cobre!

Marta asintió con una especie de gruñido.

Al quedar solas las tres mujeres, la camarera preguntó de nuevo:

—En mi caso, la solución parece más sencilla, pues...

—No lo creáis, señora —la interrumpió la hechicera—. En vuestro caso no se trata de establecer una protección, sino de mover una voluntad.

—Con mayor motivo sería entonces deseable que repasemos el asunto —insistió la camarera.

—Si ése es vuestro deseo, no hay ningún inconveniente, y, además, disponemos

de tiempo.

—Tenéis el mal de muchas enamoradas, señora, que es la ausencia del ser amado y la duda de sus sentimientos hacia vos. Ya os he dicho que para que el sortilegio surta efecto resulta imprescindible que esa persona se acerque a vos; es imposible que sea eficaz en la distancia. Habéis de conseguir que el destinatario de vuestros amores tenga en contacto con su cuerpo, o al menos con sus vestiduras, la bolsa con los polvos que os he entregado, y es necesario que reciba esa bolsa por vuestra mano.

Eran pasadas las dos de la mañana cuando Luisa Gabriela de Saboya, reina de España, y Ana María de la Tremouille, princesa de los Ursinos y camarera mayor de su majestad, salían de la casa de Ana de Hoserín, una mulata de Nueva España que vivía a la espalda del colegio de los padres de la Compañía y que los rumores de comadres y las consejas de las viejas señalaban como remendadora de virgos, aliviadora de preñeces, concedora de magias, filtros, polvos, papeles, sortilegios y otras hechicerías. Conocía también, según contaban, las artes adivinatorias y podía predecir el futuro y desvelar otros misterios y arcanos.

A pesar de que el rumor era público, el Santo Oficio no había intervenido, y por esa causa se contaban las historias más dispares. Se decía, por ejemplo, que gozaba de la protección de gentes muy influyentes a las que había hecho señalados favores y que le pagaban, además de con buenos doblones, con sus influencias para evitar que los de la Inquisición interviniesen en un asunto que entraba sin ninguna duda en las materias propias de su competencia. Eran muchos los que no quedaban satisfechos con aquella explicación; sobre todo porque sabían del celo del Santo Oficio y de los desvelos de sus familiares porque la pureza de la ortodoxia proclamada por la Santa Madre Iglesia no se viese afectada por ninguna clase de mácula. Los que así pensaban tenían otra versión para explicar aquella situación, que tenía muy poco de corriente. La hechicera no había cumplido aún los treinta y sus carnes, morenas y prietas, eran una tentación irresistible para alguien que en las alturas de la Suprema las había probado, metiéndose a fondo entre aquellos muslos provocadores, y estaba dispuesto a lo que fuese menester con tal de seguir disfrutándolos. En lo que todas las comidillas coincidían era en que se trataba de una persona discreta de puertas para afuera y que de puertas para adentro no se producían escándalos. Se decía también que en realidad no se llamaba Ana, porque no estaba bautizada. Junto a los deseos de fornicio de algún personaje influyente en la forma que queda dicho, ésa era la razón por la que los lebreles del Santo Oficio no se habían lanzado sobre aquella presa, tan apetitosa desde el punto de vista teológico como desde perspectivas más mundanas.

Las dos mujeres se deslizaron como sombras silenciosas hasta ganar la carroza que las aguardaba. El ruido de la portezuela al abrirse despertó al cochero, quien en la quietud de la noche echaba una cabezada, justo a tiempo para ver a las dos damas perderse en el interior del carruaje y sentir dos golpes secos en el cristalillo que había

tras el banco que le servía de asiento, indicándole que podía ponerse en marcha.

Arreó con suavidad las mulas, que cabecearon primero, como si se despabilaran, y a continuación echaron a andar mansamente.

En un instante dejaron atrás la calle de Ana de Hoserín y la imponente silueta de la casa matriz de los hijos de san Ignacio, cuyo colegio, iglesia y residencia constituían un conjunto de edificaciones que dominaba la zona. Daba la impresión de que las modestas viviendas del entorno se arrimaban a la soberbia construcción donde residía el centro del poder de los padres de la Compañía como buscando la protección de la mole ignaciana. La mayor parte de las casitas que conformaban la manzana estaban adosadas a alguno de los lados de ésta.

—Ana María, a mí todo esto me parece un desacato a la voluntad de Dios nuestro Señor. Creo que estamos actuando en contra de los designios de la divina providencia. —La reina parecía seriamente afectada y rompía su largo mutismo tratando de desahogarse y tranquilizarse a la vez.

—¡Majestad, no debéis preocuparos! Esta mujer...

La reina interrumpió a su camarera.

—Mujer no, Ana María. ¡Es una bruja, una hechicera! ¡Sabes que es pecado lo que hemos hecho y que estas prácticas están condenadas por la Santa Madre Iglesia!

—¿Tomar con vuestro esposo un baño de hierbas y otros añadidos?

—¡No! ¡Pretender conseguir unos propósitos por ese procedimiento! ¡Lo malo no es el hecho, sino la pretensión!

—Está bien, majestad, siempre estáis a tiempo de desistir. Sin embargo, no debéis olvidar que han sido vuestros temores y vuestras cuitas los que han conducido nuestros pasos por este camino.

La reina cogió entre sus manos las de la camarera, como quien se agarra a una tabla de salvación.

—Perdóname, amiga mía. Estoy tan preocupada, tan asustada que..., que no sé qué es lo mejor que puedo hacer.

—Majestad, no debéis preocuparos por esto. —El tono de la de los Ursinos era cálido, gratificante—. Nada hemos de perder en las actuales circunstancias. Es cierto que no se trata de un juego de colegiales, porque esa mujer tiene ciertos poderes, como vuestra majestad ha podido comprobar en las dos visitas que hemos realizado.

—Precisamente eso es lo que embarga mi ánimo, pues esto no es un juego. Al principio, mi deseo de conocer a Ana de Hoserín estuvo provocado más por la curiosidad que por otra cosa, pero ahora esa curiosidad se ha convertido en inquietud.

—¿Inquietud, majestad?

—No sólo inquietud, sino miedo, Ana María, también miedo. Porque esa mujer no es una charlatana ni una vulgar embaucadora, que era lo que yo creí que encontraríamos cuando acudimos a verla.

—Majestad, las artes adivinatorias existen porque existe el saber oculto que proporciona poderes que no son los habituales. Es evidente, lo habéis podido comprobar esta noche, que ésta..., ésta... —No pronunció la palabra que daba hilazón a la frase—. Ésta... tiene esos poderes, y desde mi punto de vista es mejor tenerlos a nuestro favor, majestad. —Intentó mostrarse casi maternal—. No vamos a perder nada con probar, y coincido con vos en que no es ni una charlatana ni una embaucadora.

En el rostro de la reina se adivinaba la vacilación, la duda; de pronto, fue como si en su mente se iluminara algo:

—Ella no sabe que soy la reina, ¿verdad?

—En absoluto, majestad, eso puedo garantizároslo. Nadie tiene conocimiento de estas visitas salvo ella, la vieja que la asiste y nosotras dos. Yo respondo personalmente de eso ante vos. Además, como cobertura, también he pedido una poción que en realidad no necesito.

—¿Recordáis con exactitud qué dijo acerca de mí?

—Con absoluta precisión, majestad.

Las palabras afloraron lentamente a los labios de la reina.

—«No temáis el enfrentamiento. El amarillo no será obstáculo, triunfará el azul, pese a otros azules». ¿Te fijaste en su rostro cuando decía esto?

—Sí, majestad; estaba desenchajado y despedía fuerza y vigor.

—¡Estaba en trance! ¡Esa mujer es una bruja! ¿Podría con sus poderes haber descubierto nuestra verdadera identidad?

Por primera vez la camarera mayor no tenía una respuesta inmediata a una de las preguntas que le formulaba su señora.

—¿No me contestas, Ana María?

—Majestad —dijo la de los Ursinos en un murmullo apenas audible—, yo no sé qué responderos. Estoy convencida de los poderes sobrenaturales de esta mujer, cuya procedencia ignoro, y no sé por qué los tiene ni a quién se los debe. Tampoco sé hasta dónde pueden llegar.

La reina se arrellanó, encogiéndose, en su asiento:

—Podrían ser diabólicos, podrían proceder de Satanás. —Se le escapó un gemido.

La camarera se sentía incómoda, la reina sabía que aquellas cosas eran como eran y aceptó el envite. Las preguntas que ahora se hacía, o que le hacía a ella, podía habérselas planteado con antelación. Sin embargo, no podía contestarle lo que realmente deseaba porque era la reina y ella su camarera; además, los momentos que estaban atravesando eran difíciles, por no decir críticos. Por otra parte, no era menos cierto que estaba encariñada con aquella jovencita a la que ahora veía hundida y temblorosa, pero que se había tomado en serio su papel de reina y demostrado temple y valor. Sabía entender cuando un asunto era una cuestión de Estado, y tal vez por eso

ahora estaba llena de dudas, había aceptado aquello como un juego y se había visto desbordada.

Trató de calmarla durante el recorrido que las condujo hasta una de las puertas de servicio del alcázar, por donde entraron sin ser vistas. Llegaron hasta la alcoba real sin novedad; allí la camarera mayor ayudó a la reina a desvestirse y luego se marchó. Cuando Luisa Gabriela se metió en la cama estaba acongojada y arrepentida de haber realizado aquellas dos excursiones nocturnas para reunirse con Ana de Hoserín. Si aquello llegaba a conocerse, si se hacía público, no podría soportarlo. Se arrepentía, como pocas veces en su vida se había arrepentido de algo, de haber actuado así.

Ana María de la Tremouille conocía como nadie a aquella responsable y asustadiza jovencita que era reina de España desde los trece años, y cuando salió de los aposentos regios ya había tomado una decisión para poner fin a semejante estado de cosas. El asunto podía acabar escapándosele de las manos y tener graves consecuencias, de manera que había que resolverlo como se resuelven los asuntos de Estado cuando son de gravedad. Ya tenía pensada la solución. Era cuestión de buscar la persona adecuada para llevarla a cabo, y eso, en aquel Madrid agitado y conmocionado por la guerra... y los rumores, no era difícil. Y mucho menos para una mujer como ella.

Capítulo X. Horas de recuerdo

La herida de Ginesillo no revestía gravedad; en realidad resultaba más llamativa que peligrosa. Les recibieron en la colegiata de Santa María, donde los frailes se habían mostrado solícitos con un coronel del ejército real. En la enfermería habían aplicado una cura de urgencia a la herida del mozo, limpiándola y dejándola al aire, sin cubrir. Para mayor tranquilidad llamaron al licenciado Tamarit, quien certificó, por medio ducado, la liviandad de la brecha, que curó con vino, para luego diagnosticar que salvo posteriores complicaciones «que al presente no se contemplan», todos los huesos y vísceras estaban en su sitio y cumpliendo su papel. «No hay roturas ni disfunciones», había dicho con voz engolada y escolástica, como si hablase para un numeroso auditorio. A pesar de lo positivo de su dictamen, quedó en visitar otra vez al paciente al día siguiente; porque, eso sí, el muchacho debía permanecer en reposo hasta que su autoridad galénica indicase otra cosa. «Será conveniente girar nueva visita al enfermo, para confirmar el diagnóstico y su recuperación».

Cantillana, que tenía poca fe en los médicos, aunque conocía notables excepciones, no dudaba que el galeno pretendía justificar otro medio ducado por sus honorarios. Pensar en el médico le trajo a la memoria recuerdos del pasado, de amistades sinceras y afectos verdaderos. A veces, le embargaba un sentimiento de nostalgia, un deseo nunca admitido de volver a aquel lugar donde había pasado una de las pocas épocas apacibles de su agitada vida. Sabía que le recibirían con los brazos abiertos y que aquellas gentes le apreciaban; más aún, le querían y siempre tendría un lugar entre ellos, listaba seguro también de que si decidía regresar no aguantaría mucho tiempo en aquel calmoso discurrir del tiempo, porque las fibras de su cuerpo pedían otra cosa. Él no había nacido, ni le habían educado para la reflexión y la meditación, necesitaba la acción como el aire que respiraba. Si se paraba, se moría.

Aquella noche, mientras Ginesillo descansaba y recomponía fuerzas, el conde de Cantillana, sentado en uno de los balaustres del claustro que rodeaba el patio ajardinado de la colegiata, tuvo la certeza de que algún día volvería a Bohemia, junto a su amigo Luis Paravicino y el maestro Plécnick; volvería para verlos, para compartir algo de su tiempo con ellos, pero no para quedarse. Allí encontraría aliento para sobrellevar sus dudas. Aquél era otro mundo, donde las traiciones, las intrigas y la ambición no tenían sitio; allí había otro concepto de la vida. Una vida, sin embargo, para la que él no estaba hecho. Algunas veces se había preguntado si acabaría asumiendo todo lo que significaba aquella relación entre iguales, en la cual las obligaciones y los derechos eran ejercidos por todos sin distinción alguna, donde la autoridad no era poder, sino sacrificio. Para llegar a aquello había que recorrer un camino para el que todavía no estaba dispuesto.

El rato de reflexión en la paz claustral de aquella colegiata aragonesa había serenado su espíritu. Durante todo el día se había sentido agobiado por las dudas y agotado por las muchas leguas recorridas a caballo. Con un buen sueño sería un hombre nuevo al amanecer.

Se estaba quitando con lentitud las ropas polvorientas, cuando sacó del bolsillo de su casaca el papel que le había llevado Ginesillo; lo abrió y volvió a leerlo.

Te necesito en Madrid, el asunto es grave. Ven.

Ana María.

Dobló el papel y lo guardó cuidadosamente. Aquellas líneas le habían servido cuando menos para saber que su viaje a la corte no era un despropósito, porque alguien que tenía nombre solicitaba su presencia. Se descalzó las botas de su uniforme, tan polvorientas como todo él, y se tendió en la yacija de la celda que los frailes le habían proporcionado. No era gran cosa, pero estaba limpia y tenía una manta y sábanas, lo que no era poco, aunque el lecho fuese una tabla. A pesar de lo agotador de la jornada, pasaban los minutos y no le rendía el sueño; la razón se encontraba en las dos líneas escritas en el papel que le había entregado el bueno de Ginesillo.

Había conocido a Ana María de Tremouille en Roma, hacía ya algunos años. Era la dama más admirada de la sociedad romana no sólo por sus relaciones —había estado casada en segundas nupcias con el duque de Bracciano, un Orsini, de quien acababa de enviudar cuando la conoció—, sino también por su elegancia y una belleza extraordinaria que el paso del tiempo no había estropeado, aunque había tenido una vida accidentada.

La primera vez que la vio fue en una villa de verano propiedad de los Colonna, adonde había concurrido lo mejor de la sociedad romana y, como no, la princesa de los Ursinos, la viuda del Orsini recién fallecido. Las malas lenguas habían centrado en ella sus conversaciones y hasta se habían cruzado apuestas sobre la presencia o ausencia de la princesa en la fiesta. Había razones para que no acudiese, porque los anfitriones habían exigido el pago de las numerosas deudas que su esposo tenía pendientes con ellos, y en absoluto se mostraron compasivos. La viuda había tenido que entregarles como pago hasta el castillo palacio que había sido su residencia como duquesa de Bracciano. Sus enemigos, que eran muchos, habían apostado que no asistiría. Estaba sola y arruinada, de modo que la apuesta era más que nada un deseo, porque su ausencia sería el síntoma más palpable de su hundimiento y caída.

Cantillana había acudido a la fiesta de la mano de su amigo el duque de Medinasidonia, quien ejercía el cargo de embajador de su Católica Majestad ante la Santa Sede. Los dos aristócratas españoles tenían muchas cosas en común, eran grandes de España y poseedores de vastos dominios señoriales en la baja Andalucía,

además de vástagos primogénitos de sus respectivos linajes, jóvenes, puesto que ambos rondaban entonces la treintena, e inmensamente ricos. Medinasidonia, como embajador de su majestad, sabía moverse con habilidad en los entresijos de la política cortesana, Cantillana hacía ya algún tiempo que estaba ausente de España por un asunto que, decían, tenía pendiente con la Santa Inquisición. El tiempo y las influencias estaban echándole tierra. Por aquellas fechas hacía algún tiempo que Felipe V se había aposentado en el trono de Madrid, ya tenía diecinueve años y acababa de contraer matrimonio con una chiquilla de trece que le había encandilado.

Los invitados de los Colonna habían ido llegando poco a poco a la fiesta. Estaba a punto de hacer su aparición Livia Colonna, la anfitriona de aquella noche, en la terraza que bajaba al jardín por dos escalinatas simétricas que descendían a ambos lados de la misma, flanqueadas por sendas balaustradas, cuando una lujosa carroza entró con suavidad en los jardines. Todos los presentes pudieron contemplar, aletados, que la princesa de los Ursinos descendía de ella. Parecía una reina en el esplendor de su belleza, desprendía majestuosidad y poderío. Se habían apagado los murmullos y el silencio era admirativo. La situación era digna de un espectáculo. Livia Colonna bajaba hacia los jardines donde sus invitados le daban la espalda, vueltos como estaban hacia la mujer que había descendido de la carroza. Ana María de Tremouille se percató de la situación y permaneció quieta junto al estribo del carruaje; era como una estatua viviente que contemplaba el efecto, verdadero impacto en realidad, que había causado su aparición. Estaba saboreando la victoria moral que el destino le deparaba en aquellos momentos sobre todos los que la habían dado por acabada. La situación se prolongaba: los invitados quietos, la anfitriona que ganaba ya el nivel del jardín entre la indiferencia general y ella, que se mantenía erguida y quieta al pie de la carroza. De repente, de entre los asistentes un caballero de aspecto llamativo avanzó hacia ella, llegó adonde estaba y, tras una gentil reverencia, le ofreció un brazo, que ella tomó. La pareja avanzó hacia los invitados, que sólo entonces se percataron de que Livia Colonna, la hermosa anfitriona de la fiesta y dueña del lugar, había hecho acto de presencia.

Cantillana nunca supo qué le impulsó a ofrecer su brazo a aquella mujer a la que veía por primera vez y que casi le doblaba en edad, aunque ni por asomo lo aparentaba. ¿Le fascinó su imagen?, ¿le atrajo su belleza?, ¿o simplemente le tentó la situación creada?

La realidad fue que Cantillana, el «condesito spagnolo» como decían las romanas, pasó la velada con la princesa de los Ursinos y que cuando ésta, una vez que hubo saboreado su triunfo y sentado de manera indiscutible que habían de seguir contando con ella, se marchó mucho antes de que la celebración llegase a su punto culminante —la princesa había acudido por razones ajenas al festejo—, Cantillana se ausentó con ella.

Los meses que el aristócrata español pasó en Roma esperando que el transcurso del tiempo colocase las cosas en su sitio, los vivió junto a aquella mujer. Se les vio juntos en fiestas y celebraciones, compartieron el lecho y el interés por el desarrollo de los turbulentos acontecimientos que se estaban produciendo en Europa, donde la guerra general había comenzado. Los medianamente informados sabían que Ana María de la Tremouille se había convertido en una agente al servicio de Francia y que en la complicada red de relaciones e intereses que se tejían y destejían en la ciudad de los papas, ella era la pieza clave con que contaba la diplomacia que movía los hilos desde Versalles. Lo que nadie sabía era que el conde de Cantillana había pedido a Ana María en matrimonio y que ésta meditaba la petición cuando una orden explícita, como todas las que daba el monarca francés, le indicó que, sin pérdida de tiempo, marchase a España. La joven reina Luisa Gabriela necesitaba una camarera mayor y también consejo. *Mademoiselle* de la Tremouille, que parecía estar decidida a convertirse en condesa de Cantillana, se vio obligada a dejar atrás Roma y el hombre que le había propuesto matrimonio.

Cuando Cantillana regresó a España, meses después, el estruendo de las armas sonaba por muchos lugares en la vieja piel de toro. En medio del fragor se habían perdido, al parecer definitivamente y desde luego por el momento, los papeles que en el Santo Oficio contenían las diligencias abiertas contra él por «mantener proposiciones contrarias a la doctrina defendida por la Santa Madre Iglesia católica, apostólica y romana», en suma, por hereje. La guerra hizo renacer en él al veterano soldado, y se incorporó a las tropas de su Católica Majestad don Felipe v. Al igual que antaño en Flandes se le dio el mando de un tercio de infantería como coronel, ahora, con el mismo grado, se le confió un regimiento, que era como se conocían ya a los viejos tercios de infantes piqueros y arcabuceros.

En el transcurso de aquellos años el conde de Cantillana, coronel del regimiento de infantería de la Reina, y la princesa de los Ursinos, camarera mayor de Luisa Gabriela de Saboya, sólo se habían visto en contadas ocasiones, una de ellas en Burgos, donde tuvieron un encuentro en una buhardilla desangelada que ellos llenaron de pasión. Se amaron como si el tiempo transcurrido entre aquel instante y Roma no hubiese hecho sino acentuar sus deseos. Ahora Cantillana no le pidió que se convirtiese en su esposa, pero lo pensó. Seguía sintiendo por aquella mujer, que por la edad podía ser su madre, lo mismo que en la Ciudad Eterna. Ejercía sobre él un atractivo al que no podía resistirse, y era incapaz de contenerse ante las dotes de persuasión que tenía. Él, que siempre había hecho gala de realismo y seriedad, estaba dispuesto a la locura por ella.

Era algo que ni su experiencia ni su aplomo podían combatir. Siendo consciente del peligro que entrañaba todo ello, estaba dispuesto a correr el riesgo, a ponerse en sus manos. Sin embargo, la realidad se impuso. Ella era la camarera mayor de la reina

y había ligado su suerte a la de su señora, incluso por encima de los dictados que pudiesen indicársele desde Versalles. Había unido su futuro, fuera cual fuese, a aquella pareja, y lo estaba demostrando con creces. Por su parte, él había puesto su espada al servicio de una causa y saldría con ella adelante o se hundiría con la misma, pues no era de los que se acomodaban a las medias tintas y mucho menos de los que cambiasen de opción según soplasen los vientos. Había decidido servir la causa de aquel joven rey aninado, de aspecto blando y melancólico. Se contaban muchas historias de su majestad, pero él no había comprobado ninguna. Si bien nunca había hablado con aquel rey, conocía a otros monarcas de los que también se contaban disparatadas historias que no se ajustaban a la realidad. De los reyes, sean como sean, siempre se cuentan historias.

En aquella buhardilla burgalesa hicieron el amor con frenesí. Fueron días de sobresalto y pasión en medio de la tensión política existente. Tras el abandono precipitado de Madrid, ocupado por el enemigo, en Burgos se había organizado un remedo de corte en la que los consejos se habían instalado de forma provisional, y como pudieron, en casas solariegas particulares. Los vestidos, los adornos y otras prendas no se desembalaban, nadie sabía en qué podían parar el desconcierto y la desorganización reinante. Se estaba a la espera permanente de que los correos avisasen de lo que ocurría en Madrid y en el campamento real para tomar una decisión. Si el peligro amenazaba, las instrucciones eran muy concretas y no admitían lugar a dudas: tomar la vía de Francia por Navarra, donde las lealtades a la causa del Borbón parecían estar garantizadas. Si las cosas marchaban de forma más conveniente, debían esperar con el ánimo en suspenso y sin confiarse.

Así transcurrieron los cinco días que Cantillana estuvo en Burgos. Había llegado allí al frente de un escuadrón de caballería ligera —no pertenecía a su regimiento, que era de infantería— con una misión concreta que le había encomendado personalmente el marqués de Bedmar: acudir a Burgos para proteger a su majestad la reina y a las personas a su servicio, y escoltarlas hasta Fuenterrabía e Irún, en la frontera pirenaica, si así lo aconsejaba el desarrollo de los acontecimientos. Tuvo ocasión de conocer a la reina una tarde, cuando caminaba, acompañada de su camarera, por el Espolón en dirección a la catedral.

—Majestad. —Hizo una profunda reverencia a la vez que se despojaba del sombrero.

—Majestad, es el coronel que al frente de un escuadrón se encarga de vuestra seguridad —señaló la camarera con una media sonrisa elocuente—, y que en caso de conveniencia nos dará escolta.

—¿He de agradeceros mi seguridad... y la de mi séquito? —inquirió, burlona, la reina.

Cantillana, que ofrecía un magnífico aspecto, respondió con una frase cortesana:

—Majestad, vuestra vida es preciosa para todos nosotros, y llegado el caso ofrecería la mía gustoso para protegerla. Es para mí un honor que se me haya asignado vuestra seguridad.

—¿Sólo mi seguridad? —La reina estaba de un excelente humor.

—Majestad, la vuestra y la de quienes os rodean.

—¿Quiénes nos rodean?

—Vuestras camareras, majestad, son damas de respeto y consideración; velaremos por su seguridad.

—No me cabe duda de ello, Cantillana.

El militar esbozó una sonrisa. La reina le miró con cierta complicidad:

—¿Qué os produce esa sonrisa?

—Majestad, es estimulante para mi persona que conozcáis mi nombre, aunque sólo me hayan presentado como un coronel del ejército de vuestro real esposo.

Luisa Gabriela de Saboya sonrió una vez más y cambió la conversación:

—¿Qué opináis, coronel —recalcó la palabra— del curso de la guerra?

Cantillana flanqueaba a la reina por la izquierda, al otro lado iba *mademoiselle*. Varios soldados caminaban algunos pasos por delante y otros por detrás; a respetuosa distancia iban varias camareras, el secretario del Consejo de Hacienda, algunos caballeros de órdenes y más soldados cerraban aquel improvisado cortejo que llamaba la atención de los vecinos que encontraban a su paso, aunque hasta el momento nadie había reparado en que allí iba la reina de España.

Cantillana, que se había puesto el sombrero —era grande de España y podía estar cubierto ante la realeza— y tenía cogidas las manos por detrás, caminaba al ritmo que marcaba la reina. Se tomó mucho tiempo, quizá más del conveniente, para contestar a la pregunta. Cuando lo hizo, habló con energía:

—Si Castilla resiste, los imperiales lo tendrán difícil.

—¿Creéis vos que Castilla resistirá? —La pregunta fue inmediata. También lo fue la respuesta.

—Majestad, lo sabremos muy pronto. En cuanto tengamos noticias de lo que ocurre en Madrid estos días.

Habían llegado a la catedral.

Ahora, tendido en el camastro de aquella celda de la colegiata de Santa María de Calatayud, recordaba con nitidez aquella tarde en Burgos, a pesar de que habían transcurrido varios años. No se había equivocado en su apreciación, los castellanos habían resistido y dedicaron una hostil acogida a las tropas que sostenían la causa del archiduque Carlos de Austria, quien ni siquiera entró en Madrid; se volvió hacia Cataluña, donde los paisanos se mostraban a su favor de forma mayoritaria. Al año siguiente vino Almansa y Felipe V salvó, por el momento, el trono.

Desde entonces apenas si había visto a Ana María y ahora surgía todo esto, como

un torbellino. Con una conspiración en marcha para acabar con el rey al que había jurado defender y una situación delicada para aquella reina añorada que había visto una tarde de otoño... en Burgos.

Capítulo XI. Madrid

Cuando el conde de Cantillana, acompañado de Ginesillo, entraba en Madrid por la puerta de Guadalajara, aún estaba el sol alto y había animación en los numerosos corrillos que a la puerta de las iglesias, en plazuelas y esquinas servían de excusa para reunirse a ociosos y a todos aquellos que ante una conversación de interés abandonaban sus quehaceres y participaban en la misma.

Sin detenerse, se dirigió a su casa familiar. Hacía mucho que no pisaba su hogar, aunque bien pensado Cantillana había disfrutado poco de éste, pues su vida había sido un continuo ir y venir, un ajetreo permanente con poco tiempo para el reposo. Siempre habían resultado escasas las temporadas en que había permanecido en algún lugar llevando una vida sosegada; desde hacía muchos años su sino estaba marcado por la acción y el movimiento.

Su hermano menor y único le recibió emocionado, y los viejos criados de la casa contaban y no paraban a los más nuevos, algunos de los cuales ni siquiera habían visto al señor en persona. Para algunas de aquellas gentes se había convertido en una especie de leyenda viva, de la que se contaban las más fantásticas historias, muchas de las cuales parecían increíbles.

—¡Ya eres todo un señor, Santiago! —Cantillana abrazaba con amorosa rudeza a su hermano.

—Déjame adivinar, hace..., hace. ¡Qué sé yo, los meses que han pasado sin vernos!

—Casi dos años, Fernando. —La respuesta inmediata sorprendió al conde, que miró con una ternura desbordada a su hermano, mientras le apretaba, sacudiendo sus hombros.

Un suave toque en la puerta del salón donde los dos hermanos se habían encontrado, les hizo volver la cabeza. Estaba abierta y cruzando el umbral apareció la figura encorvada de un anciano venerable a quien un joven ayudaba a mantenerse sobre sus piernas. El anciano, que portaba un bastón, estaba casi ciego, tenía la mirada perdida y parecía husmear.

—¿Don Fernando...? Alabado sea Dios. ¿Dónde estáis?

Cantillana avanzó hacia él con una sonrisa que le llenaba el rostro, pero que el anciano no podía percibir:

—¡Mi buen Julián! ¡Un abrazo!

Cuando el viejo se sintió rodeado por los brazos del conde, rompió a llorar; sus hombros se agitaban y sus gemidos sonaban con suavidad. Había hundido la cabeza entre el cuello y el hombro de quien ahora le sostenía.

—Gracias Dios mío... Gracias por permitirme verlo antes de morir... —La voz sonaba entrecortada por la emoción.

—¿Quién habla de morirse, Julián? —Cantillana hablaba con calor y ternura; las lágrimas del anciano se habían convertido en una llantina incontrolada—. Ven, ven conmigo y siéntate, porque tienes que contarme muchas cosas. ¡Fíjate, Santiago me estaba diciendo que llevo cerca de dos años sin venir por aquí!

En medio del lloriqueo, Julián pudo articular algo que hizo que a Cantillana se le formara un nudo en la garganta:

—Faltan veintisiete días, mi señor.

Don Fernando Jiménez de Solís, conde de Cantillana y con una docena más de títulos a sus espaldas, grande de España, había enmudecido ante lo que aquello significaba por parte del viejo criado maragato que había velado sus noches de fiebres infantiles, le había ayudado en su adolescencia a conciliar el sueño con hermosas historias y en su juventud le había instruido, como nadie lo hizo, para que se convirtiese en un hombre.

Una vez que el viejo criado superó los efectos de la emoción que le había producido el encuentro, charló largo rato con él y supo de los últimos años del conde, de su vida de militar, renovada otra vez, y de algunas de sus opiniones sobre la situación que atravesaban la monarquía y la causa del rey. A Julián nunca le habían gustado los franceses, pero su majestad era otra cosa, era nieto de Felipe IV, y él había peleado en las Dunas y en Dunkerque, bajo las banderas aspadas de san Andrés, en los tercios de infantería de su Católica Majestad. Menos le gustaba que fuera nieto del francés, pero podía pasárselo por alto, y en cualquier caso todas sus dudas se disiparon cuando supo que el señor conde estaba peleando por su causa.

Era noche cerrada, en el reloj de la iglesia del Salvador, frontero de la plazuela en la que desembocaba la calle donde estaban las casas principales de los Jiménez de Solís, acababa de sonar un golpe seco, señalando las once y media, cuando el conde de Cantillana salía de su casa. Iba solo, vestía una amplia capa, cuyo vuelo le permitía embozarse, calaba sombrero amplio con sólo una de las alas plegadas, del pliegue salía una larga pluma roja, y calzaba botas militares de piel negra, que le cubrían la pierna casi hasta la rodilla. Su aspecto ofrecía un aire noble y anticuado; la estampa de aquel solitario, que andaba con poco cuidado y ningún sigilo, respondía a una moda extinguida y resultaba más acorde con tiempos pasados. Para completar lo añejo de la imagen, asomaba por debajo de la capa la punta de un acero de notables proporciones según los dos palmos de vaina que sobresalían de la indumentaria. Una de sus manos sostenía el embozo y la otra apretaba fuerte, ajustada a la cazoleta, la empuñadura de la toledana.

A aquellas horas eran ya pocos los que transitaban por las calles. Se cruzó con algunos que, temerosos de aquella figura, abrieron paso. Su andar era firme y decidido, conocía bien el camino que llevaba y, desde luego, no estaba dando un paseo ni se trataba de un matón en busca de camorra; estos últimos ni solían ir solos

ni eran indiferentes, como lo era él, ante los que cedían la calle al cruzarse. Sus pasos le condujeron al descampado que se abría ante la fachada principal del alcázar real. El viejo y destartado edificio estaba cerrado a cal y canto, su formidable estructura arquitectónica era una sombra gigantesca que se recortaba contra el cielo negro azulado de la capital de España.

Cantillana se pegó a la fila de casas frontera de la fachada derecha del palacio, tratando de pasar lo más inadvertido posible. Cruzó la calle y llegó hasta los muros del regio edificio. En la tenue oscuridad localizó la última puerta antes de doblar la esquina que iniciaba la trasera del palacio. Se detuvo un instante para asegurarse y miró en todas direcciones. La soledad era absoluta, así como el silencio, que de repente se rompió con el tañido de las campanas de un reloj que daba los sonos de la medianoche. En ese momento, en la esquina de la calle por la que había venido surgieron las sombras de varios hombres, cinco creyó ver. Habría jurado que era una patrulla de soldados de la guardia, una de las que vigilaban los alrededores del alcázar.

Por un instante Cantillana vaciló, pues de acuerdo con el camino que traían podían haberle visto y estar siguiéndole los pasos. Sintió la tentación de empujar la puerta y entrar en el recinto. Eran ésas las instrucciones que contenía el papel que le habían entregado nada más llegar a casa; sin embargo, decidió permanecer inmóvil. Conforme pasaban los segundos fue descartando la idea que había rondado por su cabeza; aquellos hombres se habían detenido y hablaban en voz baja, aunque el silencio arrastraba palabras sueltas hasta sus oídos. Hablaban de mujeres..., de putas..., de las tarifas de sus servicios.

Empujó la puerta con suavidad y los goznes se quejaron al girar. Contuvo la respiración y se detuvo, observando si se habían percatado del ruido, pero comprobó que los soldados —pues eso eran— continuaban en lo suyo. No habían oído nada.

La puerta se había abierto menos de un palmo, su cuerpo no podía colarse por aquella rendija, y tampoco deseaba arriesgarse produciendo un nuevo chirrido. Optó por esperar, al comprobar que la disposición de los soldados no parecía ser la de montar guardia en aquella esquina. Dudaba si dar otro empujón a la puerta cuando por una bocacalle, que se abría a menos de treinta varas de donde estaba, se aproximaba gente que gritaba y llamarían la atención de los soldados, con lo que su posición sería muy delicada. Aguantó, conteniendo la respiración más por instinto que por otra cosa, para comprobar cómo el ruido se intensificaba. Creyó oír una voz de mujer cuando ya debían de estar cerca de la esquina que daba al alcázar. Pudo verlos en el momento en que los soldados se percataron del escándalo: eran dos hombres y una mujer. La escena que presentaban no ofrecía dudas, se trataba de dos noctámbulos y una furcia, los tres llevaban ya encima más vino del que podían soportar.

Los soldados avanzaron en grupo hacia aquel trío de alborotadores que rompían el sosiego nocturno. En ese momento Cantillana no lo dudó: empujó con suavidad la puerta un poco más, los goznes volvieron a chirriar, pero su ruido se perdió entre el jaleo y el golpear de las botas de los guardias sobre el pavimento. Se deslizó hacia el interior y cerró la portezuela con más energía de la que había puesto para abrirla, después echó el cerrojo y se desentendió de lo que pudiese ocurrir en el exterior.

Se hallaba bajo un pequeño cobertizo de teja ante el que se abría un patio pavimentado con grandes losas de granito, toscamente desbastadas. Vio en el rincón más alejado una puerta rematada en un arco de medio punto, tal y como le habían indicado. Sigilosamente se desplazó hasta allí, siguiendo la pared. Empujó la puerta, pero ésta no se abrió.

Maldijo en silencio.

Empujó de nuevo, con más fuerza, y comprobó que ante el nuevo intento cedía. Respiró hondo. Vio las pequeñas escaleras de piedra, de peldaños triangulares y cerrados, en caracol. ¡No había duda de que iba por el camino correcto! Cuando las escaleras se acabaron accedió a un saloncito cuadrado y de regulares dimensiones alumbrado por un cabo de cera, en el cual se abría un amplio ventanal que daba al patio; además del acceso por donde había entrado, había otra puerta. Caminó hacia ella. De pronto oyó que al otro lado alguien levantaba el pestillo, e instintivamente llevó la mano a la empuñadura de la espada mientras la puerta se abría y ante sus ojos se recortaba la figura de una mujer portando un candelabro que iluminaba a medias su rostro. Para Cantillana era suficiente.

No hubo palabras. Se fundieron en un abrazo y un beso largo y profundo.

—Fernando, cuidado, el fuego puede prender en tu capa.

El conde deshizo el lazo que sujetaba la prenda a su cuello y la recogió sobre su brazo izquierdo. Ana María de Tremouille le cogió de la mano derecha y tiró de él con suavidad. Cruzaron dos cámaras y llegaron a un tercer aposento de dimensiones mayores que los anteriores. En uno de sus testeros había una cama gigantesca que tenía cortinas y dosel. La camarera dejó en un taburete el candelabro y Cantillana se deshizo definitivamente de la capa. Llegaron hasta el lecho, descorrieron las cortinas y el deseo y la pasión se desbordó sin trabas.

—La situación es muy delicada. Hay una conjura de altos vuelos para destronar al rey.

Cantillana, sudoroso, estaba incorporado sobre sus rodillas contemplando, absorto, el cuerpo desnudo de aquella mujer. Era de una belleza turbadora.

—¿No me oyes, Fernando?

El interrogado sacudió la cabeza, como despejando de ella algún pensamiento.

—¿Sí, querida?

—¡Hay una conjura en marcha para perder a su majestad!

Cantillana miró los ojos de la mujer que tenía ante él. Eran verdes, brillantes y extraños.

—Tienes unos pechos primaverales, tu piel sigue tersa y tus ojos brillan como los de una jovencita.

—¡No me escuchas! ¡No te importa lo que te digo! —La camarera dio un golpe cariñoso a Cantillana en un muslo y le hizo un mohín.

—¿No pretenderás que hablemos de política, tú y yo, después del tiempo que...? —Se echó sobre ella y comenzó a cubrir su cuello de besos, buscando de nuevo el contacto de su piel. Ella respondió y se amaron.

El sosiego siguiente trajo la conversación.

—¿Dices que Medinaceli es el instigador?

—No, Fernando, Medinaceli está implicado; se han puesto guardas en su casa. Permanecerá arrestado en ella hasta que se sepa exactamente cuál es su papel, que sin duda es importante.

—¿Por qué importante?

—Porque la carta cifrada de la cual te he hablado estaba dirigida a él.

—¿Una carta en cifra con una dirección? —preguntó, incrédulo, Cantillana—. ¡Vamos, Ana María! ¡Dime entonces quién firmaba el remite! —El tono era burlón. Le valió un cachete sonoro. Cantillana se quejó con estruendo—: ¡Ay! ¡Ay!

—Sssh. —La camarera se llevó el índice a los labios—. Con este escándalo terminará viniendo la guardia —susurró.

—¿Cómo sabes que el mensaje era para Medinaceli? —Por primera vez el tono de Cantillana era serio.

—Porque el mensajero, malherido, lo dijo antes de morir.

Cantillana era ahora un hombre caviloso.

—¿A quién se lo dijo?

Su pregunta no tuvo respuesta, insistió otra vez y obtuvo una negación.

—No te lo puedo decir.

Cantillana se incorporó en el lecho y miró, nuevamente con fijeza, a la mujer.

—Si quieres que juegue este envite tengo que conocer todas las cartas y a todos los jugadores. Si no, no juego —dijo en un tono que no admitía dudas.

—¿No puedes confiar en mí? —Ella le acarició el hombro con coquetería.

—¿Y tú, en mí? —Cantillana giró y besó el pecho de la mujer.

—Está bien. ¿Me das tu palabra de caballero?

—Sabes muy bien que si tú me pides silencio, seré una tumba. Pero has de confiar en mí.

Ana María de Tremouille le contó lo que le había dicho el padre confesor.

Era imprescindible saber qué significaba realmente el mensaje que habían enviado a Medinaceli, porque allí estaba una de las claves fundamentales para llegar

al fondo de aquella conjura. El problema fundamental estribaba en que las probabilidades de que el duque de Medinaceli, arrestado en su morada, hablase eran mínimas, ya que por su condición de noble no se le podía someter a tormento en un interrogatorio.

¿Qué claves se escondían detrás de aquellas frases?

*Plutarco se impondrá a Homero.
Ha sonado la hora de la Justicia.
Las Damas y sus Hijas lo agradecerán.
Cicerón está dispuesto.
X e Y avisen a Cicerón.*

Capítulo XII. Palos de ciego

Habían transcurrido más de dos semanas desde que el conde de Cantillana arribara a Madrid y era poco lo que habían progresado las pesquisas para atajar la conjura. Durante una semana el duque de Medinaceli había permanecido arrestado y aislado en su casa, donde había sido interrogado en varias ocasiones sin que se hubiese sacado nada en claro. Negaba toda relación con aquello y afirmaba que, de no ser un error, enemigos suyos le habían tendido una trampa. Al caer la tarde del octavo día, una real orden dispuso su detención y el traslado inmediato al castillo de Pamplona, donde se le mantendría aislado e incomunicado. El único trato que se le permitiría sería con el alcaide de la fortaleza. Quien tenía las claves de la investigación sabía que no había ninguna duda —un hombre en el trance de morir no miente— sobre el hecho de que Medinaceli era el destinatario de aquel papel.

Ninguna de las disposiciones que se habían tomado había dado resultado. Individuos convenientemente aleccionados habían deambulado por tabernas y mesones, requerido noticias en los lupanares y mancebías, lugares donde por lo común solía conseguirse mucha más información de la que a primera vista pudiera parecer, y sobre asuntos cuya relación con aquellos sitios sólo podía entenderse a partir de lo lenguaraces que en determinadas situaciones pueden volverse los hombres. Por todas partes se había desplegado gente en busca de un dato, de un indicio, de una frase o de una palabra suelta. Todo había resultado inútil.

Por las esquinas y plazuelas se habían dejado caer rufianes y ladronzuelos con quienes los alcaldes de casa y corte y sus alguaciles habían tenido reuniones previas. Nadie hablaba de aquello, nadie comentaba nada. Por ningún sitio había surgido ni la menor sombra de indicio que ofreciese una vía de reconocimiento. Ubilla y Grimaldo se habían reunido cada tarde con los alcaldes para hacer un repaso de la situación y tener conocimiento de lo que se decía en Madrid, en aquellas sesiones se analizaba todo el material que «los ojos y oídos» puestos en movimiento habían recogido. Los temas de conversación y las historias resultaban innumerables y variados. Los había para todos los gustos, desde cuestiones políticas a asuntos más cotidianos: noticias sobre el desarrollo de las operaciones militares, en las que se señalaba que la situación de las armas del rey nuestro señor en el frente de Aragón no era buena, y se rumoreaba desde hacía algunos días, a partir de los informes que habían dado unos arrieros que vinieron de Daroca, que los ejércitos de Felipe V habían sufrido un serio revés a orillas de un afluente del Ebro cuyo nombre no podían precisar. Era del dominio público que los franceses se habían marchado, dejando al nieto de su rey más solo que la una, por esa causa se respiraba un ambiente de pesimismo sobre el futuro que podía aguardar a sus majestades, aunque también se decía por todas partes que la gente no quería ver coronado al archiduque de Austria. Se hablaba mal de los

catalanes, gentes avaras y sin ley que habían traicionado su juramento y se habían aliado con los herejes de Inglaterra y Holanda. Las acciones de estos últimos eran las que daban para mayores comentarios: se trataba de seres malvados por naturaleza, enemigos de nuestra santa y católica religión, cuyo mayor deseo era ver destruida esta monarquía, saqueaban conventos y robaban iglesias, violaban mujeres y convertían en establos los templos. Habían robado en sagrado todo lo que alcanzaban sus manos, destrozando y profanando imágenes y reliquias. Tampoco se salvaban las hostias consagradas.

Se hablaba de la carestía general de las subsistencias: la fanega de trigo había alcanzado los cien reales y el precio del pan estaba por las nubes; aquellos precios habían desatado el hambre y mucho malestar. Llegaban rumores de que al sur de La Mancha se conocían casos de contagio pestilente, aunque no se habían confirmado. También había producido mucho malestar el haberse subido de forma escandalosa el precio del vino, seis reales por un azumbre. Algunos rumores apuntaban a que con la llegada del invierno habría problemas de abastecimiento de pan, no sólo porque la cosecha de trigo había sido mala, sino porque las partidas de austracistas^[1] que infestaban los campos tenían retenidos y asustados a los arrieros y trajinantes, que no se atrevían a ponerse en camino ni aun con grandes beneficios en el porte. Se decían muchas cosas acerca de la vida de palacio.

Se hablaba de salidas y entradas nocturnas en el alcázar, sin que se precisase quiénes eran los que entraban o salían a deshoras, pero no había duda de que ocurría. Se daban pelos y señales de las desavenencias existentes entre los ministros españoles de su majestad y los franceses enviados por el rey de aquella nación para asesorar a su nieto. Era opinión muy extendida que si los soldados del Cristianísimo habían abandonado España, también debían hacerlo los gabachos que mandaban a su antojo en Madrid. *Mademoiselle* estaba también en muchas conversaciones de corrillo y taberna. Para unos era una puta elegante que seguía follando sin descanso a pesar de sus años, otros la tildaban, además de furcia, de bruja que tenía hechizadas a sus majestades y por eso en palacio y en los dominios de esta monarquía que se mantenían leales al rey nuestro señor no había más voluntad que la suya; había quienes opinaban que era una agente del rey de Francia, quien la había enviado a su nieto con el pretexto de ser la camarera mayor de la reina, pero que su verdadero cometido era que en el alcázar no se tomase ninguna decisión que fuese contraria a los intereses de Francia. Algunos, en fin, opinaban que era una mujer de grandes recursos, inteligente y capaz, el mayor apoyo con que contaban sus majestades en tiempos tan difíciles como los que corrían y donde tantas voluntades se habían mostrado vacilantes. Sobre voluntades vacilantes había muchos rumores, pero ganaba la palma todo lo que se decía sobre el duque de Medinaceli. Señalaban los alcaldes de casa y corte el rumor de que el gran magnate andaluz había sido preso por alta

traición y trasladado al castillo de Pamplona, después de permanecer incomunicado en su palacio durante una semana.

Eran media docena de alcaldes los que estaban reunidos con Ubilla y Grimaldo en la dependencia que el primero usaba en los bajos del alcázar real, en su condición de secretario del despacho universal. Se trataba de un gabinete de trabajo de pequeñas dimensiones, mal ventilado y poco iluminado. Sólo recibía luz del exterior por una ventana situada a gran altura. El ambiente invitaba al recogimiento y la meditación, al trabajo en silencio. El mobiliario resultaba escaso y por todas partes aparecían apilados sin concierto libros, cuadernos, legajos... Sobre la mesa de trabajo del secretario del despacho se amontonaban rimeros de papeles. Había unas grandes y pesadas cortinas de recio paño negro que casi ocultaban una puerta pequeña que era, sin duda, la salida privada del despacho para evitar el uso de la puerta principal que daba acceso desde la antesala del salón de consejos a aquella dependencia.

La tarde ya había empezado a declinar y la estancia estaba sumida en semipenumbra. Los alcaldes permanecían de pie, alineados ante Ubilla y Grimaldo, que estaban sentados.

—¿Decís, Burguillos, que corren rumores acerca del encarcelamiento del señor duque de Medinaceli? —requirió Ubilla.

—Así es, excelencia. Se dice que su casa ha sido el lugar de su arresto y que noches atrás una carroza le ha sacado de allí para trasladarle al castillo de Pamplona.

—¿Dónde habéis escuchado esa historia?

—Señor, varias informaciones coinciden, y no las tienen sólo mi gente.

Grimaldo miró a los demás alcaldes; hubo un murmullo de asentimiento.

El secretario del despacho universal se levantó y comenzó a pasear:

—¿Así que por todas partes se habla de la detención del señor duque de Medinaceli?

Varios alcaldes contestaron afirmativamente y los restantes hicieron gestos en el mismo sentido.

—¿Y cuál es la causa de esa detención en las casas de su morada y el traslado nocturno a Pamplona? ¿Qué se dice sobre la causa? ¿Qué razones circulan?

Hubo varias respuestas a la vez, lo que provocó que no se aclarase nada.

—Haya orden, señores, haya orden. —El secretario del despacho, que seguía caminando, hacía gestos de apaciguamiento con las manos—. Veamos, Burguillos, ¿qué se dice?

Don Matías Burguillos era el más antiguo de los alcaldes de casa y corte. Se trataba de un hombre de aspecto venerable y con una imagen que parecía sacada de un cuadro del siglo anterior: rostro alargado y afilado, a lo que contribuía su barba puntiaguda; enjuto de carnes, tenía cierto aire místico acentuado por su ropa negra y severa, sin ninguna concesión al lujo.

—Se comenta, excelencia, que el señor duque está acusado de alta traición. Se afirma, y todo el mundo lo sabe, que ha habido guardias permanentes en la puerta de su casa y que su persona estaba bajo custodia. Lo último que se dice, aunque sin confirmar, es que hace algunas noches un carruaje ha sacado...

Ubilla interrumpió al alcalde:

—¿Qué se dice de la traición?

—Sólo vaguedades, excelencia, nada concreto. Ya sabéis que desde hace mucho tiempo corren voces sobre las veleidades del señor duque con los partidarios de la casa de Austria, pero nada nuevo... Bueno sí..., sí hay algo, ahora que recuerdo. Uno de mis informantes me comunicó, pero antes de que se decretase la incomunicación del duque, que en la casa de Medinaceli se habían visto con frecuencia a dos extranjeros que acudían allí a encontrarse con el señor duque.

Ubilla y Grimaldo se miraron. El primero preguntó, inquieto:

—¿Quiénes eran esos extranjeros?

—No lo sé, excelencia, podemos buscar información en esa dirección.

Grimaldo, que había permanecido en silencio hasta aquel momento, habló por primera vez.

—No sólo se puede investigar en esa dirección, sino que hay que hacerlo y de forma inmediata. —Se puso también de pie y se encaró a la fila de alcaldes—. Pero con la máxima discreción; es necesario que sepamos quiénes eran esos extranjeros que se reunían con el señor duque de Medinaceli, de qué nacionalidad son, desde cuándo estaban en contacto con el duque y cuándo mantuvieron la última reunión. Es de vital importancia saber si continúan en Madrid. Insisto en que la discreción es fundamental. —Grimaldo hizo una pausa y añadió—: Si esos extranjeros son localizados, no quiero que nadie actúe por su cuenta, nos lo comunicarán.

Los dos cortesanos despidieron a los alcaldes; estaban éstos enfilando la puerta, cuando Grimaldo insistió una vez más:

—Discreción señores. Discreción por encima de todo. —Una vez solos, preguntó a Ubilla—: ¿Qué pensáis?

—Tengo la sensación de que estamos dando palos de ciego. La realidad es que no hemos avanzado nada en estos días, pese a los esfuerzos desplegados. Tal vez..., tal vez hayamos exagerado y estemos haciendo una tormenta donde no hay nada. Porque... —el secretario dudó—, porque, decidme, señor marqués, ¿qué tenemos confirmado que nos permita afirmar la existencia de una conspiración para destronar al rey nuestro señor?

—Lo que tenemos es un papel cifrado que puede tener muchas interpretaciones y que el rey Luis ha determinado retirar sus tropas de la península, una retirada impuesta por la difícil situación que está atravesando Francia, que se ve obligada a batirse a la defensiva en su propio territorio por primera vez en muchos años... —

Respiró profundamente antes de continuar—. Todo lo demás son elucubraciones demasiado graves, tanto como para habernos embarcado en la hipótesis de una conspiración para destronar al rey... Pensad que llevamos casi dos semanas buscando indicios que nos conduzcan a alguna pista segura y no hemos conseguido nada pese a que hemos puesto en funcionamiento todos los medios disponibles. Ni un solo comentario en una villa donde nada puede ocultarse unas horas porque es el mentidero más grande del universo. Es posible, mi buen amigo, que todo lo que tengamos en nuestras manos sea humo de pajuelas.

Ubilla se dejó caer en su sillón. Daba la sensación de estar muy cansado; la postura en que había quedado sentado denotaba lo profundo de su agotamiento.

Grimaldo estaba vuelto de espaldas, contemplando un cuadro en el que una santa portaba en una bandeja sus propios senos, cortados como martirio. Se volvió con parsimonia y se acercó al bufete:

—De todas formas, Ubilla, no debemos bajar la guardia; la traición, con conspiración urdida para destronar al rey o sin ella, nos está acechando detrás de cada puerta.

Capítulo XIII. Un escándalo regio

El escándalo había sido monumental. No había transcurrido más de un par de horas desde que, decían, había tenido lugar aquella escena, cuando en Madrid no se hablaba ya de otra cosa. Se daban toda clase de detalles de lo acaecido en las habitaciones privadas del rey.

El monarca había llamado muy temprano, a eso de las ocho, a su confesor el padre Daubenton. Conociendo la estrechez de conciencia de don Felipe a nadie había extrañado la llamada y el jesuita había acudido presto al requerimiento de su regio penitente. Tras llegar sudoroso a la antecámara, casi desierta a aquella hora, salvo por los criados y criadas que ya realizaban sus tareas, fue introducido en los aposentos de su majestad por el marqués de Leganés, que era el gentilhombre de servicio. Los que le vieron, al igual que el propio padre confesor, pensaron que el rey se habría sobrepasado en sus derechos matrimoniales y habría solicitado a su mujer el débito carnal hasta situaciones de clara lujuria para la conciencia de un buen cristiano, y que ahora deseaba descargar el peso de su atormentado espíritu. Hubo miradas maliciosas, algún codazo y murmullos entre la servidumbre que vio pasar al confesor en su itinerario hacia los aposentos reales.

El rey miraba a través de la ventana el patio central del alcázar donde ya se había iniciado el bullicio cotidiano que suponía el ir y venir de unos y de otros por los más variados asuntos, los golillas y los plumillas estaban ya en pleno ajetreo. No contestó a la petición de Leganés, por lo que el marqués consideró que contaba con el asentimiento del monarca.

—Majestad, el padre confesor ha llegado.

Felipe v, lacónico, indicó:

—¡Hazle pasar!

Daubenton estaba ya dentro del aposento. Su aspecto bonachón se veía acentuado por la generosa panza y una prominente papada que destacaba por encima del alzacuello. Su cara era redonda y colorada; su calva, lustrosa, estaba flanqueada por dos pequeños promontorios de pelo grisáceo. Sólo una nariz aquilina rompía las redondeces que por todas partes ofrecía la figura del padre confesor.

Cumplido su cometido, Leganés se retiró, cerrando la puerta. El rey había mantenido la posición; estaba rígido, como una estatua, las piernas abiertas, firmemente asentadas en el suelo, los brazos cruzados por detrás y con el dorso de su mano derecha golpeando rítmicamente la palma de la izquierda. El confesor emitió una leve tosecilla, para indicar su presencia. El rey sin volverse, señaló una mesa ovalada.

—¡Lee esa carta! —El tono de su voz era el de un rey indignado, no el de un afligido penitente.

Daubenton tomó la carta y la desdobló con manos temblorosas. Apenas se hubieron abierto entre sus dedos los pliegues del papel, su rostro palideció y su frente se llenó de gotas de sudor, al igual que su cuello. No necesitaba leer el contenido de aquellas líneas, las conocía perfectamente. Lo que nunca hubiera imaginado era aquella misiva en manos de Felipe V.

El rey seguía dándole la espalda y se mantenía en silencio. Así transcurrió un rato que al confesor se le hizo eterno.

—¡Te he dicho que leas esa carta! —La voz del rey, rompiendo el silencio de la habitación, sonó como un trallazo en los oídos del jesuita.

—Majestad..., ya..., ya lo he hecho. —Apenas le salía el resuello.

—¡Pues yo no he oído nada!

—Majestad..., yo...

—¡Lee la carta Daubenton! —Entonces el rey se volvió y le miró con la cólera acumulada en sus ojos.

—¡Lee la carta! ¡Maldita sea!

El confesor, que a duras penas lograba mantenerse en pie, empezó a farfullar.

—¡No te oigo! ¡Alto, claro y despacio! —El rey adoptaba el tono de un maestro encolerizado que reprende a un alumno azorado y abrumado.

Daubenton se aclaró la garganta y empezó a leer con voz entrecortada:

A su excelencia el duque de Orleans.

Excelentísimo señor:

Como ya sabéis por los correos que sin duda os habrán llevado la noticia, Madrid es una corte agitada donde todo son rumores e inquietudes.

Sus majestades están desasosegados, como la mayoría de los cortesanos, muchos de los cuales no saben a qué carta quedarse ante el rumbo que están tomando los acontecimientos. Todo son dudas e incertidumbres. La mayor parte de los negocios que afectan a los asuntos de esta monarquía se encuentran paralizados porque nadie se atreve a tomar una decisión. Son muchas las cosas que marchan a la deriva.

Han causado hondo sentimiento y mayor preocupación, la decisión del rey Cristianísimo de retirar sus tropas de la península y dejar en manos de los castellanos la defensa de los derechos de su nieto. Eso ha provocado gran indignación y también temor.

Se cuentan las más extravagantes historias, que parecen ser el único alimento de esta nobleza, ociosa y envilecida. Sólo el ánimo de la reina y las disposiciones de mademoiselle de los Ursinos, que es quien realmente gobierna esta corte, mantienen alguna apariencia de acción, pero entregadas ambas a las más bajas acciones. Han llegado a poner sus proyectos en manos de una hechicera y actúan para los negocios del gobierno y otros asuntos por medio de las recetas que les facilita esta mujerzuela sobre la que debería caer el peso de la justicia...

En ese momento el rey interrumpió la lectura del jesuita.

—¡Eres un impío sacrílego!

—¡Por el amor de Dios, majestad! —imploró el confesor.

—¡No has tenido reparo ninguno en revelar un secreto de confesión! ¡Eres un impío sacrílego! —repitió el rey.

—Os juro majestad, que... —El cuerpo del jesuita era sacudido por fuertes temblores, a la vez que su rostro, enrojecido, tomaba en las zonas del cuello tonos violáceos. Tenía los ojos desencajados.

—Bajo secreto de confesión os dije, porque agobiaba mi conciencia, que su majestad la reina y *mademoiselle* habían acudido a solicitar, sin mi conocimiento, los «servicios» de una curandera, sanadora, bruja o hechicera, puedes llamarla como gustes. Cuando la reina me hizo esa confidencia, desaprobé su conducta y le prohibí que continuase con tan repulsivos actos. En confesión liberé mi conciencia cristiana que repudia tales procedimientos por ser contrarios a las enseñanzas y doctrina de nuestra Santa Madre Iglesia y tú, ¡maldito sacrílego!, has profanado el secreto de confesión.

El confesor se apoyó con fuerza en una mesa de tablero de mármol multicolor. Sentía que las piernas le fallaban y se le nublaba la vista. El rey continuó:

—¡Has vendido a Dios al traicionarme a mí!

Daubenton se desplomó sin sentido. El rey abandonó el aposento.

Mientras el doctor Ruiz de Peralta asistía al desvanecido y convulsionado padre confesor, cuya congestión fue certificada como muy grave por el galeno, Leganés mandó que se diese recado a los padres de la Compañía de la necesidad de que algunos de ellos acudiesen a palacio para que, con su consentimiento, se tomasen las disposiciones más atinadas. En menos de una hora tres jesuitas, de aspecto atildado y circunspecto, extrañados por el aviso de Leganés, que sólo había indicado la necesidad de su presencia para un caso de urgencia extrema, se encontraron con un cuadro que a sus ojos se presentó preocupante primero y alarmante después. El doctor Ruiz de Peralta les informó sin ambages de la gravedad de la situación: la congestión había sido de tal envergadura que al enfermo se le había practicado una sangría doble, en el pie y en el brazo. Con aire preocupado y el ceño fruncido, el médico prescribió:

—El acceso es tan fuerte que con toda probabilidad las sangrías practicadas no serán suficientes, deberán aplicarse al paciente sanguijuelas que no dejen de chupar. Esperemos que los otros humores no actúen negativamente. Se ha iniciado un proceso febril intenso, por lo que deberéis suministrarle quinina cada seis horas. No soy optimista.

La preocupación de los hijos de san Ignacio por el estado de su compañero de orden se acentuó cuando tuvieron conocimiento de la causa que había provocado aquel estado en el confesor. El padre Arriaga, que era el mayor de los tres eclesiásticos, debía frisar los cincuenta años, no daba crédito a lo que le había contado el marqués de Leganés.

—No es posible, excelencia. No es posible.

—Lo siento, pero su paternidad debe tener por seguro todo lo que acabo de contarle. Su majestad está verdaderamente enojado con lo ocurrido.

Arriaga intentó improvisar una excusa, que el gentilhomme aplastó sin contemplaciones:

—Su majestad me ha ordenado que indique a sus reverencias —Leganés no estaba muy versado en el adecuado tratamiento que el escalafón de los eclesiásticos requería— que el padre Daubenton debe abstenerse en el futuro de asistir a palacio, así como que vuestras reverencias dispongan lo necesario para que con la mayor urgencia regrese a vuestro noviciado y lo antes posible abandone esta corte y los dominios de su Católica Majestad. Antes de que transcurran ocho días, contados a partir de hoy, deberá exiliarse de estos reinos.

Los dos jesuitas más jóvenes se santiguaron; estaban consternados y Arriaga había enmudecido. El marqués de Leganés se dispuso a abandonar la estancia, pero antes de salir se volvió y levantando una mano con el dedo índice extendido, les espetó con malicioso regusto:

—Ocho días, reverencias, ni uno más. —Dio un sonoro portazo que, en las circunstancias del momento, sonó como el cierre a toda esperanza.

El ruido, además de acongojar aún más el decaído ánimo de los religiosos, sirvió para que el padre Daubenton, que había permanecido inconsciente hasta aquel momento desde que cayera como fulminado ante la maldición real, empezase a recobrar el conocimiento.

—¿Qué...? ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Tranquilizaos padre Guillermo, tranquilizaos. El padre Insua y el padre Castillo me han acompañado para recogeros. —El padre Arriaga trataba de dar a su voz un tono sosegado. En ese momento el confesor pareció recordar algo de lo que había sucedido. Abrió los ojos de forma desmesurada; los tenía muy enrojecidos y tan hinchados que parecían pugnar por salirse de sus cuencas. Emitió un gemido gutural que sonó tenebroso, miró alrededor, como desconfiando, torció el cuello y se desvaneció de nuevo.

El padre Arriaga salió de la estancia, no sin antes recomendar a sus dos compañeros de orden tranquilidad —buena falta le hacía tanto a Insua como a Castillo— y no descuidar su atención del padre Guillermo. Él iba a buscar la forma de llevarse al enfermo. Al poco rato volvió con dos individuos que portaban unas parihuelas, donde colocaron al exánime confesor, le cubrieron con una manta y de esa forma le condujeron hasta un coche de punto. No fue fácil bajar por la empinada escalinata palaciega en medio de una malsana expectación que había congregado a todos los que rondaban por allí.

El ambiente era sobrecogedor. Todos los presentes guardaban silencio ante el pintoresco grupo que formaban los tres religiosos y los dos lacayos que les ayudaban en la dificultosa tarea. No era un silencio respetuoso, cada cual lo mantenía por no perder detalle, por saborear con fruición el acto supremo del batacazo moral y físico

de todo un confesor real, la caída de una pieza fundamental en cualquier combinación que se tejiese en la sorda y enconada lucha de poder que se desarrollaba sin tregua entre aquellas paredes. Constituía todo un privilegio de cara a las historias, chismes y habladurías ser testigo presencial de un «acontecimiento» que como aquél iba a alimentar las conversaciones de los próximos días. «Daba pena —dicho con farisaica conmiseración— ver a los pobres jesuitas soportar la vergüenza del acto; estaba lívido, como en la antesala de la muerte; tenía moraduras en el rostro; suplicaba el perdón de su majestad; se le negó asistencia médica y fue echado en unas parihuelas; las moraduras son por la bofetada que el rey le propició; el rey le maldijo». Cada afirmación, adobada con sus correspondientes razones y certificaciones de autenticidad, daría pie a una conversación, a una riña en la que todos los participantes estarían en posesión de la verdad.

Antes de partir, el marqués de Leganés surgió de entre la multitud que se concentraba ante la fachada de palacio, se acercó hasta el coche y tomando del brazo al padre Arriaga, hizo un aparte con él. Nadie pudo oír lo que el gentilhomme decía al jesuita.

Costó mucho trabajo introducir las ocho arrobas y pico del padre Daubenton en el vehículo; sólo lo consiguieron con la ayuda del cochero y los criados. La gente que les había hecho pasillo en su recorrido para abandonar el palacio, se había concentrado en la puerta del mismo, adonde se habían añadido nuevos curiosos que requerían noticias del suceso. Cuando los jesuitas dejaron el lugar camino del colegio Imperial, la explanada que se abría ante el alcázar era ya un hervidero, y una verdadera babel en lo referente a las cosas que se contaban.

En la Compañía de Jesús la noticia de lo ocurrido tuvo el efecto de una bomba y alteró la vida en el colegio. Se rompió la rutina y la disciplina que marcaba el ritmo de todos y cada uno de los actos que se vivían y desarrollaban en aquella casa. Por la tarde se suspendieron las clases, a los alumnos externos se les envió a sus domicilios y a los internos se les confinó en sus dormitorios con tareas extraordinarias. Para los que aún no cursaban teología, un extracto de los *Comentarios a las sentencias de Pedro Lombardo*, del doctor Angelicus. Para los que se habían iniciado en la sagrada materia, una exégesis de los tres primeros libros de la *Summa Theologica*, del mismo autor. Ningún estudiante en su sano juicio perdería un instante si deseaba tener el trabajo concluido para la primera clase del día siguiente, en que los maestros recabarían a cada cual sus ejercicios. A los hermanos se les ordenó encerrarse en sus celdas y rezar para invocar la ayuda de Dios y que la Compañía superase las dificultades por las que atravesaba en aquel trance. A los padres se les convocó a una reunión urgente para analizar la situación.

El superior de la Compañía, el padre Gonzalo Valdés, informó a los treinta y ocho asistentes a la reunión de lo que acababa de comunicarle el padre Arriaga. Su

majestad el rey había acusado al confesor real, el padre Guillermo Daubenton, de romper el secreto de confesión. El asunto por el que el secreto sacramental había sido violado era lo de menos, su majestad había maldecido al confesor y le había ordenado abandonar el palacio real, adonde no debería volver nunca más. Ante aquella situación el padre Daubenton había sufrido un síncope y perdido el conocimiento.

—Esos son los hechos, según se nos ha informado por el padre Arriaga, quien los ha conocido por boca del señor marqués de Leganés —concluyó Valdés.

Se produjo un silencio expectante, los rostros tensos y contritos eran reveladores del difícil momento que se estaba viviendo. Uno de los presentes levantó la mano.

—¿Sí, padre Celaya? —preguntó, solícito, el superior.

—Si vuestra paternidad me lo permite...

—Hablad, hablad.

—¿Se ha comprobado la veracidad de la acusación lanzada por su majestad?

Quien así hablaba era un padre de rostro macilento y aire aristocrático. Resultaba difícil determinar su edad, pero con toda seguridad no había cumplido los treinta años. La Compañía tenía depositadas en él grandes esperanzas por lo sólido de su formación y las brillantes dotes que poseía. Ayudaba a ello la alta posición de su familia, cuyas influencias podían remover cualquier obstáculo que surgiese en el camino que la orden había previsto y trazado con minuciosidad. El primer peldaño de esa escalera estaba ya puesto: pese a su juventud, Jerónimo de Celaya era el confesor de la reina, a cuyos oídos había llegado noticia de su capacidad y virtud. Era, además, un profundo conocedor del mundo, a todos admiraba los análisis que hacía de cuantas cuestiones se sometían a su consideración. Aquello era un valor más para quien tenía en sus manos la dirección de la conciencia de la soberana; también era una tentación para inmiscuirse en asuntos cortesanos, pero sin duda alguna, conociendo las virtudes y calidades del jesuita, eran más las ventajas que podían derivarse de ello que los posibles inconvenientes.

El padre Arriaga dejó escapar un profundo suspiro; después contestó con voz cansina, pero que llegó a todos los presentes:

—Qué más da; un secreto de confesión es algo muy personal entre un penitente y su confesor.

—No me refiero al secreto —puntualizó el padre Celaya—, sino a la violación del mismo. Su majestad ha de tener constancia por algún camino.

—Existe una carta donde, al parecer, el padre Daubenton comunicaba algo que sólo podía conocer a través de la confesión. Esa carta ha llegado a poder del rey —señaló el padre Arriaga mientras el joven jesuita asentía varias veces con gesto dubitativo, hasta que volvió a preguntar:

—¿Existe alguna posibilidad, por remota que sea, de que el padre confesor tuviera conocimiento del asunto por otra vía que no fuese la del confesionario?

—¿Adónde queréis llegar...? —El requerimiento del padre Valdés estaba cargado de dudas.

—Muy sencillo, paternidad. Si existe esa posibilidad, tenemos una vía de actuación. Si no tanto para salvar la situación del confesor real, sí para salvar la imagen de nuestra orden. Porque en estos momentos vuestra paternidad no puede ser ajeno al hecho de que su majestad necesitará un nuevo confesor y...

—Acabad vuestro razonamiento.

—Sencillamente, será bueno para nosotros que el próximo confesor de su majestad sea un padre de la Compañía.

Se produjo un murmullo general de asentimiento entre los presentes. Cuando se restableció el silencio, el padre Celaya prosiguió:

—Creo, paternidad, que resulta imprescindible desligar los intereses de nuestra milicia de las flaquezas del padre Daubenton, y, por razones que a ninguno de los presentes se le pueden escapar, hemos de buscar la fórmula adecuada para que la dirección espiritual de su majestad, así como su tranquilidad de conciencia, sea encomendada a un miembro de esta sagrada Compañía.

Otra vez se repitieron, ahora con mayor intensidad, los murmullos de aprobación de los presentes. En ese momento la puerta que daba acceso a la dependencia donde se celebraba la reunión se abrió con estrépito.

Las miradas de todos convergieron hacia la puerta.

Allí dos hermanos entraban a trompicones, estorbándose el uno al otro, sudorosos y jadeantes. Uno de ellos tomó la palabra, hablando de forma atropellada.

—Mil perdones de vuestras reverencias. —Estaba agitado y sus palabras salían entrecortadas—. Yo..., yo os pido perdón..., pero... no nos habríamos atrevido... a interrumpir de esta... de esta forma... Pero es que se trata de una urgencia.

Todos tenían el ánimo en suspenso. El padre Valdés interrumpió los balbuceos del hermano Martín.

—¡Por el amor de Dios, Martín! ¿Quieres decirnos de una vez qué ha sucedido?

Capítulo XIV. El secreto del padre Daubenton

—El padre Daubenton está muy mal y pide confesión. Reclama la presencia del padre Arriaga —indicó el hermano Martín, despensero de la casa.

—¿Tan mal se encuentra? —preguntó el padre Valdés.

—En mi opinión está agonizante, y creo, si vuestra paternidad no ordena otra cosa, que no se debe perder un instante.

Valdés hizo un gesto a Arriaga, que no necesitaba de palabras. Éste recogió con la mano izquierda la sotana para alzarla unos palmos y ganar en agilidad. Se levantó y abandonó la reunión. Llegó a tiempo de asistir al moribundo, oírle en confesión, administrarle la unción de los enfermos y oír de sus labios una revelación de suma importancia:

Era cierto que él había escrito aquella carta al duque de Orleans, a quien le unía una antigua relación; también lo era que había escuchado en confesión a su majestad el rey que la reina había acudido en busca de remedio para sus cuitas a una hechicera llamada Ana de Hoserín, cuya casa daba a la espalda del colegio. El rey había descargado su conciencia por considerar que el simple hecho de conocer aquella acción de la reina era un cargo para su alma, pero también le dijo el padre Daubenton, poniendo a Dios por testigo de la verdad de sus palabras, que no había violado ningún secreto de confesión cuando hablaba de aquel asunto al duque de Orleans. Había tenido conocimiento de aquellas visitas de la reina porque la había visto entrar, acompañada de su camarera, en la casa de la hechicera. La había visto porque él estaba en casa de la susodicha, una de las noches que la reina la visitó. Subió a la planta alta y allí aguardó hasta que su majestad fue introducida en el cuarto de la hechicera, momento que él aprovechó para marcharse.

—No he violado, padre, el secreto de confesión. No lo haría por nada del mundo. Por nada, padre, por nada...

—Sosegaos padre Guillermo. Yo os creo. Ahora necesitáis reposo y tranquilidad.

—Padre, si he pecado..., si he pecado de algo..., mi pecado ha sido la indiscreción... pero jamás, padre Arriaga..., jamás he violado el secreto del confesionario... —Alzó la voz y repitió otra vez la palabra «jamás». Abrió desmesuradamente los ojos, que se le quedaron en blanco. Balbuceó algo ininteligible y la cabeza se inclinó sobre el pecho, mientras la mano que asía con fuerza la de su compañero de orden se crispó como una tenaza. El jesuita hizo lentamente la señal de la cruz con la mano que le quedaba libre, a la vez que murmuraba una plegaria. Luego, separó con suavidad la mano del difunto de la suya y cerró los párpados sobre los ojos del cadáver.

Aquella misma tarde, con conocimiento de su superior, Arriaga solicitó una audiencia privada con su majestad para tratar un asunto de la mayor importancia. La

sorpresa de los jesuitas fue grande cuando el recadero que había llevado la misiva a palacio regresó con un papel para el padre Arriaga. El texto era muy simple:

Acudirá vuestra reverencia a palacio cuando reciba esta nota.

B. L. M. de V. Rvcia.
Leganés.

—Arriaga, es evidente que su majestad no está tranquilo con los sucesos del día. —El padre Valdés caminaba de una pared a otra de su despacho con grandes zancadas y las manos a la espalda.

—¿Hay alguna instrucción concreta? —Arriaga, que estaba de pie, tenía plegada sobre su brazo la capa que se pondría al salir a la calle y sostenía con la otra mano el bonete.

—Sí, la hay. Primero, ofrecer a los miembros de la Compañía para dirigir la conciencia de su majestad. Segundo, tranquilizar la regia conciencia... Supongo que me comprendéis.

—No, reverencia.

—Sencillamente, Arriaga, es probable que el rey quiera confesarse. No dejéis pasar la ocasión; y si no lo plantea, ofrecédselo, ¡ofrecédselo vos, pardiez!

—Así será. —El padre Arriaga asintió y se dirigió hacia la puerta.

—Ah, una cosa más, se me olvidaba. Intentad que la imagen del padre Daubenton quede a salvo... Aunque me temo que no va a ser fácil.

La luz limpia y brillante de las primeras horas de la tarde invitaba al paseo. En el horizonte, a poniente, una barra de tonos violáceos anunciaba una línea de nubes.

Acompañado de un criado, el padre Arriaga recorría a pie, con buen paso, el trayecto que separaba su residencia del alcázar real. Su mente iba desde simplezas, como pensar en si pondrían en palacio una carroza a su disposición para la vuelta, hasta intentar imaginarse la escena de la reunión con el rey. ¿Estarían solos? ¿Les acompañaría la reina? Si estaba la reina, ¿estaría también la princesa de los Ursinos? No conocía a aquella mujer, pero ¡había oído tantas cosas de ella!

De vez en cuando, de forma maquinal, daba su mano a besar a algún transeúnte que se acercaba a cumplimentarle de aquel modo. También se santiguaba mecánicamente al pasar por delante de los establecimientos religiosos que había en el camino y que entre iglesias, conventos, un oratorio y una capilla, sumaban siete.

A aquellas horas la jornada oficial de sus majestades había concluido hacía ya rato. Los pasillos, salones y otras dependencias palaciegas estaban semidesiertas, por lo que el jesuita no tuvo que hacer antesala. Un oficial del cuerpo de guardia, donde quedó el criado que le acompañaba y dejó su capa y su bonete, le condujo hasta donde estaba el duque de Osuna, el gentilhomme de cámara que hacía poco rato había iniciado su jornada, sustituyendo al marqués de Leganés, quien le llevó hasta la

presencia del rey, que estaba en sus aposentos privados, acompañado de la reina y la camarera mayor.

Osuna saludó pomposamente a los reyes y presentó a su acompañante.

—Majestad, el padre Arriaga, de la Compañía de Jesús. Después se retiró, dejando al jesuita ante el trío que gobernaba la monarquía.

Fue la princesa de los Ursinos quien formuló la pregunta, sin invitarle a que depusiese la actitud, casi marcial, que el jesuita, atenzado por los nervios, ofrecía.

—Habéis solicitado una audiencia a su majestad para tratar de un asunto de la mayor urgencia; veámoslo.

Al padre Arriaga le pareció una actitud altiva por parte de la camarera, y de una desvergüenza inaudita solicitar una cuestión que él deseaba confiar a su majestad. Sin saber cómo, ni él mismo pudo explicárselo luego, tuvo una respuesta llena de osadía, dadas las circunstancias que concurrían.

—El asunto es con su majestad, no con vos, señora.

El aplomo del jesuita hizo que Felipe v, que estaba sentado dándole la espalda, se volviese como impulsado por un resorte. El rey, cuyo rostro era inexcrutable, miraba con dureza a quien había pronunciado aquellas palabras.

El sacerdote inclinó la cabeza a modo de reverencia y saludó:

—Majestad.

—Vos sois... Sois el padre...

—Soy el padre Arriaga, majestad.

—El padre Arriaga —repitió Felipe v—, y deseáis exponerme un asunto del máximo interés.

—Así es, majestad, del máximo interés para vuestra conciencia... Por eso os suplico que escuche vuestra majestad lo que he de decirle, en privado.

—¿Por qué ha de ser en privado? —requirió el rey con cierto tono malicioso.

—Con la anuencia de vuestra majestad, porque he sido quien ha asistido en los últimos momentos al padre Daubenton.

El rey se agitó, incómodo, en el sillón donde estaba retrepado. Después bajó los pies del escabel donde reposaban y se levantó.

—¡Acompañadme!

Salió por una puertecilla seguido del jesuita.

La conversación entre el monarca y el eclesiástico fue larga, había transcurrido más de una hora cuando los dos regresaron al aposento donde la reina y su camarera mayor habían quedado. Felipe v tiró del borlón que formaba el extremo inferior de un cordón dorado que se perdía por un agujero en la pared, en el exterior sonó el toque de una campanilla y al instante unos golpes en la puerta anunciaron la petición de entrada en la estancia. El duque de Osuna hizo acto de presencia.

—Osuna, que dispongan recado de escribir para agradecer al padre Daubenton los

desvelos y trabajos que se ha tomado por el bienestar de mi alma... Claro está, que es un agradecimiento póstumo, lamentablemente.

El noble hizo una cortesana inclinación de cabeza y abandonó la estancia. La reina y su camarera rebosaban asombro, pero no pronunciaron una sola palabra hasta que el rey habló.

—¿Sabes, querida, que el padre Daubenton no violó el secreto de confesión? —El rey parecía de un humor excelente. A las dos mujeres les cambió el color del rostro. El rey continuó—: Sólo cometió una imprudencia, una indiscreción que hasta podemos considerar grave, pero no violó el secreto del sacramento.

La reina se puso de pie, a duras penas podía contener lo que ya era un enojo que salía por todos los poros de su cuerpo.

—Sin duda, el padre Arriaga tiene una gran fuerza de convicción para que hagas una afirmación en ese sentido.

—Querida, sencillamente sabe algo que nosotros ignorábamos.

—¿Y qué es, si se puede saber, eso que nosotros ignorábamos?

El rey miró con una sonrisa de chiquillo cómplice de alguna pillería al jesuita, que, de pie, mantenía una actitud circunspecta. La misma que tenía la camarera mayor, sólo que ésta permanecía sentada. Luego Felipe V se dirigió a su esposa con tono burlón:

—Querida, el padre Daubenton también visitaba a tu... consejera. Allí estaba una de las noches que acudiste y por esa vía tuvo conocimiento de tu visita. Antes de que yo se lo dijese, lo contó a Orleans... Una indiscreción, una mala acción, pero no una violación del secreto de confesión.

La reina no dijo nada, se dejó caer en el sillón que ocupaba desplomándose materialmente sobre el mismo.

Poco después el reconfortado jesuita abandonaba el palacio en una carroza que se puso a su disposición para que le llevase a su residencia en el colegio Imperial.

El rey estaba de un humor excelente. Se permitió, incluso, bromear con la velada pretensión que el padre Arriaga le había sugerido: que algún padre de la Compañía se hiciese cargo de la dirección de su conciencia.

—El muy cretino, después de la experiencia vivida, deseaba que fuese otro jesuita quien ocupase mi confesionario. ¡Ya está bien con Daubenton!

—Sin embargo, querido, has rehabilitado su memoria —señaló con cierto sarcasmo la reina.

—Eso costaba poco, y esta Compañía es peligrosa, así que mejor tenerles amansados. Ya sabes los problemas que con ellos hay en Francia y la lucha que sostiene mi abuelo para mantenerles a raya.

Tras aquellas palabras del rey se produjo un largo silencio, que el propio Felipe rompió:

—Devolveremos el confesionario a los dominicos, y tú, querida, deberías pensar si mantener a tu jesuita... cómo... cómo se llama..., cómo se llama tu confesor.

—¿Te refieres al padre Celaya?

—Sí, a ése. No me gusta nada.

Capítulo XV. Orgía en Toulouse

El ambiente podía calificarse con toda propiedad de cuartelero, a pesar del hermoso palacete renacentista donde se había instalado el estado mayor del duque de Orleans, máximo responsable de las tropas francesas que hasta hacía pocas jornadas habían sostenido en España la causa de Felipe v. Las órdenes llegadas desde Versalles no habían dejado lugar a dudas y en cuarenta y ocho horas todos los bagajes y la impedimenta de las tropas habían sido cargados para que el ejército —dieciocho mil hombres en total— se pusiese en marcha y cruzase los Pirineos.

Toda la rapidez y velocidad que Orleans había ordenado imprimir al ritmo de marcha hasta llegar a la frontera, se había esfumado cuando sus hombres pisaron suelo patrio. A partir de ese momento el avance del ejército se volvió lento y pesado, con largas paradas y reposados asentamientos. Así habían llegado hasta las proximidades de Toulouse. El curso del Garona, cuyas aguas corrían mansas y pausadas, separaba el campamento de Orleans de la rica y populosa capital del Languedoc. Habíase prohibido expresamente a las tropas que, bajo ninguna circunstancia, entrasen en la ciudad, si bien la prohibición no incluía a la oficialidad franca de servicio. El responsable de aquellos dieciocho mil hombres había decidido detener allí la marcha y solicitar instrucciones concretas del ministro de la guerra, pues las órdenes recibidas sólo indicaban que el ejército a su mando, que incluía la práctica totalidad de las tropas francesas que operaban en la península Ibérica, abandonasen la misma.

Había instalado su residencia en un hermoso palacete, propiedad del obispo de la ciudad, que servía de residencia al purpurado durante las semanas más duras del estío y en otras ocasiones fuera del verano, cuando las circunstancias lo aconsejaban. Con antelación, una misión integrada por dos jefes había solicitado a su eminencia acomodo para el duque durante los días que las tropas permaneciesen acantonadas en las proximidades de la población. El prelado, que no recibió personalmente a los militares emisarios, sino a través de su vicario, les hizo esperar cerca de tres horas. El eclesiástico que actuó de interlocutor les explicó que su eminencia se encontraba en San Sernín asistiendo a una celebración litúrgica solemne, cosa no del todo cierta, porque el obispo había abandonado su palacio media hora después de que se le hubiese anunciado la presencia de los soldados, a quienes no dio una respuesta hasta regresar de San Sernín. La petición fue respondida afirmativamente con dos condiciones: la primera, que tanto el dormitorio como la biblioteca de monseñor quedarían cerrados y su uso excluido para los alojados, y la segunda, la imposibilidad de poner a disposición de su excelencia el personal de servicio que su dignidad requería, ya que las cinco personas que había en el palacete —dos hombres y tres mujeres— dedicarían sus esfuerzos a mantener la vigilancia que el edificio

necesitaba.

Cuando Orleans conoció la respuesta del obispo, montó en cólera, maldijo al «cabrón del fraile», que fue como motejó a su anfitrión, y decidió aceptar la oferta con la intención de convertir el lugar en una casa de placer para él y los integrantes de su estado mayor. Su eminencia tendría ocasión de comprobar los efectos que el paso de soldados producía en una residencia y más aún, si esa residencia era una mansión.

Poco después de que el duque y la docena de jefes y oficiales que integraban el grupo de alojados se aposentasen, fue solicitado el servicio de las más afamadas meretrices de Toulouse y se dieron instrucciones precisas para que bebida y viandas en grandes cantidades fuesen traídas al lugar. Antes de caer la noche el vino corría en abundancia, la comida rebosaba por bandejas y mesas, cuando no estaba tirada por los suelos, y dieciocho de las más finas putas tolosanas habían arribado en dos carrozas, recogidas de los más reputados burdeles de la ciudad.

En una habitación de forma ovalada, cuyo curvado ventanal cerraba justo la mitad de la estancia, proporcionando unas hermosísimas vistas del río y de la ciudad, Orleans y un grupo de sus oficiales disfrutaban de la compañía de varias rameras, que los doblaban en número. Las cristaleras de la ventana daban a un balcón cerrado por una balaustrada de piedra; a sus pies, en un plano inferior se extendía un bello jardín formado con parterres de caprichosas y complicadas figuras geométricas, entre cuyos setos de verdor se abrían callecitas apacibles que invitaban al paseo sosegado y reflexivo.

Frente al silencio, la paz y la tranquilidad que emanaba del jardín, se contraponía el ruido, el ajetreo, las voces, los gritos desacompañados y las carcajadas altisonantes que salían de la habitación ovalada, cuyo mobiliario estaba sufriendo, en forma de manchas, golpes y algún desgarró en las tapicerías, los efectos de la ruidosa celebración. Tampoco las paredes, enteladas, escaparon al desenfreno de la bacanal que allí se desarrollaba. Por el momento, sólo los frescos que decoraban las paredes, a partir de una cierta altura, donde concluía la zona entelada, y la bóveda no habían sufrido los efectos de la orgía. Eran hermosas pinturas del Renacimiento de estilo veneciano donde se desarrollaban escenas mitológicas sobre asuntos amorios.

A duras penas pudo Orleans hacer que su voz se elevase por encima del ruido de los gritos y del chocar de los cristales y las porcelanas.

—¡Compañeros!

—¡Compañeros! —Orleans alzaba el tono de voz—. ¡Compañeros! ¡Camaradas!

Se oyeron siseos que trataban de colaborar para conseguir el silencio. Hubo alguna palmotada, más que cariñosa, al trasero de una de las putas, que no se había percatado de que debía callarse y posponer sus risotadas. Todos los presentes acabaron guardando el silencio que, con dificultad, se había logrado imponer. Las putas habían oído hablar de la generosidad del señor duque en aquellas ocasiones,

pero también sabían de sus accesos de cólera, a los cuales era proclive, y de las penosas consecuencias que se derivaban de ellos. Se contaba que había desorejado por su propia mano a una ramera de Dijon por haberle contradicho una afirmación sobre un asunto banal, en un burdel de la ciudad borgoñona.

—¡Camaradas! —Orleans, que a medio desvestir estaba materialmente tumbado en un sillón de formas complicadas, alzó una copa llena de vino tinto hasta el mismo borde—. ¡En los momentos presentes se impone un brindis colectivo!

Palabras de asentimiento y alguna risita, acallada de forma inmediata, acogieron la propuesta del duque. Por todas partes sonó el chocar de cristales, al apresurarse todo el mundo a llenar su copa.

—¡Bebamos...! ¡Bebamos a la salud del coño capitán y del coño teniente!

Las carcajadas y las risas de los presentes se confundieron con el chocar de las copas. Buena parte del líquido que contenían se derramó por pecheras y escotes desabrochados que ya no tapaban nada. Todos los oficiales de Orleans sabían lo que el proponente señalaba con aquel brindis, pero las rameras de Toulouse sólo vieron en él una explosión de erotismo en una situación propicia para ello. Brindar por un coño no era cosa común, pero en circunstancias como aquéllas era poco lo que podía resultar extraño. Dos de los presentes, cuyo grado de embriaguez era inferior al de los demás y cuyas facultades no estaban todavía alteradas, cruzaron una mirada cómplice, dejaron las copas y, abandonando a sus respectivas meretrices, hicieron un discreto aparte.

—Ya sabes, Chamaillart —señaló con voz baja el más joven de los dos militares—, lo que podemos encontrarnos de aquí en adelante.

—Cierto, Joinville —confirmó el mayor de ellos, un hombre de pelo blanco cortado a cepillo y que frisaba el medio siglo.

—Creo que los demás no están para nada; hemos de ser nosotros quienes estemos pendientes de *Monsieur*, si no queremos que luego haya complicaciones.

Los dos soldados sabían cuáles podían ser esas complicaciones. Cuando Orleans proponía un brindis, solía ser el primero de una larga serie. El tono de sus propuestas iba en aumento conforme avanzaba el número de los mismos y al compás de los brindis no dejaba de incrementarse su mal humor, su grosería y una actitud colérica que podía desatarse en abierta violencia. Era frecuente que las orgías de *Monsieur*, que era como familiarmente conocían sus oficiales al duque de Orleans, acabasen de mala manera.

Monsieur, duque de Orleans, bautizado con el nombre de Felipe, era hijo del hermano de Luis XIV; sobrino del rey de Francia y tío del rey de España. Por aquel entonces tenía poco más de treinta años y había demostrado su valía en el campo de batalla. Entre sus hombres nadie discutía su valor personal ni sus dotes militares, pero sus virtudes paraban ahí. Era caprichoso y cruel, pronto a la cólera, y no permitía a

nadie contravenir su voluntad. Los que le conocían a fondo, que no eran muchos, sabían que su ambición no tenía límites, porque nada había que pudiese ponerle freno. Se trataba de un amoral en el sentido más amplio de la palabra y la única guía de sus actos era su voluntad, sus deseos y sus objetivos. Arrastraba una vida crapulosa y salpicada de escándalos, por lo que a pesar de ser un hombre relativamente joven, su rostro, su cuerpo y su espíritu ofrecían ya con claridad los estragos de sus excesos. Tenía la cara surcada por profundas arrugas que se empequeñecían, pero aumentaban en número, en torno a la boca y los ojos, debajo de los cuales se habían formado unas bolsas, de un tono más oscuro que el resto de la piel, que hundían sus ojos y perturbaban su mirada. Los hombres que integraban su estado mayor eran sus compañeros obligados de orgías y los encargados de evitar en lo posible las «complicaciones» a las que invariablemente conducía el mal beber del duque. Aquella docena de hombres había contraído un compromiso: en las fiestas de *Monsieur* dos de ellos se mantendrían sobrios —tal situación era asumida por turnos— para estar atentos a cualquier eventualidad.

Chamaillart y Joinville se habían percatado de que aquella noche las dificultades podían surgir muy pronto porque el primer brindis propuesto por el duque se había situado ya en un nivel muy alto. Ambos sabían a qué se estaba refiriendo al mencionar «el coño capitán y el coño teniente». Era el modo que tenía de nombrar a la reina de España y a su camarera mayor. Por lo que se sabía, su odio hacia ambas mujeres estaba relacionado con el rechazo que en las dos había encontrado la petición que hizo para que su amante *madame* d'Argenton fuese dama de honor de la reina Luisa Gabriela; sin embargo, algunos pensaban que sus motivos podían ser más profundos. Era del dominio público que Orleans había realizado numerosos regalos a la reina de España: ropa a la moda parisina, adornos para el pelo, pulseras, textos de las comedias que constituían los últimos estrenos en la capital de Francia y hasta... fina lencería, cosa esta última que había sido muy comentada y dado lugar a toda clase de rumores y suposiciones. Se hacían cábalas sobre las intenciones que se escondían tras los regalos.

Chamaillart y Joinville recordaban ahora que aquel brindis, había sido la culminación de los que hubo en un pueblecito de Lérida, en vísperas de la batalla de Almenara. Una de las mujerzuelas que alegraban el sarao, que habían organizado entonces, hizo un gesto de repulsa cuando *Monsieur*, a quien el vino había desatado la lengua más de lo debido aquella noche, en la que llegó a contar cosas inauditas, propuso el brindis por el coño de la reina de España y el de su camarera mayor. El gesto fue captado por el duque, quien sin mediar palabra, la emprendió a golpes con aquella desgraciada, que recibió una paliza y numerosos puntapiés. Orleans, ciego de ira, intentó que, desnuda como estaba, fuese atada para ser azotada. Sólo la actuación de algunos de sus oficiales evitó aquello.

A duras penas lograron contener el obcecado y encolerizado *Monsieur* y quitar de su vista a la mujer. Luego se enteraron que era una conocida furcia madrileña, que había llegado allí con algunos oficiales para aprovechar el tiempo prestando sus servicios a las tropas del ejército borbónico que sostenía el frente en el principado de Cataluña.

Contra todo pronóstico, la velada en la residencia de verano de su eminencia reverendísima el obispo de Toulouse no terminó tan mal como los dos oficiales de respeto habían barruntado. Después del primer y explosivo brindis, Orleans entró en una especie de ensimismamiento rayano en la melancolía, por lo que no hubo más propuestas y al filo de la medianoche despidió a la compañía femenina. Estaban ajustando el precio que había de abonárseles cuando un capitán de dragones solicitó permiso para entregar un mensaje urgente al duque. Joinville, que había recibido la petición del capitán, tenía serias dudas sobre la conveniencia de molestarle en aquellas circunstancias.

—Ha de ser algo verdaderamente extraordinario y urgente, capitán.

—Mi coronel, las instrucciones que se me han conferido señalan de forma taxativa que el mensaje he de entregarlo personalmente a su excelencia y que bajo ningún concepto debo retrasar la entrega.

Joinville miró hacia el rincón donde Orleans se encontraba. Su imagen ofrecía una estampa de abandono absoluto: estaba descalzo y descamisado; recostado sobre un sillón, sostenía la cabeza, inclinada hacia adelante, con ambas manos. Parecía como si con ellas tratase de sujetar los pensamientos que fluían por su cerebro.

—Esperad un momento, capitán. —El tono de Joinville era el de un hombre acostumbrado a mandar. Se acercó a Chamailart, quien departía con otros compañeros y le indicó que le acompañase. Lo que dijeron quedó entre ambos y no debió de ser poco a tenor del tiempo empleado. El capitán de dragones que esperaba, mientras veía desfilar ante él las putas tolosanas que se retiraban tratando de componerse las hechuras y los vestidos después de haber cobrado, observó que los dos coroneles sostenían, por sus gestos, algún tipo de discusión. Al final ambos se acercaron adonde aguardaba el capitán mensajero, quien repitió el marcial saludo que anteriormente hizo a Joinville y ahora dedicaba a Chamailart; éste lo devolvió con cierta dejadez, próxima a la desidia.

—¿De dónde viene el mensaje que portáis, capitán? —La pregunta de Chamailart era desganada, como su voz.

—Mi coronel, viene de España, exactamente de Madrid. Se ha confiado a mi custodia en Baqueres de Luchon, en la frontera misma. Con las instrucciones que...

Chamailart interrumpió con un movimiento de la mano la explicación del capitán, mientras con la otra se acariciaba la barbilla con aire dubitativo.

—De acuerdo, Joinville, entreguemos el mensaje a su excelencia.

Con un gesto de cabeza Chamailart indicó al capitán que le siguiese. En pocos pasos alcanzaron el lugar donde *Monsieur*, sentado, parecía dormir. Los taconazos militares que anunciaban el saludo retumbaron con fuerza y sacaron a Orleans de su ensoñación.

—Perdonad, excelencia, pero se trata de una urgencia que, al parecer, no puede demorarse.

El duque había levantado la cabeza, pero su cuerpo seguía desmadejado, echado sobre el sillón. Tenía los ojos enrojecidos yapestaba a vino.

—¿Y bien...?

—Excelencia, este oficial ha recibido un mensaje para vos; viene de España y le ha sido entregado en la frontera. —Chamailart, que tapaba al capitán de dragones, se hizo a un lado. El capitán, al quedar frente al sobrino del rey, volvió a golpear con marcialidad los tacones de sus botas y adoptó una postura aún más marcial, rígida.

—¡Se presenta el capitán Chaillot, del tercero de dragones y con guarnición en Marsella, en la actualidad en misión de servicios especiales en el correo de su majestad! ¡A las órdenes de su excelencia!

Orleans tenía reflejado en el rostro el tedio y la desilusión:

—¿Dices que traes correo de España?

—¡Así es, excelencia!

—Dame ese correo, y espero que sea todo lo urgente que indicas. —Alargó el brazo con desgana y corrigió su posición en el sillón. Ahora resultaba más airosa.

El dragón se acercó dos pasos para poder entregarle el pliego que portaba. El duque rompió con parsimonia los lacres y leyó para sí. El contenido del papel, a tenor de la mutación que se produjo en su rostro, debía, desde luego, responder a la urgencia del envío. Todos los presentes comprendieron que no se trataba de una rutina y que algo grave e inesperado había sucedido en España. La respiración de Orleans se había ido haciendo progresivamente más agitada, y su mirada seguía concentrada en el papel que, con crispación creciente, sostenía entre las manos. Se había hecho un espeso silencio, que se tensaba a cada segundo que pasaba. Los efectos del vino que dominaban a la mayoría de los presentes parecían esfumarse.

El duque de Orleans se puso en pie de un salto. Cualquiera que le hubiese visto hacía sólo unos minutos, derrengado y abatido, apoltronado en aquel sillón, habría pensado que no era el mismo individuo que había saltado, como impulsado por un resorte, para ponerse de pie desbordando energía.

—¡Rápido! ¡Necesito recado de escribir! ¡Esto es una emergencia!

Todo el mundo se puso en movimiento; luego Orleans se dirigió al mensajero, ahora con corrección militar.

—Capitán, ¿estáis en condiciones de ponerlos en camino?

—Si ésas son las órdenes de vuestra excelencia, las cumpliré con gusto. Sólo

necesito un caballo de refresco.

—¿Cómo habéis dicho que os llamabais?

—Chaillot, excelencia; Antoine Chaillot, del tercero de dragones.

Capítulo XVI. La barquillera

A pesar de lo desapacible del ambiente, la noche había puesto un poco de calma en el vendaval meteorológico que se había desatado aquella tarde sobre Madrid. Poco después del mediodía el cielo se fue cubriendo hasta encapotarse por completo, serían las cuatro cuando comenzó a llover. Durante unos minutos fueron grandes goterones pero sin intensidad; sin embargo, en pocos instantes la lluvia se intensificó de tal manera que el agua caía a raudales. Fue una tormenta horrorosa, muy pocos eran los que recordaban algo parecido y, desde luego, había que remontarse mucho tiempo atrás para que hubiese memoria de cosa similar. Duró algo más de dos horas y la intensidad del agua que caía parecía difícil de incrementarse, hasta que otra tromba más fuerte empequeñecía a la anterior. Los relámpagos y truenos eran tan frecuentes que parecía cosa de otro mundo, las gentes hicieron en sus casas cruces de sal solicitando la protección divina y muchos invocaron la ayuda de santa Bárbara.

*Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita
y al pie de la cruz. Amén, Jesús.*

No pocos realizaron un acto de contrición y otros muchos pedían, en su fuero interno, confesarse, aunque ni tenían a mano confesor ni posibilidad de acudir a él. Hubo propósitos generales de enmienda, promesas y votos. Madrid se llenó aquella tarde de buenas intenciones, con la esperanza de ganar indulgencias, ya que todos se sintieron impotentes ante la amenaza.

Muchas calles y plazas de la villa y corte se habían convertido en ríos y lagunas, en la mayor parte de los sitios la tierra de los suelos se había transformado en un lodo blando e intransitable para personas y caballerías. El Manzanares, un río de juguete, bajaba potente; era asombroso ver sus aguas crecidas, con peligrosos rápidos y turbulencias. En algunos puntos de la ribera el cauce no había podido contener el agua mezclada con fango y se había desbordado, inundando las casas más próximas, cuyos vecinos hubieron de subirse a los tejados.

Por todas partes se oían ayes y gritos lastimeros pidiendo socorro e implorando confesión; eran gentes afligidas y aterrorizadas ante la desatada furia de los elementos. Serían las siete de la tarde, Madrid empezaba a sumirse en la oscuridad que traía el crepúsculo y los negros nubarrones que cubrían el cielo, cuando cesó la lluvia. Entonces los que gritaban callaron y los que, horrorizados, habían guardado silencio o musitado algunas plegarias, se dieron cuenta de que no era el fin del mundo y que la capital de las Españas había sobrevivido a los embates del temporal. Un silencio sepulcral se apoderó del lugar; sólo lo rompía el fluir de las aguas que, con turbulencia cada vez menor, buscaba salidas y aliviaderos para llegar a su cauce

natural, por lo que el nivel de aquéllas descendió con rapidez en las zonas altas de la población y de manera más pausada en las partes bajas. Sólo el Manzanares continuaba encrespado.

El fango sustituyó muy pronto en calles y plazas a las aguas. Lo que hasta hacía poco eran cursos de agua y lagunas se convirtió en barrizales donde la suciedad lo llenaba todo. En las fachadas de las casas y en las dependencias interiores de muchas de ellas quedó una especie de zócalo de color pardusco como testigo de la altura que había alcanzado el asqueroso líquido al embalsarse como consecuencia del aguacero. Por muchos lugares aparecían ramas, piedras, troncos, enseres variados y algún que otro animal muerto. Conforme avanzaron las sombras de la noche, se cerraron puertas y ventanas. Madrid parecía una ciudad de la que se había marchado la vida. Sólo el ruido, fuerte y poderoso, casi amenazador, de las aguas del Manzanares se dejaba oír en los alrededores de su ribera. A veces el ladrido de un perro rompía el tenebroso silencio de la noche.

Las calles estaban más vacías que de costumbre, pues ni siquiera los amigos de saraos, los aficionados a los placeres y los peligros de la noche circulaban por las vías públicas: era noche de recogimiento. Hasta las rondas de vigilancia parecían más escasas.

Las imágenes eran espectrales; colaboraba a ello la luz de una luna que, en plenitud, brillaba con una intensidad fría en un cielo que estaba, increíblemente, casi despejado.

El conde de Cantillana había tenido que retrasar su visita al alcázar, y sólo cuando el temporal amainó se puso en camino. La imagen de aquel embozado espadachín, cuyo perfil recordaba la silueta de una especie de aparición de un tiempo que ya se había ido, caminando con dificultad por el fangal, era singular. Sus pasos producían un ruido opaco y pegajoso al chapotear en el barrizal. En algunos sitios el fango había alcanzado tal espesor que avanzar resultaba fatigoso y complicado.

Tardó mucho más tiempo del que en otras condiciones podía haber invertido en realizar el trayecto, sufrió algún resbalón que, por fortuna, no terminó con sus huesos en el fango, y tuvo que dar algún rodeo para evitar los lugares por donde transitar parecía más difícil. Al fin llegó a su destino, una puerta de servicio en una de las fachadas laterales del alcázar real, próxima a las bardas que cerraban la pared trasera. No había nadie y el silencio era absoluto, por ello su desplazamiento por el lodo producía un ruido que parecía multiplicarse.

Como otras veces empujó la puerta, que se abrió chirriando sobre sus goznes igual que había ocurrido en ocasiones anteriores. Con rapidez, pues aquél era terreno explorado con anterioridad, ganó el salón donde le esperaba Ana María de la Tremouille, que nada más verle se abalanzó sobre él.

—Creí, Fernando, que no vendrías esta noche, después de la tarde tan espantosa

que... —Se apretujó buscando la seguridad que le daba el abandonarse a él. Cantillana la rodeó con sus brazos, estrechándola con fuerza. Ella se dejó querer—. Ha sido horrible, Fernando, horrible —añadió—. La reina estaba demudada y el rey andaba ofuscado y desencajado.

Cantillana la apretó aún más contra su cuerpo.

—Tampoco yo había visto nunca llover de esta forma... ya todo pasó..., pero no podía dejar de venir esta noche porque... porque ya sé mucho más de lo que te puedes imaginar sobre los hilos de esa conjura urdida contra su majestad.

Un latigazo pareció sacudir a la camarera mayor. Su cuerpo, abandonado a los brazos del hombre que la sostenía, se puso tenso.

—¿Qué me dices? —preguntó inquieta al tiempo que se separaba de él con suavidad.

—Lo que acabas de oír. Es cierto que existe una conjura contra su majestad. Y también lo es que la misma pretende ponerse en marcha aquí en Madrid para llevar a buen puerto su propósito.

Ana María le miró angustiada.

—Esto es demasiado serio para... —La frase quedó interrumpida porque Cantillana, tomándola por la cintura, la besó con fuerza.

—Siéntate, Ana María, es largo de contar —Cantillana se acomodó y a continuación comenzó un relato pausado—: El día de la derrota en el frente de Lérida, por la noche, cuando asistía a una reunión de jefes convocada por el marqués de Villadarias en su condición de general de las tropas de su majestad, fui abordado por una desconocida. No sabía quién era, salvo que se trataba de una mujer, cosa que pude adivinar por su voz. Me entregó con gran sigilo un mensaje en el que me ponía sobre aviso de la existencia de una conjura para destronar al rey...

—¡Y nada de eso me has contado hasta ahora...!

El tono de voz de *mademoiselle* aparentaba sorpresa y enfado.

—No me interrumpas, déjame concluir el relato y después juzga por ti misma. —Cantillana prosiguió—: Ese aviso fue lo que me hizo venir a Madrid, dejando el mando de mi regimiento en manos del segundo jefe del mismo. Abandoné el campamento con el alba del día siguiente.

—¡Así que —lo interrumpió otra vez la camarera— tu venida a Madrid no estaba relacionada con mi mensaje!

—Ana María, ¡por los clavos de Cristo!, ¿quieres dejar de interrumpirme? —exclamó él. Otra vez retomó el relato—: Venía de camino hacia la corte cuando en Calatayud me alcanzó un tambor del regimiento y me entregó el papel que me habías enviado. Si tenía alguna duda sobre el enigmático aviso anónimo, tu mensaje la disipó. A partir de ese momento estuve seguro de que algo grave se cocía. A mi llegada a Madrid, tú misma me confirmaste la situación y la gravedad de lo que

estaba ocurriendo. Así que inicié pesquisas por mi cuenta con la mayor de las discreciones y con gente de mi confianza. Has de disculpar que no te haya comunicado nada de eso, pero la discreción más absoluta ha de ser el alma de este negocio. Mi gente ha buscado, rastreado y tratado de localizar, hasta conseguirlo, a dos súbditos del rey de Francia que presumía se encontraban en Madrid. Mis hombres han realizado un buen trabajo: no sólo han logrado localizar lo que buscaban, sino que no han levantado ninguna sospecha. Al contrario que esos alcaldes de casa y corte que, junto a sus sabuesos y confidentes, han puesto Madrid patas arriba, han alertado a los posibles implicados en esta trama y después de tantos días no han sacado nada en limpio y lo han revuelto todo, complicando, de paso, nuestras pesquisas.

La camarera se removía en su asiento entre inquieta y satisfecha. Aquel hombre era el demonio y además estaba locamente enamorado de ella.

—He de decir en honor a la verdad —prosiguió Cantillana— que yo jugaba con ventaja sobre toda esa turbamulta que recorría a diario los lugares públicos de esta corte, pues conocía los nombres de los individuos que había que localizar. Por si eso no fuera suficiente, ayer contamos con una ayuda suplementaria. Poco después de mediodía, cuando salí de mi casa, me abordó una mujer embozada.

»—Disculpad mi atrevimiento, pero es de gran importancia que hable con vos —me dijo.

»—¿Y quién sois, para tener esa urgencia conmigo, señora mía? —le pregunté.

»—Señor conde de Cantillana, eso es lo de menos en este momento. Confiad en mí, os lo suplico —contestó.

»—Será lo de menos para vos, pero no para mí —repliqué, e hice ademán de continuar mi camino.

»—¿Confiaríais en mí si os digo que fui quien os dio un mensaje la noche que os dirigíais a una reunión con el señor marqués de Villadarias, tras la derrota de Lérida?

»Había dado apenas un paso cuando me detuve en seco, me volví lleno de estupor y miré a aquella mujer de la que sólo podía ver sus ojos, la sujeté por el brazo. Mi mente trabajó rápido. Tenía que ser la misteriosa dama que me había abordado aquella noche, o alguien que conocía su identidad, porque aquel hecho no tuvo testigos.

»La invité a pasar a mi casa, pensando que si no había tenido reparo en abordarme en la calle, tampoco lo tendría en acceder a mi invitación, aunque tal tipo de acciones reputen mala nota en una dama. Aceptó y allí me confirmó que era la misma persona que había salido a mi encuentro aquella noche en nuestro campamento. La ayudé a desprenderse del manto que la cubría hasta los pies y con vuelo suficiente para embozarla y descubrí que se trataba de una mujer de la vida, una furcia. Vestía el atuendo propio de las mujeres de su oficio, muy coloreado y con

un escote tan generoso que dejaba ver sus pechos hasta el mismo nacimiento de los pezones. El rostro, aunque lo tenía limpio, dejaba notar los efectos de afeites y pomadas. Era una mujer, a pesar de todo, atractiva.

»—Puedo daros señas y detalles sobre Regnault y Flotte, que os ayudarán a encontrarlos. Están en Madrid —me comunicó sin mayores preámbulos.

»—Ya me indicasteis —a pesar de la clase de mujer que era preferí guardarle el tratamiento— esos nombres en el escrito que pusisteis en mis manos, pero ¿por qué son importantes esos Regnault y Flotte?, ¿quiénes son? —le pregunté.

»—Señor, son dos agentes franceses que tienen como misión mover los hilos de la conjura tramada contra el rey nuestro señor —afirmó sin vacilación.

»A decir verdad, estaba perplejo y no daba crédito a lo que oía. Una pregunta empezó a bullir en mi cabeza. ¿Cómo era posible que aquella mujer tuviese tan secreta información? Traté de formulársela de la manera más adecuada, intentando no herir sus sentimientos.

»—Bien, señora mía, lo que me habéis dicho es muy grave, espero que comprendáis mis dudas y entendáis la pregunta que voy a haceros.

»—Estáis, señor, en vuestro derecho; preguntad, que yo procuraré responderos.

»—No os molestéis, pero he de saber cómo tenéis esa información. No se os escapará que en estos días son muchos los hombres y medios que se han movido para conseguir lo que me estáis contando. También quisiera que me dijerais, y esto es una curiosidad personal, por qué habéis escogido mi persona para esta confidencia.

«Hechas estas preguntas, que no parecieron causar mella en el ánimo de la mujer, la invité a tomar asiento, cosa que hasta entonces no había hecho. Se acomodó en una jamuga, adoptando una pose no exenta de distinción.

—Te diré —Cantillana puso aquí especial énfasis— que sólo por su vestido aquella mujer tenía trazas de prostituta. Ni su vocabulario ni sus ademanes podían confirmarlo; en todo caso lo desmentirían.

»—Como habréis podido adivinar —comenzó— soy una... prostituta. Es largo y complicado de explicar cómo he llegado a este estado y no tiene el menor interés para el asunto que nos ocupa. —Dijo aquello con un deje de amargura que no pudo evitar—. Sin embargo, el hecho de ejercer este oficio es la razón y la causa que me han permitido conocer la información que he puesto en vuestras manos. Os asombraría, señor, las cosas que los hombres pueden contar en una cama, sin necesidad de preguntarles. Con un poco de interés por parte de algunas de las que nos dedicamos a estas faenas podríamos conocer todo lo que deseáramos, porque también, señor, os causaría asombro y estupor conocer las gentes que requieren nuestros servicios. Algunos se escandalizarían y se harían cruces. No sé qué ocurriría en esta corte si las mancebías cerrasen y las putas dejásemos de officiar —añadió con cierto orgullo—; desde luego, habría alteraciones, y no pequeñas...

—He de decirte, Ana María, que aquella mujer producía en mí un cierto sentimiento de admiración e intriga, hasta el punto de que en mi fuero interno estaba picándome la curiosidad acerca de la historia larga y complicada, según sus propias palabras, que la habían llevado al puterío.

»—Una noche —prosiguió— estando en funciones en la mancebía que hay junto al postigo de San Gil, que es el lugar adonde voy cuando no ejerzo por mi cuenta, llegaron dos individuos; eran franceses, porque aunque hablaban nuestra lengua no podían disimular su acento. Solicitaron mozas para una fiesta, afirmando que pagarían bien por una noche. Así fue cómo varias de nosotras, cinco en total, tomamos una carroza que los franceses habían traído y, cruzando al otro lado del Manzanares, nos llevaron a una quinta. A nuestra llegada vimos que allí había otras más de nuestro oficio y que los hombres eran todos franceses, unos militares y otros paisanos, aunque conforme avanzó la noche resultó imposible distinguirlos, porque todos acabaron en pelotas o en calzonetas y camiseta. A pesar de que quienes nos recogieron en la mancebía habían asegurado que no nos pedirían porquerías y cosas contra natura, luego empezaron a surgir problemas. No es que a mí me importase mucho, pero no me gusta que me engañen, así que me puse farruca, y aquellos hijos de puta me llevaron a una habitación donde no había nadie y me encerraron. Me asusté y pensé que había sido una tonta. El tiempo pasaba y yo seguía allí sola, cada vez más angustiada, sumida en la oscuridad, aunque cuanto más rato pasaba mejor veía, porque mis ojos se iban haciendo a la falta de luz. Oía las risotadas y los gritos lejanos de los que se divertían. De pronto oí un ruido cercano, procedía del otro lado de una de las paredes que delimitaban mi encierro. Me acerqué y pegué el oído. Fue entonces cuando reparé en un cuadro que quedaba a la altura de mi cabeza y a un lado. Como tenía la cara pegada a la pared, vi que entre el marco del cuadro que colgaba y el muro había como una rendija de luz. Me moví con sigilo para no hacer ruido, desplacé el cuadro con suavidad y la luz aumentó. Me asusté y lo volví a su posición original; aquella pintura estaba colgada para ocultar una abertura que permitía ver y oír lo que ocurría y se decía en la habitación contigua. Pensé que si aquello estaba allí, tendría tal disposición que quien mirase y oyese pudiera pasar inadvertido para los que estaban al otro lado. Dudé por un instante, pero al final me decidí. Volví a desplazar el cuadro, haciéndolo girar sobre el único punto de sujeción que tenía, y lo sostuve con mi hombro, mientras aplicaba uno de mis ojos al agujero de la pared, que tenía un tamaño algo más chico que el de una moneda de cuatro reales. Lo que vi fue a cuatro hombres que hablaban en francés. Aunque os sorprenda yo entiendo esa lengua y puedo demostrarlo si vos lo deseáis. No viene al caso que os explique por qué hablo la lengua de los gabachos...

—Una putita ilustrada —interrumpió *mademoiselle* con retintín.

—No te burles, Ana María, aquella afirmación no hizo sino excitar aún más mi

curiosidad por una mujer que, habrás de reconocerme, no es habitual encontrar en esos menesteres.

La camarera asintió varias veces con la cabeza, pero no abrió la boca. Cantillana volvió al relato.

»Os he dicho que vi a cuatro hombres —prosiguió ella—. No es cierto. Sé que allí había cuatro hombres, pero a uno de ellos no le pude ver, pues quedaba fuera de la visión que el agujero me permitía otear. De lo que pude entender de la conversación saqué en claro que dos de ellos respondían a los nombres de Regnault y de Flotte, pero no conseguí enterarme de los nombres de los otros dos. Al que no pude ver se dirigían los demás con especial deferencia; debía de tratarse de alguien de importancia, ya que era quien decidía y daba instrucciones. La conversación giraba en torno a los detalles y actuaciones que habrían de llevarse a cabo para el desarrollo de un plan cuyo fin era destronar al rey, a nuestro rey, a quien los allí reunidos motejaban a veces con el nombre de Homero.

—¿Cómo has dicho, Fernando? —La princesa de los Ursinos se puso de pie con agilidad.

—He dicho que Homero es el rey en la trama de los conjurados. Cuando la mujer me dijo aquello, disipó en mí cualquier duda que pudiese albergar acerca de la veracidad de lo que me estaba contando. En el mensaje dirigido a Medinaceli se dice que «Plutarco se impondrá a Homero».

»Luego me indicó que los que le habían llevado allí volvieron a por ella. Tuvo tiempo de volver el cuadro a su posición habitual, lo que no era complicado, y acurrucarse en un rincón. La sacaron a empellones y fue obligada a participar en la orgía, que a aquellas alturas de la noche había llegado al mayor de los desenfrenos. Se doblegó porque algunos de los asistentes habían adoptado actitudes cada vez más violentas. Me comentó, sin embargo, que le pagaron bien, tanto que no dudó en acompañar a aquellos individuos hasta el frente de Cataluña, hacia donde partieron al día siguiente. Al fin y al cabo era su trabajo, y parecía haber encontrado un buen filón. Emplearon siete días en llegar al campamento donde estaba el grueso del ejército francés que mandaba el duque de Orleans, y aunque las operaciones estaban en manos de Bessières, para sorpresa suya volvió a ver allí a Regnault y Flotte. Aprovechó las circunstancias para sonsacar a algunos oficiales franceses, que alardeaban de saber cosas..., que aquellos dos eran agentes especiales de su excelencia en misión secreta. Una tarde Regnault solicitó sus servicios; ella recordó la violencia de aquel hombre en la cama y la tacañería de su bolsillo a la hora de pagar, pero la remuneró con algo mucho más valioso. El tal Regnault debió de sentirse complacido, porque le comentó que al día siguiente se marcharía a Madrid y le gustaría volver a verla. Le dio unas señas para encontrarle.

La camarera mayor soltó una carcajada.

—Éste se va a perder por la bragueta, que es por donde se pierde la mayoría de los hombres, ¿o acaso estoy equivocada?

—No seas mordaz, Ana María. —Cantillana prosiguió con el relato que le hizo aquella mujer—: «La víspera de lo de Almenara fui requerida junto a las dos compañeras de la mancebía del postigo de San Gil, que también se habían venido al frente, para alegrar la noche al mismísimo duque de Orleans y la oficialidad de su estado mayor. Allí estaba otro de los hombres que había visto en la quinta de Madrid; era un coronel y se llamaba Chamailart. Recuerdo con horror aquella noche, en la que Chamailart me propuso tal obscenidad que resultaba vejatorio hasta para alguien de mi condición. Me mostré zalamera hasta donde me fue posible y traté de emborrachar al francés para, de esa forma, disuadirle de sus propósitos, pero sólo conseguí que se le soltara la lengua y me contase que el combate del día siguiente estaba amañado, que su excelencia el duque de Orleans y el jefe austracista Stanhope habían mantenido una entrevista y llegado a un acuerdo, que el trono de Felipe V no valía un pimiento y que ellos se marchaban de España. También, en medio de la incontinencia de lengua que el vino de Cariñena había provocado en el militar francés, me dijo que en aquel asunto intervenía el marqués de Villadarias. En ese momento el duque de Orleans propuso un brindis que me pareció detestable. Hice un gesto de repulsa que fue percibido por el duque, quien ciego de cólera me golpeó una y otra vez. Después ordenó que me quitasen la poca ropa que me quedaba encima y que me atasen para azotarme. No recuerdo cómo se resolvió la situación, sólo sé que me llevaron a un lugar apartado y que quienes lo hicieron se divertieron conmigo hasta que casi amaneció».

»Me confesaba que no sabía si habría sido peor que la azotasen o lo que tuvo que soportar a manos de sus «salvadores». Concibió tal odio hacia aquella gente que tomó la decisión de poner en conocimiento de alguien todo lo que sabía.

—¿Por qué te eligió a ti? —La pregunta de la camarera estaba cargada de curiosidad.

—La razón que esta mujer me dio parece lógica. La derrota de Almenara fue una verdadera catástrofe para nuestras unidades. Cuando tras los primeros envites el ala izquierda de nuestro ejército, que era la que formaban los regimientos franceses, se hundió, nuestras tropas se vieron envueltas por los dos flancos y cundió el pánico. Sólo mi regimiento fue capaz de sostener la formación y resistir con aplomo las embestidas del enemigo. Logramos cruzar el río y ponernos a salvo; después de la batalla no se hablaba de otra cosa.

»—En aquellas circunstancias —me confesó la mujer— vos erais el único oficial que podía inspirarme alguna confianza. Pregunté quién era el coronel del regimiento de la Reina, y me dijeron que el conde de Cantillana. Busqué vuestra tienda y os seguí. El resto ya lo sabéis.

Cantillana quedó en silencio. También la princesa de los Ursinos tenía un aire meditabundo. Así transcurrió un largo rato. No dejaba de ser curioso que ahora *mademoiselle*, que había interrumpido varias veces el relato, permaneciese muda y ensimismada.

—Cuando aquella mujer extraña se marchaba —prosiguió él—, le pregunté por su nombre. «Mi nombre no os dirá nada, señor de Cantillana —respondió—, pero si preguntáis por mí junto al postigo de San Gil, hacedlo por... la Barquillera; a buen seguro que os darán recado de mi paradero».

—¿Sabemos dónde se encuentran Regnault y Flotte? ¿Están aquí, en Madrid? ¿Están localizados? —Ahora las preguntas salían en cadena de la boca de la camarera.

—Sí, sabemos que están aquí, en Madrid, y no sólo localizados, sino controlados; no darán un paso sin que sepamos dónde van y qué hacen. Ayer por la tarde mis hombres les encontraron en la dirección que me fue facilitada; desde entonces están sometidos a una discreta vigilancia. Esta mañana han acudido a casa de un caballero de Santiago que vive en la plaza del Salvador. Fueron temprano, a eso de las nueve, y después de permanecer allí una hora larga, se dirigieron a una casa que hay junto al convento de las Calatravas. Luego almorzaron en el mesón de Ardila y después se retiraron a la posada donde residen, en la calle de Carretas, cerca de una iglesia. Allí, antes de que comenzase la tormenta, recibieron la visita de un individuo, al parecer deudo de Medinaceli, pero este último extremo está aún por confirmar.

Cantillana permanecía sentado, pero Ana María de la Tremouille hacía rato que se había puesto de pie y paseaba, nerviosa, de un lado a otro. El rico tejido de su complicado vestido crujía a cada movimiento, denotando la calidad del mismo. Con los dedos entrelazados, apretaba una mano contra la otra, con fuerza y nerviosismo.

—¿Qué piensas que debemos hacer ahora?

—Mi opinión es que no debemos mudar nada en las próximas horas y posiblemente en los próximos días. Mis hombres pueden continuar la vigilancia de cualquier movimiento que hagan los agentes franceses, y eso nos facilitará más información.

—Tienes razón, la información es la clave de este asunto. Debemos saber hasta dónde llegan las ramificaciones de la conjura, cuántos están complicados en ella y dónde se encuentra el corazón de la misma. —La conversación parecía tranquilizar, al menos en apariencia, a la camarera mayor.

—Si Homero es el rey Felipe, parece lógico pensar que Plutarco sea el archiduque Carlos, porque la imposición de Plutarco sobre Homero sólo puede entenderse en función del resultado de la guerra en que estamos empeñados. La clave del asunto, el corazón de la conjura, reside en saber quién es la Justicia, porque la hora que suena no es la de Plutarco, sino la suya.

Ana María de la Tremouille miró sorprendida al hombre que tenía ante ella y que seguía sentado, relajado por completo, haciendo gala de una tranquilidad que resultaba pasmosa en aquellas circunstancias.

—Eres una caja de sorpresas. Estás ahí, tan tranquilo, siendo quien tiene en sus manos los únicos datos fiables para hacer frente al asunto más grave que amenaza la integridad de esta monarquía.

Los labios de Cantillana se estiraron formando una sonrisa que tenía mucho de burlona.

—¿Te ríes? —dijo la camarera mayor.

—No, no me río —respondió él—. Sonrío, que no es lo mismo. Y sonrío porque éste no es el asunto más grave que amenaza a la monarquía.

—¿Cómo puedes decir eso, estando en tus cabales, Fernando? —El tono era de irritación.

—Porque es cierto. Llevamos ya muchos años metidos en esta maldita guerra. Años de destrucción, de saqueos, de horror y de muerte, en los que miles de vidas han sido segadas para ver quién ciñe la corona de estos reinos que se desangran. Todo esto forma parte de ese juego macabro, Ana María. A la postre la solución la tomarán unos cuantos en torno a una mesa.

—¡Fernando, eso es derrotismo! ¿Cómo puede hablar así un soldado del rey nuestro señor?

—Por eso precisamente, porque llevo la mitad de mi vida jugándomela por el rey nuestro señor. Por el anterior y por éste. —Cantillana seguía con la imperturbable tranquilidad que tanto parecía irritar aquella noche a *mademoiselle*.

Tras una larga pausa, la camarera afirmó:

—Habrá que poner todo esto en conocimiento de sus majestades:

—Creo que no. —Fue la respuesta lacónica de Cantillana, quien vio el efecto de sorpresa que sus palabras causaban.

—¿Cómo, que no?

—Creo que deben continuar las pesquisas que hay en marcha, con el mismo sigilo que hasta ahora. Cuantos más estemos en esto, más posibilidades hay de que se convierta en un secreto a voces, y entonces...

—¡Pero son el rey y la reina!

—Lo que propongo es para que tengamos la posibilidad de que sigan siéndolo. — Se levantó y trató de besarla; la camarera le rechazó:

—Esta noche no, Fernando, esta noche no.

Capítulo XVII. El postigo de san Gil

El cielo había amanecido despejado sobre Madrid, lo que era un llamativo ejemplo de que tras la tempestad viene la calma. La temperatura en aquel amanecer era suave, bajo un azul todavía poco intenso, pero limpio. Contrastaba con el aspecto de calles y plazas, que era desolador, pues había fango y suciedad por todas partes. En muchos lugares los más variados objetos habían formado como unas presas, que embalsaban agua. Árboles arrancados de cuajo, cuyas raíces, ahora al aire, se alzaban como sarmentosos y complicados brazos, amenazantes y retorcidos. Animales muertos, sobre todo perros y gatos, pero también alguna borrica y otras cabalgaduras mayores, aparecían tirados e inermes; empezaban a hincharse, a perder pelo y a atraer bandadas de moscas y moscones. Tablones y maderos, vigas y otros objetos a medio enterrar, emergían a medias en el lodazal, adoptando formas tan caprichosas que en algunos casos hasta resultaba difícil saber de qué se trataba. Restos de recipientes de barro rotos y despanzurrados, jaulas de alambre, enseres domésticos, suciedad... y un olor penetrante que conforme avanzara el día y el sol calentase, sería más fétido.

—Quince muertos, dicen que ya han aparecido quince cadáveres —confirmaba a voz en cuello un individuo que formaba parte de uno de los grupos que empezaban, como cada mañana, a darse cita en las gradas de San Felipe, uno de los puntos de conversación de mayor relieve de la villa y corte.

La población empezaba a animarse. Se abrían tiendas y tenderetes en los soportales de la plaza Mayor y en las calles que se estiraban a su alrededor, los esparteros, los talabarteros, los cereros, los panaderos, los cuchilleros, los caldereros, los ropavejeros, los plateros, los vidrieros..., todos se afanaban en la doble tarea de iniciar las labores propias de la jornada y limpiar la parte de calle a la que daba la fachada del lugar donde tenían instalado su negocio. El mayor problema era de qué modo deshacerse de tanta basura como se había acumulado en algunos sitios.

A media mañana ya habían encontrado una solución. En aquellos lugares donde las anchuras lo permitían, formaron grandes montones con los enseres que nadie se había llevado, los rociaron con grasa y resina, y les prendieron fuego. Como todo estaba mojado, ardía con dificultad, pero no faltaron atizadores —oficio que siempre encuentra voluntarios— que lo reavivasen una y otra vez. A la quema colaboró una brisilla fresca que corrió del poniente; lo malo fue la densa humareda que se extendió como una nube por toda la población, que quedó literalmente tiznada. A pesar del sofoco de muchos —corrió incluso la voz de que hubo en la calle Leganitos dos muertos por asfixia que se sumaban a los cerca del medio centenar que ya había certificados por la tormenta del día anterior—, durante todo el día no cesó el acarreo y arrimo de material a las humosas hogueras. Fue un disfrute para los chiquillos, que se convirtieron en los más activos atizadores, aunque también había que señalar, en

honor a la verdad, que oficiaron de apagadores cada vez que la vejiga reclamaba alivio, meándose con ardor en las piras que ellos mismos formaban. También fueron no pocos los adultos que ayudaron a las piras y... a lo otro.

En la plazuela de la Cebada se convirtió en un espectáculo el momento en que quemaron un asno ahogado, que con gran esfuerzo y mucha imaginación —usaron vigas a modo de rodillos para que se desplazase sobre ellas a base de tirones en el rabo, patas, cabeza, pescuezo, orejas (de una tiraron con tanta fuerza que se quedaron con ella en la mano, luego la pasearon como trofeo)— llevaron hasta el candelorio que allí ardía, cuando por efecto del calor el cuerpo del animal reventó, esparciendo vísceras y otras porquerías.

A la caída de la tarde Madrid seguía siendo un lugar en el que eran palpables los efectos de la tormenta. Pegado a las fachadas de las casas se amontonaba el barro, cada vez más compacto, pero la circulación ya era posible en la mayor parte del entramado callejero para viandantes, caballerías y carros, y en una docena de lugares humeaban restos incombustibles, renegridos o medio calcinados, como testigos de las candelas improvisadas. Serían necesarios muchos días, una vez que se hubieran solucionado las urgencias, como en cada sitio fue posible, para que los espacios públicos de la villa y corte se librasen de las costras que había dejado la tormenta y de los montones de basura que habían apilado los vecinos para quemar y que no habían desaparecido con las llamas.

Pero en aquel Madrid no todo había sido hablar de la tormenta y sus efectos, ni echar la basura a otro sitio, ni pegarle fuego a lo que había en la calle; aquello había sido lo principal en la vida de los más, pero algunos habían dedicado sus esfuerzos a otros menesteres. Había gente que desde antes del amanecer, afrontando los riesgos de los barrizales y las aguas embalsadas, no perdían de vista la posada de la calle de Carretas, donde dos franceses se alojaban, y les siguieron cuando visitaron la casa del duque de Montalto y la de Montellano, todo ello antes de la hora del almuerzo. Otros dedicaron la mayor parte del tiempo a atizar el fuego de la plaza del Salvador —donde se había montado una de las mayores hogueras y que más humo despidieron a lo largo de aquella agitada jornada—, pero además de acarrear maderos, leños, tablones, vigas y enseres varios, no pararon de hablar, y de preguntar.

—Gente de alcurnia la que vive en esta plaza, ¿no?

—Tú no eres de aquí, yo no te he visto antes.

—No, no soy de aquí. Vivo al otro lado de la puerta de Guadalajara, pero hoy estoy por cuenta del boticario del final de la Costanilla y acarreo lo que le estorba. Está aprovechando para limpiar la rebotica.

—Ah, así sí. Ya decía yo.

—Y tú, ¿quién eres?

—¿Yo?

—Sí hombre, tú. Porque no eres una aparición...

—¡Qué cosas dices! Yo soy Pascual Pedraz, criado de don Lucas de Sotomayor.

—Ya... supongo que un vecino de la plaza.

—Así es; su casa es aquélla. —Señaló una portada de piedra cuya primera planta ofrecía un hermoso paramento almohadillado, mientras que en la superior un largo balcón estaba flanqueado por dos cancelas de rejería forjada y sendos escudos, labrados en piedra dorada, que anunciaban la nobleza de sus moradores.

—Gente hidalga la de esta vecindad.

—Sí, casi todos. Salvo un par de mercaderes. Gente de fuste, desde luego, pero que darían sus buenos ducados por una ejecutoria.

El peón del boticario de la Costanilla llegó a la hoguera con un tablón magnífico que le hacía sudar de lo lindo. Tenía buen grosor y su longitud estaría próxima a las tres varas; iba a deshacerse de él, cuando le detuvieron unos gritos.

—¡No! ¡Qué haces! ¡Estás loco! ¡Esos tablones son del carretero de la esquina! ¡Te vas a meter en un buen lío!

Otra voz, lejana, gritaba:

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡Que te están tirando los tablones!

Como cosa de magia apareció en la puerta del caserón donde la plaza terminaba y comenzaba la calle que bajaba hacia el río, un hombretón corpulento y fornido. Tenía el pelo negro y ensortijado, la cara picada de viruela, con tantas cicatrices que parecía la piel de una naranja, sólo que de otro color. Su vozarrón se alzó por encima del trajín:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa con los tablones?

—¡Ese, que quiere quemarlos! —Un pilluelo, el que había chillado llamando al maestro carretero, señalaba con un dedo acusador al peón del boticario.

La cosa no pasó a mayores porque ningún tablón, por suerte para Bernabé, que así se llamaba el que trabajaba por cuenta del boticario, había ido a parar a la candela. Después de un cruce de palabras donde, menos mal, no hubo ofensas, Bernabé, el del boticario, Miguel el maestro carretero, y Pascual, el criado de don Lucas, celebraban su encuentro en el mesoncillo del callejón que se abría al lado contrario de la plaza donde el carretero tenía su establecimiento. Entre jarrillo y jarrillo, hubo conversación larga: lo horrible de la tormenta, los muertos que se decía habían sido encontrados, la ruina que para muchos suponía el aguacero, los desmanes de los herejes en iglesias y lugares santos, el curso de la guerra, la traición de los franceses —como no podía ser de otra forma con gentes de aquella ralea— al abandonar al rey don Felipe... También se habló del vecindario de la plaza del Salvador, por eso Bernabé se enteró de que allí vivía un caballero del hábito de Santiago, de origen manchego, que pasaba parte del año en la corte y parte en su lugar de nacimiento, Villanueva de los Infantes. Se trataba de un individuo poco comunicativo con los

vecinos, aunque recibía numerosas visitas de gente extraña. Era hombre devoto, todos los días acudía a misa primera a la parroquia de la collación, acompañado de dos criados. Su nombre era don Gaspar de Córdoba, y se decían de él algunas cosas extrañas: al parecer andaba metido en cabildeos y apandillamientos por la causa del archiduque.

Cuando Bernabé salió del mesoncillo, ya no volvió a tomar más objetos para arrimarlos al candelorio. Su trato con el boticario de la Costanilla había concluido, porque ya no se le vio el pelo por la plaza, donde la bullanga, el griterío y el trajín no paraban.

Empezaba a caer la tarde y en la mancebía que había junto al postigo de San Gil había una animación menor de la habitual; sin embargo, algunos menestrales y tenderos recalaron allí cuando dieron por concluida su jornada.

Igual que en días anteriores, dos mozos estaban instalados desde primera hora. Habían bebido poco, tonteado mucho y gastado buenos reales en comida y lo que el padre de la mancebía llamaba «arrumacos menores» de las mozas disponibles. Aquellos dos individuos tenían peculio y disponían de tiempo, pero no se encelaban con las daifas. Allí pasaban el rato y permanecían hasta muy entrada la noche, cuando la parroquia declinaba y se daba por concluida la jornada de las meretrices que aún no habían contratado una «dormida». Con aquél, llevaban ya tres días pasando las horas dentro del tugurio, donde se daban cita gentes de los más variados pelajes y las más diversas aficiones. Allí se bebía, se jugaba a los naipes —la mancebía tenía real licencia para los juegos de cartas y otros de envite y azar—, se pasaba el tiempo, se amagaba con las pupilas y, llegado el caso, se ajustaba un desahogo privado en alguna de las camaretas que cerraban unas cortinas alpujarreñas para ocultar a los ojos de la concurrencia las pasiones y efervescencias amorosas de los clientes. En la planta de arriba había varios aposentos que se cerraban con puerta y aldaba; eran los reservados. Mayor intimidad, mayores comodidades y mayor tarifa, sólo al alcance de los bolsillos más holgados: un real de a ocho como mínimo, que podía llegar hasta un ducado si la moza era de banderas, como ocurría en el caso de la Cubanita, una mulatona exuberante de la que se contaban prodigios de los que sus asiduos se hacían lenguas creándole una verdadera aureola en los ambientes de la putería madrileña. Allí, junto al postigo de San Gil, también ejercía por aquellas fechas el coño más famoso de la villa y corte, el de Bélica, de quien también se contaban portentos. Completaba el trío de aquella aristocracia de las meretrices, una puta solemne cuyo nombre de guerra era la Barquillera, una mujer de modos y ademanes poco comunes; un tanto remilgada y que se permitía la desfachatez —con el consentimiento del padre de la mancebía— de ejercer por libre y sólo acudir allí cuando le iba en gana. No era eso todo; no se acostaba con cualquiera y a menudo rechazaba clientes, cosa que resultaba inaudita. A veces, un criado suyo iba a recoger recados de alguien que

los pudiese dejar allí para su ama, porque eran muchos los que ajustaban un encuentro privado con la Barquillera, pero fuera del prostíbulo. Eso eran palabras mayores, de cinco ducados para arriba, bastante más de la mesada de un oficial artesano de medio pelo o de un albañil.

A aquellas horas corría ya el vino con alegría, las mozas se mostraban zalameras y hacían carantoñas a la búsqueda de un parroquiano generoso. El ambiente empezaba a caldearse, cuando alguien preguntó por la Barquillera. Tenía un inconfundible acento francés, por lo que los presentes pensaron que sería alguno de los gabachos que formaban parte de la camarilla que el rey de Francia había enviado a su nieto para que le asesorasen en materias de la gobernación de estos reinos.

—Perdón, señor, traigo un recado para la señorita Barquillera. Es urgente.

Los dos perdularios que entretenían sus ocios con una robusta moza, prestaron una extraña atención a las palabras del recién llegado. El padre, que se secaba las manos en un paño enorme que, atado a su cintura, hacía las veces de delantal, se encaró con el recadero.

—¿Quién es el de ese mensaje tan urgente?

—Señor, eso es reservado.

—Aquí no hay más reservados que los que yo dispongo. —Casi vociferaba el padre, encarándose al francés.

—Señor, por san Martín, pueden oírnos. Solicito vuestra discreción.

El encargado del establecimiento miró a sus parroquianos; cada cual estaba a lo suyo, o al menos eso parecía. Bajó el tono de voz y, con cierta sorna, murmuró:

—Amigo, aquí todos son gente de confianza, vienen a lo que vienen.

El francés pareció conformarse. Acercó su boca al oído del padre y le susurró algo que nadie más pudo oír. Lo que fuese, debió de satisfacerle, porque asintió varias veces con la cabeza en señal de conformidad; luego, una sonrisa que le llenó la cara completó el asentimiento. El francés le entregó unas monedas que él guardó sin contar ni mirar, y el recadero se marchó. Todo en la mancebía siguió casi igual, salvo que los dos mozos afincados allí desde hacía tres días pidieron la cuenta y se marcharon.

El pupilero llamó a un mozalbete que le servía para los mandados, le dijo algo, le dio un tirón muy fuerte en una oreja y le soltó:

—¡Ea, a casa de la Barquillera!

Fue lo único que se pudo oír de las instrucciones que le impartió con aire admonitorio, antes del tirón de orejas final.

El francés caminaba de prisa. A una distancia prudente, pero manteniéndolo siempre al alcance de su vista, le seguía uno de los mozos que habían dejado la mancebía cuando salió después de cumplir su encargo. Por otro sitio, un mozalbete caminaba más despacio, se despistaba y distraía, se paraba continuamente ante el

espectáculo inusual que aquel día ofrecía Madrid. Cruzó cerca de una de las improvisadas candelas que devoraban malamente lo que la tormenta había dejado y las gentes amontonaban. Allí se detuvo y meó, junto a otros pilluelos que hacían lo propio, en medio del jolgorio de unos y la repulsa de otros. También otro mozo había acomodado su trayecto y su paso al del mozalbete que había salido de la mancebía que había junto al postigo de San Gil.

Con la llegada de la oración, antes de que la noche cerrara, habían sido muchos los madrileños que llenaron las parroquias, las iglesias de conventos y las capillas para cumplir con sus devociones, dar gracias por estar vivos, cumplir algún voto o justificarse por el incumplimiento de promesas hechas de prisa, fruto de la angustia. En todos los establecimientos religiosos de la villa y corte alumbraron en mayor número del que era ordinario velas y cirios a los pies de las imágenes, y así seguiría ocurriendo en los días siguientes. Otros se recogieron en sus casas después de un día que había roto la monotonía y rutina habituales. Para algunos, en fin, había llegado la hora de la diversión en los numerosos lugares que la villa ofrecía para ello: mesones, figones, tabernas y mancebías donde se concentraba la truhanería madrileña y aquellos que ocasionalmente buscaban un lugar y un rato de holganza. Había bailes y concurrencia de sexos, pese a las continuadas y repetitivas prohibiciones de la autoridad civil que, la verdad sea dicha, ponía poco celo y empeño porque el vecindario cumpliera estas disposiciones. Tampoco surtían mayor efecto los anatemas lanzados desde los púlpitos en sermones de misas, novenas, quinaros y otras celebraciones litúrgicas. Lo que fastidió a muchos fue el anuncio de que se quedaban durante sesenta días sin representaciones teatrales. Una real cédula que se había pregonado en los lugares de costumbre y que se había fijado en pliegos impresos en diferentes sitios decía así:

Don Felipe V, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Cerdeña, de Sevilla, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales y Tierra Firme del mar Océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, de Atenas y de Neopatria, conde de Habsburgo, de Flandes, de Tirol y de Barcelona, señor de Vizcaya y de Molina...

Por cuanto, por justos juicios de Dios nuestro Señor, ocasionados de la maldad de nuestras acciones y nuestros pecados, los cuales han llegado a tal grado de abominación que ha sido servido de mandarnos tan gran temporal, justo castigo a nuestras maldades, con que azotarnos y anunciarnos su divina cólera. La cual se desató en la tarde de ayer sobre esta villa y corte, he resuelto se disponga el cierre total, durante sesenta días que se contarán a partir de hoy mismo, de todos los corrales de comedias y otros establecimientos del ramo, por ser lugares donde se ofenden, sin tasa ni medida, los mandamientos de Dios nuestro Señor y nuestra Santísima madre, la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Dichos establecimientos no podrán abrirse, ni celebrar representaciones en sus tablados y escenarios, ni siquiera de modo privativo, ni reservado a unos pocos porque es nuestra voluntad desagaviar la desatada cólera divina, en el tiempo arriba señalado, sin excepción ni de los llamados autos sacramentales, ni otras piezas que, so capa de piadosas, permitiesen su representación.

YO, EL REY.

Por mandato del rey nuestro Señor (cuya vida Dios guarde) don Antonio de Ubilla, secretario del Despacho Universal.

En la casa del conde de Cantillana un grupo de hombres, media docena en total, esperaban en una de las galerías que cerraban los cuatro lados del patio primero de la mansión. Un patio empedrado, en cuyo centro había una fuente redonda y sencilla en sus formas labrada en finísimo mármol blanco que resaltaba en vivo contraste con el tosco e irregular empedrado del pavimento.

Los hombres charlaban animadamente, esperando que el señor conde hiciese acto de presencia. No esperaron mucho. Se abrió una de las puertas que daban a la galería baja, y un criado con librea les invitó a pasar.

—Podéis entrar, su excelencia os recibirá. —Tenía una voz atiplada, con un cierto engolamiento. Miró con aire de suficiencia, no exento de repulsión, a los hombres a quienes daba paso a la estancia donde estaba el conde de Cantillana.

Todos los individuos saludaron en silencio, con respetuosas inclinaciones de cabeza, al dueño de la casa, cuyo rostro inescrutable resaltaba del multicolor fondo del alto zócalo de azulejos que enriquecía la habitación. La dependencia era espaciosa pero escasamente amueblada, tal vez para no ocultar la belleza de los azulejos de tonos azulados sobre fondo amarillo que tenían su contrapunto en las formas geométricas, estucadas y policromadas del artesanado de la techumbre. Cantillana esperaba de pie, inmóvil. Los hombres se colocaron ante él, manteniendo una distancia de respeto. Uno por uno fue informando de su jornada con orden y precisión.

—Señor, el caballero del hábito de Santiago de la plaza del Salvador es manchego, de Villanueva de los Infantes. Pasa temporadas en esa localidad y temporadas en esta corte. Tiene pocas relaciones de vecindad, acude a misa diariamente y se llama don Gaspar de Córdoba.

Cantillana asintió con la cabeza.

El segundo de los hombres dio su información.

—En la mancebía que hay junto a San Gil han preguntado hoy por la Barquillera. Era un gabacho; después se marchó y fue hasta el alcázar de su majestad.

—¿Al alcázar, dices? —Cantillana rompió por vez primera el silencio. Estaba sorprendido.

—Así es, excelencia. Allí quedé apostado y vi que el francés salía al cabo de un rato y se dirigía al mesón donde comen los otros franceses. No ha salido de allí hasta que me he venido; los que sí han salido han sido los que desde hace días venimos siguiendo.

Cantillana asintió.

—Ya sabemos, excelencia —el hombre que ahora hablaba rezumaba optimismo —, dónde tiene su casa la Barquillera.

El conde abandonó por un instante la meditación en la que parecía sumido y miró con interés al que hablaba.

—Vive en la calle de Segovia —prosiguió el hombre—, en una casita de dos pisos, pequeña de fachada, pero de buen aspecto. Sé también que allí la asiste una criada vieja, y creo que no viven otras personas. Poco antes de venirme llegó una carroza que sólo se detuvo un instante para que bajase un caballero.

Otras informaciones pusieron de relieve que un criado de la casa de Medinaceli fue primero a la del duque de Montellano, donde dejó un recado, y luego se dirigió a la casa del duque de Montalto. Permaneció poco rato en cada una de ellas, más tiempo estuvo en la del conde de las Amayuelas, que tiene su morada junto al convento de la Encarnación. También estuvo en casa de un caballero llamado don Bonifacio Manrique, que había sido general de los ejércitos de su majestad.

El último de los confidentes informó que poco antes de abandonar el ventanuco desde donde vigila quién entra y sale de la posada de la calle de Carretas, llegó un jinete que, por las condiciones en que estaba, debía de venir de lejos. El confidente se acercó a toda prisa para conseguir los detalles que le fuera posible obtener, y pudo comprobar que preguntó por los franceses. También él era natural de esa nación, aunque hablaba como nosotros, pero con voz gangosa. Como no estaban pidió al posadero comida y cama para esperarles.

—¿Cuándo ha sido eso? —Cantillana estaba tenso.

—Hará poco más de una hora, excelencia.

—¿Podrías reconocer a ese mensajero?

—Por supuesto, señor.

—Entonces la jornada no ha terminado. Hemos de hacernos con el posible mensaje que trae ese correo. ¡Manos a la obra!

Los seis hombres se disponían a salir cuando les detuvo la voz de Cantillana.

—Con discreción, pero si hay que emplear la fuerza, no vaciléis... Hasta el final. ¿Entendéis?

Todos asintieron, sin abrir la boca.

Capítulo XVIII. Malas noticias

No se recordaba en palacio un día tan negro como aquél, salvo cuando fue necesario embalar lo más preciso y con lo puesto abandonar la corte porque los austracistas entraban en Madrid, después de lanzar una ofensiva desde Portugal que había resultado espectacular. Entonces la reina, con poco equipaje y escasa compañía, salió en dirección a Burgos, a medio camino entre aquella corte y la segura barrera que suponía la frontera de Francia; lloró de pena y sólo le sostuvo el ánimo la entereza de su camarera mayor. Ahora Luisa Gabriela lloraba, pero lo hacía de rabia y con coraje. ¡Cuánto no daría por ser hombre, embutirse en un uniforme y dejarse la piel en el campo de batalla!

El primer golpe llegó mucho antes del mediodía: un correo, polvoriento y al borde mismo del agotamiento, había llegado a palacio. Fue el duque del Infantado quien le condujo a la presencia de los reyes.

—Majestad, es una urgencia. Se trata de un correo enviado por Villadarias.

El oficial que traía la noticia daba muestras profundas de abatimiento, pero el verse en presencia de su rey debió de infundirle bríos para saludar con marcialidad y gallardía.

—Majestad —dijo—, a vuestros pies el capitán Leonardo de Quiroga, del regimiento número tres de caballería ligera. Traigo para vuestra majestad un mensaje verbal del general marqués de Villadarias.

—¿Qué dice ese mensaje, capitán? —El rey trataba de aparentar tranquilidad, lejanía, pero bien sabía lo que significaba un mensaje verbal. Algo grave. Tan grave que no se ponía por escrito para evitar el peligro de que cayese en manos del enemigo.

—Majestad, tras la derrota de Almenara y el... —le costaba trabajo decirlo— abandono de las unidades francesas, nuestro general dio orden de replegarnos hacia Zaragoza y fortificar la línea del Ebro. El enemigo, muy superior en número, nos siguió de cerca y antes..., antes de que nos pertrecháramos en nuestras nuevas posiciones, se ha librado un nuevo combate...

—¿Qué ha ocurrido, capitán? —intervino la reina, que no podía disimular su angustia.

—Majestad —el soldado se dirigía ahora a la soberana—, hemos llevado la peor parte en ese encuentro.

La voz del rey volvió a sonar lejana, como si no saliera de su cuerpo.

—¿Qué quiere decir la peor parte?

—Majestad..., nuestro ejército... ha sido deshecho. No existe.

La reina se tapó el rostro con las manos, la camarera mayor, que había permanecido inmóvil, se acercó y le ofreció un pañuelo. Luisa Gabriela de Saboya

estaba llorando.

—¿Tenéis detalles, capitán? —preguntó el rey.

—Majestad, las bajas habidas en combate son incontables, así como los prisioneros. Temo, majestad, que no ha quedado una sola unidad, siquiera del tamaño de una compañía, a la que se le pueda dar ese nombre. Los hombres que no han caído en el campo de batalla o en manos del enemigo, han tratado de salvarse huyendo y escondiéndose.

—¿Y Villadarias?

—Lo ignoro todo acerca del general. No sé si está prisionero, si viene hacia la corte o si ha tomado otra decisión. Lo último que sé son las órdenes que me dio, y que estoy cumpliendo; eso fue cuando ya la desbandada de los nuestros había comenzado y todo estaba perdido.

El rey guardó silencio durante un largo rato. Infantado y la camarera permanecían mudos, y el capitán inmóvil, manteniendo la posición de marcialidad que requería la situación, porque nadie le había dicho que descansase. La reina gemía con creciente intensidad.

—¿Qué has visto desde Zaragoza hasta la corte? —La voz real seguía siendo anodina.

—Nada, majestad; no hay nada que oponer al enemigo, si es eso a lo que se refiere vuestra majestad. Si no se levanta un ejército para hacer frente a las tropas de Stanhope y Stahremberg, no hay nada entre Zaragoza y Madrid que pueda obstaculizar su avance sobre la corte.

Felipe v pareció quedar sumido en una profunda meditación que todos respetaron, salvo la reina, que había pasado del gemido más o menos controlado al llanto desconsolado.

—Infantado, que atiendan al capitán. Podéis retiraros.

El rey llamó al secretario del despacho y encargó a Ubilla la convocatoria urgente de una sesión del Consejo de Estado para analizar la situación creada y las medidas a tomar a fin de hacer frente a las críticas circunstancias que se avecinaban.

La sesión de Estado, que comenzó a la una del mediodía, contó con la asistencia de todos sus miembros salvo el marqués de Mancera, el viejo gruñón, pero de una lealtad inquebrantable y un sentido común que era poco corriente, aquejado por un doloroso ataque de gota que le mantenía postrado en el lecho y que se sumaba a los noventa y tantos años que el anciano aristócrata contaba. La sesión fue, como era de esperar, larga y... tediosa. Al igual que en otras ocasiones, sus integrantes se perdieron en largos discursos, las mismas disquisiciones y la falta de soluciones realistas. Hubo lo de siempre, vaguedades, generalidades, quejas no exentas de crítica, pareceres reiterativos formulados de forma hartamente complicada, más propios de un discurso o sermón para embelesar oídos que disposiciones de gobernantes que

configuraban el máximo órgano de aquella atormentada monarquía.

Al término de la sesión no se había evacuado ninguna «consulta» que al rey le arrojase un poco de luz sobre las grandes sombras que la situación proyectaba. Su majestad, que estaba de un humor de perros, se encerró en su alcoba y se negó a hablar con nadie. Todo lo que al duque del Infantado se le ocurrió fue llamar al nuevo padre confesor, fray Juan de Reparaz, de la orden de predicadores, que acudió a toda prisa por si en un momento determinado sus servicios podían serenar el ánimo del monarca.

—Lamento molestaros, padre, pero el estado de su majestad hace aconsejable que permanezcáis en palacio. —Infantado trató de excusar su decisión; nunca sabría lo que el confesor pensaba, aunque en apariencia no había ningún enojo.

—Nada, nada, excelencia, éste es nuestro ministerio, y si es en servicio del rey nuestro señor, nuestro ánimo está pronto y dispuesto.

Hacia poco que se había levantado la sesión del Consejo de Estado cuando llegó el segundo aguijón del día. También vino en forma de mensaje: un correo procedente de la embajada de París.

Ante la actitud del rey, Ubilla decidió avisar a la reina, que aún no se había repuesto del mal trago de la mañana.

El secretario del despacho habló primero con la camarera mayor, a quien puso al corriente del texto que enviaba el duque de Alba desde Francia; luego comparecieron ante la reina. Las noticias no podían ser peores.

Excmo. Sr. Secretario del Despacho Universal, Don Antonio de Ubilla.

Las noticias que circulan por esta capital acerca de las conversaciones para lograr una paz general apuntan todas en una misma dirección, ante los deseos de alcanzar una paz estable y duradera. Las exigencias de las potencias marítimas no se han visto cumplimentadas con el paso dado por el Cristianísimo de retirar de los dominios peninsulares del rey nuestro señor (cuya vida Dios guarde) sus tropas, abandonándolo a su suerte. Está confirmada la exigencia que la Inglaterra y la Holanda plantean, de que vuelva sus tropas contra las del duque de Anjou (nominación que los enemigos usan para señalar al rey nuestro señor).

No he podido recabar noticias ciertas acerca de la respuesta que el Cristianísimo dará a esta insolente demanda, si bien no es menos insistente el rumor que corre de que varios ministros son del parecer de parar la guerra a toda costa. Esos mismos rumores apuntan a que el Cristianísimo se resiste a llevar sus armadas y ejércitos contra su propia sangre.

Gran revuelo ha causado en esta corte la noticia de haberse hecho efectiva la retirada de las tropas que operaban en nuestra patria en apoyo de los derechos del rey nuestro señor. Item las noticias que llegan de España sobre el curso de la guerra ahí, no son tranquilizadoras. Item se especula con el abandono del trono por parte de su majestad, a quien se le compensaría con una sinicura menor, que estaría en Italia. A cambio, la casa de Austria cesaría en sus pretensiones al trono de la Católica Majestad. Se trataría en la mesa de negociación a quién se entronizaría con el beneplácito general de las monarquías. Item se rumorea que otra forma de concluir el conflicto y anudar una paz universal y duradera vendría por la desmembración de la monarquía cuyos despojos serían incorporados a las potencias; sólo son rumores, pero son insistentes y están extendidos.

A. Álvarez de Toledo.

La reina escuchó en silencio la lectura que del correo del embajador de París hizo

Ubilla. El semblante de la soberana estaba pálido, su piel parecía haber perdido vida. Permanecía junto al amplio ventanal que daba luz a la habitación.

—¿Cuál es tu opinión, Ubilla? —preguntó la reina después de un prolongado silencio.

El secretario meditó la respuesta antes de contestar.

—Ignoro, majestad, si su excelencia el embajador sabe más de lo que nos dice y moteja de rumor lo que ya son realidades confirmadas, que iría concretándonos en los próximos días. No es práctica habitual, pero en los tiempos que corren...

—¿Insinúas que lo que Alba señala como rumores son ya asuntos cerrados? —La reina le preguntaba con inquietud, mientras la camarera le lanzaba una significativa mirada. Ubilla sabía que aquellos ojos le estaban diciendo: «Yo tenía razón respecto a la posición que Versalles adopta». Con voz que apenas le salía del cuerpo, el secretario respondió:

—Digo, majestad, que en las actuales circunstancias no debemos descartar ninguna posibilidad. Parece claro que en las conversaciones para cerrar una paz, Francia es la primera interesada en ajustarla; lo que hemos de saber es el precio que está dispuesta a pagar. En todo caso, majestad, os suplico que veáis en mis palabras la lealtad de este fiel servidor.

—¡Habla sin miedo!

—En mi opinión todo apunta a que ya hay una decisión tomada y ejecutada: abandonar a su suerte al rey nuestro señor y a vuestra majestad... La retirada de las tropas de vuestro abuelo así lo señala sin ningún equívoco; por otro lado, desconozco la situación que obliga al Cristianísimo a una paz que no vaya más allá de estas medidas, y no puedo pronunciarme sobre la verdadera naturaleza de las afirmaciones y rumores que su excelencia, el embajador, señala en el escrito.

—Majestad —intervino la camarera mayor—, vos sois conocedora de que las cortes son un semillero de intrigas, comentarios e infundios que las más de las veces no responden a la verdad de las cosas ni al rumbo que se pretende dar a los acontecimientos, y Versalles no es una excepción. Por experiencia propia estoy en condiciones de deciros más: si alguna corte sobresale por las intrigas, las calumnias y los rumores intencionados, ésa es la del Cristianísimo. Hay muchas gentes que sólo viven de eso y para eso. Gentes de alcurnia, de medio pelo y ganapanes, que cada esfera social tiene sus propios semilleros y los cuida a diario. Si vuestra majestad me lo permite, puedo dar mi opinión.

—Por favor, Ana María. —Las palabras de la soberana fueron un suave murmullo; un aleteo que salió de su boca.

—La situación en Francia es grave, eso a nadie se le escapa. El esfuerzo económico y militar que el rey Luis ha exigido de sus súbditos es largo en el tiempo e intenso en la contribución. Son ya muchos años de guerra, con lo que la miseria y el

malestar han ganado cada vez más terreno. Es posible que el rey de Francia ansíe hoy la paz más que nadie, pero su majestad no llegará a la humillación por conseguirla por mucho que la anhele. No lo consentirá jamás...

—¿Qué es la humillación para el rey Luis, *mademoiselle*? —Ubilla interrumpió a la camarera con un gesto de espontaneidad que, de repente, le pareció excesivo.

—Luchar contra su propia sangre, creo que nunca volverá las armas contra el rey nuestro señor por una razón elemental: el rey de España es su nieto. Por mucho que desee el final de la guerra no lo asumirá con esa condición, sino que buscará otra fórmula.

—En ese caso, vos sois de la opinión de que los rumores en esa dirección carecen de fundamento.

—Así es, sólo son rumores. El rey de Francia buscará ajustar la paz sobre... otros planteamientos.

—Si vos lo decís. —Ubilla se encogió de hombros en un gesto que tenía mucho de significativo.

El asunto parecía agotado. Se produjo un silencio que sólo la reina podía romper, pero Luisa Gabriela de Saboya parecía estar en otro lugar. La situación no era cómoda ni para la camarera ni para el secretario del despacho. Éste decidió ponerle fin.

—Si vuestra majestad no ordena otra cosa, solicito licencia para retirarme.

—Sí, Ubilla, sí; puedes retirarte, no te necesito.

La reina hizo un movimiento que se podía interpretar como una despedida.

Nada más salir Ubilla y cerrar la puerta, la reina se derrumbó física y moralmente. Se dejó caer en una *chaise longue*, que por entonces llegaban a Madrid como una moda más traída con la llegada de una dinastía francesa al trono de España. Ocultó la cara entre las manos y comenzó a llorar con desesperación. La princesa de los Ursinos no logró encontrar palabras de consuelo para su soberana.

—¡Es el fin, Ana María, es el fin!

—No, majestad, no es el fin. Sois la reina de España y tenéis que responder como tal. Hay dificultades y a las dificultades se les hace frente.

—¿Dificultades, dices? No hay ejército. Los partidarios del archiduque avanzan sobre esta corte y no tenemos nada que oponerles. Los franceses nos abandonan y ni siquiera tenemos garantías de que no se vuelvan contra nosotros. Estamos rodeados de traidores; hasta en nuestra propia casa tenemos metido al enemigo. Los nobles no están con nosotros, barruntan el desastre y se apartan. Ni siquiera tenemos capacidad para desenmascarar a los desafectos y a los traidores. Tengo miedo por la vida del rey, porque no sé hasta dónde puede llegar la traición que nos acecha. Existen dificultades para cubrir los puestos de palacio porque no hay suficientes gentileshombres para el servicio de su majestad. Como te digo, amiga mía, temo por

la vida del rey, temo que puedan asesinarle.

—¡Majestad!

—No, Ana María. Dime, ¿cuál es el único obstáculo para que no se alcance la paz que todos parecen desear con ahínco? ¡Dímelo!

La camarera guardó silencio.

—¡Yo te lo voy a decir! El único obstáculo es Felipe, rey de España. Hoy para el Cristianísimo el principal problema es sostener a su nieto en el trono de esta monarquía, un trono donde lo colocó él.

—Majestad, las graves noticias de la jornada y los sucesos de los últimos días han derrumbado vuestro ánimo.

—¡Es cierto, pero no lo es menos que existen razones para ello! Fíjate el estado en que se encuentra el rey; está abatido, ya no sé cómo infundirle energías, porque soy yo quien no las tiene.

—Hemos de sobreponernos a estas contrariedades, en peores momentos nos hemos visto, majestad.

—Ya no puedo más, ya no puedo más. —La reina, que se había puesto de pie, rompió a llorar otra vez, buscando el hombro de su camarera, quien la abrazó con fuerza casi maternal, mientras murmuraba palabras de aliento a su oído.

La tarde empezaba a declinar y nubes negras y sombrías encapotaban el cielo de la villa y corte. Hacía rato que los pasillos, salones y otras dependencias del vasto *alcázar* estaban vacíos y silenciosos... Un halo de tristeza lo embargaba todo.

En un aposento la reina se deshacía en sollozos, rota su voluntad por tanta desgracia como se le acumulaba, sin que su camarera mayor encontrase la forma de llevarle un poco de ánimo y consuelo. En otro, el rey, encerrado desde hacía horas, mantenía un solitario aislamiento. Tenía aspecto deplorable, medio desnudo y desgredado, con el rostro demacrado y tan descompuesto que no anunciaba nada bueno. Sus ojos estaban enrojecidos, inyectados en sangre, quien no supiera que era Felipe, rey de España, podría pensar que era un demente.

El secretario del despacho universal había aguardado pacientemente a que la princesa de los Ursinos abandonase la alcoba de su señora. Cuando salió, la abordó de forma directa:

—*Mademoiselle*, me habéis sorprendido con vuestras afirmaciones de esta tarde. No era ése vuestro criterio hace pocas fechas.

La camarera le dirigió una mirada burlona:

—¿Para decirme esto, mi querido Ubilla, habéis esperado todo este rato?

Por toda respuesta, Ubilla se encogió de hombros y aguardó a que la camarera continuase. Hubo una larga pausa a la que sólo puso fin la llegada a la puerta de los aposentos de la princesa.

—Habéis de saber, señor secretario, que la obligación primera de la camarera

mayor de su majestad es proporcionarle ayuda y consuelo, por encima de cualquier otra consideración. ¿No estáis de acuerdo?

Diciendo esto cerró la puerta, dejando a Ubilla en la galería gesticulando de manera elocuente.

Capítulo XIX. Una muerte sin investigar

En aquel Madrid que veía caer la noche corrió la noticia de que las tropas de su majestad habían sido aniquiladas a orillas del Ebro, en las mismas puertas de Zaragoza, y que los aragoneses se habían sumado a la sedición de los catalanes, que todo aquel reino estaba perdido y que en la seo de Zaragoza se había proclamado rey Carlos III, cosa que también había ocurrido en muchos lugares, como en Daroca, Jaca, Teruel, Calatayud. Se decía que no había entre Zaragoza y Madrid ni un miserable escuadrón de caballería que oponer a los austracistas para defender la corte.

En algunos puntos de la villa y corte se habían oído gritos que decían:

—¡Viva Carlos III! ¡Muera el duque de Anjou!

—¡Viva nuestro señor el rey Carlos! ¡Abajo los franceses!

—¡Viva la casa de Austria! ¡Mueran los Borbones!

Era gente embozada y escurridiza quien los profería. No pudieron prenderles, ni siquiera localizarles.

Aquellos rumores, sin embargo, habían causado una profunda pena en la mayoría del vecindario. Muchos, desalentados, se habían recogido en sus casas más temprano que de costumbre, pero en aquel Madrid agitado y entristecido habían ocurrido otras cosas de interés que aún no eran del dominio público, porque se habían tomado todas las medidas para que así fuese.

El día anterior un grupo de enmascarados había asaltado la posada de la calle de Carretas. Era una noche cerrada cuando unos individuos, que se cubrieron el rostro en el zaguán que daba acceso a la pieza grande de la posada, irrumpieron en ella con cierto sigilo. Querían evitar poner sobre aviso a quien tenía lo que ellos iban buscando.

—¡Quietos todos! —dijo el que parecía ser el jefe del grupo. Con un gesto indicó a uno de sus hombres que permaneciese en el zaguán vigilando la puerta y la calle.

Ninguno de los presentes tuvo tiempo para reaccionar, ni tampoco opción. Cuatro de aquellos individuos empuñaban pistolas; uno de ellos llevaba dos, una en cada mano, en tanto que los otros portaban una pistola y una daga. Estos fueron los que se ocuparon de controlar la situación. Uno se hizo cargo del posadero, su mujer y una moza, a los que concentró en un rincón; otro redujo a un amolador que daba piedra al metal, a quien quitó cuchillos y tijeras, y el tercero hizo lo propio con unos arrieros vizcaínos, a los que recomendó permanecer en la mesa a la que estaban sentados.

—No habrá problemas, si vosotros no los buscáis. Así que estaros quietos y no pasará nada.

El enmascarado que llevaba la voz cantante había sacado una espada de cazoleta y gavilanes, y se dirigió al posadero, que temblaba como un azogado.

—¿Quién más hay aquí?

—¿Dónde, señor? —El posadero parecía haber contraído el mal de San Vito, tales eran sus temblores, que ya iban acompañados de sudores.

—¿Dónde va a ser, malandrín! ¡En esta pocilga que llamas posada!

—A... arriba..., arriba, señor está... es... tá —tartamudeaba el posadero de puro canguelo— el... francés..., el francés.

Todos los presentes permanecían quietos, inmóviles. Unos porque era su estrategia, otros porque la sorpresa y el susto no les permitía reaccionar.

De pronto, un estornudo, muy ruidoso e incontrolado, del amolador hizo que la situación se tensase. El enmascarado que le vigilaba amartilló la pistola, que como estaba cebada sólo necesitaba para dispararse que le apretase el gatillo.

—¡No, por piedad! —El amolachín creía llegada su última hora—. ¡No me matéis! ¡Tengo seis hijos y mujer! ¡Tengo...!

El jefe se acercó a él.

—¡Si no te callas, te ensarto como a una corneta! —le espetó—. ¡Silencio, bribón!

El amolador también temblaba y sudaba. Calló, pero no pudo contener unos temblores que semejaban estertores, eran tan fuertes que daba la sensación de que iba a descomponerse.

—¿Cuántos son los franceses? —volvió a preguntar al mesonero.

—Es... es... —Aquel hombre no acababa de recuperar el habla con normalidad—. Es... uno. Se... ñor.

—¿Sólo hay un gabacho?

—Só... sólo uno..., señor.

—Sin embargo, aquí tienes aposentados a más de uno, bastardo.

—A... así es..., señor, pero los... otros... dos están... están fue... fuera.

—¿Sabes cuándo volverán?

—E... eso... lo ignoro..., señor. Nu... nunca, nunca... sé... cuándo vienen... o... van.

—¿Dónde están las cámaras que ocupan?

—Dos... dos... ocupan la... alcoba grande.

El enmascarado hacía esfuerzos por contener su impaciencia. Aquel individuo estaba a punto de sacarle de quicio.

—¿Y cuál es la alcoba grande? —Acercó la punta de su acero a la garganta del orondo posadero. A la mujer de éste se le escapó un grito, mientras la moza se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. Aquello hizo que el pobre hombre dejase de tartamudear.

—La primera a mano derecha según se sube la escalera —continuó sin que nadie le preguntara—. El otro francés está en la alcoba siguiente, la de la puerta de al lado, avanzando por la galería.

El jefe de los enmascarados miró hacia arriba y se hizo con la distribución de la planta alta.

—Quietecitos y no pasará nada. —Se llevó a la boca el dedo índice de la mano que tenía libre y enguantada—. Miró a la mujer. Dile a ésa que deje de lloriquear.

La posadera y la joven se abrazaron; la segunda continuó con el gimoteo, pero sus sollozos eran más apagados.

—Sólo nos interesan los franceses —señaló el jefe de los enmascarados—, así que no hagáis tonterías. Esto podemos ajustarlo todo sin problemas. Una última cosa... —Tenía ya una mano puesta sobre una de las argollas que sostenían una cuerda renegrida y sobada que servía de pasamanos—. ¿Cuándo ha llegado ese francés?

—Hará cosa de tres horas. Dijo que traía un mensaje para... los otros. Como no estaban, pidió alojamiento... Venía muy cansado.

Los tres hombres que subían, pues se habían sumado dos más al primero, ya no hicieron caso de las últimas palabras del posadero. Es posible que ni siquiera las escuchasen.

Los que permanecían en la pieza de abajo sólo oyeron el estrépito que produjo la puerta de la cámara en que estaba el francés. Sonó un portazo, la aldaba de cierre estaba echada, pero el perno que la sujetaba no debía de ser muy resistente, porque no aguantó el primer envite de los asaltantes.

El posadero puso cara de angustia, sus cejas se elevaron por el centro, dando un aire de lastimosa resignación a su rostro, que parecía haberse alargado y perdido los mofletes en pocos segundos.

Se oyó gritar al sorprendido francés, por el tono parecían maldiciones. Sonaban a algo así como:

—*Sacrebleau! Mon Dieu!*

Hubo un golpe sordo, un grito desgarrado y después nada. Fue cuestión de un momento. Los tres enmascarados bajaron.

—¡Rápido, posadero, cuerdas! —gritó el jefe.

—¿Cu... cuerdas, señor? ¿Pa... para qué? —otra vez volvía a tartamudear.

—¡Serás cabrón! ¡Para ahorcarte si sigues preguntando!

El enmascarado miró alrededor, buscando algo. Clavó los ojos en el amolachín, un individuo enclenque de tez cetrina y una cabellera negra y espesa que le daba un aspecto simiesco. Sus ropas eran andrajosas y tenía las manos, largas y huesudas, cubiertas de cicatrices.

Ante la mirada del jefe de los atacantes, se hundió, y aún más cuando éste avanzó hasta donde estaba y cogió las tijeras. Después se fue hacia el mesonero.

—¡Quítate el mandil! ¡Vamos, rápido!

El mesonero se hincó de rodillas y juntando las manos en actitud implorante,

como si fuese a rezar, suplicó:

—¡Piedad, señor, piedad! ¡Yo no he hecho ningún mal a vuestra excelencia! —
Otra vez había recuperado la capacidad de hilar frases sin titubeos.

El de las tijeras no pudo reprimir una carcajada al oír que le trataban de excelencia:

—Si haces lo que te digo no te pasará nada. ¡Quítate el mandil!

El posadero se puso de pie y desató el paño, grande y mugriento, que tenía anudado a la cintura. El tejido era recio y alguna vez había sido blanco. En poco rato estaba hecho tiras que, tras ser probadas en su consistencia, sirvieron para atar las manos a las espaldas de las dos mujeres; a los vizcaínos, que no habían abierto la boca, ni se habían movido durante todo el fregado; al amolachín, que seguía tiritando con tanta fuerza que costó lo suyo maniatarle, y al posadero, cuya calva estaba tan empapada de sudor que éste había desbordado la repisa que formaban los escasos pelos que adornaban en arco de una sien a otra y corría abundante por los carrillos y el cogote. Aún sobraban tirajos de lienzo, que fueron empleados por los enmascarados para amordazarles.

Los tres que realizaron aquella faena trabajaban rápido y en silencio. Parecían gente habituada a esos menesteres, y en pocos minutos tenían a los cuatro hombres y las dos mujeres amarrados, amordazados y tendidos boca abajo en el suelo.

Terminada la tarea, guardaron sus armas y salieron al zaguán, donde se quitaron los antifaces. El que había permanecido vigilando hizo una señal y todos, ordenadamente, abandonaron el lugar.

Apenas circulaban transeúntes cuando aquellos individuos caminaban calle abajo charlando animadamente. Nadie habría dicho que acababan de asaltar la posada que quedaba un poco más arriba y habían robado el mensaje que un correo francés traía a otros franceses que allí tenían tomada habitación. Tampoco pareció sospechar la patrulla de alguaciles con que se cruzaron y que entró en el establecimiento del que acababan de salir.

Los agentes de la autoridad no dieron muestras de extrañeza ante el cuadro que se ofrecía ante sus ojos. Con parsimonia desataron a todos los que allí había y les impusieron silencio, cosa que resultó fácil, salvo en el caso del posadero que intentó varias veces explicar lo sucedido.

—Señor... un grupo...

—¡Silencio, habla cuando te pregunte! —le increpó el alguacil mayor.

—¡Pero es que vuesa merced no sabe...!

—¡Si no te callas, vas a presidio! —gritó el alguacil en uno tono que no admitía réplica.

Mientras tanto, cuatro de los corchetes habían bajado el cadáver del francés y lo envolvieron en un lienzo basto, que ataron con fuerza. Terminada la operación,

sacaron el cadáver —nadie habría barruntado que se trataba de eso— y lo introdujeron en un vehículo cerrado que acababa de llegar.

—¡Ni una palabra a nadie! —dijo el alguacil con tono amenazante—. ¡Si en algo aprecias tu vida y tu negocio, ni una palabra! ¡Aquí no ha venido ningún francés ni ha habido una muerte, ni nada de nada!

Todos los presentes estaban sobrecogidos y guardaban silencio. No se atrevían a abrir la boca, tampoco el posadero a quien se dirigió ahora, directamente, el alguacil.

—¿Me entiendes?

La respuesta del aterrorizado posadero llegó en forma de numerosas afirmaciones hechas con la cabeza.

—¿Dónde está el caballo del francés? —inquirió el alguacil mayor.

—En la cuadra, señor, en la cuadra. —El posadero apenas tenía resuello para hablar—. Es un tordo de más de siete pies de alzada.

A un gesto del jefe, uno de los alguaciles se encaminó al establo.

—¡Llévatelo!

Dirigiéndose otra vez al posadero, el alguacil preguntó por los presentes. Conocida la situación, dio órdenes de detener a los dos vizcaínos y al amolador. Sólo quedaron libres el posadero, su mujer y la moza. Antes de irse, se volvió y le repitió otra vez:

—¡Ni una palabra a nadie! ¡Te juegas la vida!

Las dos mujeres rompieron a llorar y sin abrir la boca, el posadero asintió con vehemencia. Cuando los alguaciles se hubieron marchado, prorrumpió en maldiciones:

—¡La culpa de todo es de esos franceses hijos de puta! ¡Serán cabrones! ¡Los pongo en la calle, ya lo creo que los echo! ¡A mí no me arruinan por culpa de esos gabachos!

Y cumplió lo que juraba. Al otro día los agentes franceses que allí tomaban posada abandonaban sus habitaciones maldecidos por el posadero. No opusieron resistencia para evitar un escándalo, que no deseaban provocar.

Capítulo XX. El segundo mensaje

El conde de Cantillana leyó una vez más el mensaje que tenía delante de él. No podría decir cuántas lecturas había hecho de aquel texto que sus hombres le habían llevado la noche anterior. Eran tantas que ya podía recitarlo de memoria sin temor a cambiar una sola sílaba.

De la Justicia a X e Y.

El recibo de esta letra servirá para que todo se ponga en marcha.

Cicerón ha de estar dispuesto porque Plutarco se ha impuesto a Homero.

La Justicia está prevenida y las Damas y sus Hijas son conformes.

Para el acto final esperad a que Júpiter se decida a lanzar su rayo.

La primera conclusión que se podía sacar era que el mensaje que había llegado al alcázar, y cuyo destinatario era el duque de Medinaceli, y aquél tenían la misma procedencia. Era posible que hasta hubiesen sido escritos por la misma mano, era cuestión de compararlos. Otro factor importante lo constituían las claves que en el mismo aparecían. Se había utilizado la misma cifra que en el caso anterior y, además, aparecían los mismos nombres: Homero, Plutarco, la Justicia, Cicerón, las Damas, las Hijas, y sólo una innovación: aparecía por primera vez una alusión a Júpiter. Una tercera cuestión, que sin duda suponía un progreso notable en lo referente a desentrañar la realidad que se escondía tras aquellos papeles, era que la Justicia, esto es, quien se ocultase bajo aquella nominación, había escrito u ordenado escribir —de nuevo pensó Cantillana en lo útil que sería comparar los dos mensajes— las instrucciones que allí se contenían. A ello había que añadir que otras dos incógnitas quedaban resueltas, a tenor de los datos de que disponía: X e Y eran Regnault y Flotte, aunque no estaba en condiciones de señalar qué cifra correspondía a cada uno de ellos, aunque eso era lo de menos, ya que la clave estaba en la identificación.

Por primera vez desde que se había visto envuelto en aquel oscuro asunto, Cantillana tuvo la sensación de que empezaba a contar con ciertas ventajas sobre los integrantes de la trama a la que estaba enfrentándose; ya sabía cosas, tenía datos que empezaban a arrojar alguna luz sobre las tinieblas y, lo que era más importante, poseía una información de la que los otros carecían. Quienquiera que hubiese enviado el segundo mensaje no sabía que éste no había llegado a su destino. Si, como todo apuntaba, tenía su origen en Francia, disponía cuando menos de dos semanas de ventaja, antes de que tuviesen conocimiento de lo ocurrido.

Tampoco los destinatarios, es decir, Regnault y Flotte, tenían noticia del contenido de aquella misiva, por la sencilla razón de que no había llegado a sus manos. A lo más que podían llegar era a saber que les habían enviado un aviso, incluso quién lo enviaba, pero nada más.

Cantillana se retrepó en el sillón donde estaba sentado, meditando sobre todo

aquello; de la comparación de los dos textos podía concluirse algo que ya sabían: Homero era el rey Felipe, pero como quiera que el primer mensaje decía: «Plutarco se impondrá a Homero», en tono de afirmación, aunque en relación con el futuro, porque era algo que en aquel momento aún no había ocurrido, y en el segundo mensaje se señalaba como algo ya acaecido: «Plutarco se ha impuesto a Homero», es decir: «Plutarco se ha impuesto a Felipe v», habría que preguntarse sobre lo ocurrido entre la fecha de aquel mensaje y la de éste.

—No hay más que una respuesta. —Cantillana había pasado del pensamiento a la palabra. Volvió al silencio, pero su mente siguió adelante. La respuesta era la derrota de las tropas del rey. Quienquiera que hubiese escrito aquello sabía que en Zaragoza las tropas del archiduque habían destrozado a las de Felipe v; de esa forma las dos frases tenían ya sus nombres descifrados, porque Plutarco sólo podía ser el nombre en clave del archiduque Carlos de Austria.

«El archiduque Carlos se impondrá a Felipe v.»

Tras el desastre de Zaragoza:

«El archiduque Carlos se ha impuesto a Felipe v.»

—Sin embargo..., sin embargo. —Aquella conclusión le llevaba a una duda, a una nueva pregunta para la que no tenía respuesta y que podía echar por tierra todas las deducciones que había realizado hasta aquel momento.

Dobló el papel de sus desvelos y lo guardó cuidadosamente en el bolsillo interior del chaleco. Se levantó, se puso la chupa y tomó una capa. Pidió su carroza y dio instrucciones a su cochero:

—¡Rápido, es urgente! ¡A palacio!

Tuvo dificultades con los soldados que había puesto en la puerta, pues le negaron la entrada; tampoco le conocía el capitán de la guardia. Hubo un forcejeo verbal y Cantillana pidió ver al responsable de jornada para la cámara real.

—Lo que pedís es imposible, señor.

—¡Cómo imposible! —replicó Cantillana con energía.

—No podemos avisar a un gentilhombre de su majestad porque lo pida el primero que llega a las puertas de palacio.

—¡Voto a...! —Cantillana estaba colérico. Instintivamente se llevó la mano al costado, pero se dio cuenta de que iba desarmado. El gesto no pasó inadvertido al oficial, que frunció el ceño. Justo en ese momento llegó otra carroza al lugar donde se producía la discusión. Venía escoltada por cuatro jinetes al mando de un oficial. En la portezuela relumbraba el escudo que indicaba al propietario: eran las armas del rey.

El capitán de la guardia dio la voz:

—¡Sargento, a formar!

—¡Formación! ¡Formación! —La palabra se repitió como un eco, pero con tono enérgico.

Media docena de hombres y un sargento se alinearon a toda prisa, ajustando los corrajes, abotonando las prendas y colocándose de forma adecuada los tricornios. En pocos segundos la guardia estaba formada y los soldados firmes con sus fusiles cogidos por el cañón y la culata descansando en el suelo, junto a su pie derecho. El capitán sacó su sable y lo cogió con la empuñadura por debajo de la barbilla, de modo que apuntaba hacia el cielo, tapando el centro de su cara.

Dos mujeres descendieron de la carroza; llevaban largas capas y unas capuchas amplias cubrían su cabeza. Eran la reina y su camarera mayor. Cantillana se descubrió y con gracia cortesana echó su capa al suelo por donde habían de pisar las dos mujeres. Era grande de España y podía permanecer cubierto en presencia del rey, pero era un hombre galante y más aún si se trataba de la reina y de...

—Señor conde de Cantillana, ¿qué hacéis aquí? —Las palabras de la reina sonaban a sorpresa e interrogación.

—Majestad —el conde inclinó levemente la cabeza—, se trata de una urgencia.

—En ese caso, acompañadnos.

La reina y su camarera entraron en palacio escoltadas por Cantillana. Éste miró de soslayo al capitán, que permanecía impasible, mientras la capa quedaba tirada en el suelo después de servir de alfombra a los reales pies.

Apenas tuvo que hacer antesala. Sólo los minutos precisos para que la reina, que había acudido aquella mañana a postrarse a los pies de Nuestra Señora de Atocha, a fin de implorar su protección ante los momentos de dificultad y tribulación que la afligían, se acomodase.

A Cantillana le hubiese gustado tener un encuentro a solas con la princesa de los Ursinos, pero las cosas habían ocurrido de aquella forma y no se podía andar con pérdidas de tiempo. Lo que estaba en juego en esas horas era el trono de la Monarquía Católica.

—Don Fernando —dijo la camarera, intentando combinar la etiqueta con la confianza—, su majestad dispone de poco tiempo, pues a las doce ha de presidir una sesión urgente del Consejo de Estado, de modo, pues, que no podemos andarnos por las ramas.

Por un instante, Cantillana pensó en lo extraño que resultaba que la reina presidiese el Consejo de Estado, sobre todo estando el rey en la corte. Fue un aleteo en su mente y no se paró a buscar razones para aquella rareza, pues el tiempo apremiaba.

—Majestad, a Madrid ha llegado un segundo mensaje relacionado con la trama de la conjura que nos puso de manifiesto el primero.

Ante aquella revelación, las dos mujeres quedaron atónitas.

—¿He oído bien, conde, o mi ánimo empieza ya a desvariar? —La reina había abierto sus ojos, negros y grandes, de forma desmesurada. No era fácil señalar cuál de

aquellas dos mujeres estaba más sorprendida.

—Vuestra majestad ha oído bien; ha llegado a Madrid un segundo mensaje relacionado con la conjura urdida contra el rey.

—¿Cómo sabéis vos eso, Cantillana?

—Majestad, porque ese mensaje está en mi poder.

—¡Cómo! ¿Cómo es eso posible?

—Majestad, en esta corte hay pocas cosas imposibles en estos tiempos.

—Don Fernando, ¿tenéis ese mensaje aquí? —la camarera trataba de sosegar.

—Así es *mademoiselle* —extrajo del bolsillo de su chaleco el mensaje y, con gesto galante, lo extendió a la reina.

—Leedlo vos, Cantillana.

Un leve carraspeo precedió a sus palabras:

De la Justicia a X e Y.

El recibo de esta letra servirá para que todo se ponga en marcha.

Cicerón ha de estar dispuesto porque Plutarco se ha impuesto a Homero.

La Justicia está prevenida y las Damas y sus Hijas son conformes.

Para el acto final esperad a que Júpiter se decida a lanzar su rayo.

—¡Santo Cielo! —fue la exclamación que salió de la boca de la reina.

—Supongo, don Fernando, que ya habréis descifrado algunos de los puntos de este mensaje. —Había un irónico retintín en las palabras de la camarera, que contenían todo un aviso de descontento por habersele ocultado aquello. Porque ella sí sabía cómo había llegado aquel papel a sus manos y consideraba que había transcurrido tiempo de sobra para que hubiese sido puesto en su conocimiento.

—Así es, *mademoiselle*.

—No os detengáis, por favor, ¿qué se esconde detrás de esas frases? —La reina estaba nerviosa, no podía disimularlo y sus manos se retorcían una con otra.

—Intentaré resumir con brevedad, majestad.

Las miradas de Cantillana y de Ana María de la Tremouille se cruzaron fugazmente, el tiempo para que Cantillana se aperciese de un mensaje inequívoco: «Eres un bribón, ya te ajustaré las cuentas».

—Majestad, la carta que tengo en mis manos iba dirigida a Regnault y Flotte, dos agentes franceses que parecen tener en sus manos los hilos de la trama, ellos son X e Y... —La reina asintió con la cabeza—. Por otras fuentes de información sabemos que Homero es el rey nuestro señor, vuestro esposo. —La reina se contrajo de forma casi imperceptible, fue como una reacción de miedo, que no pasó desapercibida a los presentes—; de la comparación de los mensajes se puede deducir, creo que sin margen de error, que tras Plutarco se esconde el archiduque de Austria.

—¿Cómo deducís eso? —preguntó la camarera.

—En el primer mensaje se dice «se impondrá», en este segundo se dice «se ha

impuesto». En un caso es una afirmación para el futuro, en otro es una afirmación de algo acaecido. Y ¿qué ha acaecido? —Cantillana se contestó su propia pregunta—. Las tropas del archiduque Carlos han deshecho a las nuestras en Zaragoza... se han impuesto a las nuestras.

La reina no pudo reprimir un suspiro de congoja.

—¿Hay algo más, don Fernando? —otra vez el tono de retintín de la camarera mayor.

—Sí, hay algo más y de suma importancia. Esta segunda carta sabemos que está remitida por quien se esconde tras el nombre de «La Justicia». Tal vez esté escrita de su propio puño. Debemos comprobar la letra de ambas cartas para ver si tienen la misma procedencia.

—¿Nos permitiría conocer algo más la comparación de las dos cartas? —la camarera seguía preguntando.

—Tengo dudas, pero es posible que sí. Este segundo mensaje viene, al parecer, de Francia. El mensajero, desde luego, era francés, y todo apunta a que traía sobre sus espaldas muchas leguas de camino.

—Será cuestión de interrogar al mensajero, señor conde. —La reina lo dijo como una cosa natural.

—Majestad, lo siento. Pero este mensajero no podrá decirnos nada.

—¿No podrá...?

—Majestad, está muerto.

—¿Dónde está el primer mensaje, Ana María?

—Majestad, lo tenemos a buen recaudo.

—¿Es posible ahora su comparación?

—Sí, majestad, si ése es vuestro deseo.

—Entonces no debemos perder un instante.

—Así se hará; sin embargo, majestad, ya es la hora en que está convocado el Consejo de Estado y vuestra presencia allí...

—Oh, es cierto, he de...

—Perdonad mi osadía, majestad, pero si vuestra majestad no tiene inconveniente, podría acudir a esa reunión del Consejo de Estado, mientras *mademoiselle* y yo comparamos los dos mensajes y trabajamos en ello para ganar el máximo tiempo posible.

—Es una buena idea, conde, y así lo haremos. En ningún caso abandonaréis palacio antes de que yo termine la sesión del Consejo, Ana María os atenderá.

La camarera mayor y el conde de Cantillana se vieron a solas en el pequeño gabinete, donde la primera había sonsacado al anterior confesor del rey todos los datos referentes al destinatario del primer mensaje cifrado que les había alertado sobre la existencia de la conjura. Un mensaje que ahora tenía *mademoiselle* en sus

manos. Cantillana sabía que antes de nada tendría que dar explicaciones y soportar una escena. La cosa sucedió a la inversa: primero fue la escena y luego las explicaciones. Poco a poco las cosas se serenaron, Ana María de Tremouille se sentó en un sillón, todavía presa de la excitación.

—Sólo te pido que me dejes explicarte cómo han sucedido las cosas.

—¡Explicarme! ¡Eso es lo que tenías que haber hecho antes!

—Todo ha sucedido con mucha rapidez. Ha sido necesario tomar decisiones sin vacilar, estoy convencido de que con otra actuación no habríamos llegado hasta aquí.

—¡Desde luego que no! ¡De eso puedes estar seguro!

—Ana María, la decisión de apoderarnos...

—Querrás decir, apoderarte —pese a la interrupción, el tono de la princesa era cada vez menos agresivo.

—Bien, como tú digas —Cantillana seguía avanzando por la vía de la conciliación—, la decisión de apoderarme del mensaje tuvo que ser inmediata; de lo contrario ahora lo tendrían los agentes franceses... Estarás de acuerdo conmigo en que he venido tan pronto como me ha sido posible a compartir su contenido... este asunto no se resolverá sin ti, tú lo sabes mejor que yo.

—Creo que tenías problemas para entrar en palacio —por primera vez *mademoiselle* empezaba a relajarse. El recuerdo de la escena de la puerta del alcázar era como una pequeña venganza sobre aquel hombre de cualidades poco comunes.

De repente, la camarera cambió de tono y expresión:

—Fernando, perdóname... perdóname, he sido una estúpida. Si no fuera por ti... si no fuera por ti todo esto sería ya un naufragio.

Cantillana la tomó de la mano y, atrayéndola hacia sí, la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza. Ella se abandonó y, por un momento —al menos por un momento—, se sintió protegida en medio del torbellino de inseguridades que era la corte de aquellos jóvenes reyes que se hallaba pendiente de un hilo, y todo apuntaba a que podía romperse en cualquier momento.

El tiempo transcurría en silencio, ninguno de los dos quería romper aquel instante. Al final fue la princesa de los Ursinos quien lo cortó:

—No perdamos tiempo —con suavidad se deslizó de los brazos de Cantillana y desdobló el papel que tenía en sus manos.

La comprobación no requirió mucho tiempo, ni siquiera era una tarea de expertos. Aquellos dos textos habían salido de la misma mano, el papel era de textura y tonalidad diferente, la tinta tampoco era igual, pero no había duda ninguna: habían sido escritos por la misma persona.

—Tal vez —señaló la camarera— las diferencias de tinta y papel puedan indicarnos algo más.

—¿Sí?

—Los dos mensajes han sido escritos por la misma persona, pero las circunstancias son diferentes.

—Es cierto —exclamó Cantillana con sorpresa—. Eso significa que no es un escribano que escribe al dictado. Quien escribe... es alguien...

—Alguien que está complicado en la conjura.

Cantillana, pensativo, asintió sin decir nada.

Capítulo XXI. Un consejo de estado

La juventud de la reina era el contrapunto a la senectud dominante entre los miembros del Consejo de Estado. Las arrugas de sus rostros, que parecían talladas en piedra, dejaban constancia de la huella indeleble de una larga vida cargada de experiencias. Ser miembro del Consejo de Estado suponía la culminación de una carrera al servicio del rey. En teoría, la importancia de aquel órgano era tal que, a diferencia de otros consejos, su presidencia estaba en manos del propio monarca, aunque su majestad no asistiese casi nunca a las deliberaciones. La realidad, sin embargo, era muy diferente, no tanto por el carácter consultivo de la institución, cuanto porque se había convertido en un refugio de ancianos, envanecidos por el paso del tiempo y demasiado comprometidos en camarillas, alianzas familiares u odios ancestrales, sostenidos generación tras generación sin que a veces se supiese la causa que había provocado el enfrentamiento inicial. Se votaban más las relaciones que los asuntos, y esto lo había convertido en una antigualla donde la presumida experiencia de sus integrantes se ponía, más que al servicio del Estado, al de las ataduras a que les comprometía una vida intensa y una determinada procedencia familiar.

Formaban parte de él dos príncipes de la Iglesia; uno era el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, un hombre que lo había sido todo en el entramado político de la monarquía, pero cuya estrella hacía ya tiempo que declinaba de forma imparable; otro, Manuel de Arias, arzobispo de Sevilla, hechura de Portocarrero, pero sin su inteligencia ni sus capacidades. Las malas lenguas de la corte decían que si Portocarrero chocheaba, Arias era tonto de remate. Había, como no podía ser de otra forma en la católica monarquía española, un teólogo para que los dictámenes del Consejo estuviesen siempre en concordancia con la ortodoxia de la Santa Iglesia Romana. Ocupaba ese puesto un dominico, fray Juan de Santaelices, famoso por la vehemencia de sus sermones, que eran todo un compendio de sabiduría y ardor a la hora de fustigar los vicios y las debilidades humanas. Era hombre de costumbres estrictas y severas que pretendía extender a todo el mundo. Había puesto la fuerza de su oratoria al servicio de Felipe V y su causa, lo que se había convertido en razón fundamental para tener un asiento en aquel organismo. Era de carnes magras y oscuras, parecía seco como la mojama y andaba tieso como un estoque. Su rostro alargado estaba moteado por una barba rala que contrastaba con la espesura del pelo que crecía en su cabeza, que llevaba, por lo común, cubierta con un bonete de tales proporciones que en Madrid se le conocía como «fray Bonete».

Siete eran los aristócratas que tenían asiento allí. El viejo marqués de Mancera, apergaminado y achacoso, padecía frecuentes ataques de gota para los que los médicos no encontraban explicación alguna, dada la extrema delgadez del paciente. Su piel parecía transparente y daba la sensación de que no había sustancia alguna

entre ella y los huesos que configuraban un esqueleto a punto de descomponerse. Era de los pocos que decían lo que verdaderamente pensaban en aquel nido de intrigas, y lo hacía siempre por lo llano, sin circunloquios cortesanos. Su forma de ser le había granjeado grandes enemistades, pero también poderosos aliados. Tenía fama de ser hombre de honor, sin dobleces, leal al rey Felipe, aunque en el reinado anterior defendió una sucesión contraria a la casa de Borbón. Fue de los pocos grandes que en el Madrid ocupado por las tropas del archiduque hizo pública profesión de lealtad felipista, lo que le costó un arresto domiciliario y la admiración de los madrileños. Era «el viejo Mancera», todo un símbolo del tiempo que se había marchado para no volver.

También estaba el conde de Frigiliana, menudo de cuerpo y de temperamento nervioso. Al igual que Mancera, se mostró contrario a que Felipe V fuese entronizado en España y, por lo tanto, decidido partidario de la casa de Austria, aunque luego la alianza de ésta con los herejes ingleses y holandeses hizo que sus preferencias cambiasen de forma radical. Era más cortesano, y algunos dudaban de la consistencia de su lealtad al nuevo rey, aunque no había ninguna prueba que avalase las dudas, y aquello bien podía estar fomentado por la envidia de algunas afiladas lenguas que no llevaban bien que aquel «converso» estuviese sentado allí.

Otro de los aristócratas era el marqués del Fresno, una personalidad mediocre y oscura, que, según la maledicencia popular, estaba en la cumbre gracias a los favores que la marquesa, su mujer, había proporcionado a las entropiernas más influyentes de Madrid. Era, al parecer con pocas dudas, que se despejaban cuando se conocía a la marquesa, un «cornudo complaciente». Tenía a su favor que desde siempre se había mostrado partidario de que el nieto de Luis XIV fuese rey. Se trataba de un individuo anodino, de rostro inexpresivo.

Muy diferente era el conde de Santisteban. Junto a Mancera era la persona de más valía entre quienes tomaban asiento en el Consejo. Hombre de amplitud de miras y con una visión de conjunto muy atinada sobre las cosas de la monarquía, aunque a veces le perdía la vehemencia de su carácter. No había dudas sobre su lealtad al rey. Despreciaba a Fresno y sus trifulcas eran siempre con otro de los consejeros: el marqués de Villafranca, un enredador de devoción y acción. Villafranca era un auténtico cortesano, un político al estilo de Maquiavelo, capaz de cualquier cosa con tal de llegar a donde quería, por eso a nadie extrañaría que, si llegaba el momento, vendiese al rey. Era uno de los que se habían beneficiado a la marquesa del Fresno. Sus enfrentamientos con Santisteban atascaban numerosos asuntos en el Consejo y eternizaban las sesiones.

El conde de Fuensalida era un derrotista sin paliativos. Su mayor mérito había sido la defensa a ultranza de los Borbones, por entender que sólo con el apoyo de la poderosa Francia nuestra monarquía podría sobrevivir a los embates de los

«protestantes», que era el calificativo con que denominaba a las potencias no católicas y cuyo objetivo fundamental —en Fuensalida alcanzaba rango de obsesión— era acabar con la campeona del catolicismo. Persona muy cumplidora de sus deberes religiosos, frecuentaba a diario iglesias y conventos, de muchos de los cuales era un insigne bienhechor. Su comportamiento religioso rayaba en la beatería, los maledicientes le apodaban «el Meapilas».

Las sesiones del Consejo de Estado eran presididas, en ausencia del rey, por el marqués de Grimaldo, un burócrata competente y eficaz, y uno de los escasos pilares con que contaba el monarca. No era brillante, pero se podía confiar en él. Meticuloso y trabajador, no escatimaba esfuerzos para sacar adelante los asuntos que se le encomendaban. Estaba soltero y tenía una debilidad conocida de todos: las mujeres. No le importaba la clase ni la condición de éstas; lo mismo se acostaba con la más blasonada dama que con una vulgar prostituta.

El salón de sesiones resultaba un tanto tétrico, aunque para la época podía ser calificado como un lugar cargado de dignidad y adecuado para la reflexión. La luz podía entrar a raudales por los dos ventanales que se abrían a un amplio balcón corrido, pero unas pesadas cortinas, que daba la sensación de que nunca se corrían ni recogían, impedían la entrada de luz. Sin embargo, aquella sesión iba a ser diferente. Su majestad había ordenado abrir de par en par los balcones. Una bocanada de aire hizo que por unos instantes el olor a moho que impregnaba la sala fuera más intenso, pero luego refrescó el ambiente.

La reina saludó con brevedad a los consejeros y pidió la opinión de todos ellos acerca de las soluciones que consideraban más adecuadas para hacer frente a la grave situación creada tras la derrota de Zaragoza.

El primero en tomar la palabra fue el cardenal Portocarrero.

—Majestad, supone para todos nosotros un honor inmerecido vuestra presencia en el Consejo. Las prendas que adornan la excelsa figura de vuestra majestad, de todos conocidas, insuflan nuestros corazones y nos dan alas y ánimos para perseverar en la defensa de esta monarquía, acosada hoy por enemigos tan formidables y poderosos que es cosa de la protección de su divina majestad el no haber sucumbido a tan terribles embates. No es propicia la situación y las noticias que llegan a esta corte auguran dificultades aún mayores que las que estamos padeciendo... La doctrina en que hemos sido criados y el dominio y mando con que estamos gustosos y bien hallados...

En aquel momento, la reina, que pese a la mera palabrería de que estaba haciendo gala el cardenal había seguido atenta su intervención, sacó del bolso que llevaba una labor de punto y, tomando las agujas, se puso a hacer calceta.

Portocarrero se descompuso y dirigió una mirada terrible a la reina, quien sin inmutarse, le espetó:

—Su eminencia puede continuar. —Y siguió aplicada a la labor que acababa de iniciar.

El purpurado, cuya ira contenida sólo era inferior al desconcierto que se había apoderado de su espíritu, se perdió en alguna disquisición más, sin aportar nada de interés a la cuestión planteada por la joven soberana.

Tomó la palabra a continuación don Manuel de Arias, quien, con la torpeza que le caracterizaba —nadie se explicaba, salvo por la influencia del primado, que hubiese alcanzado la mitra hispalense— se limitó a decir:

—Me conformo con el parecer expuesto por su eminencia.

La reina no levantó la vista de la labor.

Fue Mancera el siguiente en intervenir. Todos esperaban con interés la intervención del «viejo». Podía decir cualquier cosa, pero no se andaría con componendas.

—Majestad —tenía una voz potente—, vuestra presencia aquí pone de manifiesto la gravedad de la situación. Los franceses han abandonado la causa del rey nuestro señor, que es la vuestra y la nuestra. Si se confirman las noticias de Aragón, en Zaragoza nos hemos quedado sin ejército. El enemigo es dueño de la situación y apenas hay recursos con que poder hacerle frente. Todo lo demás es engañarnos...

La reina ya había dejado la labor sobre el regazo y concentraba su atención en el viejo marqués, que, una vez más, no defraudaba las expectativas.

—Circula el rumor, majestad —prosiguió Mancera—, que hay en marcha una conjura para acabar —había elegido la palabra exacta por la amplitud que tenía— con su majestad el rey nuestro señor.

Todos los presentes se removieron en sus sillones como si una comezón inesperada les inquietara; sólo la reina permaneció inmóvil.

—No sé el fundamento de ese rumor —continuó el marqués—, pero no sería de extrañar que hubiese en él algo de verdad, estando las cosas como están... Mi parecer, señora, es que a grandes males, que son los que nos aquejan, grandes remedios. Hay que movilizar al batallón de las Ordenes, será un ejemplo. Que se haga un llamamiento a la defensa del trono amenazado por los herejes luteranos, calvinistas y anglicanos que nos quieren imponer por las bravas un rey que viene de Aragón y Cataluña sostenido por las armas de esos herejes y de unos súbditos traidores a su fe, a su rey y a su ley. Sáquese dinero, a toda prisa, de donde lo hay, que es en las diócesis, en los conventos y en las iglesias..., de buen grado... o por la fuerza... Pídase o exíjase el apoyo de la grandeza y póngase nuestro rey al frente de sus tropas. Nuestro pueblo (vuestro pueblo, majestad), es leal a su palabra y cumplidor de sus compromisos. Defenderá aquello por lo que se ha comprometido; sólo necesita el estímulo del ejemplo... Mis achaques y mi edad, majestad, no me permiten ser el primero en ofrecer mi espada e incorporarme a ese ejército, pero lo

harán gustosos todos los hombres de mi familia en condiciones de tomar las armas por la causa del rey nuestro señor. También mi hacienda, majestad, está a vuestro servicio.

Cuando el viejo marqués calló, Luisa Gabriela de Saboya tuvo que hacer grandes esfuerzos porque las lágrimas que se agolpaban en sus ojos no se desbordasen. No podía hablar, porque un nudo le atenazaba la garganta, y si lo intentaba prorrumpiría en llanto. Tomó la bolsa de la labor y sacó, a puñados, un montón de joyas. Allí había pulseras, anillos, aretes, collares, diademas, brazaletes, casi todo era oro y piedras preciosas, formó un montón reluciente que destacaba sobre el negro del tapete que cubría la mesa del Consejo. El silencio era absoluto y la reina lo prolongó, deliberadamente, el tiempo necesario para rehacer su ánimo emocionado.

—Tal vez sea suficiente para armar el primer regimiento.

Todos los presentes quedaron boquiabiertos, estupefactos. Ante el gesto de la joven reina no sabían cómo reaccionar. Cada uno estaba rumiando en su interior cuando tomó la palabra —se había roto el orden de intervenciones reglamentario— el conde de Santisteban.

—Majestad —dijo—, ése no será el único regimiento que se arme. Me sumo al parecer expuesto por Mancera, y al igual que su hacienda también la mía está en vuestras manos; de ella surgirá otro regimiento armado y equipado. Serán vasallos y deudos de mis dominios y señoríos quienes lo conformen. Y si vuestra majestad no dispone otra cosa, yo mismo seré su coronel... ¡Viva el rey!

Con aquel grito el conde de Santisteban cerró su intervención.

A partir de aquel momento el orden y el concierto desaparecieron de la sesión. Se produjo un verdadero revuelo, porque todos pretendían hablar a la vez. Con grandes dificultades, el marqués de Grimaldo logró restablecer un poco de orden.

—Señores, por favor, señores. Haya calma, haya calma, señores.

El resultado final del revuelo era, si no surgían dificultades, un ejército con que sostener la corona de Felipe v.

El cardenal Portocarrero había ofrecido el equipamiento de seis compañías de caballería, incluidos los caballos; habría que reclutar los jinetes. El otro purpurado, arguyendo los menores ingresos de su mitra, ofreció tres compañías, también de caballería, cuya remonta se haría en las riberas del Guadalquivir. El marqués de Villafranca se vio obligado, por la actuación de su antagonista Santisteban, a no quedarse atrás. De haberlo hecho habría perdido ante su adversario la más importante de las contiendas, y por si era poco, eso habría ocurrido en presencia de la mismísima reina. Ofreció otro regimiento de infantería equipado a su costa, reclutado entre sus dominios señoriales y con él como coronel, si su majestad lo tenía a bien.

Fuensalida era el más opulento en cuanto al valor de las rentas de sus señoríos. Su influencia política era menor que la de otros miembros del Consejo, pero las alianzas

familiares de su casa le habrían convertido en el hombre más poderoso de su época, después del rey, de no haber sido por lo apocado de su carácter. Su vinculación a la causa de los Borbones y su acendrado catolicismo fueron las bazas que impulsaron su decisión: levantaría a su costa un regimiento de caballería, armado y equipado. Para los amplios dominios de aquel aristócrata no era una carga pesada; de hecho, no era ni siquiera una carga. También el conde de Frigiliana hizo una generosa aportación. No levantaría ninguna unidad, pero se haría cargo de los gastos necesarios para la defensa de la costa de Granada, lo que liberaría a la Real Hacienda de unos buenos ducados. Reveló su espíritu cortesano cuando pidió a la reina:

—Majestad, que vuestro joyero tase el valor de esas... —Señaló el montón de joyas que la soberana había depositado sobre la mesa—. Yo soy el comprador. Después os ruego que las aceptéis como obsequio de este servidor de vuestra majestad.

Sólo el marqués del Fresno mantuvo un silencio oscuro que no rompió el ambiente que se había desatado en aquella sala, donde había entrado un rayo de luz.

Fray Juan de Santaelices, que no tenía recursos con los que colaborar en el levantamiento del ejército que estaba saliendo del compromiso de aquellos magnates, hizo un encendido elogio del desprendimiento, la generosidad y la lealtad hacia el rey nuestro señor. Prometió, y a ninguno de los presentes le cupo la menor duda de que lo haría, que desde el púlpito inflamaría los corazones de los madrileños en pro de la causa de su majestad Felipe v. Por supuesto, la Santa Madre Iglesia nada tenía que objetar ni a las deliberaciones habidas ni a los acuerdos adoptados.

El marqués de Grimaldo, que también ofreció una colaboración en metálico, aunque no la dejó especificada, sería, con su tesón y meticulosidad, la pieza fundamental para que todas aquellas voluntades se materializasen sin tardanza, porque el tiempo iba a ser una cuestión fundamental si se deseaba darle efectividad a los propósitos.

Se acordó también dar publicidad a aquellas muestras de generosidad que, sin duda, «estimularían a los fieles vasallos del rey nuestro señor, alentarían los decaídos ánimos de muchos y revelarían a todos que la causa de su majestad tenía alientos para hacer frente a la conjunción de los herejes y los traidores que habían faltado a la fe de su juramento». Grimaldo se encargaría de que por voz de pregonero así se anunciase en calles y plazas, y que se fijasen pasquines impresos para general conocimiento.

Había una especie de euforia que contrastaba con la gravedad y circunspección que había dominado a aquellos próceres al comienzo de la sesión. La reina pidió silencio y con la voz entrecortada por la emoción —no lograba superar los sentimientos que la embargaban desde que el viejo Mancera había hablado— agradeció a los presentes su fidelidad y generosidad. Levantó la sesión y pidió que le dejasen a solas con el marqués de Mancera, quien ocupaba en la mesa el extremo

opuesto a la presidencia, por ser el lugar más adecuado para mantener estirada sobre un escabel la pierna que más afectada tenía por la gota. Cuando todos los miembros del Consejo se hubieron retirado y Grimaldo, último en salir, cerró la puerta, la soberana se acercó al anciano, quien intentó ponerse de pie. Luisa Gabriela posó una mano sobre su hombro en un gesto a la vez cariñoso e indicativo de que permaneciese sentado. Los ojos de la reina rebosaban gratitud hacia aquel hombre a quien los años no habían arredrado. Lo que a duras penas había podido contener hasta aquel momento, le resultó ahora imposible, y las lágrimas corrieron finalmente por las mejillas de aquella jovencita. Mancera trató nuevamente de levantarse, pero su intento se desvaneció ante la presión de la regia mano, que seguía posada sobre su hombro. Sacó un pañuelo de su ropilla y se lo ofreció a la reina.

—Desahogaos, majestad, desahogaos. Para eso el llanto es buena medicina. Es grande el peso que cargáis sobre vuestros hombros, pero tened fe. Esta es tierra de hombres valientes y leales, ya lo habéis visto. Con muy poco se comieron el mundo, ahora defenderán esta monarquía por vuestra majestad...

La reina trataba de contener los sollozos.

—Majestad —prosiguió el marqués—, también he de deciros que no les gustaría ver a su reina llorar. Aunque... bien mirado, si os vieran, lucharían hasta el final para que no tuvierais que hacerlo otra vez...

Luisa Gabriela secaba las lágrimas con el pañuelo y lograba que por fin dejaran de manar de unos ojos que semejaban fuentes desatadas. Ahora Mancera, con la ayuda de su bastón, se puso de pie, sin que la reina pudiese evitarlo.

—Majestad, tengo entendido que el conde de Cantillana está aquí, en la corte.

La reina asintió, mientras secaba los últimos restos de su llanto.

—Por lo que sé, está resolviendo un asunto delicado —añadió el marqués.

—¿Cómo sabéis...?

Mancera no echó cuentas de la pregunta.

—Tened fe en él. Es hombre de honor, es valiente y es leal. Es un soldado experimentado y a quien se le puede confiar un ejército. No lo dudéis, majestad, el ejército que se ha levantado aquí tal vez sea la última baza que tengamos; ponédlo en sus manos. En el negocio de la guerra nadie puede fiar nada, pero no os defraudará. Si puede vencer, vencerá, y si tiene que morir, morirá.

La soberana tenía pensado, para ello había pedido que les dejaran a solas, preguntarle sobre la traición a que había aludido cuando habló en el Consejo. Decidió no hacerlo.

—Se hará como vos decís, podéis estar seguro.

—Permitid, majestad, una licencia a este viejo soldado. Sois una hermosa reina, pero sobre todo sois reina. —Intentó tomar su mano para besarla. Luisa Gabriela de Saboya la retiró con suavidad y besó amorosamente la mejilla de aquel anciano.

Luego le tomó de la mano y le ayudó a caminar. Salieron del salón cogidos del brazo. Mancera habría dado todo lo que poseía por tener veinticinco años y unir su espada a la de aquellos que iban a jugarse la vida por su reina; una lágrima, casi imperceptible, se escapó de uno de sus ojos. Compuso la figura lo mejor que pudo, irguiéndose cuanto le era posible. Llevaba del brazo a la reina de España.

Los presentes, que habían aguardado en la antesala del Consejo la salida de su majestad, enmudecieron y abrieron pasillo, unos sorprendidos y otros envidiosos ante aquella extraña pareja que, llena de orgullo, pasó ante ellos.

Capítulo XXII. Noticias del Vaticano

Concluida la reunión del Consejo de Estado, la reina volvió con su camarera mayor y el conde de Cantillana.

—Majestad, si ésas son vuestras órdenes, yo las cumpliré gustoso, pero hay algo urgente que hemos de concluir.

—¿Cuál es esa urgencia?

El conde de Cantillana miró con cara de complicidad a la camarera mayor, que asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Es un plan arriesgado y necesitamos la autorización del rey para ponerlo en marcha. Si todo sale como lo hemos planeado, no debe transcurrir mucho tiempo sin que esté concluido.

—¿Puede la reina conocer ese plan? —preguntó con ironía la soberana.

—¡Majestad...!

Luisa Gabriela de Saboya adoptó una posición más cómoda en su asiento. Cantillana dedujo que la reina no tenía prisa y que debía hacer una exposición detallada de aquel plan, que en su opinión había de anteponerse a la toma del mando del ejército que a toda prisa iba a levantarse en los próximos días. Antes de que empezara a hablar, la reina le invitó a tomar asiento.

—Poneos cómodo, don Fernando, será mejor para todos.

Cantillana se acomodó y comenzó su exposición:

—Hemos comprobado que los dos mensajes que han llegado a esta corte, uno dirigido al duque de Medinaceli y otro a los agentes Regnault y Flotte, han sido escritos por la misma mano, aunque el recado de escribir utilizado ha sido diferente. La conclusión es simple: se trata de la misma persona, si bien no ha debido de escribir desde el mismo lugar. El origen del segundo de los mensajes debe de ser Francia, aunque ese extremo no podemos afirmarlo con seguridad... El hecho de que una misma persona escriba a unos agentes franceses en un caso y a un grande de España en otro, pone de manifiesto que la operación que hay en marcha tiene amplias ramificaciones y, en consecuencia, cuenta con importantes apoyos, tanto en Versalles como en Madrid...

La reina, que trabajaba con aplicación y primor la labor de aguja, no perdía detalle de la exposición que le estaban realizando.

—Una vez que los agentes franceses han sido identificados —prosiguió Cantillana—, hemos seguido sus movimientos, lo que nos ha conducido a personas de alcurnia y de la primera esfera de esta corte, sospechosas de estar en la trama cuyo objetivo final es el destronamiento de su majestad y su sustitución por un nuevo rey...

—El archiduque Carlos de Austria —lo interrumpió la reina.

—Tenemos razones fundadas para pensar que no. Ha de tratarse de otra persona cuyo nombre cifrado es la Justicia. Como ya sabéis, el archiduque Carlos en el código de los conjurados es Plutarco, mientras que su majestad, el rey aparece oculto bajo el apelativo de Homero... Como os decía, majestad, gracias al seguimiento de los agentes franceses hemos conocido a algunas personas de relevancia que estarían complicadas en la conjura.

—¿Cuáles son sus nombres? —lo interrumpió otra vez la reina.

Cantillana miró de forma que parecía casual a la camarera, y ésta le animó a contestar con un gesto casi imperceptible.

—Majestad, la discreción y el sigilo han de ser las dos bazas fundamentales para que nuestro plan tenga éxito. El más leve descuido, un desliz insignificante, pueden dar al traste con todo. Ya hemos corrido un riesgo importante para apoderarnos del segundo de los mensajes. Contamos a nuestro favor con el tiempo, pues los destinatarios ignoran que ese segundo mensajero ha llegado a Madrid con instrucciones. Les llevamos bastantes días de ventaja, y con un poco de suerte hasta dos semanas... Suplico, pues, la más absoluta discreción y confidencialidad a vuestra majestad —continuó Cantillana.

La soberana asintió con un leve gesto y dejó a un lado la labor.

—Se trata —añadió él—, además del duque de Medinaceli, de los de Montalto y de Montellano, los condes de la Corzana, de Cifuentes y de las Amayuelas, del marqués de Fuente-Hermosa, de don Bonifacio Manrique y de un caballero de Santiago que vive en la plaza del Salvador.

La reina había enrojecido y su respiración se agitó visiblemente.

—El plan trazado supone —prosiguió Cantillana— no descuidar ni por un instante la vigilancia sobre los franceses. Si ellos nos han conducido a las ramificaciones de la conjura que conocemos hasta este momento, tal vez nos revelen la existencia de nuevos implicados y, posiblemente, otros elementos más de la trama que en este momento no conocemos. Esa vigilancia debería extenderse, en la medida de lo posible y hasta donde podamos mantener la discreción, a todos los implicados que os he mencionado.

—Podéis contar con la colaboración de los alcaldes de casa y corte y sus alguaciles —apuntó la reina.

—En ese caso, majestad, habríamos perdido la discreción, que es la pieza fundamental de nuestra actuación.

La reina asintió en silencio.

—Este trabajo podéis dejarlo en mis manos —dijo Cantillana—. Mis hombres, majestad, hasta el momento lo han desempeñado a pedir de boca. La colaboración no sólo será necesaria, sino imprescindible cuando pasemos a la siguiente fase...

—¿Cuál es esa fase?

—En un momento determinado hemos de proceder al arresto y detención de todos los implicados, y ésta es una labor que mi gente ya no podrá realizar. Los detenidos deberán serlo por alta traición, y eso sólo puede hacerlo... —La obviedad hizo que no terminase la frase—. Luego, será preciso que todas las detenciones se hagan a la vez, para evitar que algún pájaro sea puesto sobre aviso y levante el vuelo. Hasta ahora todos permanecen en sus puestos, porque aunque la detención de Medinaceli es del dominio público, saben que no hablará.

—¿Cuándo se llevará a cabo el apresamiento?

—Majestad, la determinación de ese momento es, probablemente, la decisión más difícil de tomar. Hemos de esperar todo lo que podamos para conseguir la mayor información posible y a la vez no pasarnos de largo, dándoles tiempo a que sospechen lo que ya sabemos y se nos escapen de las manos... En este momento sabemos más que ellos, tenemos datos que ellos ignoran que poseemos. Aún más, nosotros sabemos quiénes son ellos, pero ellos no saben quiénes somos nosotros. Sin embargo, muy pronto estarán sobre aviso, porque no podremos mantener por mucho tiempo oculta la muerte del mensajero que traía noticias para Regnault y Flotte, a pesar de que hemos tomado todas las medidas a nuestro alcance, con la colaboración del Secretario Ubilla.

—Considero un riesgo esperar más de setenta y dos horas para llevar a cabo las detenciones —intervino por primera vez la camarera mayor.

—Ese parece un plazo razonable, pero hemos de estar preparados para anticiparnos si las circunstancias nos obligasen —apostilló Cantillana.

—En ese caso, dispóngase todo para que así sea.

—Majestad, no es tan fácil como a primera vista pueda parecer. Necesitamos tener preparadas las órdenes de arresto por alta traición.

—Eso no es problema, mi querido conde.

—No debéis perder de vista la discreción, majestad; si algo escapa a nuestro control todo el trabajo realizado no habrá servido de nada..., y lo que es más grave, la conjura podrá sobrevivir.

—¿Se os ocurre algo? —La reina pasaba de la excitación al abatimiento.

Cantillana dudó antes de formular la pregunta; al final se decidió:

—Majestad, ¿tenéis plena confianza en mí?

La respuesta de la soberana fue rápida y elocuente:

—Si no me fío de vos, ¿de quién puedo hacerlo?

—Gracias, majestad. No os arrepentiréis. Habéis de conseguir que el rey firme órdenes de prisión por alta traición, en blanco; yo me encargaré de que se preparen los papeles y vos habéis de obtener la firma, sin que nadie más tenga conocimiento de ello... —Esperó la respuesta a su petición.

—Podéis contar con ello.

—Mañana por la mañana tendréis los papeles, si a su majestad le parece se los haré llegar a través de Ana Ma..., de vuestra camarera mayor.

La reina esbozó una sonrisa:

—Su nombre completo es Ana María, vos lo sabéis sobradamente.

Cantillana inclinó la cabeza en un gesto que pretendía ser gentil, y continuó:

—Es necesario, majestad, que contemos con hombres dispuestos a llevar a cabo las detenciones tan pronto como las circunstancias lo aconsejen. En principio, después de la oración de aquí a tres días. Dispongo de los hombres necesarios, pero deberán estar asistidos por alguaciles para que no haya problemas de legalidad. ¿Puedo tener seguridades de ello?

—Supongo que será posible.

—Majestad, no podemos andar con suposiciones, está en juego el trono.

—Dejad eso de mi cuenta, don Fernando. Los alguaciles necesarios estarán disponibles en el momento preciso. —Quedaba claro una vez más que la camarera mayor era una mujer enérgica y de recursos.

—¿Estás segura, Ana María? —preguntó la reina, inquieta.

—Dadlo por hecho, majestad.

Ante la seguridad de su camarera, consejera y amiga, Luisa Gabriela de Saboya guardó un discreto silencio.

—En estas condiciones, majestad, el nombramiento de general del ejército que el rey va a poner en mis manos, deberá esperar hasta que hayamos resuelto este asunto, que no irá más allá del plazo que estamos barajando. Se necesitarán muchos más días para levantarlo.

Justo en ese momento sonaron golpes en la puerta; alguien solicitaba permiso para entrar. La puerta se entreabrió y asomó la cabeza del secretario Ubilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó la reina, sorprendida.

—Majestad. —Ubilla sostenía una de las hojas de roble macizo en su mano—. Perdonad, pero es un asunto de suma gravedad y... y... no hemos querido molestar al rey... Perdonad.

—¡Adelante, pasad!

Ubilla cerró la puerta tras de sí y se acercó. Parecía azorado y estaba temblón. No sabía cómo empezar, no encontraba las palabras necesarias para contar lo que tenía que decir.

—Majestad, yo... —Un papel se agitaba en sus manos temblorosas.

—No tengáis reparo, podéis hablar con absoluta claridad.

—Es que... Es una carta de Roma... De... de Uceda. —Tomó sus gafas y las colocó, con dificultad, en su prominente y aquilina nariz. Por fin logró que quedasen sujetas; acercó entonces el papel a la vista y lo leyó:

El aprieto en que los ministros austríacos han puesto al Pontífice le ha llevado, en primera

instancia, a reconocer genéricamente por rey a Carlos de Austria y ordenado se forme una junta de quince cardenales para determinar el título. El Pontífice ha nombrado a los cardenales Accijoli, Carpegna, Marescoti, Espada, Panfiatici, San Cesáreo, Gabrieli, Ferrari, Paraciani, Caprara, Fabroni, Panfilio, Astali, Bicci y Renato.

Don José Molines, decano de la Sacra Rota por España, ha protestado ante el cardenal camarlengo y ha puesto en mi conocimiento que se han dado instrucciones al nuncio en Madrid, arzobispo de Damasco, para que ablande el ánimo del rey nuestro señor (que Dios guarde), exponiéndole que el Pontífice está violentado y le es imposible redimirse de la vejación, sin condescender en gran parte de lo que piden los austríacos.

He retenido este correo hasta tener conocimiento de la determinación de la Junta de Cardenales. Ya es voz pública en esta ciudad que el archiduque Carlos ha sido reconocido como Rey Católico en aquella parte de los dominios de España que posee, sin perjuicio del título ya adquirido y de la posesión de aquellos reinos de que goza el rey nuestro señor.

Tanto el embajador del Rey Cristianísimo, como yo en nombre de nuestro soberano, don Felipe V, Rey Católico, hemos elevado nuestra protesta y disconformidad por ese nombramiento, reputándolo de falaz y no válido por contravenir uno anterior en plena posesión y gozo de su titular.

Espero instrucciones concretas del rey nuestro señor para obrar en consecuencia.

Uceda.

La reina estaba acalorada, a duras penas había podido contenerse mientras Ubilla daba lectura a la carta remitida por el embajador ante la Santa Sede. La camarera mayor se había acercado a su majestad y tomado una de sus manos. Cantillana, que se había puesto de pie cuando Ubilla entró, había permanecido inmóvil. Su rostro era inescrutable.

Lo siento majestad... —El secretario del despacho universal se sentía en la obligación de pedir excusas, no tanto por el contenido de la carta, cuanto por haber tenido que hacer pasar aquel trago a la reina—. Creo que vuestra majestad tiene que saberlo. —Se quitó las gafas y adoptó el aire de quien espera que se le diga alguna cosa. Parecía empequeñecerse por momentos y habría dado cualquier cosa por no haber tenido que vivir un momento como aquél.

—¡Nos están dejando solos! —dijo la reina con cierto desmayo, pero en esta ocasión no rompió a llorar. Aunque todavía tenía lágrimas para derramar, apretó los dientes. Si bien la situación era complicada, no podía permitirse un desmayo.

—No estáis sola majestad. —Cantillana hablaba con el aplomo y la serenidad de quien ha vivido y superado momentos graves—. No estáis sola —repitió—; en los próximos días tendréis ocasión de comprobarlo. Es mi palabra, majestad.

La última frase sonó a solemne juramento.

El secretario del despacho universal pidió licencia para retirarse. Estaba empequeñecido y, conseguida la venia, se fue en silencio.

El conde de Cantillana tomó su sombrero y su capa para marcharse. La reina le dirigió una mirada cargada de angustia, con la que estaba diciéndole que dependía de él. Sintió como si de repente hubiera caído sobre sus hombros todo el peso de la monarquía, como si fuese un Atlas que tuviese que desempeñar la tarea de sostener aquel edificio arruinado al que a cada instante que pasaba se le abrían nuevas grietas.

Cantillana besó la mano de la reina y se retiró. Estaba ganando la puerta cuando se volvió y dijo:

—Majestad, ¿disponéis de tiempo para acudir mañana por la tarde a Nuestra Señora de Atocha?

Luisa Gabriela de Saboya y su camarera mayor le miraron extrañadas.

—¿A Atocha decís?

—Sí, majestad, a las cinco de la tarde y a pie. A pie desde palacio hasta la basílica...

—¡Don Fernando, habéis perdido el sentido! —La camarera, además de sorprendida, estaba enojada—. ¡Su majestad a pie, como si... como si...!

El conde la miraba muy serio.

—La reina es siempre la reina —dijo—, en carroza, a caballo y también a pie... Majestad, ¿estáis en disposición de hacerlo?

—No os entiendo...

—Majestad, Madrid ha de sentir que tiene una reina, y más aún en estos momentos de dificultad. Os aseguro que no os arrepentiréis.

—Esta bien. Sea como vos proponéis.

—Salid a las cinco de palacio, majestad. Que os acompañen vuestras damas y poca escolta, pocos soldados, sólo los justos.

Capítulo XXIII. Reunión en el Louvre

Lentamente, una tras otra, las carrozas, hasta un número de cinco, fueron abandonando el palacio del Louvre. Últimamente las reuniones del consejo privado del Cristianísimo solían ser turbulentas, y ésta tampoco había sido una excepción. En todo caso, sólo se había diferenciado de otras por su larga duración: había comenzado poco después de las nueve para concluir cerca de las tres. Los cinco hombres que allí se habían congregado no habían interrumpido la reunión ni para almorzar. Habían sido seis largas horas de debate áspero, en algunos momentos agrio, porque los pareceres encontrados de los asesores del Rey Sol se mostraban irreconciliables en puntos fundamentales del asunto sobre el que habían discutido con tanta largueza. Todos coincidían en la necesidad de ajustar una paz, porque la situación de la monarquía era muy difícil y en algunos lugares del reino verdaderamente crítica. También estaban de acuerdo en que era necesario hacer los mayores esfuerzos para alcanzarla. Las diferencias surgían cuando se ponía sobre la mesa hasta dónde se podía ceder para lograr esa paz.

—La situación es tal que, en las actuales condiciones, resulta poco menos que imposible levantar un solo regimiento. Ya no podemos exigir más. Las noticias que llegan de todas partes son alarmantes. Informes secretos de los oficiales reclutadores indican que en algunos lugares se murmura abiertamente contra su majestad. —El señor de Chamaillart, ministro de la guerra, siguió enunciando las dificultades que había no sólo para levantar nuevas tropas, sino para equiparlas de forma adecuada.

—Siempre ha habido problemas cuando de reclutar hombres para la guerra se trata, eso no es nuevo, Chamaillart. Ni conozco a nadie en la real tesorería que haya hablado, jamás, de abundancia.

—Señor conde de Tolosa —el ministro enfatizó el título de su interlocutor, dejando claro que sus relaciones personales no eran buenas—, resulta evidente concluir de vuestras palabras que no sois quien ha de administrar las finanzas del reino. Debéis saber que el erario público está agotado, que los banqueros han concertado con su majestad asientos que suponen la enajenación de las rentas reales para los próximos dos años, lo que obligará a renegociaciones futuras, cada vez en peores condiciones. Insisto en que en modo alguno podemos continuar así.

—Siempre andáis con el corazón entre los talegos —las palabras del conde tenían una carga ofensiva, tanto por el contenido, como por el tono—, y os olvidáis con frecuencia del honor del rey, que con vuestros planes puede quedar en entredicho.

Chamaillart dio un fuerte puñetazo contra la mesa.

—Todos estamos aquí para salvaguardar el honor de su majestad, y, desde luego, hay actitudes que no conducen a ello. —Había levantado el tono de voz hasta el límite de la ofensa.

—Haya calma, haya calma, señores. —El arzobispo de Burdeos movía las manos con gesto pausado y apaciguador—. Nada bueno puede salir del acaloramiento. Si estamos reunidos aquí por mandato del rey nuestro señor, no es precisamente para esto, sino para alumbrar un dictamen que permita ayudar a su majestad a decidir sobre lo más conveniente para Francia, sus súbditos y su real casa.

El purpurado bordelés tenía fama de ser un verdadero maestro en componendas. En Versalles, donde pasaba mucho más tiempo que pastoreando las ovejas de su diócesis, porque Luis XIV quería tenerle cerca de él, se decía que habría sido mejor político que príncipe de la Iglesia. A pesar de esos comentarios, que podían hacer pensar en determinadas inclinaciones poco acordes con su sagrado ministerio, el obispo llevaba una vida austera y sencilla, cosa poco corriente entre el lujo y el desenfreno, que eran las notas dominantes entre los asiduos a la corte. El rey, que conocía y estimulaba los enfrentamientos entre los miembros de su consejo privado —solía decir al respecto que «salvo su poder, todos los demás habían de tener los contrapesos precisos»—, le había colocado allí como una garantía de apaciguamiento, si las cosas llegaban a límites de tensión no recomendables.

—En mi opinión —quien ahora hablaba era el duque de Borgoña, hermano del rey de España y nieto, como éste, de Luis XIV—, hemos dado un primer paso con la retirada de nuestras tropas de los dominios del rey Felipe. Pero se trata sólo de un primer paso. Es un gesto hacia Inglaterra y Holanda, y debe servir para indicarles que nuestros deseos de paz no son una estratagema. Con ello, además, reforzaremos militarmente nuestra posición en las fronteras, donde, éste es un dato que a nadie debe escapar, estamos sosteniendo una guerra defensiva, cosa que hace más de medio siglo no ocurría en nuestro país... —Hizo una pausa premeditada con el propósito de que calase entre los presentes lo que acababa de decir—. Con ese paso podremos mejorar las posiciones que nos hemos visto obligados a sostener en la frontera del norte y en la del este. Todos sabéis que tanto en el Rin como en los Alpes estamos batiéndonos en retirada —seguía profundizando en la misma idea, como si fuese una herida en la que hurgaba para producir dolor—, pero eso no es suficiente...

—¿Para quién no es suficiente? —La pregunta la había formulado el mariscal de Tessé, el quinto de los miembros del consejo privado del rey.

—No es suficiente para los asistentes de Francia y del rey —contestó Borgoña con acidez. No le había gustado que interrumpieran sus palabras.

—Yo no comparto vuestro criterio. En mi opinión, para quien no es suficiente es para nuestros enemigos. Nuestros enemigos, que, no debemos de olvidarlo, son los ingleses y los holandeses. Nosotros ya hemos dado un primer paso, y muy doloroso por cierto, cual es abandonar a su suerte a un monarca de la sangre del nuestro —miró con intención al duque de Borgoña—, frente a enemigos poderosos. Tampoco debemos olvidar que el rey Felipe de España lo es por la voluntad del rey nuestro

señor.

El purpurado bordelés terció en aquel momento:

—Hay otro punto de la cuestión que en ningún caso debemos perder de vista, y es el carácter de enemigos de la Santa Madre Iglesia de los ingleses y holandeses...

El conde de Tolosa interrumpió al arzobispo:

—Su eminencia, como príncipe de la Iglesia hace bien en plantear tales cuestiones, pero he de recordaros que los intereses de Roma pueden ser o no ser coincidentes con los de Francia. En el primer caso, los ingleses y los holandeses, además de enemigos de Francia, serán herejes, pero en el segundo, sus creencias será un asunto sin mayor relevancia.

Los presentes, salvo su eminencia, respaldaron con gestos afirmativos aquellas consideraciones, y se oyó un breve murmullo de asentimiento.

—Señor conde, esta monarquía es fiel a la Santa Iglesia Católica Romana, y nuestro soberano ostenta con orgullo el título de Cristianísimo concedido por la Santa Sede.

—Y vuestra eminencia no ignora que la nave de esta monarquía no ha mucho tiempo estuvo gobernada por ilustres miembros del sacro colegio cardenalicio, y que siempre primaron en su norte los intereses de Francia, y la razón de Estado, por encima de cualquier otra consideración. También el rey nuestro señor, que es el primer príncipe de la cristiandad y cuya preeminencia por nadie es discutida, en aquellas circunstancias en que los intereses del papado no han corrido parejos a los de esta monarquía, no ha dudado en sostener los de sus amados súbditos por encima de cualesquiera otros.

El obispo no contestó, guardando un silencio elocuente al comprobar que el argumento religioso tenía poco peso en el tratamiento del asunto que les ocupaba. Era cierto, debía reconocer que en Francia la razón de Estado siempre había primado en los dictados de la política, incluso tenía que admitir que una buena parte del clero francés, de hecho con pocas excepciones, se mostraba proclive a la defensa de los intereses de Francia aun cuando éstos entrasen en colisión con los del vicario de Cristo en la tierra. Se acomodó en su sillón, juntando las manos sobre su vientre, con la satisfacción de haber cumplido con un formulismo.

Fue Chamaillart quien volvió al nudo de la cuestión.

—Insisto en que la situación es de una gravedad extrema —dijo—. El mantenimiento durante una campaña de un solo regimiento supone un gasto de seis mil luses, sin contar con que si se trata de una unidad que ha de tener un alojamiento durante los meses de inactividad, esa suma puede elevarse hasta los diez mil.

—He aquí una razón que pone de manifiesto el error que supone haber sacado nuestras tropas de España —indicó Tessé, que parecía de buen humor—. Mientras nuestros soldados han peleado en aquel país, los gastos han corrido por cuenta de su

monarquía; ahora habrá que sostenerlos con fondos del rey.

—Lo que viene a señalar, mi querido Tessé, cuan necesaria se hace la firma de la paz para poner fin cuanto antes a esos elevados gastos que tanto aterran al ministro Chamaillart. —Borgoña estaba disfrutando al devolverle a Tessé la ironía del razonamiento—. Por eso, señores, decía antes que la retirada de nuestras tropas sólo era el primer paso en un camino por el que hemos de continuar si buscamos el bien de Francia...

—Excelencia —Tessé ahora estaba serio—, una paz no es honorable, ni se firma por el bien de algo, si uno de los firmantes ha de dar todos los pasos que conduzcan a la misma; quien hace eso es porque está derrotado y ya no tiene otra salida. Es cierto que tenemos dificultades, que los recursos escasean y que las reclutas de hombres son cada vez más conflictivas y presentan mayores problemas (no necesito los papeles a que se refiere el señor de Chamaillart), pero Francia no está derrotada ni en situación de doblar la cerviz y ponerse a los pies de sus rivales. Sé las dificultades por las que también atraviesan Inglaterra y Holanda, y no hablo de los imperiales porque sin el concurso de las potencias marítimas no podrían por sí solos continuar la guerra. El pensionario Hensius quiere la paz, los mercaderes de Amsterdam, de Amberes y de Rotterdam así lo están exigiendo; esta guerra es demasiado larga y ya hace tiempo que está perjudicando sus intereses. Lo mismo ocurre en Inglaterra; en el Parlamento de Londres hace tiempo que se levantan voces contra un conflicto para el que ven una difícil salida. Los ministros de la reina Ana fueron a la guerra ante el temor, que nosotros nunca quisimos disipar, de que las coronas de Francia y España acabasen unidas, y en Londres sabían que si eso ocurría, insisto en que nunca se desmintió esa posibilidad, sus intereses económicos y políticos se verían gravemente afectados. Excuso decir que la preocupación de Londres fue temor entre los dirigentes de esa odiosa república de mercaderes que está al norte de nuestras fronteras y cuya incorporación a los dominios de esta monarquía se ha intentado infructuosamente en varias ocasiones... Con nuestra ambigüedad les echamos en los brazos del emperador, que no se conformaba con ver impasible cómo España, gobernada desde hacía doscientos años por su familia, pasaba a manos de un Borbón al morir sin descendencia el anterior rey.

—¿Acaso, mariscal, estáis denunciando como negativa la política seguida por su majestad? —La pregunta del duque de Borgoña era una flecha envenenada lanzada contra Tessé.

—No, excelencia, no es ésa mi intención. Estoy arguyendo razones que nos permitan alumbrar el mejor consejo posible que podamos ofrecer al rey nuestro señor. Porque esa es nuestra primera obligación. —El tono era de un enfado a duras penas contenido.

—Según vuestra opinión, señor de Tessé —las formas del obispo buscaban otra

vez el apaciguamiento entre aquellos gallos de pelea—, si el rey nuestro señor ofreciese garantías a Inglaterra y Holanda sobre la separación inexcusable de las coronas de Francia y España, se podrían albergar esperanzas fundadas de alcanzar una paz duradera.

—Ignoro, eminencia, si una declaración con garantías del rey en ese sentido sería suficiente para ajustar una paz honrosa, eso deberán inquirirlo nuestros negociadores en la mesa de conversaciones. Si Inglaterra fue a la guerra para oponerse a la unión de las dos coronas, exigiendo el trono de España para el archiduque Carlos, ahora las cosas han cambiado; la muerte del primogénito imperial ha convertido al archiduque también en heredero del imperio. Inglaterra ya no ve con buenos ojos esa situación.

—Esa situación se produjo hace ya muchos meses, y parece haber influido poco desde entonces —replicó Chamaillart.

—Tampoco nosotros hemos hecho nada por aprovecharla en beneficio de la paz.

Era evidente que las posiciones que los integrantes del consejo privado de Luis XIV tenían sobre el asunto estaban sólidamente fijadas y resultaba complicado llegar a un punto de confluencia, salvo el criterio común de lo necesaria que era la paz en las presentes circunstancias. En aquellas condiciones el duque de Borgoña intentó forzar la situación.

—Ayer por la tarde fui requerido por *mademoiselle* de Maintenon. Como todos los miércoles, había acudido al convento de las Carmelitas para visitar a su amiga, la madre priora, y me citó allí para hacerme algunas consideraciones acerca del asunto que ha motivado esta reunión. Como sabéis, tiene licencia especial para retirarse a la clausura de este convento y autorización para pasar a las zonas reservadas a la comunidad, de modo que me recibió junto a la priora en el locutorio. Entre otras cosas me indicó que es imperiosa, y ha de anteponerse a cualquier otro asunto, la negociación de la paz, y que para alcanzarla no debe repararse en ningún sacrificio por muy oneroso que resulte. Tuvo especial interés en recalcar que no había ningún sacrificio que no pudiese hacerse para alcanzar la paz...

Me confesó, apenada —prosiguió—, que el rey está confundido, que necesita aliento y claridad en el mar de dudas que embargan su ánimo, y que, aunque en la corte aparente la seguridad y la disposición de ánimo de siempre, su espíritu está triste y hay muchos momentos en que le invade una profunda melancolía. *Mademoiselle* nos solicita la mayor claridad posible en el dictamen, que debe ir encaminado a que las dudas que anidan en el corazón de su majestad queden despejadas para que pueda tomar la resolución más conveniente a los intereses de Francia.

Después de aquellas palabras se hizo el silencio. Todos parecían meditar sobre el mensaje que el duque de Borgoña acababa de lanzarles. Eran conscientes de la influencia que sobre el rey ejercía *mademoiselle* de Maintenon, posiblemente la única

persona en el mundo capaz de llevar a Luis XIV de Francia por un camino que no fuese el que él se hubiera trazado con anterioridad.

—Antes habéis señalado como un primer paso la retirada de nuestras tropas de España. —El conde de Tolosa trataba de que sus palabras sonasen neutras—. En vuestra opinión, ¿cuáles serían los siguientes pasos que podrían conducirnos a la paz que todos consideramos necesaria?

—Esa será la decisión que el rey habrá de tomar, y para ello requiere nuestro concurso. —Borgoña no quería soltar prenda, o al menos eso parecía en la estrategia que estaba desplegando.

—Seré más directo. ¿Cuáles deben ser, en vuestra opinión, los siguientes pasos que deberíamos recomendar al rey?

—Ejem... Ejem... —El duque se aclaró la garganta como preparación previa a una intervención de calado—. Todas las informaciones y todos los comentarios que nos llegan del lugar donde se ha celebrado el encuentro de nuestros embajadores con los de Inglaterra y Holanda ponen de relieve que en Londres y La Haya verían con buenos ojos que otra persona se sentase en el trono de España...

—¿Significa eso que todo pasaría porque Felipe V fuese destronado?

—Así es, monseñor.

—En ese caso —terció Tessé—, nosotros ya hemos hecho lo que se nos podía pedir. Hemos retirado nuestras tropas y abandonado a su suerte a vuestro hermano.

Aquello fue un mazazo, y la reacción del duque de Borgoña no se hizo esperar.

—¡Aquí, señor mariscal, no estamos tratando problemas de familia, sino asuntos de Estado!

—Sí, pero da la casualidad de que estos asuntos de Estado conciernen de forma directa a vuestra familia. Vuestro abuelo es el rey de Francia, y vuestro hermano, por voluntad de vuestro abuelo, es el rey de España. ¡Eso es así os guste o no!

Las miradas que se cruzaron Borgoña y Tessé eran matadoras, y la tensión muy fuerte. Los nervios del primero eran palpables por la respiración entrecortada y agitada que movía su pecho con fuerza. El ministro de Dios entendió que tenía la obligación de apaciguar otra vez los ánimos.

—En la nueva situación en que se encuentra el rey de España, abandonado a su suerte, parece poco probable que pueda sostenerse por mucho tiempo en el trono. Tal vez, señores, sea el tiempo quien solucione lo que en este momento parece ser uno de los mayores escollos para alcanzar la paz.

—Sí, pero en ese caso —Borgoña seguía siendo presa de la agitación— no podríamos plantear quién sería el nuevo rey de España, que nos vendría impuesto por una derrota.

—En ese caso; ¿hay alguna propuesta concreta que deseéis poner sobre la mesa? —El conde de Tolosa parecía cansado por las largas horas de reunión.

—Sí, hay una propuesta que, si cuenta con vuestra anuencia, podría presentarse al rey. Una propuesta que, por añadidura, contaría con las bendiciones; perdón, eminencia, sólo es una expresión —Borgoña miró de soslayo al purpurado—, de *mademoiselle* de Maintenon.

—¿Gozaría de su beneplácito, o es ella su instigadora? —La pregunta del mariscal estaba cargada de intención.

—He de deciros, señor, que sois un impertinente. ¡Me niego a responderos!

—Yo os diré, excelencia, que eso habla muy poco en vuestro favor. ¡Si no deseáis que se conozca el santo, no contéis el milagro!

Aquello era más de lo que el duque de Borgoña entendía que podía soportar. Hizo ademán de incorporarse. El mariscal, apercibiéndose del movimiento, también iba a levantarse. Sólo la intervención del señor de Chamailart, aplacando al nieto del rey, y el conde de Tolosa y el obispo haciendo lo propio con Tessé, lograron evitar una situación embarazosa. Fue necesario un buen rato para que una cierta tranquilidad, no exenta de tensión, volviese a la reunión.

La propuesta de Borgoña de que los ejércitos de Francia, llegado el caso, luchasen contra Felipe V, fue rechazada por el mariscal de Tessé y el conde de Tolosa, y fue apoyada por el señor de Chamailart, mientras que el obispo de Burdeos tuvo una larga y tediosa intervención que cumplió a la perfección las intenciones de monseñor: hablar mucho y no decir nada.

Borgoña y Chamailart habían sostenido como argumentos fundamentales de su posición la gravedad de la situación, la razón de Estado y las ventajas con que podrían llegar al final de la contienda, que pasaba indefectiblemente por la derrota de Felipe V. Sus antagonistas habían puesto sobre la mesa el honor de Francia y del propio rey, que, indefectiblemente también, quedaría mancillado; la necesidad de que el enemigo diese muestras de desear una paz aceptable y honrosa, tras la salida de España de las tropas francesas, y la disconformidad con varios de los puntos concretos que contenía la propuesta que había hecho el duque.

Lo que resultaba evidente, después de aquella reunión, era que la corte de Luis XIV estaba profundamente dividida ante la gravedad de la situación y que habría de ser el propio monarca quien tomase la decisión final. No era aquella una situación que preocupase ni supusiese un problema grave para alguien acostumbrado a ejercer la autocracia desde hacía muchas décadas. Aunque, sus consejeros privados sabían ahora..., de primera mano..., que el zorro de Versalles estaba melancólico, y eso no auguraba nada bueno.

La carroza que llevaba al duque de Borgoña se dirigió al palacio de Luxemburgo, donde esperaba *mademoiselle* de Maintenon.

—Señora —dijo el nieto del rey haciendo una reverencia cortesana—, la reunión del consejo no ha puesto nada en limpio. Tessé y Tolosa se niegan a recomendar a su

majestad que se actúe con toda la contundencia que la situación reclama.

Las palabras de Borgoña sonaban fuertes y tajantes, lo que hizo que el silencio subsiguiente resaltase aún más.

—¿Y el arzobispo? —La voz de *mademoiselle* era meliflua—. ¿Qué dice su eminencia?

—Su eminencia, señora, no dice nada, como siempre.

El silencio ahora fue largo. El duque ya había dicho lo que tenía que decir y esperaba a que su interlocutora hablase.

—¡En ese caso, tendremos que actuar! Eso significa que, independientemente de cómo se estén desarrollando los acontecimientos en Madrid, se pondrá en marcha la segunda parte del plan.

—¿Sin aguardar noticias de Madrid, señora?

—Sin aguardar noticias. No hay tiempo que perder. ¡Que hoy mismo salgan los correos!

—¿Sabe su majestad que se toma esta decisión?

—¡Borgoña...! —El tono era de disgusto y daba a entender que sí. Pero la pregunta quedó sin respuesta.

Mademoiselle dio por concluida la reunión y tendió la mano para que Borgoña se la besase.

Aquella misma tarde, antes de la puesta de sol, tres correos salían de París; uno iba hacia Toulouse y dos camino de España.

Capítulo XXIV. La reina visita Atocha

Todos los clientes y todos aquellos que concurrían a diario a la barbería del maestro García, un lugarcillo estrecho y mal ventilado en el chaflán de una vieja casa que se alzaba en la cuesta que iba de la calle de Cuchilleros a la de Toledo, hablaban de lo mismo. Algo parecido ocurría en los tenderetes de los soportales de la plaza Mayor, y el mismo asunto era también el centro de las conversaciones de los que pululaban, iban y venían por la plaza del Cabildo. Al final de la calle Mayor, en las gradas de San Felipe, no se comentaba otra cosa entre los que por allí haraganeaban, y los que gastaban la holganza de su tiempo en las covachuelas de palacio sólo tenían un tema de conversación. Por todas partes, por barberías y carnicerías públicas, en los talleres de los esparteros, de los cordeleros, de los botineros, chapineros y bordadores, por los mercados de la villa, a la puerta de iglesias y conventos..., en todo Madrid, en las mancebías, en los mesones y en las tabernas. En la casa del pobre y en los blasonados palacios de la nobleza. En boticas, en sacristías..., en esquinas, en calles y en plazas... En todos los sitios corría el mismo rumor. Era como una canción que sonaba por todas partes, con distintos tonos pero siempre la misma letra: «La reina vende sus joyas para que se pueda armar un ejército».

Pocas veces en Madrid una noticia o rumor se había extendido tanto y con tanta rapidez. Las gradas de San Felipe no eran ahora el mentidero de la villa. Toda la villa era un gigantesco mentidero.

Resultaba curioso observar cómo en las conversaciones no se hablaba de cifras, de dineros, de cantidades. Se hablaba de la reina, de su juventud, de su gesto.

—¡Sólo tiene quince años! —apuntó un individuo mal encarado que esperaba turno para ponerse en las manos del maestro García, quien pasaba parsimoniosamente su navaja una y otra vez por el cuero y que negó con la cabeza.

—Ya ha cumplido veinte —señaló.

—¡Qué más da! —terció el que tenía la cara enjabonada.

Los otros cuatro hombres que allí estaban asintieron con un murmullo.

El chiquillo que ejercía de recadero y ayudante para las tareas menores del oficio, como mantener la lumbre, barrer, sacudir los baberones que el maestro ponía a los clientes, limpiar y ordenar tenacillas, bacinas, palanganas, escupideras, cuchillos, recibir pescozones y capones con frecuencia lastimosa, intervino en la conversación, aun a sabiendas de que se ganaría un mamporro.

—Maestro, de esto mismo están hablando en la casa del maestro Pedro, los que...

No terminó la frase. García había dejado la navaja en una repisilla y le soltó un cogotazo, que sonó con estridencia.

—Maestro, es que... —seguía el chiquillo sosteniendo tan campante una bacinilla que se usaba como repisa de barbas cuando éstas estaban en remojo.

—¡Es que nada..., que te calles y veas! —El maestro García había cogido la navaja y otra vez le daba cuero con estilo acansinado—. Mira que te lo tengo dicho... —En el fondo de aquella relación ni el barbero podía pasar sin dar los pescozones, ni el mozuelo sin recibirlos. Aquello era así todos los días, varias veces.

Nadie ponía en duda la noticia. Se trataba de una verdad absoluta, casi dogmática. Antes del Ángelus, la Saboyana era mucho más reina de lo que nunca había sido hasta entonces. En varios lugares de Madrid, donde la concurrencia era mayor —en las gradas de San Felipe, en la plaza Mayor, en la confluencia del Arenal con Bordadores, junto a la iglesia de San Ginés, en la plaza de la Villa, al pie de la Torre de los Lujanes—, habían sonado gritos de «¡Viva la reina! ¡Viva la Saboyana!», y habían sido coreados con fuerza y ganas por los presentes.

Al ver el panorama cualquier extraño hubiese pensado, con razón, que en España no había rey sino reina, como pasaba en Inglaterra.

Poco después del mediodía, cuando ya en muchas esquinas y en algunas plazas estaban montados los puestos de guisar —tenderetes donde se cocían potajes y sopas calientes para los que querían echarse algo caliente al colete a aquellas horas del día — comenzó otro sonsonete. Unos lo habían oído en las gradas, otros en el arco de Cuchilleros, donde lo afirmaban, sin discusión. Aquí lo traía uno que venía de la calle de las Postas, donde ya no se hablaba de otra cosa, allí lo confirmaba otro a quien se lo había dicho un fraile canoso que pasaba por la colegiata de los jesuitas frente a la calle de Toledo.

En el puesto de guisar de la plazuela del Salvador lo estaba diciendo una beata de la vecindad.

—Su majestad la reina en persona. ¡A las cinco, a las cinco!

—¿Y decís que es a Nuestra Señora de Atocha?

—A Nuestra Señora de Atocha, eso mismo.

Una mujerona, aún joven, poseedora de un par de descomunales tetas cuyo canalillo asomaba generoso por el desabrochado corpiño, aportaba algo más al asunto de la conversación:

—He oído decir que irá a pie, acompañada sólo de sus damas.

—Sí, sí —corroboró una voz de la cola, medio deshecha en corro alrededor del tenderete. Yo también he escuchado que su majestad irá a pie.

—¡Pues, andando! —era el guisandero, con aire autoritario—, ¡que hoy tenemos que recoger antes!

El corro se alineó malamente y se empezó a vender potaje: nabos troceados, repollos y habas secas, todo guisado con mucha cebolla picada. No tenía mal aspecto, aunque el olor no acompañaba.

Por la tarde Madrid parecía estar celebrando una de sus grandes solemnidades, algo semejante a la procesión del Corpus Christi o la popular romería en honor del

Santo Patrón. Tiendas y talleres estaban cerrados desde hacía rato, muchos ni siquiera habían abierto después del almuerzo. Aprendices y oficiales habían dejado sus trastos y herramientas, y bastantes habían cambiado su ropa de diario por algo mejorcillo, la ropa de los domingos y fiestas de guardar. Las obras estaban paradas porque los albañiles habían dejado el tajo antes de tiempo. En las huertas del ruedo y en los huertecillos de la ribera del Manzanares, donde se trabajaba con vigor desde el día de la tormenta, también habían abandonado sus tareas a media tarde. Las religiones estaban en la calle después de que el párroco de Atocha hubiese confirmado la noticia de que su majestad la reina acudía al templo, acompañada de sus camareras, para postrarse a los pies de Nuestra Señora e implorar su auxilio; eran legión: franciscanos, calzados y descalzos; dominicos, mínimos; carmelitas de las dos ramas; capuchinos y servitas, benedictinos y agustinos...

Una abigarrada masa de gentes de muy variada clase y condición se había ido agolpando desde una hora antes de la que se había extendido por Madrid como señalada para que la reina acudiese a pie desde el alcázar hasta la iglesia de Atocha. La muchedumbre se apiñaba a lo largo del recorrido que había de hacer su majestad: la explanada de palacio hasta tomar la calle Mayor, luego la puerta del Sol, seguido por la Carrera de San Jerónimo para luego bajar por el Prado hasta la basílica en cuestión. Por todo el itinerario se podían encontrar aguadores y alojeros con sus cántaros llenos para combatir la sed, porque el sol todavía castigaba con fuerza, así como vendedores de pasteles de carne y tortas de aceite para aquellos a quienes la espera les despertase las ganas de comer. Había también buhoneros, vendedores ambulantes de encajes y pasamanería. Unos saltimbanquis con una cabra amaestrada y un viejo oso desdentado y con la piel llena de cicatrices y ranchos donde faltaba la pelambre intentaron, en la embocadura de la plaza de la Villa y la calle Mayor, desarrollar un número de acrobacia y habilidades. No estaba el horno para bollos, y recibieron una rechifla sonada. El ambiente era festivo, pero no había ánimos de feria.

A las cinco de la tarde, con el sol levantado todavía dos cuartas sobre el horizonte y con una luz limpia y dorada que provenía del otro lado del alcázar real, la gente que se apretujaba en la confluencia de las calles Mayor y de la Colegiata se arremolinó. Algo pasaba. Se oyó un rumor creciente que poco a poco se hizo más nítido, hasta concretarse.

—¡Ya viene, ya viene!

—¡Es la reina, la reina! ¡Y aquélla su camarera mayor!

—¡Ya viene! ¡Que vienen!

—¡Viva la reina!

—¡Es la reina! ¡Nuestra reina!

Estaba espléndida. Avanzaba dando la sensación de que no andaba. Su cutis era

blanco y finísimo. Tenía el pelo recogido hacia atrás para abrirse en la nuca en una negra cascada de tirabuzones que caían sobre sus hombros y espalda, con la longitud precisa. Su cuello, largo y delicado, estaba adornado por un collar de gruesas perlas que daba dos vueltas completas. Lucía un vestido de seda azul claro cerrado casi hasta el cuello, con mangas largas y ajustadas, que remataban en unos puños vueltos, adornados con un volante de rizos diminutos. El cuerpo era ajustado al talle hasta la cintura. Su majestad estaba delgada, muy delgada. Unas manos de regular tamaño casi habrían podido abarcar su cintura sin problemas. La falda, que bajaba hasta rozar el suelo, era ligeramente acampanada. Los chapines, de los que sólo se veían las puntas, estaban forrados de la misma seda azul del vestido y permitían adivinar unos pies diminutos.

La sencillez del vestido iba acompañada de la ausencia de joyas, a excepción del collar de perlas que rodeaba su cuello. Al gentío no le pasó inadvertido el detalle.

—¡Su majestad no lleva joyas!

—¡La reina no tiene joyas!

—¡Viva la reina!

—¡Viva! ¡Viva!

El fervor de la masa era palpable al paso de aquel pequeño cortejo: la reina, dos pasos más atrás, a su izquierda, la princesa de los Ursinos; detrás, seis camareras, tres a cada lado. Cerrando el grupo, dos oficiales de la Guardia Real, armados sólo con sus sables. Era una guardia de respeto.

Cuando la reina se acercaba a un lugar se producía primero un silencio admirativo, y luego el júbilo se desbordaba. Todos se inclinaban a su paso, lleno de majestad, y la aclamaban. La alegría popular prorrumpía en vivas atronadores, que no cesaban, aplausos, que se convertían en ovación y respeto, mucho respeto. La gente que había formado la calle mantenía la misma abierta, y en algunos lugares se arrojaban flores en su honor.

El tiempo que Cantillana había previsto para hacer aquel recorrido se multiplicó. En medio de una muchedumbre que pugnaba por verla, la reina llegó a la puerta de la iglesia de Atocha, donde, por su expreso deseo, sólo le esperaba el párroco con dos sacristanes, revestidos y con cruz alzada. Rodeada del gentío que ahora había roto toda organización y se agolpaba ante los muros del sagrado recinto, Luisa Gabriela de Saboya rectificó mentalmente lo que dijera la tarde anterior cuando, desfallecida, escuchó que el Papa había reconocido al archiduque Carlos como Rey Católico: No estaba sola. Había un pueblo entero que cerraba filas en torno a ella. El conde de Cantillana, ¿dónde estaría a aquellas horas?, no se había equivocado.

Antes de entrar en la iglesia su majestad se volvió, levantó la mano derecha y saludó a la muchedumbre. Fue el delirio. Sólo los más próximos oyeron a la soberana musitar:

—Gracias, gracias, Dios mío.

Unas lágrimas diminutas resbalaron por sus mejillas.

La reina y sus damas no estuvieron mucho rato en el templo. Su majestad, postrada a los pies de Nuestra Señora, oró en silencio durante un cuarto de hora; después, con la misma sencillez que hizo su entrada, efectuó la salida, acompañada hasta la puerta por el mismo clero que la había recibido al llegar. Conforme avanzaban hacia la calle, se hacía más intenso el ruido que llegaba del exterior. Al abrirse de par en par las puertas y aparecer la reina en el cancel, el ruido se transformó en estruendo.

—¡Viva la reina!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

Miles de gargantas la vitoreaban y la aclamaban como su soberana. No se recordaba nada parecido en la villa y corte de Madrid.

La reina permaneció un tiempo a la puerta del templo, mirando el panorama y permitiendo que los presentes pudiesen, a su vez, contemplarla, aprovechando que las puertas estaban a un nivel superior que el de la calle, a la que se bajaba por una escalinata. Después descendió por los peldaños con majestuosa lentitud, seguida de sus acompañantes, manteniendo la formación que llevaban en la ida. A la par que la reina avanzaba, se iba abriendo un pasillo, cosa que parecía imposible en medio de aquella multitud. El sol acababa de ocultarse en el horizonte, la luz dorada que había presidido la caída de la tarde se había vuelto crepuscular.

A lo largo del recorrido de regreso había tanta gente como al dirigirse a la iglesia. Fue un retorno triunfal. Era noche cerrada cuando Luisa Gabriela de Saboya entraba en el alcázar, hasta cuyas mismas puertas la había seguido la muchedumbre, que protagonizó una última concentración en la amplia explanada que se abría ante el palacio.

Madrid había vivido una extraña jornada. La figura de aquella reina añorada que parecía desamparada, aunque nunca una reina de España había estado más protegida y resguardada, había cautivado el corazón de su corte.

Había entregado sus joyas para que se armase un ejército. Sus súbditos se encargarían de formarlo.

Capítulo XXV. Una pelea callejera

A la mañana siguiente la villa y corte se había desperezado poco a poco. Los artesanos habían abierto las puertas de sus tiendas y muchos de ellos exponían sus productos en la calle, como forma de reclamar la atención de posibles compradores. En la plazuela de San Miguel los abastos ya estaban en sus cestos y seras; algunos vendedores voceaban sus mercancías y no paraba de afluir personal. Todavía estaba entrando pan, traído en blancos costales de lona a lomos de mulas de los pueblecitos que rodeaban la corte; los regatones se habían hecho con las verduras y otros frutos llevados por los hortelanos del ruedo en la madrugada de aquel mismo día, cuando la oscuridad era todavía la señora dominante. Habían llegado cargas y carretadas de berzas, coles, coliflores y nabos; también espinacas y cardo blanco de las riberas del Lozoya y del Henares, en grandes cantidades. Llegaron nueces, almendras y avellanas de las llamadas cordobesas, en sacos de yute y esparto, cuyo contenido estaba entre las tres y cuatro arrobas. Llamaban la atención los montones de calabazas y de cidras que tenían una clientela adicta porque permitían, con la recia cáscara que les protegía, aguantar mucho tiempo en desvanes, despensas y alacenas para cuando llegase la ocasión propicia de convertirlas en compotas o en pastas dulces y fibrosas que se utilizaba como relleno de bollos y confites. Con todo, lo más espectacular eran, por su volumen, los enormes montones de melones que a lo largo del verano, y hasta bien entrado el otoño, se convertían en la fruta preferida de las clases populares madrileñas y que durante algunas semanas compartían con las arracimadas uvas las preferencias de aquellos que tenían algunos posibles.

Las voces de los vendedores se elevaban por encima de los regateos de los compradores y de las conversaciones de los que allí llegaban para matar los primeros ocios del día y saber de las habladurías que llenarían la jornada.

—¡Melones! ¡Melones de Villaconejos!

—¡Melones! ¡Se permite calar!

Una enorme sandía se estrelló contra el pavimento, rajándose por múltiples partes y desparramando su roja carne y negras pepitas en un radio de varias varas. Tras el impacto inicial, surgió la discusión.

—¡Habréis de pagarme la sandía! —clamó el regatón.

—¿Yooo? —fue la respuesta de un individuo malencarado de rostro blanquecino, que se señalaba el pecho con el dedo índice de la mano derecha.

—¡Sí, vos! ¿Quién si no? —replicó el otro.

—La sandía no era mía, yo no la había comprado.

—Sí, pero se os ha caído a vos.

El posible comprador había dado media vuelta en un claro gesto de desentenderse del asunto. Aquello no gustó al vendedor, que salvó de un salto unos cestillos que

servían de parapeto entre el sitio donde tenía la romana con que pesaba y el individuo que se marchaba. Era un rubicundo fornido, con la cara granujienta; con toda seguridad aún no había cumplido los veinte. Puso una manaza en el hombro del otro y le hizo girar como una peonza, hasta encararle.

—Amigo, son dos cuartos y los vais a pagar —dijo en un tono que no parecía admitir discusión.

En torno a los dos se había formado un corro, con los que por allí andaban, más los que rápidamente se habían acercado al olor de una bronca. Parecía que la pelea, si llegaba el caso, no tendría color dado el aspecto que presentaban los contrincantes. El vendedor sacaba más de dos cuartos al otro, y sus espaldas eran el doble de anchas. Uno era un mocetón, y otro un esmirriado que le doblaba en edad, lo que en este caso era una desventaja.

—¡Cuidado! —gritó una mujer de las que formaban corro.

Justo a tiempo, porque una daga vizcaína había aparecido en la mano del que había roto la sandía. Con habilidad la había sacado del justillo que vestía encima de la ropa. El mocetón pudo esquivar, a duras penas, el arco que describió la hoja, que sólo le cortó superficialmente en el brazo con que había sostenido el hombro de su adversario, quien, fallado el primer envite y la ayuda adicional que suponía la sorpresa, saltó hacia atrás con una agilidad mayor de la que se podía suponer.

Los dos hombres quedaron encarados y separados un par de varas. Tensos, con las piernas ligeramente flexionadas y el cuerpo echado un poco hacia adelante, se estudiaban y desplazaban despacio, en círculo. El de la daga compensaba con ella la inferioridad de su menor envergadura; tener un arma incluso le daba ventaja. La gente les jaleaba para que se acometiesen, y el corro, que se había abierto de manera considerable, estaba formado ya por un centenar de personas de la más variada edad y catadura.

—¡Vamos! ¡Pínchale!

—¡Venga! ¡Venga!

—¡Ramón, cuidado que ese hijo de puta es zurdo!

Los dos contendientes se estudiaban buscando el momento oportuno de lanzarse sobre el otro; de repente, un grito se elevó por encima de los jaleos que proferían los que hacían corro.

—¡Los soldados! ¡Vienen los soldados!

—¡Los soldados! ¡Los soldados!

En efecto, por una de las esquinas de la plazuela había surgido un piquete de soldados con un tambor y un sargento a la cabeza. Se produjo un breve desconcierto. Ramón, el sandiero, lo aprovechó para abalanzarse sobre el de la daga; sorprendiéndole, le asió con fuerza por la muñeca de la mano armada y con un movimiento rápido llevó ésta hasta el cuello de su adversario. Todo transcurrió en un

instante, la mayoría de los presentes ni se dieron cuenta de que la mitad de la hoja le entró en la garganta, de donde brotó un chorro de sangre. El golpe fue fulminante, aquel individuo se desmadejó y desplomó sobre el suelo. La muerte vino certificada por dos estertores que acabaron moviéndole espasmódicamente las piernas; luego, quedó inmóvil. No había tenido tiempo ni de pedir confesión.

La gente, que no se había apartado a pesar de los gritos que alertaban de la presencia de los soldados, había quedado paralizada..., estupefacta. Nadie dijo nada, y lo que era más extraño, un silencio embargó al grupo que miraba atónito la escena: un muerto tendido en el pavimento, una daga que se había salido del cuello del cadáver, del que brotaba sangre en gran cantidad por el atroz agujero que le había causado la muerte. El cadáver tenía ya empapadas la camisa y el justillo, que goteaban por diferentes partes; se estaba formando un charco oscuro y viscoso, cada vez mayor. Ramón, manchado de sangre en la mano derecha y en la pechera de la camisa a causa del primer chorro que había salido con fuerza de la herida, ofrecía una imagen en tensión, con las piernas flexionadas y el cuerpo ligeramente echado hacia adelante, como si la lucha aún continuase. Tenía el rostro desencajado y contraído. Con la respiración agitada y entrecortada miraba de forma extraña a los presentes, como si fuesen a echarse sobre él.

Quien le había gritado sobre la zurdera del que ya era un cadáver fue el primero que reaccionó. Se acercó a Ramón y le cubrió con una capa corta de paño oscuro que le permitía ocultar la sangre que manchaba su ropa y le delataba.

—Tienes que huir, tienes que huir —le dijo en voz baja, pero no tanto como para que no lo escuchasen otros.

—Ha sido en defensa propia, todos lo han visto —protestó Ramón, dirigiendo una mirada a quienes le rodeaban. Se había relajado ligeramente, incorporándose.

—Tendrás complicaciones, Ramón. Por lo pronto irás a la cárcel, y luego... — insistió el que le había cubierto con la capilla, un hombre corpulento y mayor cuyo cabello blanco estaba cortado casi a ras de la piel, lo que colaboraba a incrementar su fornido aspecto, pese a los años.

El grupo de soldados que en formación, con aire marcial e impecablemente vestidos, había aparecido, se detuvo en el centro de la plazuela, ajenos todos ellos a lo que pasaba en el corro formado junto al montón de sandías que, bajo una lona mugrienta que de noche las cubría y de día, sostenida en unos palos, servía de toldillo, ocupaba una de las esquinas. Allí, los cuatro soldados se habían alineado tras su sargento. Se oyó un potente redoble de tambor, la piel de cuya caja vibró con fuerza y ritmo ante los enérgicos y rápidos golpes de las baquetas que el tamborilero manejaba con habilidad. Después de los redobles, el sargento gritó con voz campanuda:

—En nombre del rey nuestro señor, don Felipe el quinto, a quien Dios guarde, se

hace saber que todos aquellos hombres mayores de dieciocho años solteros o casados que sean padres de menos de cinco hijos y no hayan cumplido los cuarenta, podrán voluntariamente alistarse bajo las banderas del rey nuestro señor, por cuanto se hace necesario la defensa de esta monarquía, amenazada por los herejes ingleses y holandeses, enemigos de nuestra santa fe y de los traidores, desleales y malos súbditos que faltando a su fe, a su palabra y a su honor se han rebelado contra el rey nuestro señor. La paga será de tres reales diarios, más los derechos de alojamiento y gajes.

Las últimas palabras del sargento casi se confundieron con un nuevo redoble de tambor. Concluido éste, el sargento volvió a repetir su llamamiento. Cuando lo iniciaba, todos los que estaban en la plaza ya se habían acercado al grupo de los militares y escuchaban en silencio.

—¡Ramón, alístate! ¡Enrólate en el ejército del rey!

El vendedor de sandías se mantenía en silencio, meditabundo. El otro insistió:

—¡Es lo mejor que puedes hacer! ¡El ejército! Una o dos campañas y luego todo se habrá olvidado.

Ramón continuaba silencioso e inmóvil, como escuchando el pregón del sargento.

—Vete a casa, Ramón, ya me enteraré dónde se efectúan los alistamientos..., para que te presentes. ¡Espérame en la casa! ¡Te llevaré noticias!

Ramón asintió.

—Me alistaré —dijo—. Tenía pensado hacerlo de todas formas.

El otro le miró, sorprendido.

—¿Habías pensado enrolarte?

—Sí, en el ejército que tiene que defender a nuestra reina —respondió, y como si lo dijera para sus adentros, repitió—: A nuestra reina.

El llamamiento para que los madrileños en edad de hacerlo formasen bajo las banderas del rey se estaba repitiendo aquella mañana en todas las plazas y esquinas de la villa y corte. Desde las primeras horas del día, como había ocurrido en la plazuela de San Miguel, piquetes formados por cuatro soldados y un tambor a las órdenes de un sargento, o en algunos casos un alférez, habían hecho sonar una y otra vez las cajas de guerra, que retumbaron hasta los más apartados lugares de la villa. Y en todos los sitios ocurría algo extraño: la gente se acercaba a los soldados, sabiendo que se trataba de piquetes de alistamiento, cuya aparición en cualquier otro momento habría provocado una desbandada general, porque la huida era la respuesta que, ante un posible reclutamiento, daban los vecinos. Luego, los que estaban en edad de incorporarse a la milicia desaparecían como por ensalmo y permanecían escondidos tantos días como fuese necesario, hasta que el peligro y la amenaza pasaban.

Madrid estaba viviendo una jornada especial, porque no había rechazo ni huidas. Pero más raro aún resultaba lo que estaba ocurriendo.

—¿Dónde decís que son los alistamientos?

—Podéis acompañarnos en nuestro itinerario o podéis acudir más allá del Campo del Moro, al otro lado del río, donde los oficiales reclutadores están organizando los regimientos.

A eso del mediodía algunos de los piquetes iban acompañados por una cohorte variopinta de individuos que se habían incorporado como reclutas a aquel ejército que estaba improvisándose.

—¿Decís, señor, que es al otro lado del Manzanares?

—Así es.

—Allí nos veremos en cuanto arregle un asunto.

Melchor Rico, el bonetero de la calle de Segovia, se hacía lenguas con el canónigo Guillén, un hombretón corpulento y cachazudo cuyos conocimientos sobre las Sagradas Escrituras eran reconocidos por todos. Recibía consultas sobre cuestiones peliagudas desde lugares situados más allá de las fronteras de la monarquía, y sus opiniones y dictámenes eran considerados verdades indiscutibles. Sus conocimientos habían hecho que se trasladara del cabildo hispalense, donde tenía su canongía, a San Jerónimo el Real, en la corte.

—Ya me dirá vuestra reverencia si es normal lo que está pasando.

—¿Y qué está pasando? ¿Le han salido alas a los bonetes? —preguntó, divertido, el canónigo.

—No se burle vuestra reverencia de mí... —excusaba el bonetero mientras soplabá para quitar unas motas imaginarias de polvo en el bonete forrado de rojo que presentaba con suficiencia a la aprobación del canónigo—. Me refiero al revuelo que los alistamientos están provocando.

—¿Qué es lo que ocurre con el alistamiento?

—Es una locura, reverencia, una locura. Los oficiales del taller se han marchado con el sargento reclutador... Lo mismo se hacen soldados —había soltado el bonete, juntado las manos y con ademán beatífico elevaba los ojos hacia el techo, como implorando la ayuda celestial.

—Vamos, vamos, Melchor, no será para tanto... Los jóvenes siempre han sentido en las tripas el redoble de una caja de guerra...

—Reverencia, no son sólo mis oficiales; el cordelero de abajo ha cerrado el taller, y lo mismo ha hecho el cerero de la esquina de enfrente. Mirad, mirad. —Y señalaba el cerrado postigo de la cerería frontera a su establecimiento.

El canónigo se caló las lentes, fijó la vista en la dirección que le indicaba el bonetero, y se encogió de hombros.

—Si los madrileños están enrolándose en el ejército del rey nuestro señor, tienen todas mis bendiciones —sentenció, quitándose las antiparras.

—¿En el ejército del rey, decís?

—¡En cuál si no!

—¡En el de la reina, reverencia! ¡En el de la reina! Estos soldados van a pelear por la reina.

—Pues que peleen por la reina, que reina de España es. ¡Vaya si lo es!

—Pero, reverencia...

—¡Ni reverencia ni peros, al cuerno tus bonetes! ¡Ya tengo asunto para mi próximo sermón! ¡Vaya si lo tengo! —Se recogió el manteo con gesto brioso y tomó camino de la puerta. Al llegar al umbral se volvió y con el dedo índice extendido, lo que era toda una admonición, espetó al sorprendido bonetero—: ¡Si alguno de los que me escuchen duda en alistarse, te aseguro que yo le convenceré!

Si la jornada anterior, con el paseo de la reina desde palacio hasta Nuestra Señora de Atocha, había sido extraordinaria, la que Madrid estaba viviendo aquel día no lo era menos. Nadie recordaba a los mozos y a los hombres granados acudir por docenas, por centenares, para convertirse por voluntad propia en reclutas... Reclutas que querían ser soldados de aquella reina que les había ganado el corazón en una tarde en que marchaba a pie por las calles de la villa y corte para postrarse a los pies de la imagen más venerada por los madrileños. Muchos de los que habían trabajado para devolver la normalidad a las zonas de la villa afectadas por la tormenta, habían abandonado sus menesteres; oficiales de la más variada laya y condición habían dejado sus talleres y obradores, los albañiles cortaban los tajos para hacerse soldados. Gentes procedentes de los dos Carabancheles, de Alcalá, de Móstoles, de Ciempozuelos, de las huertas de la ribera del Jarama..., confluían allí donde se había improvisado el campamento real, donde todos los cálculos se habían visto desbordados y la intendencia que trataba de improvisarse no daba abasto para satisfacer una parte mínima de las necesidades que demandaba la muchedumbre que se iba concentrando al otro lado del Manzanares.

Concurría, además, otra circunstancia. Desde mediodía, como caídos del cielo, habían empezado a arribar a Madrid grupos de soldados que entraban por el camino de Alcalá y Guadalajara... Eran los restos del ejército borbónico deshecho a orillas del Ebro. Eran hombres física y moralmente abatidos, muchos de ellos heridos y todos harapientos y agotados. Se trataba de grupos aislados, sin ninguna clase de organización, porque ésta había desaparecido hacía días. Unos venían a pie; otros, los menos, a caballo. Componían una estampa triste y lamentable, pero aquellos hombres atesoraban un valor que, en las circunstancias del momento, resultaba inestimable. Eran soldados. Vencidos, pero soldados. Muchos de ellos veteranos que conocían su oficio y... podían enseñarlo.

Sin embargo, a media tarde ocurrió algo inesperado: las gentes que pululaban por la calle de Alcalá vieron en lontananza cómo se levantaba una polvareda que, con lentitud pero de forma inexorable, avanzaba desde el camino de Guadalajara hacia

Madrid. Hubo agitación y empezaron a circular rumores, confusos primero e inquietantes después.

—¡Son las tropas del archiduque!

—¡Por el camino de Guadalajara llegan los ingleses y los holandeses!

—¡También vienen catalanes!

—¡Dicen que son miles y no hay quien pueda frenarles!

—¡Vienen los herejes! ¡Los herejes!

Las gentes corrían despavoridas. Las madres buscaban a sus hijos y con prisa acudían a esconderse en las casas; muchas puertas se cerraron a cal y canto. Las iglesias y conventos cerraron sus cancelas y echaron las trancas, mientras las campanas de algunas torres y espadañas empezaron a doblar, tocando a rebato; el tañido se contagió de unas a otras y Madrid se llenó de los metálicos sonos de sus bronces, lo que acabó por conmocionar a todo el vecindario. Hubo escenas de preocupación y de angustia, llantos contenidos o soltados sin rebozo y... silencio, un silencio pavoroso fuera del ensordecedor repicar de las campanas.

Mucha gente se había refugiado en las iglesias creyendo que eran lugares más seguros. Otros, pensando que los que llegaban eran herejes, enemigos de nuestra Santa Madre Iglesia, entendieron que aquélla era una mala elección. En los conventos, las comunidades se habían reunido en los oratorios, en unos casos puestas sobre aviso de lo que se venía encima, en otros alarmadas por el repique general que, desde luego, a deshoras y de aquella forma nada bueno anunciaba. Talleres, obradores, tiendas y tenderetes cerraron puertas y ventanas, muchos dueños permanecieron en ellos a la espera de los sucesos, convencidos de que podrían defender mejor sus pertenencias de un posible saqueo. La plaza Mayor y sus calles aledañas, verdadero corazón económico y comercial de la capital, habían quedado desiertas en pocos minutos.

La noticia saltó al otro lado del Manzanares, donde los integrantes de los dos regimientos de la guardia —la Valona y Real— hacían esfuerzos por poner un mínimo de organización en el caos que se había formado allí a lo largo de la jornada.

—¡Las tropas del archiduque están entrando por la puerta de Guadalajara!

—¡El enemigo entra en Madrid por el camino de Guadalajara!

—¡El enemigo está aquí!

—¡Llegan los ingleses! ¡Llegan los ingleses!

En aquel desbarajuste no había orden ni concierto, todo estaba desbordado y resultaba materialmente imposible poner en marcha medidas que permitiesen a una cierta disciplina; sin embargo, ocurrió un hecho admirable. Aquella gente, aquella masa amorfa y desordenada que no tenía ninguna clase de orientación a la que acogerse era lo menos parecido a un ejército, y aun así no se produjo la previsible desbandada. Aunque no sabía qué hacer y carecía de rumbo, la gente permaneció allí,

a la espera de que alguien le dijese cuál era su misión.

La polvareda continuaba su avance lento y porfiado, sin variar el ritmo, pero de forma inexorable. En el arrabal, allí donde el borde de la villa se confundía con el ruedo, donde el caserío y el campo sostenían un pulso para fijar el límite, siempre borroso, que separaba a uno del otro, se oía ya el redoblar de los tambores. Un sonido que anunciaba la proximidad, la llegada inminente de las tropas invasoras, la entrada en Madrid de aquellos malditos herejes, porque no había ningún obstáculo que se opusiese a su avance. La capital de las Españas era una población abierta, sin murallas ni baluartes que la defendiesen; la ceñía una miserable cerca de adobe de escasa altura que chiquillos traviesos podían derribar a naranjazos.

En el alcázar real la noticia había producido un estremecimiento general que parecía afectar también a las viejas paredes de aquel destartado caserón desde donde, en otras épocas, se había gobernado el mundo y tomado decisiones que afectaban a seres humanos que vivían en dominios donde el sol no se ponía, tal era su dimensión y grandeza. El personal de servicio iba desconcertado de un lado a otro, sin saber qué hacer. El rey permanecía ausente, ajeno a todo, encerrado en su habitación, negándose a hablar con nadie. Apenas comía y ninguna fuerza humana o divina, si por tal entendemos las instancias y ruegos de su confesor, habían conseguido que se mudase de ropa, se lavase o se pusiese en manos de su barbero. Sólo masticaba tabaco y apestaba por todos los poros de su cuerpo. Ubilla y Grimaldo, los únicos hombres con responsabilidad de gobierno que había en palacio, además del gentilhombre de jornada, trataban de convencer a la reina de que tomase lo imprescindible y se llevase a su majestad el rey, mientras hubiese tiempo para abandonar la corte. La camarera mayor, que asistía a la escena, mantenía un mutismo absoluto.

—No me marcharé —dijo la reina, que aparentaba calma.

—¡Majestad, no podemos asumir el riesgo de que permanezcáis aquí!

—¡No me marcharé! —insistió Luisa Gabriela de Saboya.

—Majestad —suplicaba Grimaldo, visiblemente preocupado—, si el rey nuestro señor y vuestra majestad caen en manos del enemigo, todo se habrá perdido. Todos los esfuerzos, todos los desvelos habrán sido inútiles. Hacednos caso, majestad, los consejos, los tribunales y la administración imprescindible os seguirán.

—¿Adónde, Grimaldo? ¿Adónde nos seguirá? —En los ojos de la soberana se pintó una sombra de angustia, pero había resolución en su mirada.

El ministro agachó la cabeza.

—¿Dónde está Cantillana? —preguntó la reina.

No hubo respuesta.

—¿Nadie sabe dónde está el conde de Cantillana?

Tampoco hubo contestación.

La reina se dejó caer en el extremo de un sofá, desganada. La falta de respuesta parecía abatirla definitivamente. La camarera mayor se sentó a su lado y la tomó por las manos; fue entonces cuando la reina de España rompió a llorar. Grimaldo y Ubilla se retiraron en silencio, respetuosamente.

Capítulo XXVI. Miedo en Madrid

Por la calle de Alcalá subían los primeros soldados avanzando en dirección a la puerta del Sol y la plaza Mayor. Madrid estaba desierto, los postigos y puertas de las casas permanecían cerrados, no había nadie en las calles. A la cabeza de aquella tropa dos jinetes trataban de refrenar el brío de sus caballos para adaptarlos a la cansina marcha de los soldados que les seguían, con el paso acompasado al redoblar de los tambores que en apretada fila formaban la primera línea de los infantes que entraban en la capital. Detrás de los tamborileros venían las banderas, portadas por varios jinetes; las enseñas estaban sucias y desgarradas, pero enhiestas y alzadas. Entre los azulados pliegues podían vislumbrarse las doradas lises que, como estrellas, llenaban los estandartes del ejército borbónico.

—Mendieta, aquí pasa algo extraño. —El conde de Cantillana, que vestía un impecable uniforme de coronel del ejército real, no se explicaba aquella soledad en las calles y aquella cerrazón en medio del estruendoso repicar de las campanas madrileñas—. Ordena que una escuadra se adelante y recoja información. Esto no es normal.

El capitán Mendieta, ayudante del coronel Cantillana en el regimiento de infantería número dos, más conocido como regimiento de la Reina, tiró de las riendas de su caballo, haciéndole girar, con lo que Cantillana quedó solo al frente de sus tropas. Era la única unidad del ejército borbónico destrozado en los alrededores de Zaragoza que no había quedado desorganizada. Como en otras ocasiones, la bravura y la disciplina de unos hombres que habían hecho de su unidad un mito entre las tropas que sostenían la causa de Felipe V les habían salvado del naufragio general a que les condujo la incapacidad del marqués de Villadarias. El capitán ayudante, Mendieta, había dirigido, en ausencia de su coronel, los movimientos del regimiento en aquella aciaga jornada. Tras el desastre, una vez que la desbandada se hizo general, logró mantenerlo cohesionado, y a falta de otras instrucciones por haber desaparecido el estado mayor, decidió replegarse ordenadamente hacia Madrid. Fue de gran ayuda para su propósito la actitud del general Stanhope, que inexplicablemente se entretuvo en Zaragoza en lugar de marchar sobre la villa y corte. Luego, por el camino, un número creciente de hombres fue sumándose a su regimiento, procedentes todos ellos de las desaparecidas unidades del ejército que había mandado Villadarias. A pocas millas de Madrid había enviado recado a su coronel, quien, sin pérdida de tiempo, salió al encuentro de sus hombres, a cuyo frente entraba ahora en la capital de España. Era una abigarrada tropa integrada por más de tres mil hombres que, bien lo sabía Cantillana, iban a constituir el núcleo del ejército que su majestad la reina le había encomendado organizar.

Pasaban a la altura de la parroquia del Salvador cuando se abrió la puerta de la

iglesia con un portazo tal que lanzó los batientes de par en par. Como impulsados por un resorte, surgió del cancel un clérigo seguido de dos sacristanes revestidos con roquete y sotanas rojas, portando cruces alzadas.

—¡Son los nuestros! ¡Son los nuestros!

El sacerdote, que se había recogido la sotana hasta media pierna, se hincó de hinojos al pie de las gradas que daban acceso al templo.

—¡Son los soldados del rey nuestro señor! ¡Viva Felipe el quinto! ¡Viva el rey! ¡Viva Felipe el quinto!

Al ver a los clérigos, Cantillana, que había refrenado el paso de su caballo casi hasta detenerlo, comprendió lo que había ocurrido. Poco a poco las puertas de las casas empezaron a abrirse y la gente a salir a la calle. Muy pronto se formó una turbamulta, que avanzaba, cada vez más numerosa, al compás de los soldados que, ante el cariz que tomaban los acontecimientos, dieron un aire más marcial a su marcha. Tanto que, en medio de las aclamaciones, no parecían un ejército derrotado.

Cerca de una hora emplearon las tropas en subir por la calle de Alcalá, cruzar la puerta del Sol y avanzar por la calle Mayor hasta desembocar en la explanada delantera del alcázar real. Cuando los soldados llegaron ante el palacio, les acompañaba ya una verdadera muchedumbre, que se desparramó por aquella zona, donde muchos habían tomado posiciones para no perderse detalle de la improvisada parada militar en que se había convertido el arribo de las tropas, último vestigio de un ejército al que todos daban por desaparecido.

En el balcón principal del alcázar apareció Luisa Gabriela de Saboya. Sólo la acompañaba su camarera mayor, quien se situaba detrás de la soberana en una discreta penumbra. Cuando los madrileños se dieron cuenta de la presencia de su reina, fue la locura.

—¡La reina! ¡Es la reina!

—¡Mira; mira! ¡Allí, allí! —exclamaba una mujer al tiempo que señalaba a su majestad.

—¡Viva la reina!

—¡Viva la Saboyana!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

Cantillana, que había previsto girar a la izquierda para llevar sus tropas hacia el puente de Segovia y cruzar el Manzanares, decidió que sus hombres desfilasen ante la reina. Dobló a la derecha y tras él la línea de tambores, que intensificó sus redobles en medio del griterío de una muchedumbre que manifestaba una alegría exultante después de la tensión y el miedo que se había vivido con anterioridad. Los tres mil hombres pasaron por delante de su soberana, cuya presencia les estimuló de tal forma que más parecían ofrecerle una victoria, que ser los retales deshilvanados de un ejército aplastado y puesto en desorden y desbandada.

Cuando los últimos hombres cruzaron ante la fachada del alcázar, Cantillana, que había permanecido frente al balcón, escoltado por Mendieta y un tambor que no era otro que Ginesillo, saludó militarmente a la reina. Sabía que aquello era más artificio que otra cosa, pero sabía también que ahora contaba con un núcleo aguerrido de hombres —sus hombres— con los que componer e improvisar un ejército. Bien mirado, aquello era mucho más de lo que podía haber aspirado esa misma mañana. Después de saludar, espoleó su caballo y se perdió en la lejanía camino del puente de Segovia para ganar el otro lado del Manzanares. Allí, la llegada de las tropas fue apoteósica. Una animación que desbordaba vitalidad invadió hasta los más apartados rincones del improvisado campamento, en el que aumentaba el caos reinante a lo largo de la jornada.

Había que organizar una masa cercana a los once mil hombres, la mayoría de los cuales habían tenido muy poco en común hasta aquel día. A partir de medio regimiento que había mantenido el tipo tras la derrota de Zaragoza, dos compañías de la Guardia Real, soldados desorganizados, procedentes de muy variadas unidades, y más de cuatro mil voluntarios que se habían enrolado en las últimas horas, Cantillana tenía que improvisar en pocos días un ejército que era la última baza para que el Borbón se mantuviese en el trono de San Fernando. Aquellos hombres significaban la última esperanza de una reina para quien reinar se había convertido en una quimera.

También a lo largo de aquella jornada se difundió un rumor por todo el campamento:

—El conde de Cantillana ha sido nombrado general del ejército.

Una y otra vez se repetían las mismas palabras.

El rumor era falso. El conde de Cantillana aún no había sido nombrado general de aquel ejército que estaba por forjarse, y la decisión de la soberana sobre el asunto todavía era un secreto entre tres. Nadie sabía que el conde de Cantillana sería quien asumiese semejante responsabilidad; sin embargo, lo ocurrido aquel día le había asignado un nombramiento que se haría público en pocas horas.

Los madrileños habían vivido otro día cargado de emociones. Tras el miedo de aquella tarde, a muchos la llegada de la noche y la convicción de que en Madrid ya había concentrado un ejército con capacidad para hacer frente a los traidores y a los herejes les trajo la calma. No podía afirmarse que Madrid fuese un lugar tranquilo, pero ahora había algo de sosiego.

La llegada del recogimiento nocturno no fue obstáculo para que muchos noctámbulos, más de los habituales, se diesen a la celebración y el festejo en figones, mesones y burdeles. Un extraño que llegase a Madrid difícilmente podría imaginar que aquélla era la capital de una monarquía que había vivido una jornada tan incierta. En algunos lugares aparecieron luminarias —uno de los elementos oficiales de toda manifestación pública de alegría—, en las fachadas de las casas principales, de las

parroquias y los conventos. En argollas empotradas en la pared se colocaron teas encendidas que aportaron alguna luminosidad a las tinieblas nocturnas.

Sin embargo, ocurrían también otras cosas que escapaban al atisbo de las gentes y cuyo curso y desenlace era de suma importancia para la vida de todos aquellos que se habían encerrado en sus domicilios, en iglesias o en otros lugares, y que luego se habían echado a la calle para protagonizar un hecho verdaderamente insólito: vitorear a los maltrechos restos de un ejército que había sido vencido y desbaratado unos días antes. En medio de la algarabía general había pasado casi inadvertida la llegada de un jinete a la posada de la calle de Carretas, el mismo lugar donde hacía pocos días un grupo de enmascarados había asesinado a un francés, una muerte ante la que no hubo pesquisas ni nadie fue a la posada a interesarse por lo ocurrido, sólo unos alguaciles que impusieron silencio y se llevaron el cadáver, que fue enterrado por los hermanos de la Caridad, que corrieron con los gastos.

Era ya muy tarde, hacía rato que habían dado las diez, cuando aquel jinete llegó.

—¿*Monsieur* Regnault? —preguntó al posadero nada más entrar y tras dejar su cabalgadura en manos de un mozalbete.

El preguntado no contestó, puso los brazos en jarras, en un claro gesto de desafío, y miró con dureza al individuo que tenía frente a él; éste repitió la pregunta en un correcto castellano, pero con un inconfundible acento francés.

—¿Está aquí *monsieur* Regnault o, tal vez, *monsieur* Flotte?

Siguieron unos instantes de silencio, antes de que el posadero contestase con tono desabrido:

—No, no están. Ni tampoco sé donde andan. —Giró sobre los talones y dio la espalda al francés, acentuando la insolente actitud de que había hecho gala. El recién llegado se acercó y posó una mano en su hombro, lo que provocó una sacudida en el posadero, que se volvió con una agilidad impropia de su voluminosa humanidad. En su mano apareció un cuchillo tocinerero que llevaba oculto bajo el mandil.

—¡Quítame la mano de encima! —Sus palabras eran una amenaza en toda regla.

El francés, sorprendido, dio un paso atrás y llevó instintivamente la mano a la empuñadura de su espada; la cogió con fuerza, pero no desenvainó el acero.

—Sólo os he preguntado por dos personas a quienes busco, y ésta es la dirección donde me han dicho que viven... o al menos han vivido. —Tenía modales correctos y parecía un hombre decidido. Miró alrededor y vio que no era mucha la gente que había: dos mozas, una mujer mayor que éstas, tres individuos y dos jovencuelos. No eran muchos en un lugar como aquél, pero todos estaban pendientes de lo que ocurría. Retrocedió varios pasos, sin perderle la cara al posadero, buscando protegerse la espalda. Por su indumentaria se veía que era un soldado, y quedaba claro que en caso de pelea conocía el terreno que pisaba. El posadero, a quien no se le escapó el detalle, sacó conclusiones: aquel individuo no se dejaba intimidar, y si

había bronca sería peligroso.

—¡Ya os he dicho que no están aquí!

—Eso ya lo sé, porque efectivamente me lo habéis dicho, pero ¿se han alojado aquí?

El posadero pareció dudar por un instante, luego se decidió a contestar:

—Así es, pero se marcharon hace unos días... ¡No han dejado razón ninguna!

El francés no soltaba la mano de la empuñadura de la espada; con la otra registró en sus ropas y aparecieron en su palma dos monedas de oro.

—¿No recordáis nada más?

La codicia brilló en los ojos del posadero, que instintivamente pasó la yema de los dedos por el filo del cuchillo que sostenía.

—Os juro que no lo sé; os he dicho la verdad. No sé adonde han podido ir, ni siquiera podría deciros si están en Madrid.

El francés guardóse el dinero y miró hacia la salida, sin bajar la guardia. El posadero comprendió que se quedaba sin aquellas monedas. A todos sorprendió la agilidad con que de un salto salvó la distancia que le separaba de su objetivo y se abalanzaba sobre el francés, que no tuvo tiempo de desenvainar. Su espada quedó a medio salir, con la mano crispada en la empuñadura, porque la vida se le escapó de forma instantánea al haberle entrado dos palmos de la hoja del cuchillo en el corazón. El impulso con que aquel hombretón se le había echado encima fue mortal, ya que al cuchillo matador se sumaron la fuerza del brazo y el peso del cuerpo.

Cuando el herido cayó al suelo por el propio impulso del que le asestó la cuchillada, ya estaba muerto. El arma que le había provocado la muerte sólo dejaba ver la empuñadura y actuaba como tapón de la herida que le había segado la vida, de modo que apenas si salía sangre. Otra cosa sería si le quitaban el cuchillo. Los presentes habían quedado paralizados por el horror y la rapidez con que todo se había desarrollado. El posadero, que también había rodado por el suelo, se incorporó lentamente; los ojos parecían salirse de las órbitas y tenía contraído el semblante. La mujer de más edad, que era su esposa, se tapó la cara con las manos y rompió en sollozos.

—¡Deja de gimotear y vamos a lo que vamos! —le gritó el posadero.

La mujer dejó ver su rostro lloroso.

—¿Qué has hecho Manuel? —exclamó. Presa de una profunda consternación no dejaba de gritar—. ¡Le has matado! ¡Le has... asesinado!

—¡Déjate de monsergas! ¡Vamos! ¡Ayudadme!

Su mujer, las dos mozas y los dos jovencuelos se acercaron vacilantes al posadero y al cadáver que yacía a su lado.

—¡Vosotros también! ¡Venga! —El hombretón invitaba a los otros tres individuos a que acudiesen—. ¡Habrás oro para todos! ¡Ya lo veréis! ¡No hay que preocuparse, la

muerte de un gabacho no interesa a los alguaciles!

Dos de los tres parroquianos se acercaron ante la invitación del posadero, que ya empezaba a registrar los bolsillos y recovecos de la vestimenta del muerto, con avidez y nerviosismo; del bolsillo de donde había sacado las dos monedas, que después había guardado, salieron nueve piezas de oro; eran luises franceses. También sacó una bolsilla de tafilete en la que había veinticuatro monedas más, igualmente luises de oro. En otro bolsillo encontró dos monedas de plata, de las llamadas reales de a ocho, y una perla de regular tamaño.

Mientras desvalijaba al muerto el posadero parecía poseído por una furia incontenible, la codicia brillaba en sus ojos y no reparaba en las sacudidas que daba al cadáver. Todos los demás miraban expectantes, salvo la mujer, que seguía gimoteando. El hombretón desabrochó con ira la casaca del difunto, y lo hizo con tal brusquedad que varios de los botones saltaron antes de pasar por los ojales. Aquella operación hizo que el cuchillo se saliese una pulgada de la herida, lo que fue suficiente para que se debilitase el efecto de tapón que ejercía sobre ella y manase la sangre en mayor cantidad que hasta entonces. Del chaleco sacó un papel perfectamente doblado y lacrado; no prestó mucha atención al pliego y siguió hurgando en las ropas del muerto.

—¡Que nadie se mueva! —La voz que sonó a la espalda del grupo no era estridente, pero tenía la energía suficiente para dejar claro que aquello no era una broma. Era el tercero de los parroquianos, el que no se había acercado al grupo ante la invitación del posadero. Todos quedaron paralizados. Aquel individuo tenía una pistola en la mano derecha, y estaba amartillada.

—¡Que nadie se mueva y que nadie tema! —sentenció con voz tranquila, pero que no admitía discusión. Cuando el posadero iba a decirle algo, le pidió el papel—: Sólo quiero ese pliego que acabas de quitarle al muerto, lo demás no me interesa.

—¿Queréis ese papel? ¿Sólo ese papel? —preguntó el posadero entre perplejo e incrédulo.

—Efectivamente, y si no me lo das, lo tomaré yo.

—¡Faltaría más, señor! —El de la pistola no tenía aspecto de señor, pero el posadero deseaba halagarle, dadas las circunstancias—. ¡Si ése es vuestro deseo, cumplido está!

Le tendió el papel, uno de cuyos extremos se había manchado con la sangre del muerto, el desconocido alargó la mano que tenía libre y lo cogió.

Después retrocedió hasta el portón de salida, guardó la pistola y desapareció.

Para extrañeza de todos los que tuvieron noticias de aquel asesinato, el asunto fue resuelto, sin muchas indagaciones, como un caso de legítima defensa. El posadero había sido agredido y había actuado para salvar su vida.

Capítulo XXVII. El tercer mensaje

Las muestras de cansancio se le acumulaban en el rostro, lo que le daba un aire envejecido. Un cerco oscuro, una especie de aureola grisácea, rodeaba sus ojos, produciendo una sensación de profundidad que acentuaba su imagen cansina. En el reloj de pesas del portal habían sonado, lentas y solemnes, doce campanadas, anunciando que había llegado la medianoche, que comenzaba otro día, aunque para el común de las gentes el inicio de una nueva jornada no se producía hasta que despuntaba el alba y la luz ganaba su cotidiano pulso a las sombras de la noche.

El conde de Cantillana estaba ahora solo en su gabinete de trabajo, de donde hacía pocos minutos acababa de marcharse el capitán Mendieta, el segundo jefe del regimiento que él mandaba, un hombre honrado, valiente y capaz. Se conocían desde hacía cuatro años, los mismos que llevaban siendo compañeros de armas en aquel regimiento. Javier de Mendieta, primogénito de un hidalgo navarro, caballero de hábito, le debía la vida a Cantillana, al igual que Cantillana se la debía a él. Era la consecuencia lógica y casi natural que se derivaba de los gajes de la guerra, pero aquello les había unido por encima del compañerismo de las armas y había forjado entre ellos una amistad que superaba con mucho las relaciones propias de la milicia.

La reunión entre los dos militares, entre los dos amigos, se había alargado de forma considerable, porque Mendieta contaba y no paraba aspectos, detalles, actitudes y acciones relacionadas con la grave derrota que habían sufrido. No podía explicarse ni la estrategia ni las órdenes que habían emanado del estado mayor de Villadarias y que habían conducido al desbaratamiento absoluto de las tropas borbónicas. La confusión fue tal que no podía dar cifras válidas, pero la mitad del ejército debió de quedar prisionero en manos del enemigo como consecuencia de la incapacidad e incluso la cobardía con que se había maniobrado y actuado.

Cantillana, que siguió con reposada indignación los comentarios y afirmaciones de su compañero, preguntó si pensaba que la batalla estaba amañada de antemano, si ante la forma y manera en que se desarrollaron los acontecimientos podía pensarse que existía una sombra siquiera de traición. Mendieta no fue capaz de manifestarse. La conversación se prolongó generosamente, en torno a aquellos graves sucesos, hasta casi la medianoche, en que el capitán se había marchado. Cuando se quedó solo, Cantillana pensó por un momento en la ingente tarea que en tan poco tiempo había caído sobre sus espaldas. Recordó sus años mozos, cuando galanteaba, era algo torero y peleaba en Flandes contra los franceses; ya entonces había tenido la responsabilidad de mandar un regimiento, pero eran otros tiempos y otras circunstancias. Recordó también aquella extraña misión que le encargara el conde de Oropesa, en la que estaba en juego el futuro de la monarquía, y que aun no creyendo en ella la llevó a cabo impulsado por su afán aventurero. Era entonces rey Carlos II, el Hechizado, y

aquella misión, una verdadera aventura, cambió su vida y determinó una buena parte de su futuro. Habría negado con energía a cualquiera que entonces —habían pasado algunos años— le hubiese pronosticado que se encontraría en la presente situación: con la responsabilidad de salvar a una monarquía acosada y casi abatida por la suma de fuerzas de enemigos muy poderosos. Una monarquía traicionada por muchos de los que tenían obligación de guardarle fidelidad y a cuyo frente se encontraba un demente de costumbres atrabiliarias que junto a escasos ratos de lucidez vivía la negrura y el aislamiento de profundas melancolías.

Sólo la atracción de aquella mujer que había conocido en Roma y que ejercía sobre él una fascinación que resultaba difícil de explicar, le había llevado a la posición de abrumadora responsabilidad en la que se encontraba. A fuer de sinceros, sabía que existía otra razón: una reina soñadora que, a diferencia de su marido, quería ser reina de España y había puesto sobre la mesa todo lo que tenía para conseguirlo. Por aquella reina, casi una niña en el momento de llegar al trono, merecía la pena asumir el reto que tenía por delante.

Se desperezó estirando brazos y piernas en un intento de alejar el cansancio que le mortificaba. Se puso de pie y paseó por el gabinete con el propósito de despejarse y alejar aquellos pensamientos de otras épocas que habían embargado su espíritu.

El silencio de la noche quedó roto por unos golpes en la puerta de su casa. Quien fuese tenía prisa y, desde luego, dada la hora que era debía de tratarse de un asunto urgente. Reaccionó encaminando sus pasos hacia la puerta, sin aguardar a que ningún criado acudiese a la llamada; ya estaba descorriendo los cerrojos que aseguraban las pesadas hojas cuando, presurosos y agitados, llegaron dos sirvientes...

—Excelencia, dejadnos a nosotros.

—Haceos a un lado, señor, no sabemos quién está ahí... Podría resultar peligroso.

Quien hacía esta advertencia abrió un ventanuco que había en una de las puertas y que permitía conocer quién tan a deshoras armaba aquel revuelo, sin necesidad de franquearle la entrada.

—¿Quién vive? —preguntó el fámulo al tiempo que levantaba un farol para tratar de escudriñar al otro lado de la mirilla. Efectivamente, enmarcada en el cuadrado de ésta, surgió de entre las sombras el rostro de un individuo, que jadeaba con fuerza.

—¡Soy Mateo, abrid pronto!

—¡Por los clavos de Cristo, Mateo! ¿Qué haces llamando así a estas horas?

—¡Traigo algo urgente para el señor conde! ¡Abrid de una vez, maldita sea!

Los criados descorrieron los cerrojos, completando el trabajo que Cantillana había iniciado, y abrieron una de las hojas, forradas con planchas de hierro, de la puerta. Cuando Mateo entró, se sorprendió al encontrar allí al conde.

—¿Qué ocurre Mateo? A estas horas habrá de ser algo importante.

—Espero que sí, señor.

Diciendo esto, sacó una carta que entregó a Cantillana. La carta estaba manchada de sangre.

—¿Qué es esto? —preguntó el conde mientras tomaba el pliego entre las manos.

—No lo sé, señor; pero la tenía un francés que hace poco llegó a la posada preguntando por los otros franceses.

—¿Y esta sangre?

Mateo contó lo que había ocurrido en la posada de la calle de Carretas.

—No he perdido un minuto y he venido a toda prisa —añadió.

Cantillana asintió con la cabeza y ordenó que se le atendiese, después se encerró en su gabinete, tomó asiento, rompió los lacres, sin reparar en mayores detalles, y fijó los ojos en el contenido de aquella carta.

Fue una cuestión de segundos; quedó paralizado hasta el punto de contener la respiración de manera instintiva. No pudo evitar exclamar:

—¡Santo cielo!

Se restregó los ojos con los puños en un gesto que buscaba despejar los sentidos por aquel procedimiento tan rudimentario. Volvió a leer el texto. Sus ojos pasaban con rapidez, con avidez, de una línea a otra, y cuando terminó esta segunda lectura, tomó lentamente aire por la nariz, pues mantenía la boca apretada, y después lo expulsó con fuerza por ésta, tratando de descargar la tensión que en tan pocos instantes se había acumulado en su organismo.

El papel que Cantillana acababa de leer era la clave de todo el embrollo y la trama de la conjura. Venía a poner en claro muchas de las oscuridades e incertidumbres que había en aquel asunto que amenazaba el trono de Felipe v.

Sacó de un cajón del bufete dos papeles, que desplegó y colocó por orden. Eran copias de los dos mensajes anteriores.

El primero decía:

Plutarco se impondrá a Homero.
Ha sonado la hora de la Justicia.
Las Damas y sus Hijas lo agradecerán.
Cicerón está dispuesto.
X y Y avisen a Cicerón.

El otro rezaba:

De la Justicia a X e Y.
El recibo de esta letra servirá para que todo se ponga en marcha.
Cicerón ha de estar dispuesto porque Plutarco se ha impuesto a Homero.
La Justicia está prevenida y las Damas y sus Hijas son conformes.
Para el acto final esperad a que Júpiter se decida a lanzar su rayo.

Comparó los textos y reflexionó sobre las conclusiones que de los mismos

afloraban a la luz de la nueva información que acababa de recibir. Lo que hasta aquel momento habían sido dudas y cavilaciones, especulaciones y posibilidades, tenía ahora mayor solidez y consistencia. Sacó un pliego de papel, tomó recado de escribir y fue anotando cuidadosamente todas las claves que quedaban desveladas con el mensaje que había llegado a sus manos. Empleó en este trabajo un largo rato, porque no quería cometer ningún error, y para ello era necesario deducir con cautela y analizar todas las posibilidades.

Cuando terminó tenía en su poder nuevos datos, de gran importancia, en el entramado de aquella conjura. No todos, sin embargo, porque aquel último papel tenía algunas palabras ilegibles. Tal vez en ellas estuviera la solución a los cabos que quedaban sueltos, pero no le importaba demasiado. ¡Lo que había descubierto no tenía precio! Terminaba su tarea cuando en el silencio de la noche sonaron las campanas que anunciaban las cuatro; sólo entonces se dio cuenta de lo tarde que era. Se había ensimismado y embebecido de tal manera en su trabajo que había perdido la noción del tiempo.

Era demasiado tarde para ponerse en marcha y actuar, aunque sabía que el tiempo apremiaba y no podía perderse un instante. La base del éxito del plan que ya bullía en su cabeza radicaba en la rapidez con que se actuase y, desde luego, en anticiparse a la acción de los conjurados. «Menos mal —pensó— que mantuvimos bajo control la posada de la calle de Carretas, a pesar de que los dos franceses se marcharon. Si hubiésemos abandonado la vigilancia nunca habría llegado a nuestro poder este papel —miró el pliego que tenía delante— y andaríamos dando palos de ciego».

A pesar de la contrariedad que suponía no poder entrar en acción de inmediato, estaba contento y decidió echarse en la cama, aunque sabía que no podría conciliar el sueño. Así lo hizo, y durante las horas que transcurrieron no dejó de pensar en la forma de encontrar una solución para la lectura de las líneas que la sangre había manchado.

Capítulo XXVIII. En busca de una solución

Era muy temprano. Las primeras luces del alba no habían logrado romper los últimos retazos de la noche que terminaba. El conde de Cantillana estaba meditabundo y prestó poca atención a los comentarios de Julián, quien como cada día, antes del amanecer, tomaba en la cocina chocolate bien espeso y caliente. La mortecina luz de los candiles había alumbrado pobremente la charla del señor y el viejo criado, ajenos ambos al ajeteo que ya empezaba a producirse entre los peroles y los pucheros.

El conde apenas había tomado unos sorbos de café, que calentaron sus tripas, y escuchado distraídamente a aquel anciano medio ciego contarle, una vez más, las historias que tantas veces le había repetido. Por los amplios ventanales entraron las primeras luces del alba indicando a Cantillana que debía ponerse en movimiento. Dio al viejo criado un apretón de manos y se despidió. Tomó su capa y rápidamente salió a la calle, donde los primeros viandantes caminaban, con escurridiza rapidez, hacia sus destinos. En pocos minutos Madrid estaría en plena ebullición, en las plazuelas y lugares donde se instalaban a diario los mercados ya se iniciaba el movimiento que precedía al comienzo de las actividades cotidianas.

Llevaba el paso presuroso y decidido; cualquiera que le viese podía afirmar que aquel hombre sabía a donde caminaba y que quería llegar pronto.

Iba al único sitio donde podría encontrar una solución al problema de las palabras ilegibles del mensaje que la noche anterior había llegado a su poder. Durante las horas que, tendido en la cama, había pasado en vigilia, mientras su cabeza daba vueltas en torno al mismo asunto, recordó que Ana María, con motivo del escándalo del padre Daubenton, le había dicho que detrás de todo aquello estaba la visita que la reina y ella habían hecho a una adivinadora que vivía a la espalda del colegio Imperial. No tenía la seguridad de que no fuese una de las muchas embaucadoras que pululaban por la villa y corte en busca de buenos ducados sacados a los incautos, pero no se le ocurría qué otra cosa hacer.

No sabía cuál era la casa de aquella mujer de la que sólo recordaba su nombre pero la calle de referencia era pequeña y pensaba que la encontraría fácilmente. Desde luego, había rechazado la posibilidad de hablar de este mensaje con Ana María. Intuía el grave riesgo que entrañaban aquellas líneas manchadas y deseaba alejar, en la medida de lo posible, el peligro que acecharía a la mujer que amaba. Mientras caminaba no podía apartar de su mente a personas que había conocido hacía años, dotadas de saberes sobrenaturales. Ese conocimiento, que sabía real, era lo que le conducía allí. Tal vez, aquella Ana, cuyo apellido no lograba recordar, fuese alguien de esa condición. Sacudió la cabeza, como alejando un pensamiento, y para animarse se dijo a sí mismo que, en todo caso, sería cuestión de poco tiempo el salir de dudas. De todas formas, ahora le interesaba mucho más lo que no sabía de aquel

mensaje, que las claves que el mismo le había desvelado.

Embebido como iba en estos pensamientos, subió la Carrera de San Jerónimo y casi sin darse cuenta cruzó la plaza Mayor, donde la animación era ya intensa; dejó a su izquierda la ronda de Curtidores y se introdujo en el dédalo de callejones y callejuelas que quedaban entre la calle Mayor y la de la Colegiata, donde se asentaba el colegio de los padres de la Compañía. Una de aquellas callejas sería la que albergase la casa que buscaba.

La tarea de localizarla se presentó mucho más dificultosa de lo que había imaginado en un principio. Al llegar allí se dio cuenta de que preguntar por la casa de Ana, sin más, era poco concreto, y que aludir a sus actividades presentaría más inconvenientes que ventajas. Podría incluso levantar alguna mala sospecha y ya había tenido problemas con el Santo Oficio, con el que las cuentas no estaban saldadas. Pensaba en cómo abordar aquella situación cuando un hecho inesperado vino en su ayuda.

—Una limosna, por caridad. Que Dios os lo premiará. —Quien demandaba aquella ayuda era un hombre de mediana edad que no tenía aspecto de mendigo, aunque estaba lisiado. Se había dirigido directamente a él, extendiendo un platillo.

Cantillana echó mano al bolsillo de su cinto y sacó un ducado —¡toda una señora limosna!— que relució en arcilla del cuenco; el solicitante, asombrado al comprobar lo que acababan de darle, alzó la mirada que hasta entonces había mantenido baja. Cuando vio el rostro de su bienhechor no pudo contener una exclamación de asombro.

—¡Por los cuernos de la luna! ¡Si es el mismísimo coronel Cantillana!

Instintivamente el conde llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—¿Quién sois vos?

El mendigo, que se había retirado un paso, al percatarse del gesto contestó sin vacilar:

—Señor, un soldado que peleó a las órdenes de su excelencia en Flandes.

Cantillana se relajó.

—Así que eres un veterano de los tercios.

—Sí, excelencia.

—¿A qué te dedicas? —preguntó el conde.

—Malvivo, señor, de la caridad de buenas gentes como su excelencia. No puedo trabajar —enseñó el muñón de lo que fue su brazo derecho—, y ya sabe su excelencia que las pagas de los viejos soldados nunca llegan.

—¿Cuál es tu nombre?

—Álvaro de Mendoza, para serviros, señor, y tengo un aposento compartido con otro veterano en el callejón del Nuncio.

—Así es que vives por aquí.

—En efecto, señor. ¿Necesitáis algo?

—Sí, Álvaro, necesito una información que tal vez... tú puedas facilitarme.

El tullido adoptó un aire de cierta marcialidad y exclamó:

—¡A las órdenes de usía, mi coronel!

Cantillana sonrió con amabilidad y posó su mano enguantada sobre el hombro de aquel veterano, donde se había reflejado por un instante el orgullo del tiempo pasado en la milicia.

—¿Puedo confiar en ti?

—¡Señor, sin la menor duda!

—Bien, Álvaro; busco la casa de una mujer que vive por aquí. Su nombre es Ana...

—¿Por un casual, Ana de Hoserín?

A Cantillana se le iluminó el pensamiento. Ése era el apellido de la mujer, que no lograba recordar:

—¿La conoces?

—Sé dónde vive, señor. Os llevaré hasta su casa.

En pocos minutos el viejo soldado le condujo hasta el lugar que Cantillana deseaba. Éste tomó el bolsillo donde llevaba las monedas, pero cuando hizo ademán de entregarlas a su guía, fue parado en seco.

—¡De ninguna manera, señor! ¡No puedo aceptar ni un maravedí por un servicio a mi coronel! —Levantó la cabeza con gallardía y dando media vuelta, sin decir palabra, se marchó arrastrando su miseria con dignidad.

Cantillana, permaneció quieto, sin mover un solo músculo, hasta que le vio perderse por la primera esquina que había. Sólo entonces llamó con fuerza a la puerta de la casa de Ana de Hoserín.

Aquella calleja no era un sitio que atrajese a la concurrencia, ni un lugar de paso. Los golpes habían sonado con gran limpieza por encima del bullicio que llegaba de la lejanía. Su llamada no tuvo respuesta por lo que insistió otra vez. De nuevo los golpes sonaron con fuerza.

Transcurrido un cierto tiempo, el que parecía más que prudente para que desde el interior diesen respuesta, Cantillana dudó si habría alguien en aquel lugar. Decidió, antes de realizar un tercer intento, aguardar un poco más. Cuando consideró que era suficiente, realizó una tercera llamada, pero de nuevo el silencio fue la respuesta que obtuvo. Numerosas dudas le asaltaron entonces: ¿Habría alguien allí? ¿Sería aquélla la casa de Ana de Hoserín? ¿Le habría mentido el tal Álvaro de Mendoza? Rechazó esta última posibilidad. Aquel hombre le conocía, sabía que era coronel y, lo más importante, había rechazado el dinero que le ofreciera... No, Álvaro de Mendoza no podía ser un malandrín.

Decidió dar un paseo por los alrededores y volver más tarde. Apenas había

caminado unos pasos cuando oyó que alguien hablaba a sus espaldas.

—¿Quién es el que arma tanto jaleo a deshoras? ¿Se puede saber quién...?

Una vieja había abierto la puerta y Cantillana volvió sobre sus pasos.

—¿Vive aquí Ana de Hoserín?

La vieja soltó, con un gruñido:

—¡Vive aquí Ana de Hoserín! ¡Vive aquí Ana de Hoserín...! ¿Y se puede saber quién pregunta por ella?

—Sí que se puede saber; soy yo quien pregunta. —Cantillana estaba ya frente a ella.

—¿Y quién sois vos?

—Soy alguien que necesita de vuestros servicios.

La vieja soltó una risotada estridente:

—¡De mis servicios...! Ja, ja, ja, ja.

Aquella risa provocó la cólera de Cantillana, que no acertaba a comprender la actitud de la vieja.

—¡Pardiez! ¿Se puede saber de qué os reís?

—Señor, es que, ja, ja, me ha hecho gracia la confusión. Yo no soy la persona que buscáis.

Cantillana aguardó unos instantes y después preguntó, retador:

—¿Y bien...?

—¿Y bien, qué?

—¡Que si está Ana de Hoserín, por los clavos de Cristo!

La vieja hizo un extraño ademán y preguntó:

—¿Quién habéis dicho que sois?

—¡Yo no he dicho quién soy, pero os lo voy a decir! ¡Soy el conde de Cantillana, y ahora, si no os importa, respondedme!

—Esta bien, está bien. Aguardad un momento —dijo la vieja, y dando un portazo lo dejó plantado en medio de la calle. Así transcurrieron no menos de cinco minutos hasta que la puerta volvió a abrirse de nuevo y la vieja, sin decir palabra hizo un gesto a Cantillana indicándole que pasase. Aquella vieja, que se movía con una mayor agilidad de la que pudiese creerse, le condujo a la misma habitación donde la reina y su camarera mayor se habían reunido con su ama.

Cantillana hubo de esperar algunos minutos más en aquella sala donde Ana de Hoserín recibía sus visitas. No dejó de ir de un lado para otro, hasta que la enigmática mujer apareció. El conde decidió no perder el tiempo en preámbulos y sin mayores formalidades le expuso cuáles eran las razones que le habían conducido a solicitar su ayuda. Acto seguido, sin esperar respuesta, le enseñó el mensaje.

Se produjo un largo silencio que a Cantillana se le hizo eterno. Por fin, la mujer contestó afirmativamente a su demanda.

—Bien, en ese caso ¿podéis decirme qué es lo que está escrito en las zonas manchadas?

—No tengo inconveniente, pero antes hemos de fijar el precio de mis servicios. Cantillana se dio cuenta del olvido y sacó de entre sus ropas una bolsa de cuero.

—Hay cien ducados, creo que será suficiente. En todo caso...

—Señor —la mujer le interrumpió, cortante—, no se trata de dinero; mi trabajo tiene otro precio.

El conde se puso instintivamente en guardia:

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó.

—Algo muy simple y que para vos no supone ninguna dificultad.

—Decidme, pues.

—Quiero un carruaje, un salvoconducto, una escolta que me conduzca hasta Sevilla y un pasaje para embarcar a las Indias.

Tras la petición, Cantillana miraba atónito a la mujer.

—¿Es que acaso...?

—Sí, me marcho de Madrid. Si no lo he hecho antes es porque en las actuales circunstancias un viaje es asunto complicado, además de peligroso.

—Está bien, tendréis lo que pedís. Ahora leedme el texto completo de esa carta.

—Señor, eso no es posible hasta que tenga a mi disposición lo que os he pedido, y también vuestra palabra de caballero.

—Tenéis mi palabra; ahora leed.

—No sin antes tener lo que os he pedido.

Cantillana a duras penas podía contener el malhumor que le embargaba. Buscó otra fórmula para vencer la tenacidad de aquella mujer.

—¿Cómo sé yo que no sois una de tantas embaucadoras?

Una chispa de malévola intención brilló en los ojos de la mujer.

—Yo no os he ofrecido mis servicios —dijo—, sois vos quien ha venido a requerirlos. Eso es suficiente. Pero os daré una prueba, ¿os suena el nombre de «Homero»?

Cantillana le arrebató a la mujer el papel que tenía en las manos y leyó con avidez. La palabra «Homero» no figuraba en el texto, en todo caso estaría entre las que la sangre había manchado. Levantó la mirada y, sin pestañear, exclamó:

—A mediodía tendréis lo que me habéis pedido. El coche, la escolta, el salvoconducto y el pasaje os estarán aguardando y yo vendré a por el texto.

—Estaré esperándoos.

El conde de Cantillana tuvo una mañana febril, pero a las doce una carroza y un piquete de soldados de caballería aguardaba en la puerta de la casilla de aspecto miserable que daba la espalda al colegio Imperial. Había bajado del vehículo y entrado en la casa, donde quedó atónito, al borde del espanto, cuando Ana de

Hoserín, que le estaba esperando, leyó completo el texto de aquella misiva. A pesar de su estado de ánimo, preguntó a la mujer las razones de su marcha.

—Es conveniente que así sea —fue la respuesta que obtuvo.

—¿Conveniente por qué? —insistió.

—De acuerdo. Ya que me habéis facilitado los medios y dado vuestra palabra, os diré algo más. Mi vida está en peligro, tengo ese presentimiento, y sé que sólo me encontraré a salvo fuera de la ciudad y, mejor aun, fuera de España.

—¿Qué es lo que os amenaza?

—Eso no voy a decíroslo, pero os pediré un favor que os resultará fácil de hacer.

El conde indicó con un gesto de asentimiento que esperaba la petición.

—¿Os importaría hacer llegar a la princesa de los Ursinos este billete? —Ana sacó de su pechera un papel cuidadosamente doblado y lacrado.

—Será como queréis.

—Una cosa más. No lo entreguéis antes de mañana, y hacedlo llegar de forma anónima.

Cantillana asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Tengo vuestra palabra de caballero?

—La tenéis.

Instantes después la carroza escoltada tomaba camino del puente de Toledo, mientras el conde espoleaba su caballo hacia su casa. Tenía en sus manos las claves de aquella conjura. Estaba aterrado porque el asunto era mucho más grave de todo lo que había podido imaginarse. Cada minuto podía ser determinante.

Aquella tarde dos individuos de mala catadura llamaron una y otra vez a la puerta de una casucha de la calleja que corría a la espalda del colegio de los jesuitas; pese a su insistencia sólo obtuvieron el silencio como respuesta. Después intentaron forzar la puerta disimuladamente y para su sorpresa comprobaron que ésta cedió al primer impulso. No estaba cerrada. Entraron con sigilo y comprobaron, sorprendidos, que había comenzado un pequeño incendio provocado por un braserillo de quemar plantas aromáticas que estaba volcado. Los carbones debían llevar horas consumiendo con su lengua incandescente la madera de una tarima; a poco que se le ayudase, aquel incendio alcanzaría proporciones que harían arder toda la casa.

Los dos rufianes buscaron por todos los rincones y no encontraron lo que esperaban; entonces decidieron avivar el fuego hasta convertirlo en una candela y abandonaron rápidamente el lugar. En pocos minutos la casa, cuyas maderas habían prendido con gran facilidad, era una tea que amenazaba a las construcciones colindantes. Entre el horrorizado vecindario y los criados de la Compañía a los que se sumaron los alumnos del colegio Imperial, lograron apagar el fuego con grandes esfuerzos. No hubo desperfectos en otras viviendas, pero la casa siniestrada quedó destruida hasta los cimientos, convertida en un montón de escombros. Cuando se

removieron los restos no se encontró ningún cadáver, aunque el vecindario sabía que allí vivían dos mujeres, que no aparecieron por ninguna parte. En la villa y corte nunca más se supo de ellas, y tampoco nadie preguntó.

Al otro día, sin que supiese cómo, la camarera mayor de la reina recibió un billete en el que se leía:

Si la reina hubiese usado mi bálsamo se habrían ahorrado muchos sinsabores y yo no tendría que temer vuestros rencores.

A pesar de todo, os doy gratis un consejo: no bajar la guardia ante el azul.

No estaba firmado ni tenía otra señal, salvo el nombre de la destinataria, pero la princesa de los Ursinos sabía quién estaba detrás de aquellas líneas. Hizo indagaciones para tratar de averiguar cómo había llegado el billete a su poder, pero no sacó nada en limpio. Tuvo noticia del fuego de una casa que había quedado destruida, pero que sus moradoras no habían perecido en el incendio. Supo entonces que, pese a su poder, alguien le había ganado por la mano y, además, la dejaba sumida en un mar de confusiones. La última frase de aquel escrito que la ponía en guardia contra el azul, le recordó otra frase que la reina le comentaba con frecuencia: «El amarillo no será obstáculo; triunfará el azul, pese a otros azules».

Capítulo XXIX. Alta traición

—... Hemos de tener pruebas muy concluyentes para que se hayan efectuado todas esas detenciones y... lo que es no menos importante, el que dada la calidad de las personas detenidas, se les haya encerrado en la cárcel de la villa, como si se tratara de vulgares malhechores.

Luisa Gabriela de Saboya daba la sensación de estar ausente; sentada en la presidencia de la mesa del Consejo de Estado ofrecía una imagen hierática, sólo el pequeño tamborileo de los dedos de su mano derecha sobre el tapete daba vida a la misma. Sin embargo, los que la conocían, como era el caso de todos los presentes, sabían que no estaba perdiendo detalle de lo que se decía en aquella sesión, convocada con carácter de máxima urgencia con la finalidad de discutir y, en su caso, elevar una consulta, ante los acontecimientos que habían tenido lugar aquel día.

—Hay razones fundadas para ello, ya que estamos hablando de un caso de alta traición. —Era Grimaldo quien contestaba de esta forma a las dudas formuladas por el consejero. Tras las dos últimas palabras, el silencio de los presentes se hizo absoluto, sólo se oía la fatigosa y asmática respiración de Mancera.

—¿Alta traición habéis dicho?

—Eso es lo que he dicho Frigiliana, alta traición. ¡Alta traición y lesa majestad!

Hubo una pequeña conmoción entre los consejeros, todos se removieron en sus sillones. Era la manera de manifestar la sorpresa que les producía lo que acababan de oír y que parecía tenerles enmudecidos. El único que pareció reaccionar fue el cardenal Portocarrero.

—¡Por el amor de Dios! ¡Queréis explicaros! Lo que acabáis de decir es... extremadamente grave. ¿Tiene relación con la detención y arresto del señor duque de Medinaceli?

Grimaldo miró fijamente al purpurado antes de realizar una exposición detenida de todo aquello que había levantado tan generalizado revuelo entre los madrileños y obligado a convocar a toda prisa al máximo órgano de gobierno de la monarquía.

—Hemos tenido noticia, y comprobado su veracidad, de que existía en esta corte una conspiración para destronar al rey nuestro señor. —El silencio de los presentes era tenso y expectante, estaba claro que Grimaldo no se andaba por las ramas y había entrado de lleno en materia—. No se trata, como vuestras excelencias pudiesen creer, de un complot austracista, al estilo del que algunos indeseables y desleales vasallos de su majestad promovieron en Granada para proclamar soberano de esta monarquía al archiduque Carlos de Austria. Tampoco se trata de que los partidarios de la casa de Austria hayan promovido un amotinamiento en esta corte en favor del hijo del emperador, sino de algo más profundo, ya que sus ramificaciones y maquinaciones llegan hasta extremos verdaderamente increíbles. Estamos en presencia de una acción

combinada de largo alcance que iba mucho más allá de promover la sedición en una población, aunque esa población fuese Madrid, el mismísimo corazón de la monarquía. Lo que los conjurados se proponían era actuar combinadamente con los jefes del ejército inglés y holandés para sentar en el trono a un nuevo rey...

El silencio con que los presentes habían seguido las palabras de Grimaldo se rompió. Casi todos se agitaron de una u otra forma en sus asientos y dejaron escapar algún suspiro, alguna exclamación que ponía de relieve su estado de ánimo. En todos anidaba, como sustrato común, la sorpresa y el estupor. Fue Portocarrero quien interrumpió el discurso del ministro.

—Decís que hay pruebas de la conjura y que se conoce el alcance y las ramificaciones de la misma. ¿Dónde están las pruebas? ¿Hasta dónde alcanza lo que habéis insinuado? ¿Qué garantías tenemos de que sea cierto todo eso que estáis diciéndonos? ¿Quién es ese... ese...? —Portocarrero no encontraba la palabra adecuada; fue la reina quien vino a sacarle del apuro.

—No sabemos, eminencia, quién es la persona que los conjurados quieren imponer. —Su voz sonaba con una energía que resultaba impropia de su apariencia, pero que, desde luego, no extrañaba a ninguno de los presentes—. Sí sabemos, como ha apuntado Grimaldo, que la conjura tiene dimensiones internacionales; está confirmado que los ingleses y los holandeses están en el asunto... Tal vez, tal vez —la reina vaciló— haya otras, potencias complicadas que asombrarían a vuestras excelencias...

Ninguno de los presentes se atrevió a abrir la boca, aunque a alguno le costó trabajo reprimir el deseo de hacerlo; era la reina quien estaba hablando, pero por la cabeza de todos rondó el mismo pensamiento: su majestad se estaba refiriendo a Francia; ése fue el relámpago mental que cruzó sus cerebros durante el instante que Luisa Gabriela de Saboya empleó para hacer una breve pausa. Si Francia estaba patrocinando un nuevo candidato al trono de España, coincidiendo con ingleses y holandeses, la causa de Felipe V estaba perdida, pues era insostenible. Alguno pensó en los pasos que habría de dar para posicionarse ante una situación tan novedosa.

—... Esa potencia es la que todas sus excelencias están pensando: Francia.

Tras las palabras de la reina, el silencio fue total, ni se respiraba. Grimaldo y Ubilla miraban escrutadoramente a los restantes miembros del Consejo, tratando de calibrar el efecto producido por aquella revelación, intentando meterse en sus cabezas y hacerse con el curso de sus pensamientos. Sus rostros, sin embargo, eran todo un tratado de inexpresividad. En aquella corte, semillero de intrigas y mentidero universal de la monarquía, el disimulo y la doblez eran moneda de aquilatado valor. No se llegaba así como así al Consejo de Estado, no se sentaba cualquiera en uno de aquellos sillones. Era necesario, además de pertenecer a un esclarecido linaje, haber hecho todo un *cursus honorum* cortesano, un aprendizaje que llevaba incluido el

dominio no ya de las pasiones o de las emociones, sino de la mínima reacción que delatase algo a unos cortesanos cuya mirada estaba adaptada para interpretar el significado y verdadero valor de una mueca, un gesto o el brillo de unos ojos.

—Las pruebas por las que ha preguntado su eminencia son concluyentes. — Grimaldo retomaba su discurso y hablaba ahora con más aplomo del que había mostrado con anterioridad; era indudable que la intervención de la reina le había dado alas—. De no haber sido así no se hubiesen producido las detenciones y arrestos que esta mañana se han efectuado. Asimismo, la gravedad del delito es lo que ha aconsejado el aislamiento y la incomunicación en cárcel pública, prescindiendo de la calidad de las personas detenidas...

Otra vez el cardenal Portocarrero intervino, interrumpiendo a Grimaldo:

—¿Quiénes son las personas detenidas? Porque... porque, ¡son tantas las habladurías que hoy han circulado...!

La respuesta que Grimaldo dio dejó boquiabierto al cardenal primado de las Españas.

—Siento decirlo, eminencia, que no me es posible revelar los nombres de las personas que han sido detenidas e incomunicadas.

Los ojos de Portocarrero centelleaban, su brillo iracundo parecía impropio de la edad que había alcanzado y que por lo común suele doblegar la ira y atenuar las formas. A duras penas logró contener su indignación, que, pese a la presencia de la reina, se dejó traslucir en la forma en que contestó al ministro.

—Habéis de saber, señor mío, que estáis hablando en el más importante órgano de asesoramiento del rey nuestro señor, cuya vida Dios guarde. —Sus ojos glaucos lanzaron una intencionada mirada a la reina—. Que nuestra acrisolada fidelidad a su majestad no ofrece la más mínima mácula de duda y que en el caso concreto de quien os habla representa la máxima dignidad de nuestra Santa Madre Iglesia en los dominios de la Monarquía Católica. Vuestra respuesta, señor mío —añadió con retintín—, es no sólo una afrenta a los miembros de este Consejo, sino una falta de...

No terminó, porque la voz de la reina, enérgica a la vez que suave, le cortó en seco.

—Nadie duda, eminencia, de los valores que atesoran todos y cada uno de los miembros de este dignísimo consejo ni de las prendas que adornan a vuestra eminencia. Sin embargo, habréis de admitir que en las actuales circunstancias todas las precauciones que adoptemos no son baladíes ni responden a caprichos. Espero que los presentes entiendan las razones que obligan a ello...

La reina paseó la mirada, con lentitud, por todos y cada uno de los consejeros quienes, sin excepción, bajaron la cabeza.

¿Acatamiento a las afirmaciones de la soberana? ¿Ocultamiento de su desasosiego?

—Grimaldo —concluyó la Saboyana—, al contestaros así, ha seguido fielmente las instrucciones que ha recibido.

Portocarrero, a quien la soberana había mirado fijamente mientras pronunciaba estas últimas palabras, sintió el aguijón. La única persona que podía dar instrucciones al ministro era la propia reina, dadas las condiciones en que se encontraba el rey. El viejo purpurado hubo de ocultar la mano derecha entre los pliegues de sus vestiduras para quitar de la mirada de los presentes el temblor que la agitaba y cuyo control se le escapaba. Era un movimiento nervioso que, desde hacía tiempo, le acometía cada vez que se veía en una situación embarazosa.

Fue el viejo marqués de Mancera quien rompió el difícil silencio que se había apoderado de la reunión, tras las últimas palabras de la reina, que a todos habían sonado —dichas con suavidad— a recriminación por la actuación del primado. Mancera había acudido a la convocatoria del Consejo en una silla de manos que le había llevado hasta la misma antesala de la cámara donde se celebraban las sesiones, y varios criados le habían acomodado, con grandes cuidados, en su sillón. A pesar de sus achaques físicos, mantenía una lucidez admirable. Además, y eso lo sabía toda la corte, gozaba no ya del favor de la reina, sino que ésta no se recataba de manifestar en público la simpatía que profesaba a aquel viejo gruñón que, sin embargo, era modelo de lealtad y cuyos servicios a la corona resultaba innumerables. Mancera, posiblemente, era el único personaje de la corte que podía permitirse, en determinadas circunstancias, ciertas iniciativas.

Ahora se daban esas circunstancias.

—Majestad, si me permitís...

—Adelante, Mancera. —Los ojos de la reina se alegraron de forma instantánea, pese a la veladura de pesadumbre que arrastraban.

—Es cierto, majestad, que en las actuales circunstancias se hace necesario extremar las precauciones. Yo aplaudo que se guarde el máximo de los sigilos posibles en un asunto que, en palabras de Grimaldo, ha sido considerado alta traición y lesa majestad... He creído entender, además, que en esta conjura hay extensas ramificaciones...

Grimaldo asintió en silencio a la mirada del marqués solicitando información:

—Lo cual hace no sólo aconsejables sino necesarias y saludables las disposiciones tomadas; pero... pero ¿cuál es la razón por la que con toda urgencia se nos ha convocado?

Grimaldo pidió con la mirada la autorización de la reina para responder. Ahora fue la soberana quien asintió sin abrir la boca.

—Dos son las razones que han llevado a esta convocatoria extraordinaria y urgente. La primera, dar a conocer la confirmación de los rumores que hoy circulan por esta corte... A saber, que se ha procedido a practicar varias detenciones de

personas de calidad y que la causa de las mismas se encuentra en la conjura urdida contra el rey nuestro señor en los términos a los que anteriormente me he referido. No se trata de una conspiración austracista para promover los anhelos —utilizó la palabra con contundencia— del señor archiduque, sino de sustituir al rey nuestro señor por un pretendiente que sería visto sin recelos por las potencias marítimas y que, ya lo ha indicado su majestad, es visto también con buenos ojos por Francia, como solución a un conflicto que está suponiendo por su dureza y duración una sangría de hombres y dinero que el Cristianísimo no puede seguir soportando por más tiempo... —Hizo una pausa para escrutar los rostros de los presentes, sin que una vez más pudiese concluir nada de su observación. También le sirvió para preparar la exposición de la segunda de las cuestiones que ponía sobre el tapete—. El segundo de los asuntos que su majestad quiere someter a la consideración de este Consejo es la actitud adoptada por la Santa Sede en relación al conflicto que vive nuestra monarquía...

Contra lo que era norma, las noticias que Uceda había enviado desde Roma no habían trascendido fuera de un círculo muy reducido. Posiblemente ninguno de los miembros del Consejo de Estado tuviese conocimiento de la postura adoptada por el papado..., y en todo caso, si alguien había oído algo relacionado con aquella cuestión, aparentó hacerse de nuevas.

Otra vez fue su eminencia el cardenal primado quien se adelantó a preguntar:

—¿La actitud adoptada por la Santa Sede, decís?

Antes de que Grimaldo abriese la boca, el purpurado formulaba otra pregunta:

—¿Roma se ha pronunciado sobre el conflicto? —El rostro del primado toledano expresaba una extrañeza rayana en la incredulidad.

Grimaldo abrió una carpeta de tafilete rojo adornada con una orla dorada, que tenía ante sí. Tomó un pliego y, tras calarse las antiparras, leyó con cierta solemnidad:

El aprieto en que los ministros austríacos han puesto al Pontífice le ha llevado, en primera instancia, a reconocer genéricamente por rey a Carlos de Austria y ordenado se forme una junta de quince cardenales para determinar el título. El Pontífice ha nombrado a los cardenales Accijoli, Carpegna, Marescoti, Espada, Panfiatici, San Cesáreo, Gabrieli, Ferrari, Paraciani, Caprara, Fabroni, Panfilio, Astali, Bicci y Renato.

Don José Molines, decano de la Sacra Rota por España, ha protestado ante el cardenal camarlengo y ha puesto en mi conocimiento que se han dado instrucciones al nuncio en Madrid, arzobispo de Damasco, para que ablande el ánimo del rey nuestro señor (que Dios guarde), exponiéndole que el Pontífice está violentado y le es imposible redimirse de la vejación, sin condescender en gran parte de lo que piden los austríacos.

He retenido este correo hasta tener conocimiento de la determinación de la Junta de Cardenales. Ya es voz pública en esta ciudad que el archiduque Carlos ha sido reconocido como Rey Católico en aquella parte de los dominios de España que posee, sin perjuicio del título ya adquirido y de la posesión de aquellos reinos de que goza el rey nuestro señor.

Tanto el embajador del Rey Cristianísimo, como yo en nombre de nuestro soberano, don Felipe V, Rey Católico, hemos elevado nuestra protesta y disconformidad por este nombramiento, reputándolo de falaz y no válido por contravenir uno anterior en plena posesión y gozo de su titular.

Espero instrucciones concretas del rey nuestro señor para obrar en consecuencia.

Uceda.

Grimaldo se quitó los lentes y guardó el pliego en la carpeta. Nadie abría la boca. Portocarrero dirigía sus ojos de soslayo a fray Juan de Santaelices; a Arias no se molestaba en mirarle, sólo diría amén a lo que él planteara.

—Los señores consejeros han de saber que, por razones que ignoramos, el nuncio de su santidad no ha solicitado audiencia para ser recibido por el rey nuestro señor.

Las palabras de Grimaldo sólo rompieron momentáneamente el silencio que había imperado tras la lectura de la carta. La reina había sacado el punto y hacía calceta con movimientos ágiles de las agujas, que sus dedos manejaban con experta habilidad, mientras todos los presentes parecían estar ensimismados en profundas meditaciones. Aquél era un asunto grave que venía a echar más lastre a una situación en extremo delicada, pero además planteaba una cuestión peliaguda, no sólo por lo que suponía el reconocimiento de la Santa Sede al pretendiente austriaco, sino porque uno de los ejes de la propaganda borbónica durante los largos años de contienda había sido la defensa de la religión católica, apostólica y romana frente a los herejes ingleses y holandeses.

—Sin embargo, esperamos que esa audiencia sea solicitada de un momento a otro. En las actuales circunstancias —continuó— eso es lo de menos, lo fundamental en este momento —miró alternativamente a Portocarrero y a Santaelices— es controlar las consecuencias que la decisión papal puedan tener en el estado eclesiástico. No debemos perder de vista la dimensión de cruzada contra los herejes —Grimaldo enfatizó su afirmación— que tiene la lucha sostenida por el rey nuestro señor. Lucha contra herejes, repito, que son quienes apoyan a un pretendiente que... que...

—¡Que un Papa político reconoce en un acto político! —Fue la vehemencia del conde de Santisteban la que lanzó aquella dura afirmación.

—¡Reportaos, Santisteban! Estáis refiriéndoos al vicario de Cristo en la tierra. —El tono de fray Juan de Santaelices era reprobatorio.

—¡El vicario de Cristo en la tierra reconociendo a un príncipe a quien sostienen los enemigos de la Santa Madre Iglesia! ¡Esa, fray Juan, es una decisión política!

—¡Además de política, es poco afortunada! —afirmó, contundente, el marqués de Mancera.

—¡Se trata del Papa! —Portocarrero elevó el tono de voz más de lo adecuado.

—¡También fueron papas Alejandro VI y Julio II, y en una ocasión nuestras tropas hubieron de saquear Roma! —Ahora Mancera también elevaba el tono.

—Señores, señores... —intervino la reina con voz sosegada—, así no resolveremos nada. Estamos ante una situación triste y complicada. Debemos, por nuestra conveniencia, ver la forma de afrontarla adecuadamente.

Todos guardaron silencio ante las palabras de la reina. Grimaldo retomó la situación:

—En mi opinión, la cuestión fundamental estriba en la postura que el estado eclesiástico ha de mantener ante la decisión del Papa, y me gustaría conocer vuestra opinión sobre el asunto, fray Juan.

Las miradas de los presentes apuntaron hacia el teólogo, quien, recostado en su sillón, mantenía las manos metidas cada una en la manga contraria del hábito, ocultándolas a la vista. Se tomó tiempo para responder a la requisitoria que Grimaldo le había planteado, tomó aire, con una profunda inspiración, y se aclaró la garganta.

—Hecha la salvedad y sentada la premisa de que mi opinión en este momento no constituye un dictamen —dijo—, cuyo pronunciamiento requeriría una reflexión más meditada y, desde luego, que también se pronunciasen sobre la cuestión otras voces autorizadas, hemos de considerar dos aspectos. El primero, que para emitir un juicio sólo disponemos de una única fuente de información: la carta del embajador de su majestad ante la Santa Sede. El segundo, que en dicha carta se señalan aspectos de posibilismo o probabilismo. Sentadas estas premisas, que sin duda cuestionan de forma casi determinante cualquier pronunciamiento y plantean serias reservas al mismo, podemos manifestar que, aparte de la disquisición acerca de si el Papa actúa como vicario de Cristo en la tierra o como señor temporal y, consecuentemente, su acción quedaría determinada en un ámbito concreto de su actuación, hay dos elementos en el texto del señor embajador a los que hemos de dedicar una particular atención. Uno de esos elementos se refiere a las presiones ejercidas sobre el Papa para que tome la decisión objeto de análisis. ¿Ha sido ésta una decisión tomada al libre albedrío de su santidad, o, por el contrario, es la consecuencia de una presión moral o física? Y también, ¿hasta dónde se ha producido esa presión? El otro elemento se refiere a que el hipotético reconocimiento del señor archiduque, de haberse producido, y suponiendo que el mismo no haya estado sometido a coacciones, sólo lo es para aquellos territorios de la monarquía que se hallan al presente sometidos a su dominio... En mi opinión, y salvo un más meditado y contrastado dictamen, a la par que reitero no ser procedente, por las circunstancias que concurren sobre el carácter que pudiese tener la decisión del Sumo Pontífice, el supuesto reconocimiento al señor archiduque, desde luego, no tiene valor ninguno en esta corte, ni en aquellos territorios de esta monarquía que permanecen fieles al rey nuestro señor. Asimismo, es mi opinión que dicho reconocimiento también es cuestionable, dadas las circunstancias que concurren y en cuyo prolijo examen no entramos ahora, en los territorios de esta monarquía ocupados por los herejes ingleses y holandeses, enemigos irreconciliables de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Fray Juan respiró profundamente en una inequívoca manifestación de autocomplacencia.

—Hemos de colegir de las palabras de vuestra paternidad —señaló Grimaldo en

tono consultivo—, que aun cuando el nuncio de su santidad comunicase oficialmente la decisión pontificia, el estamento eclesiástico no tiene por qué asumir la misma.

—A reserva del dictamen que elevase una junta de teólogos, donde con detenimiento y reflexión se analizase el caso, ésa es mi opinión.

Grimaldo, que apenas podía disimular la satisfacción que experimentaba, porque era la primera noticia buena que recibía en medio de las angustias que le atenazaban en su quehacer de los últimos días, miró con intención a Portocarrero. El primado se dio por aludido con aquella mirada y se sintió en la obligación de decir algo, aunque ello no supusiera definirse y romper la ambigüedad calculada que siempre le caracterizaba. No obstante, eligió cuidadosamente las palabras.

—Con todas las reservas que fray Juan ha puesto de manifiesto al emitir su opinión particular y singular —dijo—, dejando el asunto para el superior criterio que pudiese darse en un dictamen razonado, por nuestra parte no tenemos ninguna salvedad que hacer a la opinión de un teólogo tan reputado y experimentado.

El arzobispo Arias se limitó a señalar que se conformaba con el parecer de su eminencia el cardenal primado.

Con un tono burlón, el conde de Santisteban apostilló, tras las palabras del arzobispo:

—Está visto que será el canónigo Guillén quien nos saque de dudas cuando predique en los Jerónimos.

Capítulo XXX. Un sermón singular

Impresionaba la muchedumbre que se agolpaba en el interior del sagrado recinto de la iglesia conventual de los padres Jerónimos donde se habían dado cita gentes de la más variada condición y rango. Abundaban los hábitos de las órdenes, cuyos representantes hacían alarde de las veneras que les identificaban como caballeros de Santiago, de Alcántara o de Calatrava, aunque ante la multitud congregada no podían lucir por falta material de espacio. También eran numerosísimos los hábitos de seculares o regulares de muy diversas órdenes que habían buscado acomodo de la mejor forma que les había sido posible. El lugar reservado a las mujeres hervía de rumores y comentarios. Algunas señoras habían enviado a sus sirvientas al templo, desde poco después del mediodía, a tomar sitio y asiento. Algunos grandes habían acudido con gran acompañamiento de criados y servidores, como si de un profano acontecimiento social se tratase, en el que cada cual hacía ostentosa exhibición de su poder. En realidad, el acontecimiento que estaba a punto de comenzar, pues de un verdadero acontecimiento se trataba, tenía mucho de social, así como de político y hasta de religioso.

También se habían congregado en los Jerónimos gentes sencillas que en muchos casos habían optado por perder una parte de su jornal, y ello por no quedarse sin lugar en el templo. Era como en los viejos tiempos, cuando se producía un estreno de comedias salido de la pluma del Fénix y todo Madrid se conmocionaba. La diferencia estribaba en que para acceder al corral de las representaciones había que pagar la entrada, y aquí la entrada era gratis, aunque había a quien no le hubiera importado pagar. Por lo demás, existían muchos paralelismos: la expectación de los grandes acontecimientos, la concurrencia multitudinaria, las pendencias propias de las aglomeraciones, sin que importase lo sagrado del recinto donde se habían concentrado los madrileños, o al menos todos los que habían tenido la suerte de conseguir un lugar, donde iban a estar aprisionados y de pie; sólo los más afortunados, que eran los menos, podrían asistir sentados al sermón del padre Guillén.

Desde las cinco, una hora antes de la señalada para que la gigantesca humanidad del canónigo sevillano ocupase la sagrada cátedra y tomase la palabra, el templo estaba a rebosar. Si una prédica, en circunstancias normales, de aquel ciclón de la oratoria ya era razón suficiente para levantar oleadas de expectación, en las condiciones en que su actuación iba a tener lugar aquella tarde, su sermón se había convertido en uno de los acontecimientos con mayor capacidad de convocatoria que podían darse en Madrid. Estaba anunciado desde hacía varias fechas, pero el rumor que se había difundido por la villa y corte desde la tarde del día anterior, era lo que había llegado incluso a desatar las pasiones. Se decía que la Santa Sede había reconocido al archiduque Carlos como rey de la Monarquía Católica, o al menos de

aquellos territorios que habían ocupado las tropas que lo sostenían en sus pretensiones.

Los madrileños estaban atónitos.

«¿Cómo podía el Papa admitir un rey cuyos aliados eran unos herejes?».

«¿Cómo podía aceptar la Santa Sede semejante disparate?».

«¿Cómo era posible que la Iglesia hiciese aquello?».

Ése era el tenor de las exclamaciones que aquel día habían circulado por todas partes, y ésa era la razón de que el sermón del canónigo Guillén hubiese alcanzado una expectación de semejantes proporciones. Se añadía el hecho de que hacía unos días se habían detenido numerosas personas de calidad que estaban implicadas en una conjura contra el rey.

Cuando hizo su aparición en la puerta de la sacristía principal del templo, los rumores que configuraban un murmullo generalizado se elevaron un tono. Con dificultad, ante el gentío que todo lo inundaba, se abrió paso hacia el púlpito que se alzaba junto a las gradas que daban acceso al presbiterio. Su tez cetrina parecía, en su color, una prolongación de los tonos oscuros de sus vestimentas, sólo rotos por el carmesí de la beca que en forma de uve flotaba sobre su pecho. En una de las manos portaba un pliego doblado, y en la otra sus antiparras, redondas y negras, que cuando tenía puestas daban al óvalo de su rostro un aspecto de búho, acentuado por los dos promontorios de pelo canoso que flanqueaban una calvicie generosa y brillante. En esta ocasión brillaba más que de costumbre al estar perlada de sudor.

Los peldaños de la escalera que daba acceso al púlpito crujieron bajo el peso de su reverencia, que no debía de bajar de las ocho arrobas aragonesas. Cuando hubo ganado la altura, oteó el panorama de cabezas que abarrotaban el templo, se caló los anteojos, desplegó con parsimonia el pliego que llevaba y lo alisó con la mano; después, se agarró con ambas manos al borde superior del exágono que conformaba el púlpito y tomó aire, lentamente, hasta henchir los pulmones. Su voz fue un trallazo que impuso el silencio de la concurrencia de manera inmediata, no hubo ni siquiera los siseos habituales en ocasiones semejantes. El canónigo prescindió de la habitual introducción, se limitó a signarse e invocar al Altísimo para entrar a continuación en materia.

—Al igual que el enemigo común, que nunca duerme, siempre procura, como infernal lobo, hacer presa de las almas, disimulándose con pieles de oveja para mejor aprisionar aquellas que halla menos cautas para recelar sus engaños, en estos días ha llegado a nosotros la noticia, como su astucia ha sido tanta, de que ha procurado valerse de algunos ministros de Dios para sembrar, no sólo en conversaciones privadas, sino hasta en el confesonario mismo, así en esta villa y corte como en otros lugares, el sacrílego error con que ha procurado turbar las inocentes conciencias de los más leales vasallos de nuestro gran monarca Felipe el Quinto, nuestro rey y señor

natural, señalando que no tenían obligación de conservarle la debida obediencia, y que no sólo podían, sino que a riesgo de pecado mortal debían rendirla al archiduque Carlos, solicitar su entrada en estos reinos y ayudar a su entronización, y que fuese depuesto nuestro católico Felipe. Temeridad, la más sacrílega que ha podido inventar la malicia diabólica, y error, el más abominable que en el fuego de la pasión ha sabido forjar el atrevimiento. Y aunque no dudamos que en los leales pechos de estos fieles vasallos del rey nuestro señor no habrá hallado abrigo tan sacrílego arrojado, tememos que pueda haber entre la gente sencilla algunos que, incautos, se hayan dejado llevar por este engaño, ya por la autoridad del estado y profesión de las personas, ya por las conveniencias propias, les aseguran, se les sigue de su deslealtad, con que han procurado paliar y vestir su error, y no pudiendo, quizá, penetrar éstos la malicia y veneno que envuelven estas proposiciones, las gravísimas culpas que en sí encierran y de ellas se siguen y de las ruinas que en lo espiritual y temporal les atraen. Hallándonos investidos de esta dignidad en que el Señor nos ha puesto, es nuestra obligación, por nuestro pastoral oficio, desengañar a nuestras ovejas, y darles voces para que huyan de los precipicios que las llevan a la perdición temporal y eterna, y se contengan en el redil de la salud, en que su lealtad los tiene puestos. Asimismo, ha circulado el rumor malicioso y perverso de que el archiduque Carlos, ha sido reconocido como rey Católico por el Sumo Pontífice en los territorios de esta monarquía sometidos al dominio de los herejes ingleses y holandeses, por lo que hemos de salir al paso de tamaño dislate, fruto, con seguridad, de los diabólicos manejos de herejes y desleales sin palabra. Nuestro rey y señor don Felipe el Quinto es, por sanción de la Santa Sede, el único investido con los sagrados derechos que le otorgan los títulos valederos y verdaderos para el gobierno de esta monarquía, no sólo por haberlo dispuesto así la augusta voluntad de nuestro rey y señor don Carlos el Segundo, que gloria haya, sino por haberlo investido libremente el vicario de Cristo en la tierra...

Sabed que lo que se os ha dicho no sólo es falso —el canónigo ponía cada vez más énfasis en sus palabras—, sino un sacrilegio, un error y un delito, el más abominable a los ojos de Dios por el juramento que tenéis hecho, en la coronación de nuestro monarca, a la fidelidad, obediencia y amor debido al rey como nuestro señor natural, al celo de la religión y a la conveniencia propia vuestra, con que debéis mirar por la seguridad de vuestra alma, por la conservación de vuestra vida, por el punto de vuestra honra, por la manutención de vuestros bienes y quietud universal de todo el reino; pues por todos estos títulos estáis obligados a la lealtad, fidelidad, amor y obediencia debida a nuestro católico Felipe el Quinto, y a todo esto faltaríais con gravísimas ofensas a Dios si, dando crédito a este diabólico engaño, desleales e infieles, le negarais la debida obediencia y pretendierais y solicitarais que depuesto de su solio fuera entronizado el archiduque Carlos. Mirad cuan lejos está de que sea

verdad lo que se os ha enseñado y aquello de que se os ha persuadido en orden a la obligación que os han pretendido imponer. Y para que más bien conozcáis el error y los precipicios a que éste os podía encadenar, os exhorto y digo que estáis obligados debajo de pecado mortal a esta fidelidad y obediencia a nuestro católico rey y repeler y contradecir a todos sus contrarios y a defender de todos los modos sus derechos, y el castigo e indignación que merecierais de Dios si hicieseis lo contrario...

Sus palabras habían ido progresivamente ganando en fuerza y vehemencia. Apenas si había dirigido alguna mirada de soslayo al papel que, al comienzo de su sermón, había desplegado ante sí, porque su discurso había discurrido por el camino de la espontaneidad. Ahora, cuando remataba sus últimas frases, el canónigo Guillén reparó en que estaba acalorado y que su cuerpo transpiraba sudor por todos los poros, hasta el punto de empapar sus vestiduras, que sentía húmedas al contacto con su piel. Las diminutas gotas de sudor que perlaban su calvicie cuando ganó la plataforma del púlpito habían crecido en tamaño y número, formando pequeños reguerillos que corrían por su rostro, mojándolo y volviéndolo brillante. Tomó un pañuelo que extrajo de sus vestiduras y enjugó su rostro, mientras entre la concurrencia explotaba una atronadora ovación, salpicada de gritos a favor del Borbón y vivas a Felipe v. Se rompía el silencio tenso y expectante que contra lo que era normal —lo más frecuente era que el auditorio comentase, cuchicheara o murmurase mientras se desarrollaba la prédica— se había impuesto durante los minutos de su alocución.

Guillén no tenía muy claro si su sermón había concluido al guardar silencio, porque el esquema que contenía el papel que iba a servirle de guía se había deshecho. En todo caso y, ante la reacción de los congregados, entendió que allí debía dar por concluidas sus palabras. Se santiguó de forma aparatosa, recogió el papel y se quitó los lentes. Con parsimonia estudiada, descendió por los escalones del púlpito, que volvieron a quejarse bajo el peso de su humanidad. Ante él se fue abriendo un pasillo y, con una dignidad absoluta, discurrió en medio de una muchedumbre que a sus lados guardaban un respetuoso silencio, que contrastaba con el auténtico escándalo que ya dominaba el templo. Tan pronto como el canónigo avanzaba, el pasillo se cerraba y el silencio de respeto se perdía.

La gente comenzó a salir del recinto sagrado y a desparramarse por el atrio y las gradas que daban acceso al mismo; todo el mundo hablaba de lo que acababan de decir desde el púlpito. Habían escuchado, además, lo que querían oír. Se les habían clarificado las dudas y borrado las inquietudes que los rumores de aquel día habían sembrado en sus mentes y en sus corazones. Para ellos estaba clara y exenta de cualquier duda la postura de la Santa Madre Iglesia. El canónigo don Juan Guillén lo había dicho sin ambages, y lo que don Juan decía iba a misa. ¡Cómo iban ellos a consentir un rey aupado por herejes, sacrílegos y traidores! El rey era el rey. Felipe v era el rey, y todo lo demás eran monsergas.

Las sombras de la noche caían sobre la capital de España cuando aquellas gentes, partidarias del Borbón, encaminaron sus pasos hacia sus respectivas moradas, confortadas en sus creencias y reafirmadas en sus convicciones por lo que habían escuchado de boca de uno de los más cualificados y afamados clérigos de la villa y corte.

A aquellas horas cinco hombres se hallaban reunidos en una casucha de aspecto miserable que hacía esquina con la embocadura que conducía al puente de Segovia, cerca del alcázar real. Ocupaban una estancia pequeña y sucia, sin apenas ventilación, salvo la que podía entrar por un ventanuco estrecho y alargado, enrejado por dos barrotes cruzados en su centro y tapado por un papel encerado, oscurecido por la mugre. El aspecto de los congregados no desentonaba con el sitio de la reunión. Eran, en medio de la penumbra que todo lo invadía, unas negras sombras que apenas destacaban en la oscuridad del fondo. Cuatro de ellos estaban de pie, alineados casi de forma militar, y embozados con sus largas capas. Los cuatro tenían calados sombreros de alas amplias, que ayudaban a sus poseedores a ocultar el rostro, si ése era su deseo, mucho mejor que los tricornios que últimamente se habían puesto de moda. El quinto de aquellos individuos estaba sentado y embozado, pero no tenía puesto el sombrero. Cubría su rostro con un antifaz negro.

El silencio era total y recogía la tensión de quienes estaban esperando algo o a alguien. Entre los presentes había quien mostraba signos inequívocos de impaciencia: uno golpeaba con los guantes sujetos con una mano la palma de la otra; otro movía, levantando la puntera de su bota, uno de los pies. La tensión contenida que había en el ambiente subió de forma perceptible cuando un crujido desagradable anunció que la puertecilla que daba acceso a la estancia se abría. Fueron varios los que instintivamente se llevaron la mano a la cintura, buscando la empuñadura de la espada; el único que no pareció alterarse fue el individuo que había permanecido sentado, quien se levantó con agilidad y se acercó al lugar por donde habían aparecido otros dos hombres. Uno de ellos, con aspecto de criado, portaba un farol; el otro era un tipo alto y delgado que, a pesar de la larga y pesada capa que lo envolvía, no disimulaba sus aires de señor. Calzaba botas de piel que descubrían la calidad de su propietario. La capa estaba abotonada y tenía dos aberturas que permitían sacar por ellas las manos e incluso los brazos hasta el codo. La prenda, de paño oscuro de primerísima calidad, estaba cerrada hasta el cuello y tenía un corte y una caída impecables. Aquel individuo llevaba las manos enguantadas, usaba peluca y su rostro estaba cubierto por una careta, de una perfección tal que sólo cuando habló los presentes advirtieron que sus labios no se movían.

—Buenas noches nos dé Dios —dijo.

—Buenas noches... —contestaron los presentes al unísono. El que estaba sentado se había adelantado y saludado con una reverencia al recién llegado.

El criado que le acompañaba se situó en un rincón, sin soltar el farol, cuya luz disipó ligeramente la penumbra del tabuco. A ninguno de los presentes se le escapó el detalle de la descomunal espada que portaba y las dos pistolas, cuyas empuñaduras asomaban por encima del ancho cinturón que las ceñía. Muchas armas para un lacayo.

El del antifaz ofreció su asiento, el único que allí había, al recién llegado, quien rehusó con un movimiento de cabeza. Sin embargo, se situó en aquella parte de la mesa, de forma que la misma le separaba de los otros cuatro y a sus espaldas quedaba el del farol, mientras el del antifaz se puso al lado del señor, lo que hizo resaltar la estatura de éste, que le sacaba casi una cabeza.

—Bien, ya sabéis que el motivo de esta cita es el deseo que tenemos de encargarnos un trabajo que requiere arrojo, decisión y rapidez. No voy a ocultaros que el riesgo es mucho, y tan alto —aunque su voz sonaba grave y clara, puso especial énfasis al pronunciar estas palabras— que todos nos jugamos el pellejo. —Esta última expresión sonó rara en su boca.

Después de decir aquello se detuvo un instante, tratando de escrutar los rostros desagradables de aquellos cuatro hombres. Dos de ellos estaban marcados por cicatrices, en un caso dos cuchilladas en cada carrillo, sin duda un ajuste de cuentas; en otro una línea horrenda que bajaba desde la mitad de la frente hasta la mandíbula; sólo el ojo de aquel sujeto interrumpía la línea de la cicatriz, era un milagro que la cuenca no estuviese vacía. Otro tenía marcado el rostro por profundas cicatrices de viruela, y el cuarto tapaba su ojo izquierdo con un parche negro que sostenía una cinta anudada en la nuca.

La pausa fue apenas perceptible, pero todos los presentes la notaron. Eran gentes que sabían que su vida dependía de pequeños detalles.

—José ya os ha comunicado —el recién llegado miró hacia donde estaba el del antifaz— que tendréis una paga de doscientos ducados. La mitad se os entregará ahora, y la otra mitad cuando hayamos concluido el trabajo. —Otra vez miró al del antifaz, quien reaccionó sacando de entre sus ropas cuatro bolsas de cuero que colocó sobre la mesa.

—¡Ahí están! ¡Tomadlos y contadlos! —ordenó el de la careta.

Dos de los cuatro hombres hicieron ademán de adelantarse y coger lo que se les ofrecía, pero les detuvo la voz del individuo que tapaba su ojo izquierdo con el parche.

—¡Un momento! Doscientos ducados es mucho dinero... excelencia. —Había dudado a la hora del tratamiento, pero pensó que quien pagaba de aquella forma tenía que ser por lo menos excelencia—. Sin embargo, ignoramos cuál es el trabajo que hemos de hacer. Sólo sabemos lo que ése nos ha dicho —señaló al del antifaz, a quien «su excelencia» había llamado José—, y lo que nos ha dicho es que es muy

peligroso... Vamos, que nos jugamos la vida... Pero debéis comprender, excelencia, que antes de cerrar el trato tenemos que saber con quién y por qué nos jugamos la vida... Otra cosa: su excelencia ha dicho antes que «todos nos jugamos el pellejo». ¿También se incluye a su excelencia en el juego? —Hubo un deje de ironía chulesca en sus últimas palabras.

Ninguno de los presentes pudo ver el efecto que aquella pregunta produjo en el caballero, porque la careta ocultaba su rostro de la mirada de los presentes, pero el tono de su respuesta, por la contundencia, no admitía dudas.

—Yo estaré al frente de la operación y correré la misma suerte que todos; eso responde a tu última pregunta. En cuanto a lo primero, no puedo revelar el trabajo que hemos de hacer; sabéis que será esta misma noche, y en caso de que no pueda ser esta noche no será nunca.

El del parche iba a hablar, pero el caballero no le dio opción:

—Eso no será obstáculo para que cobréis los otros cien ducados.

—¿Doscientos ducados por un trabajo de una noche que se nos pagarán aunque no lo hagamos? —inquirió el tuerto con tono de incredulidad.

—Yo no he dicho eso. Yo no he dicho si no lo hacemos, sino para el caso de que no sea posible hacerlo, que no es igual.

—Bueno, bueno... yo me entiendo.

—Comprenderéis que no se trata de cualquier cosa.

—Excelencia, yo por doscientos ducados haré lo que me digáis...

—¿Fuera lo que fuese? —Ahora la ironía la ponía el caballero. El otro le miró esquinado, dudó y al fin respondió:

—¡Por ésta —y besó una cruz que hizo con el pulgar y el índice de la mano derecha—, que hasta mataría a mi madre! ¡Estamos a vuestras órdenes, excelencia! ¿Cuándo ponemos manos a la obra?

—Aún no he terminado. Hay más...

Los cuatro matones, que se habían acercado a la mesa para coger las bolsas, se detuvieron.

—Si la operación sale bien..., los ducados serán doblados.

—¡Cuatrocientos ducados! —La codicia estaba implícita en aquella exclamación.

—Cuatrocientos ducados —confirmó el caballero.

Capítulo XXXI. Más conjurados

Había ocurrido ya en otras ocasiones; la alcoba de la reina se había convertido aquella noche en sala de consejo, donde se había juntado un grupo reducido de personas para analizar la situación. Esas reuniones informales servían para tomar iniciativas y decisiones en momentos de gravedad, en circunstancias difíciles y comprometidas.

El dormitorio de Luisa Gabriela de Saboya, separado del de su esposo por un pequeño pasillo interior cerrado con puertas que daban a ambas dependencias, ofrecía un aspecto de cierto desorden. Los presentes, a tenor de los restos, debían de haber tomado algún refrigerio a modo de cena. Ahora formaban un círculo en torno a una mesa vestida con faldillas de terciopelo morado. Allí tomaban asiento, además de la reina, la princesa de los Ursinos, el secretario Ubilla y el joven y atildado confesor de la primera, el padre Jerónimo de Celaya. Todos escuchaban los comentarios del secretario acerca del impacto producido por el sermón que el canónigo Guillén había pronunciado aquella tarde. Ubilla daba numerosos detalles de lo ocurrido. Cuando hubo concluido, la reina le pidió noticias de la situación en que se encontraba el intento de desarticulación de la conjura. El leal funcionario se mostraba optimista por primera vez en muchos días.

—Considero que la situación está controlada. Además de las catorce detenciones practicadas entre gentes principales, avvicindadas en esta corte, incluidos los tres eclesiásticos, hoy han sido apresados los dos agentes franceses que movían los hilos de toda la trama y servían de enlace entre los conjurados residentes en esta villa y la cabeza de la conspiración. En estos momentos están siendo interrogados en la cárcel de la villa y corte...

—¿Han confesado ya? —preguntó, inquieta, la reina.

—Aún no tenemos noticias de ello, majestad. Sin embargo, si del interrogatorio se derivase alguna noticia o algún detalle que no conocemos, nos será comunicado de forma inmediata.

—¿A estas horas? —inquirió el joven sacerdote.

—A estas horas, reverencia. La guardia tiene instrucciones concretas al respecto y franqueará el paso. —La camarera mayor, que era quien había contestado, hablaba con gran seguridad.

El jesuita hizo una mueca extraña.

—¿Os ocurre algo? —preguntó la princesa de los Ursinos.

—¡Oh, no! ¡Nada, nada en particular! Simplemente que podemos tener una noche muy agitada.

—¿Una noche muy agitada? ¿Por qué dice eso vuestra reverencia? —preguntó Ubilla.

El jesuita tardó unos segundos en contestar.

—Sencillamente —dijo al fin—, porque si están interrogando a esos agentes franceses, acabarán dando algunas respuestas a las preguntas que nos hacemos.

—Es posible que desde ese punto de vista tengáis razón, pero también puede ocurrir que no suceda nada esta noche y debemos aguardar más tiempo del que vuestra reverencia piensa para que se despejen nuestras dudas.

El eclesiástico volvió a hacer otra mueca idéntica a la anterior; era como si no pudiera controlarse, al secretario del despacho universal aquel gesto le producía repulsa. Desconocía el motivo, pero así era. La razón de su disgusto tal vez se encontrase en que no le resultaba simpático aquel clérigo jovencito, pulcro, un punto impertinente y que, sin que todavía se lo explicase, se había ganado la confianza de la reina, quien le había admitido en su círculo de íntimos más restringido. De eso hacía sólo unos meses, cuando se había convertido en su confesor, tras la muerte del venerable fray Diego de Sahagún, un capuchino anciano y bonachón que había dirigido la conciencia de Luisa Gabriela de Saboya desde que se convirtió en reina de España. Nadie sabía muy bien cómo aquel joven jesuita se había hecho con el codiciado puesto.

—¿Vos tenéis alguna duda acerca de toda esta tramoya, padre? —preguntó Ubilla con tranquilidad, como si no buscase una respuesta sino dar cuerda a una conversación.

—En el asunto que nos ocupa, mi querido secretario, caben ya muy pocas dudas. Con las detenciones tenemos completa toda la malla de esta fea traición, a falta de algunos detalles.

—Y... ¿cuáles diríais vos que son esos detalles? La formulación del secretario del despacho estaba cargada de interés. Al parecer el confesor no deseaba contestar a aquella pregunta. Unos golpecitos, tenues, suaves, apenas perceptibles, salvaron la situación.

Todos guardaron un silencio expectante y cruzaron miradas entre ellos. Los golpes repitieron otra vez su cadencia: toc, toc, toc.

No había duda, procedían de la puerta que daba al pasillo que comunicaba con las habitaciones del rey. Las miradas eran de extrañeza, porque, aunque era cierto que aquella puerta podía cerrarse con un cerrojo, como éste no estaba echado se podía abrir sin tener que llamar y... la única persona que podía aparecer por allí no tenía necesidad de hacerlo por la sencilla razón de que... era el rey.

La princesa de los Ursinos se levantó y sin hacer ruido se acercó a la puerta; Ubilla y el jesuita tenían pintado el estupor en el rostro, mientras que la reina miraba sin pestañear en dirección a la puerta. Otra vez sonaron los golpecitos —toc, toc, toc—, que casi coincidieron con el tirón que la princesa dio para abrir. La silueta que se recortó ante sus ojos causó el asombro de los presentes. No había duda de que aquella

persona era el rey, su majestad Felipe v, pero su aspecto era el de una caricatura que tenía mucho de visión espectral. Al jesuita se le escapó un gemido de horror que no fue capaz de contener mientras se ponía de pie; también asombrado, pero con más aplomo, Ubilla se había levantado.

La figura del rey era macilenta, cadavérica. Su rostro estaba tan pálido que casi había perdido el color, y tenía los ojos hundidos. Su mirada era inexpresiva, muerta y su labio inferior, carnoso y grande, colgaba flojo, dándole aspecto de bobalicón. Iba sin peluca, lo que colaboraba a hacer aún más desolador el aspecto que ofrecía, porque su pelo natural eran auténticas greñas enredadas y apelmazadas por el sudor y la suciedad. Sus vestiduras estaban deterioradas, por todas partes se veían rozaduras, rotos, manchas, descosidos y desgarros. Más que el atuendo de un rey parecían los andrajosos harapos de un mendigo a quien le hubiesen regalado un rico traje desechado por su propietario. Lo peor, sin embargo, no era el lastimoso aspecto que ofrecía el soberano, sino el hedor que despedía.

Nada más abrirse la puerta una pestilencia nauseabunda, insoportable, inundó la alcoba de la reina. Era un olor profundo, apestoso e indefinido, tan acre que el jesuita a duras penas podía contener el vómito que le subía hacia la garganta. Ubilla se había inclinado respetuosamente ante la presencia del soberano, mientras que la camarera apretaba la boca en un intento vano de contener la respiración, a la vez que se agarraba al pomo de la puerta, que en aquella situación le estaba sirviendo de soporte. La reina, con el rostro conmovido, avanzaba hacia su marido, que a duras penas se sostenía en pie, aferrado al marco de la puerta.

—¡Felipe, Felipe! ¡Dios mío, qué os sucede! ¡Ayudadme! ¡Ayudadme! —La reina había tomado a su marido por un antebrazo, a la vez que la princesa de los Ursinos le asía por el otro, tratando de que la regia mano, cerrada como un garfio, soltase el marco. Ubilla ayudó a que su majestad llegase hasta uno de los sillones y se acomodase en él. Felipe v parecía sin vida; quedó desplomado sobre el sillón, como una marioneta a la que le han aflojado los hilos que le dan forma y movimiento. Ahora, el olor era más intenso e insoportable; el jesuita no pudo contener la náusea y una arcada sonora le trajo residuos de alimentos a la boca, que a duras penas atinó a arrojar en un pañuelo. Se le habían enrojecido los ojos y las lágrimas se le derramaban en abundancia; estaba pasando por un trance amargo. Los presentes no le prestaban atención, porque todo su interés estaba centrado en la persona del rey.

En aquel momento, en un reloj comenzaron a sonar, lentas y monótonas, las doce campanadas que señalaban la medianoche. El joven confesor de la reina tuvo una sacudida y, haciendo un esfuerzo, trató de recuperar la compostura y con andares indecisos abandonó la alcoba.

A la misma hora que esto acontecía en el viejo alcázar real, en un palacio que se levantaba en la confluencia de la carrera de San Jerónimo con el paseo del Prado todo

eran nervios y tensión contenida. En el amplio patio trasero de la aristocrática mansión dos carruajes estaban aprestados, con los caballos enganchados a los tiros y los cocheros preparados, sentados en los pescantes. Medio centenar de hombres esperaban ansiosos las órdenes de partida. Iban armados hasta los dientes y tenían las cabalgaduras embridadas y listas. Esperaban, impacientes, a que pasasen los minutos; unos acariciaban a sus monturas, tranquilizándolas, otros repasaban su armamento en silencio, algunos hacían comentarios en voz baja.

En un salón cuyas ventanas y una puerta accesoria se abrían al patio donde hombres y bestias aguardaban, dos hombres paseaban nerviosos e intercambiaban frases. Vestían ropa de viaje y también estarían armados, como para una batalla, cuando tomasen las pistolas, dagas y espadas que en perfecto orden habían sido dispuestas en una mesa adosada a una de las paredes.

—Ya sólo quedan diez minutos —afirmó el más joven de los dos. El otro asintió en silencio con un leve movimiento.

—Supongo que los tiempos están bien medidos, que no habrá ningún fallo —dijo. El tono de sus palabras estaba a medio camino entre la afirmación dudosa y la interrogación.

El mayor de los dos hombres, que debía de rondar la cincuentena, detuvo sus pasos y miró con firmeza a la cara del joven. Los dos quedaron frente a frente.

—Mi querido amigo, todas las disposiciones se han tomado con la mayor precisión y nada se ha dejado al azar. A estas horas, si todo está desarrollándose de acuerdo con el plan previsto, nuestros hombres habrán entrado en palacio y estarán ganando los aposentos del duque de Anjou. Está previsto que la operación se desarrolle en veinte minutos. Nosotros necesitamos diez para llegar a la plaza de armas de palacio. Si todo sale como está planeado, allí coincidiremos con los que, cumplida su misión, abandonarán el alcázar.

El joven caballero, que había escuchado sin pestañear las palabras de su interlocutor como si fuera la primera vez que las oía, bajó la cabeza e hizo un ademán que denotaba la preocupación que embargaba su ánimo.

—No sé, no sé; algo me da mala espina.

El hombre mayor, a quien el joven había expresado sus temores, se acercó y le cogió por los hombros con fuerza, casi sacudiéndolo. Sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro.

—Es natural que estés preocupado —dijo—. Estos días han sido terribles. Sólo llegar a Madrid ya ha supuesto, tanto para vos como para mí, un peligro grave. Los dos sabemos que nos jugamos la vida y que en el envite tenemos tantas posibilidades de conservarla como de perderla. —Hizo una pausa y continuó—: En estos momentos Cifuentes está asumiendo los mayores riesgos. Ya estará con sus hombres tratando de quitar la vida a Anjou y poner fin a esta guerra que dura demasiados años

y que sólo concluirá cuando hayamos acabado con él, porque Anjou es el obstáculo mayor y casi único para que las potencias lleguen a una paz general, universal y estable.

—Todo lo que decís es cierto, pero no puedo evitar que la preocupación me abrume... ¡Al fin y al cabo, estamos tratando de matar al rey!

—¡En determinadas circunstancias el regicidio está justificado! ¡Nos hallamos ante una de esas circunstancias porque la ambición del duque de Anjou nos ha llevado a la triste situación que hoy sufre esta monarquía y sus súbditos! —Volvió a sacudir con fuerza por los hombros a aquel joven que parecía sentirse tan apesadumbrado que estaba como ausente. Miró por encima del hombro y vio que las agujas de un reloj de pared y largo péndulo ya marcaban las doce y cinco—. No tengas más dudas. Además, ya poco importa; lo que tenga que ser ya está siendo, son las doce y cinco. ¡Pongámonos en marcha! Cifuentes y sus hombres nos necesitan, y cuando tengamos el aviso no podremos perder tiempo, si no queremos llegar tarde.

Las últimas palabras se confundieron con el ruido que produjo la agitada entrada de un criado en la estancia:

—Señor, señor —dijo dirigiéndose al mayor de los dos hombres—, un caballero pregunta por vos con urgencia. Desea...

No pudo acabar la frase, porque el aludido entró como un torbellino:

—¡Todo está en marcha! ¡Ahora nos toca a nosotros!

Por toda respuesta los dos hombres tomaron las armas que había depositadas sobre la mesa. Acomodaron, cada cual a su parecer, las pistolas y dagas, después engancharon las espadas de los tahalíes que cruzaban su pecho, tomaron las capas y los tres salieron al patio. Cuando los hombres que allí aguardaban les vieron aparecer, cesaron los comentarios y se deshicieron los corrillos; los cocheros tomaron las riendas y prepararon sus látigos.

—¡Cinco hombres contigo, Juan, por delante, abriendo marcha! ¡Detrás de los coches los demás, a tus órdenes, Andrés! —Quien hablaba estaba hecho para mandar, no había duda.

Los tres aristócratas subieron en la primera de las diligencias; la otra iba vacía.

—¡Sin detenernos! ¡Al alcázar real! ¡Si alguien se opone, abrid fuego!

Las últimas instrucciones fueron dadas desde el estribo del vehículo. Cuando el mayor de aquellos hombres cerró la portezuela, tronó su última orden:

—¡En marcha!

La comitiva abandonó el patio y enfiló la calle a buen paso, con ruido estrepitoso que parecía aumentar a causa del silencio casi absoluto que llenaba la noche madrileña. A la altura de la plaza Mayor la carroza vacía torció a la izquierda, tomando la ronda de Curtidores, camino de una quinta de las afueras de Madrid, donde un nutrido grupo de hombres aguardaba impaciente el desarrollo de los

acontecimientos. Aquella carroza haría su siguiente viaje en función de cómo transcurriese la operación que ya estaba en marcha.

En la plazuela de San Lorenzo, mucho antes, el conde de Cantillana había visitado a una prostituta en casa de la más famosa alcahueta de Madrid, respondiendo a la invitación que le había hecho mediante un billete. Quien le abrió la puerta era Marfisa, una vieja meretriz que había marcado época en el Madrid de Felipe IV y a quien todavía le quedaban arrestos para continuar en el negocio. Introdujo al visitante en la alcoba donde le esperaba la Barquillera, sin apartar ni su oído ni su atención de lo que ocurría en dicho aposento. Al poco rato se mostraba asombrada, porque oía mucha charla y poco movimiento. Así se lo manifestaba a las dos jovencitas que hacían con ella el pupilaje:

—¡Yo debo de estar majareta, o en esta corte sólo quedan maricones!

—¡Qué cosas decís «señá» Marfisa! —exclamó una de las pupilas.

—¡Qué cosas digo! Pues no lleva el cabrito un buen rato ahí dentro y aún no le ha metido mano a ésa. ¡Vamos, igual que en mis tiempos!

—¡Cuente, cuente «señá» Marfisa, que siempre hay mucha sabiduría en sus historias y a nosotras nos viene de perlas! —requirió la otra aprendiz del oficio.

Mientras la vieja, que ahora ejercía de alcahueta y facilitaba, previo pago, su casa a las pelanduscas que la requerían, contaba alguna de sus picantes historias a las aplicadas jovencitas, en el aposento contiguo seguía aquella larga conversación que tanto la había escandalizado.

—¿...Estáis completamente segura de todo lo que me habéis dicho? —La voz de Cantillana sonaba incrédula.

—No existe la menor duda de que así es como a mí me lo han contado. ¡Ya os dije en cierta ocasión que no podéis imaginaros lo lenguaraces que los hombres son en la cama!

—Tampoco tenéis dudas acerca de la identidad de quien os lo ha dicho.

—Ninguna, señor. Se trata de *monsieur* Amelot, el ministro francés del rey nuestro señor. No hay ninguna duda.

El conde de Cantillana, que tras las últimas afirmaciones de la ramera había quedado sumido en un profundo silencio, musitó en voz baja al cabo de un rato:

—Así que el duque puede estar ya en Madrid.

Lo dijo para sus adentros, pero la Barquillera oyó perfectamente la frase.

—Es muy posible, señor —señaló como si fuese una respuesta a las dudas de Cantillana.

—En ese caso, no podemos perder un instante si no queremos que todo se vaya al traste. —Se levantó, tomó su capa y se dirigió a la puerta de la habitación, al llegar a ella se volvió y añadió—: Ni una palabra de esto a nadie, y... gracias, es posible que estéis salvando un reino.

Ella hizo un gesto con la mano, dando a entender que quitaba importancia a su papel en aquel asunto.

El conde abandonaba ya la estancia cuando se volvió una vez más para preguntarle a la mujer que tan valiosa información acababa de proporcionarle:

—¿Por qué me habéis citado aquí, en casa de Marfisa?

—Por simples razones de seguridad... Algo he aprendido en estas semanas.

Cantillana se dirigió a toda prisa hacia el único sitio donde se podía encontrar el final de toda aquella historia.

Capítulo XXXII. El asalto

Ha sido algo espantoso. Era difícil de explicar cómo había podido suceder algo tan grave. Nadie daba razón de cómo aquellos hombres entraron en palacio y llegaron hasta los mismísimos aposentos regios. Nadie se explicaba cómo era posible que se les hubiese franqueado la entrada, que hubieran burlado la guardia y atravesado medio alcázar sin que se les detuviese... Nadie se lo podía explicar, pero... había ocurrido. Terribles fueron las escenas de pánico vividas después de que aquellos asesinos llegasen a su objetivo y se trabase una lucha feroz. La sangre que había por muchos lugares, manchando muebles y paredes, tapices y cortinas, era la prueba más elocuente de la dureza con que se había combatido hasta en las habitaciones de la reina.

Los cadáveres de los que habían perdido la vida en aquella refriega todavía estaban tirados por el suelo en diversos sitios, aunque en su mayor parte se encontraban en la antecámara de la alcoba de Luisa Gabriela. Allí, por lo que podía verse, se había desarrollado la parte más dura de la lucha. En el rellano de la escalera principal dos soldados de la guardia eran atendidos de sus heridas por unas criadas. Muy cerca de donde les estaban curando —uno en la mano y otro en un muslo— colgaba el cadáver de otro soldado, que había quedado enganchado en los adornos de forja de la baranda; tenía segado medio cuello y la cabeza colgaba hacia atrás —parecía a punto de desprenderse— dejando ver las arterias, las venas y los músculos seccionados. Gotas de sangre caían pausada y regularmente de la terrible herida, formando un charco.

—¡Querían también matar a la reina! —exclamaba compungida una de las doncellas, que sostenía una palanganilla donde su compañera mojaba los paños que aplicaba a las heridas. El líquido que contenía el recipiente tenía ya un color ocre rojizo poco a propósito para la tarea que realizaban.

—¡Deja de gimotear y cambia el agua, Isabel! ¡Tendremos que arreglárnoslas solas, porque el doctor está en las habitaciones de su majestad!

La requerida miró alrededor sin saber muy bien qué hacer, como alélada. La otra mujer dio un tirón a la palanganilla y arrojó su contenido por las escaleras.

—¡Llénala de agua limpia en ese cubo! —le gritó mientras se la tendía.

Isabel obedeció y volvió a repetir:

—¡Querían también matar a la reina! —Y rompió a sollozar.

El ajeteo en palacio era intenso. Había voces, gritos, prisas, carreras, órdenes, contraórdenes y mucha angustia. Casi nadie sabía exactamente qué era lo que había ocurrido. Conocían del revuelo que se había organizado y de los gritos proferidos. Sabían que se había producido una matanza como consecuencia de la encarnizada refriega. ¡En el mismísimo alcázar! ¡En la residencia de los reyes! Había muchos

comentarios y nadie era capaz de confirmarlos ni de desmentirlos. Unos decían que habían intentado matar a la reina, como gimoteaba una doncella que en las escaleras principales estorbaba la cura de un par de soldados heridos. Otros decían que no habían querido matarla, sino que la habían matado. Una versión diferente señalaba que el objetivo del intento de regicidio era el rey, y que había tenido éxito. Algunos comentarios ponían el acento en la identidad de los asaltantes del palacio; ahí existía unanimidad, aunque con pequeños matices que no carecían de importancia: según unos, partidarios del archiduque Carlos de Austria; según otros, el grupo asaltante estaba en conexión con la conjura descubierta en la corte. Para otros el interés residía en las posibles —algunos las daban como seguras— connivencias que los atacantes habían tenido en el interior de palacio.

Fue una noche larguísima. Parecía imposible que en el espacio delimitado por los muros del alcázar pudiesen afirmarse tantas falsedades y tantas mentiras. En medio de aquella locura se había tomado una sabia disposición, y además se había cumplido a rajatabla: cerrar todos los accesos al palacio.

Lo ocurrido quedó recogido con numerosos detalles en una relación pormenorizada que el marqués de Bedmar confeccionó con los testimonios y declaraciones de las personas que vivieron lo acaecido. A las cuatro de la madrugada algunas cosas se habían puesto en claro gracias a la actuación enérgica del capitán que tenía a su cargo la guardia, don Pedro de Sotomayor, y del marqués de Bedmar, quien en su condición de gentilhomme de cámara de servicio, había tomado las disposiciones convenientes ante un caso tan insólito.

Entre los muertos habidos como consecuencia de la lucha, cinco de ellos correspondían a la guardia real —un sargento y cuatro soldados—, además del padre confesor de la reina, el conde de Cifuentes, que era quien mandaba la pandilla de atacantes, y cuatro de los cinco individuos que integraban la misma. El único superviviente de entre los asesinos había sido detenido. Se trataba de un individuo de mala catadura al que le faltaba un ojo, cuya cuenca vacía tapaba con un parche de cuero negro. Había cuatro heridos, aunque ninguno de consideración, salvo complicaciones posteriores. Tres eran soldados de la guardia y el cuarto don Antonio de Ubilla, el secretario del despacho universal.

La ayuda que los asesinos habían tenido en el interior del palacio era, por lo que se sabía hasta el momento, la del padre confesor de la reina, según el testimonio de los soldados que montaban guardia en la puerta principal. La presencia del religioso hizo que la llegada de los apandillados no levantase las sospechas de los centinelas, que fueron engañados por el jesuita, quien respondió de aquellos hombres, dándose la circunstancia de que los centinelas tenían noticia de que podía llegar gente a palacio a cualquier hora. La garantía dada por el padre confesor de que aquellos hombres eran los que se esperaban, fue lo que les franqueó la entrada sin mayores problemas.

Confirmaba la versión de los soldados la propia declaración del confesor, quien, herido mortalmente en la refriega, quiso descargar su conciencia con el marqués de Bedmar, en cuyos brazos admitió su traición y felonía antes de expirar. También le entregó un pliego cerrado dirigido a la reina.

En plena lucha llegó a la explanada de la fachada principal de palacio, cuya puerta ya estaba defendida por numerosos soldados, un carruaje escoltado por al menos cincuenta hombres a caballo, en actitud hostil. Al percatarse, sin embargo, de la alerta de los centinelas, cuyo número era crecido, abandonaron el lugar a toda prisa, perdiéndose en dirección a la plaza Mayor.

Los asaltantes, una vez ganado el interior del recinto, avanzaron rápidamente hacia la escalera, lo que levantó las sospechas del sargento de guardia, quien llamó al padre confesor. Este requerimiento puso nervioso al clérigo, que gritó a los que le acompañaban:

—¡El rey está en la alcoba de la reina! ¡Es la última habitación de la galería donde desemboca la escalera! ¡Están acompañados!

Fue aquella última expresión, «están acompañados», la que confirmó las sospechas del sargento, que dio la voz de alerta.

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Hay intrusos en palacio!

Los hombres que estaban de guardia y los que en aquel momento prestaban servicio en las galerías superiores acudieron a la llamada. A partir de ese instante se entabló un violento combate cuyo desarrollo tuvo lugar en las escaleras y en la galería principal de la planta primera. La lucha fue encarnizada y como consecuencia de ella se produjeron numerosas muertes.

Dos de los asaltantes lograron abrirse paso hasta las mismas puertas de los aposentos de su majestad la reina, nuestra señora. Se trataba del conde de Cifuentes y de un individuo no identificado, todavía, los cuales a punto de lograr sus malvados propósitos, se encontraron con el conde de Cantillana, quien se enfrentó a ellos con la ayuda que pudo dispensarle el secretario del despacho universal, don Antonio de Ubilla, que resultó herido en el lance.

Del primer interrogatorio efectuado al único superviviente de los asaltantes se ha sabido que se trata de un tal Sánchez, natural del reino de Córdoba. Es de pequeña estatura, pelo castaño, y tiene cicatrices de viruela. Afirma estar vecindado en esta villa y corte en uno de los callejones que dan a la calle de Carretas y no tener oficio fijo, viviendo de las faenas y trabajos que se le encomiendan. Se trata, a falta de confirmar algunos datos, de un matón a sueldo, de uno de los «valientes» que pululan por la ciudad. Ha confesado que recibió el encargo de hacer un «trabajo», ignorando que se trataba de atentar contra su majestad, y que no sabe nada acerca de la persona que le contrataba, que fue uno de los dos que vinieron con él y sus otros tres cofrades. Asegura también que uno de esos sujetos respondía al nombre de José y que no sabe

el nombre del que les mandaba, quien le parece persona de calidad.

Al Sánchez se le encontró una bolsa conteniendo cien ducados en monedas de oro. Dice que era parte de la paga que habían de recibir por el encargo y que se los habían entregado esta misma noche poco antes de venir aquí, por lo que ni siquiera había tenido tiempo de ponerlos a buen recaudo. Parece confirmarse este extremo, porque a los otros compinches se les han encontrado bolsas similares con iguales cantidades. También ha declarado que quien entró en contacto con ellos fue el tal José, que lo hizo hace sólo dos días, y que les citó para la tarde de ayer, previniéndoles que acudiesen «acomodados» y dispuestos para ejecutar un encargo por el que les darían doscientos ducados. Que era un trabajo que, con suerte, podía estar concluido en un par de horas y que había que matar, aunque no se especificó a quién, si bien era persona de alcurnia, motivo por el cual la paga era tan elevada. Que la reunión de la tarde anterior, en que se cerró el trato, tuvo lugar en una casilla que hay en una callejuela próxima al puente de Segovia, que está en condiciones de identificar. Que allí apareció el tal José y también recibieron al que les ha conducido hasta aquí. Que cuando llegó a la casa le acompañaba un criado, o al menos parecía serlo, pero que no ha venido con ellos. Afirma no tener conocimiento ni poder dar razón ninguna de otra cosa.

Preguntado por los jinetes y la carroza que aparecieron en la explanada principal, mientras se producía el ataque, dijo no saber nada al respecto.

Cuando Ubilla, que tenía un brazo vendado y un pequeño corte encima de la ceja, acabó de contar la relación de lo sucedido y la declaración del asesino superviviente, preparada por el marqués de Bedmar, los primeros albos del día entraban por la ventana de la alcoba de la reina. Allí estaban junto a la soberana la camarera mayor y el conde de Cantillana. El rey no se encontraba presente. Felipe V parecía no haberse enterado de los graves sucesos que habían tenido lugar. Ni siquiera se inmutó en el momento más crítico de aquella terrible noche, cuando el conde de Cifuentes y uno de los esbirros lograron alcanzar la antecámara de la reina y plantarse ante las puertas de su alcoba, donde se sostuvo un duelo a muerte ante la defensa que de aquel umbral hizo el conde de Cantillana. Pasado el peligro las dos mujeres retiraron a aquel pelele rey a sus aposentos y le acostaron vestido, resistiendo las náuseas que su hedor producía y el temor que atenazaba sus corazones ante la angustiosa situación que acababan de vivir.

El ataque y su significado habían afectado profundamente a Luisa Gabriela, pero cuando su dolor pareció incontenible fue al enterarse de que su confesor, la persona a la que había desnudado su alma y a quien había confiado sus más íntimos sentimientos, estaba en la trama de la conjura y había sido quien facilitó el acceso al alcázar de aquel grupo de asesinos.

La reina había escuchado el relato puesta de pie junto a la ventana por la que ya

entraba la primera luz del amanecer. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto y la vigilia de aquella larga noche. En el rostro de Cantillana se reflejaban sombras de preocupación, que se sumaban al cansancio. No había dormido, había matado a dos hombres y estaba atónito ante la facilidad con que un puñado de asesinos a sueldo había logrado llegar hasta los aposentos de la reina.

—Majestad... Majestad... —dijo Ubilla con un hilo de voz—. Majestad... —insistió.

La reina, por toda respuesta, volvió la cabeza hacia él y le miró.

—Majestad —añadió Ubilla—, aquí tengo el papel que vuestro confesor entregó al marqués de Bedmar. —Levantó un pliego doblado y amarillento. La reina lo miró con desgana. Aquello era, como mucho, la confesión de un traidor. Por un instante pensó en quemarlo en la llama de uno de los cabos de vela que consumían sus últimas bujías tras arder toda la noche. Sin embargo, le pudo más la curiosidad. Tomó el papel con parsimonia y rompió el lacrecillo que garantizaba el secreto de lo que allí estaba escrito.

Majestad:

La lectura de esta carta por vuestra majestad será signo inequívoco de que mi alma ha abandonado mi cuerpo. Suplico vuestro real perdón por los males que pudieran derivarse de mis acciones hacia vuestra majestad, a quien sólo debo gratitud y reconocimiento.

No comparto esos sentimientos hacia vuestro esposo, el duque de Anjou. Miembro de una familia cuyas acciones y actuaciones desde el trono de san Luis han supuesto vejaciones continuadas y humillaciones sin límite hacia los sagrados derechos de Nuestra Santa Madre Iglesia y del vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo. Anteponer las regalías del poder temporal de la Corona a los legítimos derechos de los sucesores de san Pedro supone tan grandísimo pecado que ningún buen cristiano ni ningún hijo de Nuestra Santísima Madre, la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, puede consentir.

Cumplo con mi deber de cristiano y de hijo amantísimo de Nuestra Santa Madre Iglesia colaborando con mi esfuerzo y mi riesgo a poner fin a tan impía familia por el bien de todo el Orbe Católico.

Implorando vuestro perdón V. L. M. de V. Magd.

Padre Jerónimo de Celaya, S. I.

La reina arrugó el papel entre las manos y exclamó:

—¡Jamás creí que mi confesor fuese un fanático!

Cuando el conde de Cantillana salía por la puerta del alcázar, la residencia de los reyes parecía una fortaleza. Habían sido requeridas todas las compañías disponibles del regimiento de la Real Guardia Española y de la Guardia Valona. Había soldados, impecablemente uniformados y armados como para entrar en combate, en todas las puertas y en todos los accesos. El cuerpo de guardia rebosaba de hombres y en los patios numerosos corrillos de soldados comentaban lo ocurrido. En la explanada delantera de palacio ya se había congregado un gentío conformado por las personas que acudían, como cada mañana, a presentar solicitudes, requerir noticias, pedir una gracia, reclamar un derecho o simplemente a ver y dejarse ver en el lugar.

Todos se habían encontrado con aquella situación que convertía el alcázar en una fortaleza, y que a causa de ello se les impedía el paso. Éste sólo se le franqueaba a los funcionarios de los consejos y de los órganos administrativos ubicados en los bajos del edificio y que habían tenido la precaución de llevar consigo la cedula identificativa que les acreditaba. La mayoría, no pudo pasar.

Ya era de dominio público la causa que había dado lugar a aquella extraña situación: ¡habían intentado asesinar al rey en el transcurso de aquella noche!

Cantillana logró pasar entre el gentío, salvando la situación —temió verse abordado por alguien sabedor de que él tenía noticias de primera mano—. Antes de abandonar el alcázar se había cerciorado de que no se producirían más sorpresas. Aunque le costaba trabajo creer en aquellas cosas, no dejaba de pensar en que la mano de la providencia le había llevado la tarde anterior a casa de Marfisa, donde sostuvo una larga conversación con la Barquillera, quien le llamó porque tenía «una noticia urgente y capital que comunicarle», según rezaba el billete que le hizo llegar. Advertido, aún tuvo tiempo de ganar el alcázar antes de que Cifuentes y los suyos apareciesen.

Capítulo XXXIII. Un paseo otoñal

Era una tarde deliciosa y tibia; con toda seguridad aquel año traería ya muy pocas así. Las jornadas templadas del otoño madrileño tocaban a su fin y con la puesta del sol se refrescaba tanto el ambiente que las noches eran frías; de allí en adelante lo que esperaba, durante meses, era el duro invierno que estaba a las puertas. El sol hacía rato que había iniciado su declinar. La luz de la que todavía quedaba por lo menos una hora, era limpia y brillante, sus tonos invitaban al optimismo y la alegría. Por los jardines del Campo del Moro la reina y su camarera mayor, acompañadas del conde de Cantillana, paseaban placenteramente. Hasta ellos llegaba, como un eco lejano, el ruido de los madrileños que también paseaban por las inmediaciones de los reales jardines.

Había transcurrido casi un mes desde el incidente del asalto al alcázar. Aunque no era mucho tiempo para que se aquietasen los ánimos ante un suceso tan extraordinario como aquél, el sosiego había ganado terreno y se respiraba cierta tranquilidad, si bien las medidas de seguridad y vigilancia eran impresionantes. En la quietud de los ánimos habían tenido especial influencia dos sucesos acaecidos el mismo día, de ello hacía apenas veinticuatro horas. Ese día, antevíspera de san Andrés, su majestad la reina había acudido a la basílica de Nuestra Señora de Atocha a dar gracias una vez más al Todopoderoso y a su Santísima Madre por haber salvado su vida y la del rey en el difícil trance vivido, y porque los negros presagios que las derrotas de Aragón habían traído se hubiesen disipado en gran medida. Sin duda, a este último hecho había colaborado la actuación de los madrileños, que con su decisión de levantar un ejército para defender a su reina habían evitado la marcha sobre la villa y corte de las victoriosas tropas del archiduque Carlos.

La soberana había vuelto a vivir una jornada singular que sólo tenía parangón con otra que, en circunstancias muy difíciles, había revestido el mismo carácter. Luisa Gabriela de Saboya había concurrido a pie, con un escaso acompañamiento de damas, al templo que concitaba las mayores devociones de los madrileños. Su recorrido había sido, otra vez, una marcha triunfal en medio de las aclamaciones del gentío que se agolpaba a lo largo del itinerario. Colaboró al ambiente de exaltación vivido en aquella jornada la convicción de los vecinos de que la inminencia de un ataque sobre la capital había desaparecido. Las semanas transcurridas desde las derrotas en tierras de Aragón, cuando Madrid estaba indefensa, habían hecho que las disposiciones tomadas por la oficialidad de aquella improvisada y heterogénea masa de gente que se había concentrado al otro lado de la ribera del Manzanares, diese un aire de organización a los nuevos soldados que, mezclados con los cada vez más numerosos restos del ejército derrotado, empezaban a tomar, al menos en apariencia, la forma de una milicia. Nunca se sabría cuál podría haber sido su eficacia en el combate, pero

era seguro que todo aquello había servido como elemento disuasorio para la acción de los enemigos, que tras la victoria de Zaragoza creyeron tener el camino libre hacia Madrid.

El segundo de los sucesos era de mayor alcance en relación con el futuro, aunque los madrileños no lo manifestasen abiertamente. A nadie se le escapaba la importancia de la llegada de un correo de París que traía, en valija diplomática, cartas del embajador en aquella capital. Una de ellas decía lo siguiente:

... en el momento presente las circunstancias que concurren en esta capital han hecho cambiar de forma notoria la situación de las cosas, lo que nos pone de manifiesto, una vez más, la mudanza de los tiempos que nos han tocado vivir y que los designios de la Divina Providencia son insondables... Las reiteradas e insoportables exigencias de las Potencias Marítimas para alcanzar una paz que ponga fin a la guerra presente, han dispuesto el ánimo del Cristianísimo de tal forma que, contra el parecer más extendido de esta corte, ha decidido romper las negociaciones y prepararse para una nueva campaña en todos los frentes, incluida la Monarquía Católica.

Aunque no nos ha sido confirmada personalmente, tenemos todos los pronunciamientos para comunicar a V.E. que la próxima primavera las tropas del Cristianísimo volverán a operar en España para defender el sostenimiento de la causa del rey nuestro señor (cuya vida Dios guarde)...

La principal novedad apunta a que será el señor duque de Vendôme quien marchará al frente de las tropas francesas, sustituyendo en el puesto a monsieur el duque de Orleans.

Alba.

P.D. Ha causado pavor y consternación en esta corte la noticia del criminal suceso del ataque al palacio real y el intento de asesinar a su majestad (cuya vida Dios guarde). No es descartable que tan execrable crimen haya predisposto el ánimo del Cristianísimo en la presente disposición.

El paseo del conde de Cantillana junto a las dos mujeres tenía el aire de una despedida. Como general del nuevo ejército, y habida cuenta de que las tropas enemigas se habían retirado a sus cuarteles de invierno, con lo cual daban por concluida a todos los efectos aquella campaña, debía tomar las correspondientes disposiciones para la internada de sus hombres. El flamante general, después de una larga serie de consultas con sus jefes y oficiales, había ordenado que ningún integrante del ejército fuese desmovilizado. Todas las unidades continuarían sus ejercicios de instrucción y adiestramiento durante el invierno en aquellos lugares donde quedasen establecidos sus alojamientos. Las más veteranas y avezadas de las mismas se situarían en las poblaciones que marcaban la ruta entre la villa y corte y la raya de Aragón, mientras que aquellas cuya instrucción era más precaria quedarían acantonadas en los alrededores de Madrid. Para la puesta en marcha del plan había decidido llevar a cabo personalmente la supervisión del mismo, lo cual le obligaba a abandonar la corte durante algunas semanas. Partiría al día siguiente.

La verdad era que Cantillana apenas había tenido un instante para el sosiego que procuraba a los demás. Los días siguientes al intento de asesinato del rey dedicó sus esfuerzos a detener a los jefes y oficiales que integraban el estado mayor del marqués de Villadarias, sobre los que pesaban graves acusaciones. La mayoría de ellos habían

sido apresados y se les había abierto una investigación. Unos estaban arrestados en el alcázar de Segovia y otros fueron conducidos a Consuegra, todos ellos bajo prisión severísima hasta que se depurasen responsabilidades. A Villadarias, que tras la derrota de Zaragoza se había marchado a su casa de Antequera, se le mantenía incomunicado en su propia morada. Sólo un par de coroneles no habían sido localizados, y se ignoraba qué había sido de ellos. Todo apuntaba, sin embargo, a que habían cruzado la raya de Aragón y marchado a Barcelona para ponerse al servicio del archiduque Carlos. Para el nuevo general de las tropas borbónicas resultó penoso buscar y apresar a sus compañeros de armas, quienes en la clave de la conjura se conocía bajo el nombre de «Hijas», pero no tuvo ningún asomo de duda a la hora de cumplir con lo que era su obligación.

—Don Fernando, esperamos que vuestra ausencia no se demore más allá de los plazos previstos. —Mientras decía esto, la reina, miraba con intención a su camarera.

—Espero, majestad, que no surjan dificultades que alteren las previsiones.

La princesa de los Ursinos guardaba un silencio poco usual a la vez que tenía la mirada embargada de sentimiento. Luisa Gabriela de Saboya se detuvo por un momento y fijó su atención en las flores, ya marchitas, de un enorme parterre de forma abombada —semejaba una colina rodeada por un seto de verdor—, donde todo amarilleaba por efecto de los primeros fríos y acabaría por morir. Miraba las flores, pero por la expresión de su rostro resultaba evidente que tenía la mente muy lejos de allí.

Transcurrió un rato, en que los tres permanecieron quietos y silenciosos. Cantillana y la camarera aguardaban, en actitud respetuosa, a que la reina rompiera aquella situación que se prolongó hasta que musitó unas palabras que provocaron en su camarera un breve estremecimiento que no pasó inadvertido al conde.

—El amarillo no será obstáculo, triunfará el azul, pese a otros azules. — Volviéndose hacia su amiga, le preguntó—: ¿Lo recuerdas, Ana María?

—Sí, majestad, Ana de Hoserín.

—¿Qué quería decirme? Esa frase ha permanecido en mi mente durante todo este tiempo, martilleando mi cabeza, pero por más vueltas que le doy no acabo de encontrarle sentido. —La reina suspiró profundamente y se encogió de hombros. Era como si se resignase al no poder llegar al fondo del significado de aquellas palabras—. A propósito, ¿qué sabes de aquella mujer?

—No podría decirlo, majestad. Han corrido varios rumores y en su casa hubo un incendio, pero, al parecer, ella estaba ausente. ¿Acaso deseáis...?

La reina la interrumpió con energía:

—Ni hablar... Ni se te ocurra.

La camarera recordó el billete que Ana de Hoserín le había hecho llegar y la última frase del mismo: «No bajar la guardia ante el azul».

El sol había continuado su camino hacia la línea del horizonte, a la que estaba a punto de llegar. La luminosidad de la tarde había perdido gran parte de su brillo, anunciando la llegada de las primeras sombras de la noche, a la par que la agradable temperatura de que habían disfrutado los madrileños empezaba a esfumarse. En poco rato haría frío.

—Empieza a refrescar, es hora de volver a palacio, pero vosotros quedaos un rato más. Deseo estar sola. —La reina miró con picardía a sus acompañantes, dio a besar su mano al conde y se alejó con pasos ágiles.

Los dos enamorados quedaron solos. Tras la agitación de los sucesos que culminaron en el intento de regicidio, las semanas transcurridas apenas les habían deparado algunos ratos de intimidad. Ahora las obligaciones militares de él les separarían durante un tiempo.

—¿Qué ha querido decir su majestad con eso de: «El amarillo no será obstáculo, triunfará el azul, pese a otros azules»?

Por toda respuesta la princesa de los Ursinos tomó a su amante por las manos y, tirando suavemente de él, lo condujo hasta uno de los bancos de piedra que se perdían entre los recovecos y las formas caprichosas que tenían los setos que delimitaban las zonas ajardinadas de las de paseo en aquel paradisíaco lugar.

—Fueron las últimas palabras que a modo de presagio le dijo Ana de Hoserín, aquella embaucadora de quien te hablé y que su majestad visitó, buscando remedio para sus angustias.

«El amarillo no será obstáculo, triunfará el azul pese a otros azules». Cantillana meditaba en aquellas palabras que encerraban un enigma; sacudió la cabeza con gesto dubitativo, que cortó la princesa al abrazarle con fuerza y besarle apasionadamente. Estaban en plena efusión cuando Cantillana se levantó de un salto, tan intenso que parecía impulsado por un resorte.

—¡Fernando, qué te ocurre! —La princesa miró en todas direcciones pero no vio a nadie. Estaban solos en la inmensidad de aquellos jardines, donde empezaban a proyectarse las primeras sombras de la noche.

—Ana María, esa..., esa Ana de Hoserín sabía lo que decía. Tenía poderes extraordinarios.

—¿Por qué dices ahora eso? —preguntó la princesa entre malhumorada e incrédula.

—Por la frase de la reina...

—¿Quieres explicarte, Fernando, por el amor de Dios?

—Todo está muy claro.

—¿Qué es lo que está claro?

—Escúchame con atención. Yo conocí a esa mujer cuando acudí a ella para ver si podía leerme la parte de un tercer mensaje que llegó a mi poder y que quedó borrada

por la sangre del mensajero que lo traía. Para mi sorpresa, fue capaz de desvelar el contenido de aquellas líneas perdidas. A decir verdad, no me extrañó...

El rostro de la princesa de los Ursinos reflejó, primero, incredulidad, y después una creciente crispación. A duras penas podía contener la ira que la invadía, hasta que estalló, colérica:

—¿Que hubo un tercer mensaje? ¡¡Que hubo un tercer mensaje!! —repitió, gritando, a la vez que se ponía de pie y trataba de golpear a su amante con los puños.

Con tranquilidad, pero no sin esfuerzo, Cantillana trató de calmarla:

—Déjame que te explique, Ana María, por favor.

No era suficiente para aquietar a aquella furia desatada a la que asía por las muñecas. Necesitó un largo forcejeo hasta que logró un cierto apaciguamiento.

—¡Escúchame, si quieres saber! —dijo con energía Cantillana cuando la princesa estaba algo menos agitada, pero muy lejos de la calma—. Sí, hubo un tercer mensaje —continuó—. Un tercer mensaje en el que se aclaraban muchas cosas, pero cuyo conocimiento resultaba extremadamente peligroso. Tanto que era un riesgo grave para la vida de todo aquel que supiese su contenido. —Miró con ternura a los ojos de la mujer que sujetaba por las muñecas y susurró—: Yo no podía consentir que asumieses ese riesgo. Te amo, te amo. —Aflojó la presión de sus manos y soltó a la mujer, que se desplomó sobre el banco, acansinada por el esfuerzo—. Sólo ahora puedes saber lo que decía aquel papel sin correr un peligro terrible. —Cantillana hizo una pausa que le permitió retomar su relato interrumpido—: Te decía que no me extrañó el poder de aquella mujer. Yo conozco gente capaz de hacer las cosas más extraordinarias e inverosímiles que puedas imaginar. Gentes para quienes la palabra imposible no existe. Tal vez esta Ana de Hoserín sea una de ellas. Aquel tercer mensaje, que utilizaba las mismas claves que los dos anteriores, Homero, Plutarco, la Justicia, Cicerón, fue descifrado por ella con una precisión asombrosa. No te lo había dicho...

La princesa hizo un mohín e iba a hablar, pero Cantillana se lo impidió:

—No te lo había dicho por las razones que te he dado... Sin embargo, ahora, tras la carta del embajador Alba, puedes conocer el contenido de aquel papel sin ningún riesgo para tu persona. Desde ayer, en que llegó el correo de París, he buscado la ocasión para explicártelo. Escúchame con atención.

Ana María de la Tremouille se cruzó de brazos, algo más relajada, y se dispuso a escuchar.

—El tercer mensaje no sabemos a quién venía dirigido —prosiguió él—, pero su portador acudió a la posada de la calle de Carretas y preguntó por Renault. Al igual que el anterior, fue interceptado por mis hombres. En el mismo se indicaba que si «Cicerón», nombre en cifra del conjunto de conjurados que había en Madrid, no podía facilitar la llegada a la villa y corte de las tropas inglesas y holandesas que

mandaba Stanhope (su nombre en clave era «las Damas», mientras que «sus Hijas» era el conjunto de oficiales compatriotas nuestros que había traicionado a su majestad, contribuyendo a nuestras derrotas en Aragón) se pusiese en marcha un segundo plan previsto en la conjura. Como quiera que nuestras pesquisas habían llevado al descubrimiento de «Cicerón» así como la detención de sus integrantes, y en el Madrid de aquellos días se levantaba un ejército que suponía un obstáculo para la llegada de Stanhope a la corte, decidieron ponerlo en marcha.

Ese segundo plan de la conspiración —continuó Cantillana— significaba asesinar al rey. El texto del tercer mensaje rezaba «eliminación de Homero». Esas palabras estaban entre las que la sangre del mensajero había hecho ilegibles. También este mensaje nos indicó que, si se ponía en marcha el segundo plan, la «Justicia» vendría hasta Madrid para encontrarse aquí cuando todo se desarrollase de acuerdo con las previsiones que tenían los conjurados, aunque, como era lógico, no intervendría directamente en el asesinato de su majestad. En aquel momento casi tenía la certeza de quién se escondía detrás de aquel nombre, aunque no contaba con la prueba que lo confirmase.

—¿Quién estaba detrás de ese nombre? —preguntó *mademoiselle* con interés.

Parecía que su cólera anterior se había desvanecido por completo.

—Ten calma, ten calma. Todo a su debido tiempo. —Cantillana prosiguió—: El mensaje señalaba que «Júpiter» había dado su autorización para que aquel plan diabólico se pusiese en marcha. «Júpiter ha dado su consentimiento», decía el texto, donde las palabras «Júpiter» y «consentimiento» no eran legibles a causa de la sangre. Cuando Ana de Hoserín me dio el texto completo del mensaje, éste decía así:

Si la situación de Cicerón no permite alcanzar el objeto de las Damas y sus Hijas, disponedlo todo para el segundo plan. Júpiter ha dado su consentimiento. Poned en marcha la eliminación de Homero. La Justicia estará en ésa para su proclamación.

—Tampoco tenía la prueba material que señalase quién se escondía detrás de «Júpiter» —añadió Cantillana—, pero no había muchos candidatos, y uno era el que concentraba la práctica totalidad de las posibilidades; detrás de «Júpiter» sólo podía estar el rey de Francia. ¿Quién, si no, tiene poder para que todos estén pendientes de su decisión? «Júpiter» tenía que ser el abuelo del rey nuestro señor.

La amargura se reflejaba en los ojos de la camarera mayor. Cantillana se percató del difícil trance por el que pasaba en aquel momento. Tomó una de sus manos y le susurró:

—¿Ves ahora, amor mío, las razones de mi actitud y de mis reservas? Según aquel mensaje era el mismísimo Rey Sol quien estaba en el extremo final del hilo de la conjura.

Cantillana guardó unos instantes de silencio y luego prosiguió:

—Lo que me impresionó vivamente de Ana de Hoserín fue que me entregó un papel aparte en el que me señalaba los nombres en clave y sus correspondencias. En ellas indicaba quién era cada cual y afirmaba que «Júpiter» era el rey de Francia y que la «Justicia» era el duque de Orleans.

—¿*Monsieur* de Orleans era la «Justicia»?

—Así es, pero permíteme concluir. Todo aquello me produjo una gran inquietud; sin embargo, serenó algo mi espíritu el saber que aquel mensaje no había llegado a su destino y por lo tanto el plan no podría ponerse en marcha de inmediato, lo que nos daba cierta ventaja y la posibilidad de tomar las previsiones necesarias para abortar aquellas pretensiones. En esa estrategia estaba cuando recibí un billete de... — Cantillana titubeó antes de pronunciar el nombre— de la Barquillera, en el que me decía que acudiese a una cita ante un asunto de extrema gravedad. Fui de inmediato, y por su boca supe que Amelot...

—¿Amelot? —preguntó intrigada la camarera.

—Sí, Amelot, el ministro que Luis XIV tenía puesto en Madrid como consejero del rey nuestro señor, visitaba a la Barquillera.

—Hummm, vaya, vaya —dijo la princesa con una sonrisa cargada de malicia.

—Como digo, Amelot fue ligero de lengua. Tal vez quiso presumir, sin saber que aquella mujer a la que sólo conocía por su oficio, disponía de una información que su indiscreción complementaba. Por esta vía supe que el duque de Orleans viajaba hacia Madrid. Esto último fue lo que Amelot dijo, y eso fue lo que a mí se me reveló. Si el duque de Orleans estaba camino de Madrid significaba que toda la operación se encontraba en marcha, aunque el mensaje que obraba en mi poder no hubiese llegado a su destino. Por lo tanto, tenía que haber otra vía de contacto que nosotros no habíamos controlado. Hoy sabemos que era Amelot, y eso explica que abandonase Madrid a toda prisa, alegando una llamada urgente de Versalles, lo que aquí se interpretó como un paso más en el aislamiento a que se nos sometía. Decidí dirigirme a palacio y desde allí organizar la protección del rey, pero todo fue tan rápido...

Después del relato quedaron en silencio; Cantillana esperaba la reacción de la camarera ante la revelación que acababa de hacerle, pero ésta guardaba silencio. Sólo cuando hubo pasado un largo rato, ella preguntó:

—¿Sabes si Orleans estuvo en Madrid?

Cantillana sacudió la cabeza con expresión de duda:

—Ése es uno de los dos cabos que no he podido atar en esta complicada historia. Tal vez nunca lo sepamos con certeza, aunque no existen dudas acerca de que él era la «Justicia» y la baza que los conjurados tenían para sustituir al rey. Creo que si hubiésemos sabido quién iba en la carroza que se presentó ante palacio la noche de la refriega, tendríamos la respuesta a tu pregunta.

—¿Crees que...?

—Creo que en ella iba Orleans.

—Has dicho que ése era uno de los dos cabos que quedaban sueltos en esta historia, ¿cuál es el otro?

El conde tardó en responder, parecía estar eligiendo cuidadosamente sus palabras. Después de mucho pensarlo, contestó:

—No sé si el rey Luis llegó a dar instrucciones en las que autorizaba a atentar contra la vida de su nieto. Parece increíble que actuase así contra su propia sangre; sin embargo, en sus decisiones, tú, Ana María, bien lo sabes, la razón de Estado tiene fuerza de ley..., y...

—¿Sí...? —inquirió *mademoiselle*, esperando el final.

—No me extrañaría que lo hubiese ordenado —repuso él—. Es más, entonces estaba convencido de que así era, y temí por tu vida. Esa fue la razón por la que decidí mantenerte al margen de este asunto. Sólo hoy, cuando sabemos que la alianza entre el abuelo y el nieto está a salvo, se han disipado mis temores.

»También ahora comprendo el sentido de la frase de Ana de Hoserín, era una forma de señalar que el problema para el rey no venía del archiduque Carlos, cuya bandera como miembro de la casa de Austria es amarilla, sino del color azul de la bandera de los Borbones, definiendo así las intrigas de Versalles y las ambiciones del duque de Orleans contra Felipe v.

Otra vez Ana María de Tremouille recordó la última frase que contenía el mensaje de Ana de Hoserín: «No bajar la guardia ante el azul». Se puso de pie lentamente y, sin decir palabra, encaminó sus pasos hacia palacio. Las sombras del atardecer dominaban ya el ambiente, en pocos minutos el manto de la noche caería sobre Madrid. El conde de Cantillana marchaba a su lado; los dos guardaban silencio, ensimismados en sus pensamientos. Faltaba poco para alcanzar la puerta que daba acceso a palacio por aquella parte cuando ella se detuvo y, mirándole fijamente, le espetó:

—No tengas dudas de que el Cristianísimo había autorizado esa acción.

Cantillana abrió desmesuradamente los ojos:

—¡Que no tenga dudas!

—¡Ninguna! —remarcó la camarera—. Además, ya es hora de que sepas que en la carroza que apareció ante el palacio no iba *monsieur* de Orleans. La ocupaban el conde de Corzana, el de Erill y el señor de Baños, quienes tenían encomendada la misión de controlar la situación en palacio una vez que Cifuentes y los suyos hubiesen acabado con la vida del rey. *Monsieur* de Orleans aguardaba el desarrollo de los acontecimientos en una quinta a las afueras de Madrid, acompañado de un numeroso contingente de hombres armados. Cuando se enteró de que toda la operación había fracasado, huyó con tanto sigilo como había llegado.

Cantillana escuchaba atónito lo que acababa de oír por boca de aquella mujer.

Con un hilo de voz, preguntó:

—¿Cómo sabes todo eso?

La princesa le miró maliciosamente:

—¡Pregúntale a la Barquillera! —respondió y siguió andando con el cadencioso ritmo que era capaz de dar a sus pasos.

FIN

Nota final

Conjura en Madrid es una obra de creación literaria. Se trata de una ficción que, sin embargo, tiene un fondo histórico que en todo momento se ha tratado de respetar. Existen indicios razonables, de ello hay documentación en los fondos del Archivo Histórico Nacional de Madrid, de que hubo una conjura para destronar a Felipe v cuyas ramificaciones llegaron hasta la capital de España. Sobre esa base se ha sustentado la trama de la novela y el desarrollo es invención del autor.

En el Madrid de la guerra de Sucesión conspiraron para organizar una conjura dos agentes franceses, quienes trabajaron por cuenta del duque de Orleans, sus nombres eran Regnault y Flotte. Personajes como Ubilla, Grimaldo, Bedmar, Mancera, Portocarrero, etc., fueron reales y desempeñaron funciones importantes en la España de principios del siglo XVIII, pero la imagen que ofrecen es la que el autor ha establecido en función de la trama de la obra. También la princesa de los Ursinos, siendo un personaje histórico de la época, cuyo poder en la corte madrileña durante los años de la guerra de Sucesión fue incontestable, está modelada según los entresijos de la novela. No tuvo ningún romance con el conde de Cantillana, quien es una figura creada por el autor en una novela anterior: El rey hechizado. Existe el título de este nombre, pero nada más.

Felipe v fue un rey abúlico y poco decidido que en diferentes fases de su vida cayó en profundas depresiones, más frecuentes e intensas conforme transcurrieron los años. Luisa Gabriela de Saboya fue una reina animosa y responsable, que llegó al trono con sólo trece años. Fue muy querida por los madrileños.

Madrid vivió en el transcurso de esta guerra momentos de angustia ya que en dos ocasiones (1706 y 1710) las tropas austracistas entraron en ella, coincidiendo con graves derrotas del ejército borbónico. Sus vecinos se mostraron siempre partidarios de la causa de Felipe v.

En 1709, ante la grave situación por la que atravesaba Francia, Luis XIV ordenó la retirada de las tropas francesas que operaban en España, defendiendo los derechos de su nieto. Uno de los generales que mandaba esas tropas fue el duque de Orleans.



JOSÉ CALVO POYATO (Cabra, Córdoba, 23 de julio de 1951) es un político, historiador y novelista español.

Es licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Granada, en la que se doctoró en Historia, y trabaja como catedrático. Como escritor es autor tanto de obras de investigación y divulgación científicas como de novelas científicas. Autor de numerosas investigaciones que tienen como marco el sur de Córdoba y la propia ciudad de Cabra. Ha publicado numerosas novelas históricas como *La biblia negra*, *El hechizo del Rey*, *Jaque a la Reina*, *El manuscrito de Calderón* o *El sueño de Hipatia* entre otras. A partir del 2005 y con la publicación de *El manuscrito de Calderón*, introdujo el personaje de Pedro, un antiguo mosquetero dedicado a la investigación que recuerda de alguna manera al capitán Alatríste.

Miembro del Partido Andalucista, su trayectoria política se caracteriza por su densidad, y por la presencia en cargos de importancia. Ingresó en el Partido Andalucista, siendo Secretario Provincial de esta formación en Córdoba entre 1990 y 1995. Presidente de la Comisión Permanente del Congreso del PA (1995-1996), fue también Presidente de la Comisión de Garantías (1996-2000) y Diputado provincial (1995-1999) y autonómico (1990-1994 y 2000-2005).

Entre 1991 y 2000 fue alcalde de Cabra (Córdoba), su ciudad natal. Es hermano de la también política Carmen Calvo Poyato, ex Ministra de Cultura. Es miembro de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Notas

[1] Nombre que se daba a los partidarios de la Casa de Austria y de que el archiduque Carlos fuese rey. <<

